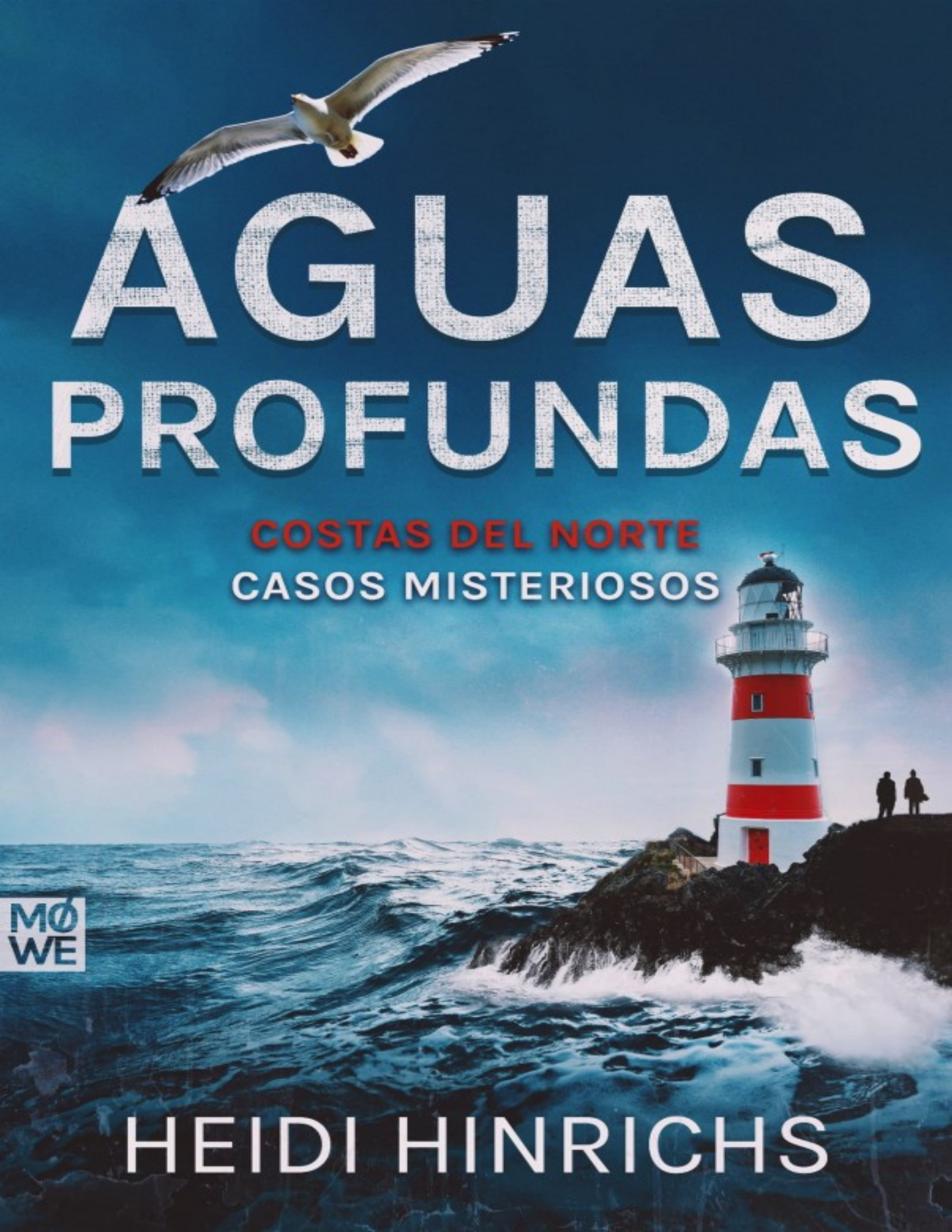

AGUAS
PROFUNDAS
COSTAS DEL NORTE
CASOS MISTERIOSOS
MØWE
HEIDI HINRICHS

Aguas Profundas

COSTAS DEL NORTE – CASOS MISTERIOSOS

ASESINATO EN LAS DUNAS

LIBRO UNO

HEIDI HINRICHS

TRADUCIDO POR

NICOLAY GIRALDO LEIVA

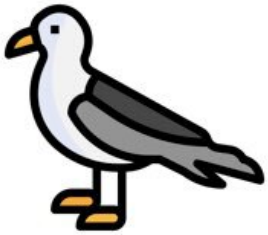


Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21

Una taza de té

Capítulo Uno



Las frías manos del Mar del Norte la alcanzaron. El agua estaba a menos de quince grados Celsius—la sensación térmica era de diez grados—y era traicionera. Podía arrastrar rápidamente al mar a nadadores inexpertos o agotados.

Sin embargo, la inspectora de policía Enna Koopmann conocía mejor que nadie las aguas profundas del Mar del Norte frente a Fleetstedt. Se abrió paso con movimientos rápidos y precisos a través del agua hasta encontrar al hombre que se estaba ahogando. Su corazón latía con fuerza. Su aliento llegaba en forma de fuertes jadeos.

Al sentir que la temperatura del agua cambiaba y el tirón de sus manos disminuía, hizo una pausa y levantó la cabeza fuera del agua. Había utilizado la corriente marina para ayudarse a nadar más rápido. Los segundos contaban en un rescate en alta mar.

Si la persona que se estaba ahogando se quedaba sin fuerzas y se hundía, las corrientes más profundas podían atraparla y arrastrarla. Si eso sucediera, Enna no podría salvarla.

Pero el hombre seguía luchando. Podía ver sus brazos saliendo del agua de nuevo. Sin embargo ya no estaba gritando. Era una mala señal. Ahogarse es algo que ocurre en silencio.

Enna corrigió su rumbo y dio todo lo que tenía. Ya le ardían los brazos y las piernas, a pesar de que se entrenaba dos veces por semana en el club de socorristas local. Pero la adrenalina la impulsó

a entrar en acción. Se arrastró hacia el hombre que se estaba ahogando, y luego pasó a la braza durante los últimos metros para poder vigilarlo.

A pesar de la urgencia, siempre se abordaba con cautela a una persona que se estaba ahogando. La persona estaba en pánico y, a menudo, no estaba en su sano juicio. No se puede subestimar el peligro de que se aferren a ti y ambos sean arrastrados bajo el agua hasta la muerte. Muchos rescatistas perdieron sus vidas de esa manera. Era más seguro esperar al momento exacto en que se desmayaban, luego agarrarlos rápidamente y llevarlos a un lugar seguro.

Su cabeza reapareció justo en ese momento. Resopló agua, la vio y se quedó con los ojos muy abiertos.

«Tranquilo», gritó Enna. «¡Calma! ¡Acuéstese boca arriba! ¡Acuéstese en posición horizontal y recta! ¡Intente flotar! ¿Puede oírme?»

La oyó pero no la entendió. Empezó a nadar de perrito salvajemente en su dirección y volvió a hundirse.

Enna maldijo y nadó con cautela hacia él. Tenía que observar con atención y no perder la oportunidad adecuada...

Reapareció frente a ella, con el agua salpicando en todas direcciones y en el rostro de Enna. La sal le picaba los ojos. Parpadeó.

«¡Tranquilo!» gritó. «¡Mantenga la calma!»

No quería calmarse. O tal vez, en su pánico, no podía. Probablemente sintiendo su inminente rescate, reunió todas sus fuerzas. Como resultado, literalmente se lanzó contra Enna. Intentó dar marcha atrás, pero a pesar de su cautela, quedó sorprendida por el poder de su ataque.

Casi de inmediato, la atrapó. Sus manos la alcanzaron y envolvieron su torso. Enna jadeó e intentó levantar los brazos, pero él se aferró a ella con una fuerza sorprendente. La sujetó con los brazos al cuerpo y la empujó bajo el agua.

El mundo de Enna se desvanecía en el gris difuso del Mar del Norte. El agua le picaba aún más los ojos. Un trago de agua entró en su boca y la llenó de sal y algas marinas.

Luchó contra el impulso de patear sus piernas y luchar contra la presión. Lo último que una persona que se está ahogando quiere es estar bajo el agua, así que Enna se zambulló e intentó liberarse de su agarre.

Pero él se aferró a ella, usándola como una boya viviente.

El corazón de Enna se aceleraba ahora. Sin embargo, mantuvo la calma y empujó su brazo derecho, que era más fuerte, hacia arriba. Finalmente se le escapó de las manos y lo golpeó con fuerza en la barbilla. Una sacudida lo atravesó mientras hacía una mueca de dolor y sorpresa.

Enna inmediatamente se soltó de su otro brazo y lo agarró por la hendidura del brazo. Con la otra mano, lo agarró de la muñeca y le dio la vuelta, y luego se sumergió aún más.

Se deslizó por debajo de él como una bailarina. Era un movimiento de rescate que había practicado cientos de veces mientras entrenaba como socorrista. Puso el brazo detrás de su espalda y le torció la muñeca.

Con un resoplido, salió a la superficie y se retorció con más fuerza, como una motocicleta acelerando. Pero en vez de acelerar, sentía dolor. «¡Lars!» gritó. «¡Déjese de chorradas!»

Lars dejó escapar un sonido que no pudo decidir si era una risa o un grito. «¡Basta!» dijo él a continuación.

Enna se retorció deliberadamente con un poco más de fuerza, obligándolo a ponerse de espaldas. Jadeó. «¡Ay, Enna!»

«¿Qué diablos? ¿Era necesario sujetarme?»

«¡Práctica es práctica!»

«¡Entonces ya deje de resistirse!» Mantuvo la presión, lo agarró por debajo de la barbilla con la otra mano y comenzó a tirarlo hacia abajo.

Lars luchó durante unos segundos antes de calmarse. Podía sentir su pecho latir con fuerza. Estaba agotado por el ejercicio. Típico de Lars. El instructor del grupo local no conocía límites, lo cual era bueno porque significaba que estaban practicando en condiciones casi reales. Por otro lado, estaban asumiendo un gran riesgo. No estaban en una piscina cubierta.

Afortunadamente, los demás estaban esperando en la playa y observando el ejercicio de rescate como parte de su entrenamiento. Aún podían sacarlos en caso de emergencia.

Pero no llegaría a eso. Enna dio una agradable patada a horcajadas y arrastró lentamente a Lars a la playa. Ahora aprovechaba las olas y evitaba las corrientes mar adentro de la carrera de marea.

Cuando por fin estuvo lo suficientemente cerca de la playa, con Lars todavía en sus manos, sus pies tocaron el suelo fangoso. Le temblaban los muslos. Buscó su mirada.

Él sonrió. «Ahora estoy relajado».

Enna solo resopló, lo empujó bajo el agua por un momento y luego lo soltó.

Él salió a la superficie con un resoplido. Empezó a decir algo, pero lo reprimió cuando vio su expresión sombría. En vez de eso, levantó los brazos en señal de disculpa. «Debe ser lo más real posible».

Enna se limitó a asentir y salió del agua. El aire estaba frío en junio. Soplaba un fuerte viento del este, que llevaba los gritos de las gaviotas.

A Enna se le puso la piel de gallina de inmediato. Sus dientes empezaron a castañetear. Envolvió sus brazos alrededor de su cuerpo y caminó penosamente hacia las demás, que la esperaban vestidas con suéteres de lana.

«Normalmente, habría tenido que sacarlo a rastras con la llave de Rautek», explicó de mal humor, cogiendo una toalla que alguien le tendió.

«¿Pero?» preguntó Julia, una de las participantes.

«Pero puedo caminar esos pocos metros yo mismo», respondió Lars, quien también cruzaba la playa con dificultad hacia ellos. Tenía los labios azules. Se masajeó la muñeca donde ella la había agarrado.

«Espero que hayáis visto lo peligrosa que puede ser una persona en pánico», dijo. «Aunque Enna sabía que podía reaccionar así, se sorprendió. Pero fue capaz de liberarse sin ningún problema. Y vosotros podéis hacer lo mismo. Lo hemos practicado en seco. ¡Lo

importante en el agua es mantener la calma y bucear! Eso es lo más importante. Tenéis suficiente aire para liberaros».

Una de las participantes se mostró escéptica. «Pero si no entendiera las corrientes que hay aquí, me sentiría completamente agotada cuando saliera del agua».

«Por eso debéis investigar las playas que visitáis. O llevar equipo de rescate. La tabla de rescate es lo mejor. Es la forma más rápida de salir y salvar a una persona que se está ahogando. Lo practicaremos la próxima vez. Por ahora, podéis meteros al agua y practicar rescates. ¡Vamos, vamos!» Aplaudió. «¡Vamos!»

Mientras Lars se secaba y los cuatro estudiantes corrían al agua, Enna se puso su chaqueta DLRG roja, el uniforme distintivo de la Asociación Alemana de Socorristas, y luego sacó un termo de té de hierbas de su mochila. Desenroscó la tapa y la llenó hasta la mitad con té. Un vapor aromático le llegaba a la nariz.

Se calentó las manos mientras el viento jugaba con su cabello.

Lars se acercó a ella sin dejar de vigilar a los aprendices. «Bien hecho». Probablemente quería aplacar un poco las cosas.

Enna no lo miró, sino que bebió un sorbo de su té sin azúcar. Observó los movimientos de los demás, con la mirada desviada hacia el lejano horizonte. El día estaba gris y nublado. Un buque porta-contenedores pasaba por el horizonte, solo un punto grisáceo.

Por el contrario, estaba sorprendentemente tranquilo para el comienzo de la temporada navideña, pero pronto llegaría el ajetreo y el bullicio. Debería estar feliz y disfrutar de los días tranquilos. Cuando llegaba la multitud de turistas, las playas y los bares se llenaban de la noche a la mañana, y el DLRG comenzaba a trabajar en serio.

Enna lograba equilibrar todo esto con su trabajo como oficial de policía. Le encantaban ambos trabajos, pero los turistas a menudo eran demasiados. Si te vas a aventurar en mar abierto, al menos deberías poder nadar un poco. Pero mucha gente ni siquiera podía hacer eso e ignoraba todas las advertencias de seguridad. Había una razón por la que los horarios de natación se publicaban en función de la marea alta, y otra razón por la que había letreros y boyas en la playa que marcaban los puntos y las corrientes peligrosas. Como dijo

una vez Albert Einstein: *«El estrés solo es causado por tratar con idiotas».*

Afortunadamente, no todos eran así. La mayoría de ellos eran muy amables y estaban contentos de que el DLRG se hubiera hecho cargo de los socorristas. Enna escuchaba con frecuencia palabras amables y agradecimientos por su trabajo voluntario.

Lars dijo: «Voy a ver cómo están», y trotó hacia los demás. Se detuvo cerca de ellos en el agua que le llegaba hasta las rodillas y comenzó a gritar instrucciones, gesticulando descontroladamente.

El té por fin se había enfriado un poco. Enna se lo bebió a tragos largos, volvió a tapar el termo y lo guardó en su mochila impermeable. También revisó rápidamente su teléfono celular. Afortunadamente, no hubo llamadas ni mensajes perdidos.

Había sido perfecto para el último día de sus vacaciones. No tenía ni idea de lo que movía al nuevo jefe. Hacía solo unos días que había empezado a trabajar en Fleetstedt, y bien podría ser que la llamara a la oficina en algún momento, a pesar de que estaba de vacaciones, para saludarla o algo así. *Tal vez incluso para tarta*...

Pero no lo había hecho. No tenía ni idea de cómo interpretar eso. ¿No estaba interesado y había solicitado el puesto para poder tomárselo con calma? Había leído en el correo electrónico preliminar de la dirección que el inspector jefe Pavel Neuhof había vivido anteriormente en Kiel y había trabajado en el Departamento Estatal de Investigación Criminal (LKA). Kiel era un lugar muy diferente al de Fleetstedt. Además, la LKA de Schleswig-Holstein era un lugar completamente diferente a una pequeña oficina en el Mar del Norte, en Baja Sajonia. Todos los que llegaban a Fleetstedt desde la LKA de Kiel tenían familia aquí (lo cual no era el caso de Neuhof; Enna lo había comprobado), querían un poco de paz y tranquilidad o habían sido trasladados porque habían hecho un lío.

Lamentablemente, las circunstancias indicaban esto último. Mudarse de un estado a otro era inusual, y Neuhof podría haber encontrado paz y tranquilidad en Laboe, en el mar Báltico.

Pero con conjeturas o no, ninguna de las dos opciones le agradaba a Enna. No necesitaba a una dormilón o a un idiota como

su nuevo jefe. De hecho, le hubiera gustado conservar el anterior, pero todos tenían que jubilarse en algún momento.

Así que ahora era Pavel Neuhof. Lo buscó en Google y no encontró nada en Internet. Simplemente genial. Tendría que esperar y sorprenderse, y Enna Koopmann odiaba las sorpresas. Estaban al mismo nivel que los turistas estúpidos, la intoxicación por pescado y la sinusitis.

Volvió a mirar a los demás, temblando en el agua y practicando las maniobras de rescate. Se veía bastante bien. Probablemente todos renovarían sus insignias plateadas de salvavidas. Si alguno de ellos permanecería activo y seguiría siendo socorrista era otra cuestión.

Un movimiento en el mar llamó la atención de Enna. Algo oscuro flotaba en el agua a unos doscientos o trescientos metros de distancia.

Enna entrecerró los ojos y siguió al algo oscuro. ¿Qué era eso? ¿Residuos flotantes? ¿Basura? Definitivamente flotaba allí y no se movía. Por otro lado, tenía una forma extremadamente... humana.

«¡Mierda!» Enna abrió la cremallera de su chaqueta y se la quitó sin cuidado. Mientras la chaqueta seguía cayendo en la playa, Enna ya corría hacia el agua. La arena mojada salpicaba alrededor de sus pies descalzos y dejaba vetas oscuras.

Lars se dio cuenta de su prisa y la miró confundido. «¿Qué pasa?»

Enna señaló al algo oscuro. «¡Quizás alguien en el agua! ¡No es una práctica!» Ya en el agua fría, corrió más lejos y luego se lanzó hacia una de las olas poco profundas.

El frío fue una conmoción y expulsó el aire de los pulmones de Enna. Jadeó, salió a la superficie y, como antes, nadó con su habitual crol. Ya había consumido mucha energía al principio durante el ejercicio con Lars; ahora tenía que tener mucho cuidado y conservar sus reservas. El frío también era un factor que no debía subestimarse.

Aun así, mantuvo la calma, se obligó a respirar con calma y siguió nadando crol. Se preguntó por qué habría alguien flotando ahí fuera. Era completamente estúpido. No había visto a nadie entrar al

agua, al menos no cerca de donde estaban practicando. ¿Era un nadador con una boya que venía de una de las otras playas? Habría tenido que haber recorrido una distancia considerable... ¿O era alguien que se había caído por la borda y estaba flotando hacia la orilla?

Enna no tenía ni idea y no iba a desperdiciar más energía especulando. Se concentró en nadar y salió adelante. Golpes limpios con los brazos con el pulgar hasta el muslo. Luego levantarlo sin resistencia al agua y sumergirse suavemente. Recuperar, levantar y sumergirse suavemente. Recuperar, levantar y sumergirse suavemente...

Una y otra vez, se detuvo y miró a su alrededor. Afortunadamente, el oleaje no era alto, solo un chapoteo a la altura de la cabeza, pero había sido suficiente para que perdiera de vista la figura. Enna corrigió el rumbo, volvió a mirar a la playa y se dio cuenta de que Lars nadaba hacia ella. Los demás habían salido del agua y estaban parados juntos en grupo. Obviamente, pedían ayuda. Eso estuvo bien. Eso es lo que les habían enseñado. La formación había dado sus frutos.

La idea le dio fuerzas a Enna y lo dio todo hasta que estuvo a pocos metros del objeto. Efectivamente, alguien estaba flotando boca arriba en el agua.

«¡Hola!» siseó entre dos respiraciones. «¿Me oye?»

No hubo respuesta.

«¡Hola, joder!» Enna se acercó nadando lentamente. No quería que la agarraran y la sumergieran como antes. Pero la figura no se movía en absoluto, ni siquiera cuando las olas la cubrían suavemente.

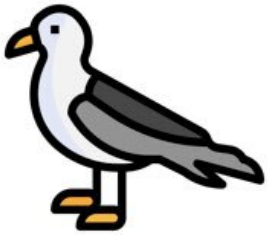
«¡Hola!» lo intentó de nuevo, pero no hubo respuesta.

Luego nadó hasta arriba y se acercó a la figura desde un lado.

Era un hombre. Llevaba un abrigo largo hecho de tela oscura e impermeable que se había hinchado. Botones estampados de color cobre adornaban los bolsillos y las solapas. Su rostro era el de una luna pálida entre las olas grises. Su boca estaba rodeada por la sombra de una barba y estaba abierta. Al igual que sus ojos rotos.

Con ellos, miraba fijamente el cielo nublado mientras otra ola lo bañaba.

Capítulo Dos



El ático olía a heno. Pavel respiró hondo. Había algo acre en el aire. No a muerte—algo más que no había olido en mucho tiempo. Se dio la vuelta y vio que la habitación estaba pintada de blanco. ¡Por supuesto! El propietario debe haber ahumado su propio pescado aquí. El ahumadero ya no parecía estar en uso. Una escoba de paja se apoyaba contra la puerta estrecha.

Se ocuparía de eso más tarde. Un policía científico ya había registrado el lugar, pero más vale prevenir que curar. Pavel miró hacia el tejado. La casa tenía un techo inusualmente inclinado. Las vigas eran tan altas que, incluso con 1,94 metros de altura, no podía alcanzarlas de puntillas.

Se volvió hacia la dirección en la que había estado mirando el muerto. En sus últimos momentos, el viejo debió estar mirando una claraboya, que ahora muestra un cielo azul grisáceo con nubes tenues. La luz entrante formaba un túnel angular donde las motas de polvo bailaban. Pavel sintió que se acercaba un estornudo. Se puso un dedo debajo de la nariz y el impulso se desvaneció. La casa tenía dos pisos de altura, lo suficientemente alta como para ver por encima del dique. Desde esta posición, Pavel solo podía ver el cielo, pero tu perspectiva cambia cuando estás colgado de las vigas del techo con una cuerda alrededor del cuello.

Luego recordó lo que el patólogo había dicho sobre la hora de la muerte. El anciano había muerto poco después de medianoche.

Pavel cerró los ojos. La luz del sol que entraba por la ventana se desvaneció. Sacudió la cabeza. Si alguna vez tuviera que despedirse así, querría morir durante el día. Sin embargo, eso no probaba que la muerte del viejo hubiera sido involuntaria.

El policía científico no encontró nada en el ático que pudiera haber ayudado al muerto a subir lo suficientemente alto como para ahorcarse. El hombre solo medía 1,69 m, casi una cabeza más bajo que Pavel. También pesaba exactamente 110,6 kilogramos. Una persona no podría haberlo levantado. Se habrían necesitado al menos dos personas para cometer un asesinato así.

Lástima que la policía científica no hubiera encontrado ninguna prueba, al menos ninguna que pudiera estar relacionada con este caso. El ático se utilizaba con frecuencia; había sacos de avena en la parte trasera, que se utilizaban como alimento para animales en la granja convertida en granja de caballos.

Pavel pasó por debajo de la viga difamada del techo. Un policía científico había dibujado un círculo blanco en las tablas pintadas de marrón, marcando un líquido que resultó ser orina. El investigador había encontrado una astilla de madera fresca en uno de los dedos del muerto. Pavel tocó la viga en el lado derecho. Era rugosa y apenas estaba lijada. Estaba a punto de resolver el misterio, aunque no tenía ni idea de lo que podría parecer.

La parte trasera del ático estaba siendo renovada. La hija de la víctima le había dicho que había ocurrido un incendio allí hace unas semanas. No se habían producido daños importantes, por lo que no se llevó a cabo ninguna investigación. Unos cuantos trozos de madera yacían desordenados por un lado. A diferencia del suelo, tenían poco polvo. Pavel levantó uno de ellos, calculó que pesaba alrededor de 20 kilogramos. Incluso el viejo podría haberlo levantado ese peso. Pavel apoyó la tabla contra la enorme viga que se extendía a lo largo de la habitación. Se deslizó un poco hacia atrás, pero luego encontró apoyo en la pared exterior del ático. Pavel colocó una segunda pieza de madera al lado, luego una tercera y una cuarta.

De esta manera, construyó una rampa que conducía a la viga del techo, que debía tener un pie de grosor. La madera era fácil de agarrar y el ángulo era lo suficientemente poco profundo como para

que pudiera trepar. Había suficiente espacio entre la viga y el techo para que pudiera arrastrarse por ella. Avanzó lentamente sobre la viga del techo hasta que oyó un sonido rasgante.

Maldita sea. ¿Por qué no se había quitado la camisa? El bolsillo exterior debe haber quedado atrapado en la madera rugosa. Pavel sacudió la cabeza y siguió arrastrándose. Aún no había terminado. Pronto llegó al punto en el que la viga que había usado la víctima cruzó la viga principal. La soga que había envuelto el cuello del muerto estaba en el laboratorio criminalístico. Pero como si el viejo hubiera querido que su muerte fuera más fácil de rastrear, había otra cuerda que colgaba sobre la viga. Según el patólogo, no se había usado, probablemente porque era mucho más delgada.

Pavel la cogió y luego lo pensó mejor. Todo tenía que ser igual, así que se arrastró un poco hacia atrás y empujó las vigas hacia el suelo con los pies. Se juntaron como si no se hubieran visto en mucho tiempo. Pavel sonrió. Ya casi lo lograba. Desde su posición, con la cabeza gacha, miró directamente al círculo blanco por el que el muerto se había vaciado la vejiga póstumamente.

Tiró de la cuerda hacia sí mismo. El patólogo había confirmado lo que Pavel había notado de inmediato: la soga que llevaba al cuello del muerto no estaba atada con un nudo convencional de verdugo, sino con un nudo de doble lazo. Probablemente porque al viejo le resultaba más fácil atar el nudo de doble lazo que el nudo del verdugo, más complicado.

Pavel pasó el extremo de la cuerda alrededor de la viga, imaginando cómo habría sido trabajar con unos dedos plagados de gota. Ese fue el diagnóstico del patólogo. Pavel no estaba muy seguro. El viejo había sido marinero y sabía un par de cosas sobre nudos. Su cuidador, que había encontrado al fallecido y cuyo nombre figuraba en su testamento, había reportado síntomas de demencia progresiva. El anciano probablemente quería evitar un final indigno. Solo estaba la hija, pero era difícil juzgar cuánto se había ocupado de su padre.

Tras el tercer nudo, Pavel se puso la soga alrededor del cuello para que quedara justo debajo de la oreja. El nudo doble se bloqueaba automáticamente. Todo lo que necesitaba era peso,

cuanto más mejor. Podía sentir el resultado de su trabajo. Era... emocionante. No sentía nada diferente, pero su pulso se había acelerado un poco.

Quizá lo que estaba a punto de hacer era estúpido. Por suerte, nadie estaba mirando. En su nueva oficina, solo había insinuado que quería volver a investigar la inexplicable muerte. Su colega estaba de vacaciones y se decía que pasaba el tiempo nadando. El sol se asomaba entre las nubes grises, pero ¿quién se metería voluntariamente al agua cuando la temperatura estaba por debajo de los veinticinco grados? Probablemente no estaba interesada en conocerlo. No podía culparla. Después de que su antiguo jefe se jubilara, probablemente esperaba conseguir el trabajo ella misma. ¡En su solicitud de traslado había pedido específicamente evitar este tipo de situaciones!

Pero no había nada que pudiera hacer al respecto. Se reuniría con ella el próximo lunes a más tardar. El patólogo la apreciaba mucho, y estaba casi enfadado porque Pavel quería reabrir el caso que Koopmann había cerrado en favor de nuevas investigaciones.

Al menos ella no lo molestaría hoy.

Poco a poco dejó que su estómago se deslizara de la viga del techo. Debe haber sido así como lo había hecho el viejo. Pavel sintió que su cuerpo intentaba balancearse como un péndulo. Eso no estaba bien. Tenía que caer hacia abajo para que la fractura del cuello resultante lo matara al instante. No quería estrangularse. El viejo había conseguido una fuerte caída, y Pavel la ha conseguido ahora girándose hacia un lado. Esta torsión interna del cuerpo, como la llamaba su profesor de baile, absorbió parte del exceso de impulso. Ahora todo lo que tenía que hacer era...

Un zumbido. Pavel se dejó caer. En el último momento, logró agarrarse a la viga con los brazos. La soga colgaba holgadamente alrededor de su cuello. Sin cuello roto, sin estrangulación. Fue un resultado muy positivo. Sin darse cuenta, Pavel debe haber estado sujeto a la viga con su camisa, apoyada en la tela de algodón. El desgarro de la tela lo tomó por sorpresa.

Su posición no era muy cómoda. Ya le dolían los brazos. Le dolían los dedos de los pies. Las puntas de sus zapatos resbalaban

contra las vigas. Pavel miró por la ventana. Tenía razón. De hecho, se podía ver el mar, que parecía interesarse personalmente por su situación, la de Pavel Neuhof, que sin duda era desagradable. Incluso envió a un emisario para ver cómo estaba, pero la gaviota se alejó al acercarse a la casa.

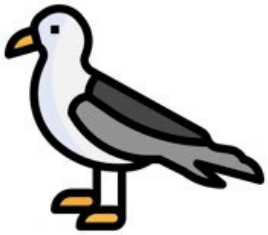
Respiró hondo. De repente, el aire parecía precioso. ¿Debería dejarlo ir? ¿Realmente tenía suficiente fuerza en los dedos de los pies para soportar su propio peso? Si no, el nudo doble lo estrangularía. Estaba hecho trizas. Pero de todos modos no duraría mucho con los brazos alrededor de la viga. También podría correr el riesgo y...

Solo un momento. Sin decisiones apresuradas. Hizo los cálculos. Si era capaz de caminar de puntillas sobre la barra a una altura de 1,94 metros, la parte inferior tenía... siete centímetros más la punta de los dedos de los pies, algo menos de setenta centímetros para el brazo, lo que resultaba en 2,71 metros. No, tonterías. Tenía que restar la cabeza y el cuello, así que mide unos dos metros cuarenta. La soga con el nudo tenía unos veinticinco centímetros de diámetro y comenzaba cinco centímetros por debajo de la barra.

Eso era todo. El nudo de doble lazo lo estrangularía antes de que sus dedos tocaran el suelo. Qué bueno que no haya cedido a su primer impulso. Se le daba bien resistirse a los primeros impulsos. «Nunca te das un capricho,» siempre había dicho su exmujer. Sin embargo, siempre se daba caprichos con su trabajo. Era genial resolver acertijos y que te pagaran por ello.

Era una pena que pronto se terminaría.

Capítulo Tres



Lars se tapó la boca con la mano. Se inclinó sobre el cadáver y lo miró con asombro, como si el cuerpo ya no fuera humano. Enna comprendió su reacción. El muerto no tenía un aspecto muy atractivo; probablemente llevaba algún tiempo en el agua.

Lo sacaron juntos del mar y lo llevaron a tierra. Solo entonces desaparecieron la adrenalina y la conmoción. Ahora los seis permanecían en silencio bajo el frío viento que rodeaba el cuerpo, mientras la hierba al borde de la playa susurraba.

Enna levantó la mano y todos la miraron. Ya no sentía que estuviera de vacaciones. «¡Por favor cambiaos! La lección para salvar vidas ha terminado».

Todos asintieron y se retiraron. Solo Lars y Enna se quedaron con el muerto. Lars tragó saliva y dijo en voz tan baja que Enna apenas podía oírlo: «¡Tenemos que llamar a la policía!»

Enna resopló. «Ya estoy aquí».

«Ah. Cierto».

Lars seguía mirando al muerto. Luego, sus ojos se elevaron lentamente hacia Enna. «Creo que lo conozco».

Enna arqueó ambas cejas. «¿De verdad? ¿Quién podría ser?»

«Es Toni Sattelmacher.»

«¿Toni?»

«Sí, mírelo bien. Es él. Justo aquí... algo...»

«Sí, sí, es por el agua. Ha estado sumergido por cierto tiempo.»

«Ah. Cierto». Lars volvió a tragar audiblemente. «Creo que me voy a enfermar».

«Entonces siéntese y beba algo. El té ayudará».

«Sí. Eso espero». Lars se separó de Toni y se fue tropezando, sintiendo náuseas.

Enna lo vio irse y sacudió la cabeza antes de volver a centrar su atención en el muerto. Se agachó a su lado. Toni Sattelmacher. Sí, Lars tenía razón. Era Toni de Fleetstedt. Pero, ¿por qué flotaba muerto en el Mar del Norte? Él era unos años mayor que ella, cerca de la treintena. Y Toni sabía nadar. Siempre había estado con los niños mayores cuando eran pequeños. Solían tumbarse en una de las balsas de madera de la playa y tomar el sol. Para llegar allí, había que nadar unos trescientos metros...

Toni Sattelmacher, muerto en Fleetstedt.

Enna no quería creerlo. Recordaba vagamente que la invitaron a una de sus fiestas de cumpleaños. ¿O solo había pasado un verano con él porque sus padres se conocían? Enna no lo sabía. Había pasado mucho tiempo y hacía años que no pensaba en Toni. Quizá fue por lo que llevaba puesto. No encajaba en absoluto. Parecía un viejo abrigo de pescador, como el que el tío de Enna, Friedhelm, llevaba a menudo. Todas las generaciones mayores llevaban esos abrigos, pero ninguno de los jóvenes lo hacía. Entonces, ¿por qué lo hacía Toni?

¿De verdad era Toni?

Enna volvió a inclinarse sobre el muerto y lo miró a la cara. Luego asintió con la cabeza. Sí, definitivamente era Toni. Lars tenía razón. Reconoció los rasgos hinchados.

Así que probablemente Enna ya tenía un nuevo caso, el primero sin su antiguo jefe. El primero con Pavel Neuhof.

Hizo una mueca. Esperemos que Neuhof no haya venido aquí para tomarse las cosas con calma. Si lo hubiera hecho, su debut con un cuerpo en el agua ciertamente no sería lo mejor.

Enna suspiró en voz alta. Le castañeteaban los dientes por el frío. Sus vacaciones habían terminado.

Presionando los labios, dejó el cadáver para que se secara y para poderse vestir. Luego llamaría a la oficina y llamaríav a Pavel Neuhof

a la playa para su debut.

Con suerte, él no se ofendería.



Neuhof no se ofendió porque no estaba en la oficina, le dijo Berger. Tampoco se le pudo localizar a través de su teléfono móvil. Se había ido a algún sitio sin decir una palabra. Pero probablemente había pasado los últimos días lidiando con la muerte de Dietrichsen.

Ya veo. El caso Dietrichsen no había sido realmente un caso en lo que respecta a Enna. El viejo granjero se había quitado la vida debido a la aparición de demencia. Visitó la granja antes de irse de vacaciones, inspeccionó todo y archivó el caso tras recibir el informe de la policía científica y el informe preliminar de la oficina del patólogo. De hecho, lo único que quedaba pendiente era el informe toxicológico para determinar si el viejo granjero había estado bajo los efectos de drogas. La hija del muerto había insistido en hacerlo, por lo que lo ordenaron, tras una larga discusión, para obtener una claridad absoluta, pero ¿qué sentido tenía? No había motivos para asesinar al viejo granjero. Especialmente no en Fleetstedt.

Enna suspiró. ¿Podría Neuhof revisar su trabajo? No le gustó la idea, pero no importó. Había hecho un buen trabajo; nada podía cambiarlo—a menos que el patólogo encontrara pruebas de la presencia de fármacos en su organismo. Eso pondría la muerte bajo una luz diferente.

Enna miró al muerto Toni, que aún yacía en la playa. Una gaviota se le acercó con curiosidad, pero cuando el viento sacudió el oscuro chubasquero, la gaviota se fue volando.

Sacudió la cabeza. ¿Qué hacía aquí? Estaba de vacaciones. Pero en vez de salir de la playa, buscó el número del consultorio del patólogo en su lista de contactos y lo marcó.

«La inspectora de policía Enna Koopmann», dijo. «Hola, llamo por Dietrichsen. Fleetstedt. Sí. Se trata del informe toxicológico. Ya debería estar disponible».

El empleado soltó un «¡Ah!» «Sí, un colega suyo llamó hoy. Neudorf o Neuhaus o algo así».

«Sí, ese es mi nuevo jefe».

«Ah, está bien. Bueno, no hay nuevos hallazgos. El informe toxicológico—espere un minuto—no encontró ninguna toxina. Se lo envié por fax a su jefe».

Las comisuras de la boca de Enna mostraron una leve sonrisa por un momento. «Gracias, es todo lo que necesitaba saber».

«Está bien, entonces. Por cierto, ¡su oficina nos informó antes de que ha habido una muerte! El Sr. Kettler ha salido inmediatamente al lugar de los hechos».

Eran buenas noticias. Nils Kettler, el patólogo forense responsable de Fleetstedt y la región circundante, era un buen hombre. Era fácil trabajar con él y no tenía pretensiones. A Enna le gustaba eso.

Le dio las gracias, colgó el teléfono y volvió a pensar en Dietrichsen. Tal y como pensaba. Definitivamente es un suicidio. ¿Por qué Neuhof seguía investigándolo? Esto lo dejaba todo claro. Podría cerrar el caso y dejarlo pasar. Ponerle el sello y ya está. Él debería estar sentado en su escritorio.

Se fue a algún sitio sin decir una palabra...

De hecho, el único lugar al que podría haber ido era a la granja de Dietrichsen. No había otro lugar adonde ir en relación con el suicidio.

Enna se rascó la cabeza y tomó una decisión: en cuanto Kettler llegara a recoger el cadáver, iría a casa de los Dietrichsen. De todos modos, la granja estaba de camino a casa. Si Neuhof estaba allí, ella lo recogería; si no, él estaría gafado.

Sí, eso es lo que haría. Mientras tanto, tenía que cambiarse. Todavía tenía puesto su traje de baño mojado debajo de la toalla y la chaqueta.

Miró a su alrededor. Lars todavía estaba ocupado dándole la espalda, y los otros cuatro se habían retirado al estacionamiento detrás del dique. Una mirada rápida a Toni... no era como si pudiera esperar que él apartara la mirada.

Enna se quitó rápidamente la ropa mojada y se vistió. Ya llevaba puesta la camiseta y la chaqueta, así como sus característicos

pantalones cortos, y se estaba poniendo un par de calcetines coloridos—hoy llevaban aguacates de color verde brillante—cuando vio una figura en la cresta del dique.

Afortunadamente, no era un transeúnte, sino Nils Kettler.

El hombre, de unos cincuenta años, era realmente único en su clase, por lo que a Enna le agradaba tanto. No importaba el clima, siempre llevaba una gorra de punto azul oscuro, por debajo de la cual se asomaban sus sienes grises. Su rostro siempre estaba bronceado, lo que hacía que su barba gris de tres días destacara—casi como sus calcetines.

La saludó desde la distancia y bajó por la playa a pasos agigantados. Llevaba su funda metálica en la mano derecha.

«¡Hola!», la saludó durante los últimos metros. «Hace un tiempo maravilloso, ¿verdad?»

Enna sonrió y sacudió su cabello mojado. «He estado nadando».

«Y pescando un cadáver». Se detuvo al lado del muerto y lo examinó con las cejas levantadas. «Está bien».

«¿Qué?»

«Su estado. Esperaba algo peor. No hace mucho que está ahí. Calculo entre doce y dieciséis horas. Como ya sabe, se conocerán más detalles después de la autopsia».

Enna asintió y calculó la hora. El fallecido debe haber caído al agua en algún momento de la pasada noche. «¿Puede decir si se ahogó?»

«No. Revise su boca y nariz. ¿Se ve algo inusual?»

«No».

«Ese es el punto. La única señal externa de ahogamiento es una fina espuma blanca en la parte frontal de la boca o la nariz. Eso no se ve aquí, pero podría haber sido lavado por las olas».

«Ya veo. Así que tendrá que abrirlo».

«Correcto. Una indicación sería el contenido del estómago diluido, por ejemplo. Después de transferirlo a un frasco de vidrio, mostraría tres capas». Kettler levantó el pulgar. «Espuma blanca». Levantó el dedo índice. «Luego líquido. Y, por último, partículas sólidas de comida». Terminó la lista con el dedo medio. «Pero hay

otras señales. El muerto me lo dirá. ¿Tiene alguna idea de quién es?»

«Toni Sattelmacher. Viene de por aquí».

«Está bien». Kettler se arrodilló y examinó las manos del muerto, luego su cabeza. Entrecerró los ojos. «¿Ve esto?» Señaló un punto en un lado de la parte posterior de la cabeza.

Enna estiró el cuello. Reconoció una zona rojiza y gruesa debajo del pelo muy corto. «Parece hinchada».

«Sí. Podría ser un traumatismo con objeto contundente».

«De...»

«De una caída, por ejemplo. O bajarse de un barco. Pero podría ser por un golpe. Eso también quedará claro. ¿Ha empezado a buscar barcos abandonados?»

«Aún no. Pero lo organizaré». Tomó nota de ello.

«Eso es lo que esperaba». Sonrió y luego se puso serio. «Hoy hablé por teléfono con su nuevo jefe. Un tipo extraño».

Enna respiró hondo. «Aún no lo he conocido. De hecho, estoy de vacaciones».

«¿De verdad? Oh, lamento que tenga que lidiar con gente muerta durante las vacaciones».

«Está bien. Al menos no requieren mucho de mí».

Kettler se echó a reír, mostrando las patas de gallo alrededor de sus ojos. «Por eso me convertí en patólogo forense, señorita Koopmann. Los muertos son muy tranquilos. Aunque una compañía estimulante como la suya es agradable». Le guiñó un ojo, abrió la funda y sacó una cámara réflex. Varias lentes se encontraban en compartimentos acolchados, listas para su uso.

Enna se puso de pie. Sabía que Kettler querría que lo dejaran solo ahora. «¿Cuándo sabrá algo?»

«Mañana tendrá una primera evaluación. Si todo va bien, terminaré la autopsia a última hora de la mañana. Eso depende de cuántos secretos quiera contarnos el Sr. Sattelmacher».

Enna asintió y metió las manos en los bolsillos. «¡Entonces nos vemos mañana! ¿Puedo dejarle aquí?»

«Por supuesto. ¿Qué mejor que una investigación patológica en la playa, con el viento silbando en mis oídos y las gaviotas bailando

en el cielo?»

A Enna se le ocurrieron algunas cosas, pero se guardó para sí misma el comentario sobre aquella descripción llena de poesía. Levantó la mano en señal de despedida, cogió su mochila y cruzó la playa con dificultad hasta el estacionamiento.

Neuhof y Dietrichsen volvieron a cruzarse por su mente. Suspiró. Haría de taxista y esperaba encontrar a Neuhof en la granja.



La granja de los Dietrichsen estaba justo al otro lado del dique. Consistía en varios acres de tierra, en su mayoría campos y prados, la casa principal y algunos establos. Unas cuantas ovejas estaban de pie estoicamente a lo largo del camino de entrada, masticando hierba. En sus lomos estaban pintados con aerosol números de color rosa neón, que sobresalían de forma poco natural en un entorno que, por lo demás, era muy tranquilo.

Enna se detuvo frente a la puerta entreabierta, salió y la abrió por completo para poder pasar. Chirrió horriblemente y dejó rastros de óxido en sus dedos.

En el patio, vio una bicicleta que le resultaba familiar. Era la bicicleta de la oficina, apoyada contra el edificio principal. Así que Neuhof estaba aquí.

«Genial», gruñó Enna y subió los desgastados escalones que conducían a la puerta principal. Tocó el timbre y, un momento después, la joven Sra. Dietrichsen abrió la puerta.

«¡Oh, hola, Enna! Tu colega ya está aquí».

«Bien. ¿Dónde está?»

«En el ático». Se encogió de hombros. «Quería echar otro vistazo a su alrededor. Le abrí la puerta. ¿Alguna noticia?»

«La verdad es que no. Definitivamente fue un suicidio».

La joven Dietrichsen lo esperaba, así que suspiró con calma. «Cualquier otra cosa me habría sorprendido. Pero sigo sin creer que se quitó la vida. Todo estaba bien».

Excepto por el aumento de la demencia. Enna frunció los labios en señal de disculpa. «De nuevo, lo siento. Pero tengo que ir allí».

«Sí, por supuesto. ¿Conoces el camino?»

«Sí, conozco el camino».

Enna entró en la casa. Olía a madera vieja y albañilería. Era un olor único que solo conocía de las casas antiguas.

Una empinada escalera conducía al ático; primero al piso superior y de allí a arriba. La barandilla de madera había sido pulida hasta quedar lisa tras muchas décadas de manipulación. La pintura original nunca se había renovado; la madera desnuda brillaba por todos lados.

Un gemido desde arriba hizo que Enna se detuviera. Algo retumbó. ¿Era madera sobre madera? ¿Qué hacía Neuhof ahí arriba? ¿Seguía husmeando en el ático?

Se frotó la cara, sacudió la cabeza y subió los últimos escalones.

Algo volvió a retumbar. La madera crujía.

Enna se detuvo frente a la puerta cerrada y cerró los ojos. No tenía ganas de enfrentarse a su nuevo jefe en este momento, pero ya no había vuelta atrás. Tenían a un hombre muerto, lo que significaba que podían tener un caso, y ella tenía que informarle.

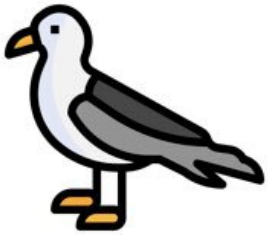
Su mano cogió el pomo de la puerta, empujó hacia abajo la vieja manija de hierro forjado y abrió la puerta.

La visión que vio Enna en sus ojos la hizo hacer una mueca.

Nada menos que el inspector jefe Neuhof—lo reconoció por la imagen de su expediente personal—estaba aferrado a una de las vigas del techo a una altura de más de dos metros, luchando visiblemente con la gravedad.

Cuando oyó el crujir de la puerta, la miró y dijo con voz apresurada: «¡Dietrichsen se suicidó! »

Capítulo Cuatro



Enna asintió con la cabeza. ¡Qué revelación! Pero, ¿por qué Neuhof hacía flexiones en las vigas? ¿Era una nueva estrategia de investigación de asesinatos la que aprendió de la policía de Kiel? Entonces vio la soga que tenía alrededor del cuello. Se parecía casi exactamente a la soga del viejo Dietrichsen. Sacudió la cabeza. ¡De ninguna manera! La ama de llaves no había podido bajar al viejo, así que Enna acabó mirándolo a la cara, justo como ahora miraba a su nuevo jefe. La única diferencia era que las mejillas de Dietrichsen estaban muy pálidas, lo que contrastaba con las manchas rojas de la frente. No podría quitarse esa imagen de la cabeza en un futuro próximo.

«¿Le importaría...» Neuhof tenía prisa.

Por supuesto que podría. Corrió hacia él, lo agarró de las piernas y lo levantó un poco.

Neuhof gimió y su cuerpo se movió. Esperaba que se diera prisa. Ella no sería capaz de sostenerlo por mucho tiempo... *Sonido de rasgado*. Sus pantalones se abrieron a los lados, revelando bóxers azules, casi hasta la rodilla. Se dio cuenta de la elección de la ropa, pero no la evaluó. ¿Por qué lo haría? Bastaba con que la gente no se burlara de su estilo.

«Ya puede... soltarme», dijo Neuhof. «Y... gracias».

Rescate número tres. Primero el intento con Lars, luego el fallido rescate de Toni y, finalmente, el éxito, con su futuro jefe entre todas

las personas. ¿No era esa la base de una buena relación laboral?

«De nada», dijo. «El rescate es mi pasatiempo».

Decirlo sonaba más extraño que pensarlo, pero estaba acostumbrada a eso.

«Técnicamente, no puede llamarse rescate». Neuhof tiró la cuerda a la esquina y se enderezó la camisa y los pantalones. Tocó los desgarros de la tela y resopló. Debe haberle recordado algo. Volvió a tocar la camisa y volvió a resoplar.

Recién ahora Enna se dio cuenta de lo que acababa de decir Neuhof. ¿No era costumbre en su mundo dar las gracias? Estaba en el suyo. «Vamos, debería haberse visto a si mismo ahí colgado con la soga casi apretada».

«Bueno, todavía tenía la posibilidad de ponerme de puntillas...»

Enna regresó a la puerta. «No sabe de lo que está hablando. ¿Por qué no toca la viga de la que estaba colgado?» Se mordió la lengua. ¿Estaba permitido criticar así a tu jefe?

«Estaba aguantando». Neuhof se acercó y tocó la madera. Luego se puso de puntillas. Sus dedos no llegaban a la parte superior de la viga. Eso debe haberlo hecho pensar, porque no dijo nada. En cambio, los músculos entre la línea del cabello y la oreja se contrajeron—músculos que permitían a su tío Friedhelm mover las orejas de forma tan divertida.

Con Neuhof, nada se movía excepto los músculos. Era como si condujeran una máquina pensante en su alargado cráneo. La línea alta de su cabello reforzó la impresión.

Enna se rió. «Solo admita que estaba en problemas y no se lo diré a nadie».

Eso era mentira. Aunque siempre se ha dicho que los frisones orientales son muy callados, en su bar favorito de Fleetstedt era de buena educación hablar de las desgracias ajenas.

«Está bien», gruñó Neuhof. «Admito que me habría quedado sin opciones muy pronto».

Hombres. Como la mayoría de los miembros de esa especie, aparentemente era incapaz de admitir la derrota sin peros.

«El patólogo me dijo que le dijera que Dietrichsen no estaba bajo los efectos de ninguna droga que pudiera haberlo llevado a la

muerte. Por supuesto, tomó muchas pastillas, pero todo estaba dentro de lo razonable».

«Oh, ¿pastillas? ¿Lo hemos consultado con el médico?»

«Por supuesto, consulté con el Dr. Sörensen. No sabía nada sobre la muerte de Dietrichsen».

«Ya veo. Bueno, la forma en que se ahorcó también me parece mucho más clara ahora. No es un caso para nosotros. Así que volvamos a la estación de policía. O espere, Enna, ¿no está de vacaciones?»

Sacudió la cabeza. «No estoy aquí por Dietrichsen. ¡Tenemos un hombre muerto!»



«¡Adiós, Enna!» la joven Dietrichsen la llamó y ella le devolvió la despedida. La bicicleta de su jefe estaba en la parte trasera. Olía a aceite para cadenas. Era bueno que se hubiera llevado el viejo Passat. La moto nunca habría cabido en el nuevo BMW.

Enna salió, abrió la puerta por segunda vez, la atravesó y la volvió a cerrar. Al parecer, a Neuhof no se le ocurrió ayudarla. Señaló disculpándose por el desgarro que tenía en los pantalones. Oh, bueno. Pero no iba a dejar que se saliera con la suya para siempre. Su antiguo jefe habría saltado del coche, a pesar de sus sesenta y tres años. Era de la vieja escuela.

La nueva escuela no parecía mucho más joven. Quizá era la calva redonda que tenía en la parte posterior de la cabeza, o el hecho de que a veces hablaba con un poco de fuerza.

«¿Sería tan amable de conducir el coche un poco más despacio?»

Como ahora, por ejemplo. Quitó el pie del acelerador. Vale, las carreteras de aquí eran estrechas, pero se podía ver el tráfico que venía en sentido contrario a kilómetros. Para los lugareños, cincuenta en una carretera rural era normal, y Enna Koopmann era una de ellas, a pesar de que su padre había emigrado de Baviera.

«Gracias», dijo su jefe.

Ella lo miró y su rostro se torció en algo que podría interpretarse como una sonrisa, pero también como un síntoma externo de dolor de muelas. *Sonrisa*, decidió y le devolvió la sonrisa. No es que tuviera otra opción.

«Entonces, ¿qué puede decirme sobre nuestro nuevo caso?»

Toni Sattelmacher. Su sonrisa desapareció. Todavía no podía creer que él... que él... y tan joven... Enna tragó.

«Lo siento», dijo Neuhof. Debe haber notado su reacción. Bien, entonces no era un imbécil insensible. Nunca había sido capaz de tratar con gente así.

Enna se tragó sus emociones y le contó cómo había encontrado a Toni, y que el patólogo no había descartado causas naturales durante el breve examen en la playa, pero tampoco quería comprometerse con eso.

«Ya veo. Supongo que no sabremos si realmente tenemos un caso hasta mañana». Su jefe se aferró a la manija de la puerta mientras doblaba la infame curva detrás del dique Fleeter. De adolescentes habían corrido en ciclomotores aquí, imaginando que conducían por el famoso Nordschleife de Nürburgring. Siempre había pensado que estaba en Baviera.

Regresó mentalmente al presente. «Bueno, si se ahogó, aún queda la duda de si alguien lo arrojó al agua».

Neuhof asintió. «Es cierto, supongo».

Probablemente no era un hombre de muchas palabras. Si su vocabulario no fuera tan extraño, podrían confundirlo con un lugareño.

«Hice que la sede me diera la dirección de los padres», dijo Enna. «Viven en una residencia de ancianos. 'Zum Abendrot' o algo así».

«Bueno, lo importante es que tenemos la dirección». Su jefe apoyó la cabeza contra el reposacabezas y cerró los ojos. ¿Estaba nervioso? Sus manos descansaban holgadamente sobre su regazo.

«Acabo de recordar que primero tenemos que pasar por mi pensión. Necesito un par de pantalones nuevos». Señaló la rasgadura.

«¿Dónde está?»

«Schmale Gasse 23».

«¿Eso está justo al lado del mercado?»

Neuhof asintió.

«Eso es un inconveniente», dijo Enna. «Hoy en día hay un mercadillo allí. No podremos pasar. Pasemos por mi apartamento, ya que está de camino a la residencia de ancianos. Lo coseré muy rápido».

«Eso está fuera de discusión».

«Pero sería mucho más rápido de esa manera». ¿Cuál era su problema? Hoy era su último día de vacaciones y no quería pasárselo en el coche.

«Lo coseré yo mismo. ¡No es mi ama de llaves!»



«Muy buen trabajo». No era mentira. No podría haber hecho un mejor trabajo por sí misma. Empezó a pasárselo por alto, pero su jefe rápidamente dio un paso atrás y la hizo chocar contra la puerta del baño.

«Lo siento». De hecho, Neuhof se sonrojó. Se dio la vuelta y cerró la puerta tras de sí. Se había refugiado en su baño para coser, supuestamente por la mejor iluminación, pero entonces, ¿por qué cerró la puerta con llave?

«¿Me puede dar un minuto?» preguntó ella.

«¿Qué?»

¿Qué clase de pregunta era esa? Estaba de pie justo en frente de la puerta del baño, bloqueándole el paso.

«En el baño. Necesito cambiarme».

«Uh, por supuesto». Pasó detrás de ella. El pasillo de su pequeño apartamento era estrecho y oscuro. «Será mejor que espere en el auto». Neuhof corrió hacia la salida, como si estuviera huyendo.

«¡Espere un minuto!» ella lo llamó. «¡La llave!»

Ella cogió el pequeño bulto del estante y se lo arrojó. Su jefe extendió la mano con precisión y cayó justo en la palma de su mano. Tenía buenos reflejos. Tenía ganas de hacer su primera

práctica de tiro con él. No es que hubiera disparado con mucha frecuencia en Fleetstedt, excepto cuando salvó a una oveja de una muerte agónica tras ser atropellada por el coche de un turista. Todos los demás disparos los había hecho durante sus seis meses de entrenamiento.

«¡No tardaré mucho!» llamó: «Solo necesito...»

Pero la puerta ya se había cerrado de golpe.



Era un poco extraño, su nuevo colega. Enna se quitó los pantalones cortos y se sentó en el asiento del inodoro, agradablemente fresco. El mes de junio había comenzado inusualmente caluroso, hasta alcanzar los veinticinco grados al mediodía. ¡Pobres ovejas en los diques! Su antiguo jefe tenía un pequeño rebaño como pasatiempo y le había explicado que los animales no sudaban, solo jadeaban un poco para eliminar el exceso de calor corporal.

Los últimos días habían sido mucho más fríos, pero eso no impidió que Enna usara sus pantalones cortos.

Se limpió y se vistió. Mientras lo hacía, pensó en su nuevo jefe. Obviamente, era un investigador minucioso. La forma en que había escenificado la muerte de Dietrichsen... Volvió a pensar en los ojos saltones del viejo granjero, pero al instante decidió que era mejor pensar en Neuhof. Abrió el grifo y se lavó las manos. ¿Qué es exactamente lo que le pareció extraño en él? Por un lado, estaba la forma en que hablaba. Usaba palabras que no se utilizaban en el habla cotidiana y tomaba todo lo que decía al pie de la letra. Luego estaba su aparente aversión a que lo tocaran. A Enna le encantaba abrazar a sus amigos, sin importar el género. Se secó las manos con la toalla pequeña que había junto al lavabo.

Quizá fue porque apenas se conocían. Pero eso cambiaría, y ojalá pronto. Si iban a trabajar bien juntos, tenían que conocerse. Ella invitaría a su jefe a su pub favorito esta noche.



«Esos pantalones cortos», dijo Neuhof al subir al auto, pero luego vaciló.

«¿Sí?»

«Olvídelo. Es inapropiado».

«No, pregunte». Ya sabía exactamente lo que él quería saber, pero ella se merecía una pregunta completa.

«Está bien, entonces. Sus pantalones cortos son inusuales».

«Esa no es una pregunta».

Su jefe se retorció, pero ella no se rindió. «¿Por qué los lleva puestos, Enna?»

Ahí lo tienes. Funcionó después de todo. «Me encantan los pantalones cortos, siempre me han gustado. No llevaba nada más cuando era pequeña. Y los calcetines de colores son parte de ello para mí».

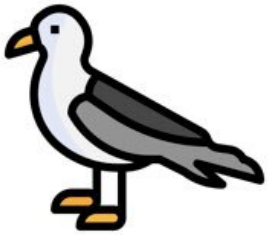
Era extraño que le preguntara eso el primer día. Sentía que los cortos definían su vida al menos tanto como su nombre de pila o su profesión. Pocas personas en el mundo lo entendieron. ¿Pocos? No podía pensar en nadie excepto en su padre.

«Interesante», dijo su nuevo jefe.

Enna esperó a que dijera algo más, pero no siguió nada. Su expresión no revelaba si el adjetivo significaba «Oh, Dios mío», «Por el amor de Dios», «Cómo podría» o «Pobre loca».

A ella le pareció bien. Probablemente Neuhof no era una de las personas que la entendía. No tenía que hacerlo. No era más que su nuevo jefe. Y tenía que llevarse bien con él. Por suerte, los pantalones cortos no jugarían un papel en eso.

Capítulo Cinco



La luz se puso amarilla. ¿Ella lo haría...? Su subalterna pisó el acelerador. La fuerza de la inercia lo empujó a sentarse en el asiento. Pavel se comprobó el cinturón de seguridad y agarró la manija que estaba por encima de la ventana. Con un *silbido*, el auto atravesó la intersección disparado.

«¿Tiene que... ?» Pavel apretó los labios. Ya había avergonzado a Enna anteriormente con su pregunta sobre sus pantalones cortos. ¿Por qué no podía controlarse?

«¿Qué tengo que?» respondió ella.

Ahora tenía que ser más específico. Ya había aprendido que ella no se rendiría. De hecho, le gustaba eso en la gente, aunque pudiera resultar agotador. «Conducir tan rápido».

Enna frunció el ceño y lo miró, asustándolo. No le tenía miedo, por supuesto, ya que apenas la conocía, sino el hecho de que no estuviera vigilando la carretera.

«Mire, la aguja del velocímetro está justo en la línea», dijo. «Cincuenta».

«No veo ninguna señal de tráfico azul allí. Ya sabe, la velocidad se convierte en energía cuando se eleva al cuadrado. Si chocamos con un peatón, apenas tendrá posibilidades al ir a más de treinta».

Enna inhaló y exhaló profundamente. Claramente quería aumentar el suministro de oxígeno a sus células. Pavel la imitó. La

gente se siente mejor cuando otra persona la refleja. Lo había aprendido en una clase de citas.

«¿Qué estoy haciendo mal ahora?»

La pregunta lo sorprendió porque no la había vuelto a criticar, a pesar de que seguían conduciendo por Fleetstedt a una velocidad completamente innecesaria de cincuenta kilómetros por hora. A los padres del difunto no les vendría bien recibir la noticia más rápido. Por el contrario, según su experiencia, la situación de los afectados con frecuencia se deterioraba dramáticamente como resultado de la información.

«¿Y bien?» Preguntó Koopmann, activando la señal de giro. A Pavel le encantaba el sonido rítmico del clic. Le hacía cosquillas en la espalda, pero no podía concentrarse por completo porque su colega esperaba su respuesta. Enna Koopmann había hecho hincapié en la palabra «mal», por lo que también debía tener un significado especial para ella, de forma consciente o no. Luego estaba el adverbio «ahora», que posicionaba un proceso en el tiempo. ¿Intentaba Enna señalar un contraste entre las expectativas y la realidad? ¿Quería sugerir una respuesta negativa? ¿Sirvió la palabra para crear un cierto énfasis? ¿Consideraba que el hecho de haber cometido errores era inalterable?

Pavel asintió. Al menos esa afirmación era cierta. La gente comete errores. Él no se excluía de eso.

«¿Entonces?» Enna insistió.

«Sí, por supuesto, todos cometemos errores», explicó Pavel. Con suerte, lo dejaría así. En vez de eso, ¿no podría preguntarle qué sabía sobre los padres del muerto?

«¿Eh? ¿Qué tipo de respuesta es esa?»

«Esa es una respuesta exculpatoria. Saber que todos cometemos errores todo el tiempo nos permite practicar la tolerancia mutua».

Al menos eso es lo que le había dicho el psicólogo al que visitaba regularmente en Kiel. No se aplicaba a él. Cuando se daba cuenta del alto riesgo de cometer un error, perdía la capacidad de actuar. Pero otras personas se sentían extrañamente aliviadas.

«Estimado Sr. Neuhof, está diciendo tonterías».

Obviamente, Enna Koopmann no pertenecía a ese grupo. Quizá se parecía más a él de lo que pensaba.



«Hemos llegado», anunció Enna, lo que se hizo evidente cuando el automóvil se acercó a un arco con columnas a lo largo de un camino de tierra.

Pavel esperó a que el coche se detuviera, se desabrochó el cinturón de seguridad y salió. La tierra bajo sus pies estaba firme. La casa, pintada de un amarillo fresco, parecía una villa toscana. El solo hecho de mirar las columnas le daba dolor de cabeza. Alternaban entre los estilos dórico y jónico, y no tenían base ni zócalo.

«Bonito lugar», dijo Enna mientras subía los tres escalones que conducían a la entrada. Pavel no señaló los errores obvios del arquitecto. Había rampas a la izquierda y a la derecha de la entrada, pero ¿no era la grava extremadamente poco práctica para las personas en silla de ruedas?

Una mujer joven se les acercó. Su uniforme consistía en un polo blanco y pantalones blancos. Pavel todavía estaba tratando de descifrar su etiqueta con su nombre cuando Enna sacó su placa.

«La inspectora de policía Enna Koopmann», se presentó. «Y este es mi colega, el inspector jefe Pavel Neuhof».

«Soy Jenny Kring, asistente del director de Haus Abendruh». La mujer extendió la mano, sorprendiendo a Pavel, que había olvidado sus guantes. Seguro que habría algún sitio donde lavarse las manos.

«Nos gustaría hablar con el Sr. y la Sra. Sattelmacher», dijo.

«¿Sattelmacher?» La joven cerró los ojos un momento como si estuviera pensando.

«¡Siena!» dijo un enfermero con un abrigo azul.

«¡Sí, por supuesto!» La joven se dio una palmada en la frente con la palma de la mano. «Los Sattelmachers están en la suite Siena». Jenny Kring se acercó y susurró: «¿Puedo preguntar si hay algún problema?»

Pavel dejó que su colega respondiera porque le molestaba el perfume de la mujer. Olía a una mezcla pesada y anticuada de rosas y violetas, y no le sentaba nada bien a la joven. ¿O lo había elegido para adaptarse a sus clientes?

Enna lo miró brevemente. Un aleteo de sus párpados indicaba confusión. Pavel miró al techo, donde un foco inusualmente brillante bañaba la antesala con una luz cálida.

«Me temo que no podemos darle ninguna información», dijo Enna finalmente.

Era normal que la gente expresara su curiosidad en momentos como este. Pero no había nada malo en preguntar. «¿Alguna vez ha tenido problemas con los Sattelmachers?»

Pavel estudió el rostro de la joven. A punto de estornudar, se dio la vuelta y se sonó la nariz con su pañuelo de algodón.

«No, son una pareja muy tranquila».

«¿Se llevan bien?» preguntó Enna.

«Salen a caminar juntos todos los días, al muelle y de regreso, sin importar el clima».

«Eso es amor verdadero, ¿no?» Enna le dio un codazo con el codo. Pavel se sacudió.

«¿Y el uno con el otro? ¿Alguno de ellos muestra un comportamiento dominante?» Según su experiencia, era extremadamente raro que ninguno de los miembros de la pareja asumiera el papel dominante en una relación a largo plazo. Eso incluso se aplicaba a las relaciones profesionales, pero no a él, ya que evitaba deliberadamente esos juegos.

«¿Quiere decir quién está a cargo?»

«Sí, exactamente».

«Bueno, no se puede negar que la señora Sattelmacher es la persona más... autoritaria. Pero yo no llamaría a eso...»

«Gracias, señorita Kring», la interrumpió. Por alguna razón, la gente se avergonzaba de llamar dominantes a los demás. «¿Le importaría mostrarnos dónde está la suite Siena?»

«Uh... sí, estaré encantada de hacerlo. Por favor, seguidme».



«... y esta es mi colega, la inspectora de policía Enna Koopmann», terminó esta vez la introducción.

Enna levantó la mano en señal de saludo. «Hola a todos.»

Había entrado en la suite de los Sattelmachers a su paso, e incluso ahora no se acercó para estrechar la mano de la madre y el padre del muerto, sino que mantuvo un perfil muy bajo. Pavel se alegró de ello, pues le permitió terminar el saludo con una reverencia anticuada pero pulcra. Al mismo tiempo, no pudo ocultar su asombro. La gente normal, cosa que él no era, tendía a cambiar su comportamiento de vez en cuando, pero cuando lo hacían, por lo general había una razón para ello. ¿Quizás Enna conocía a los padres del muerto? O tal vez se sentía incómoda al tener que darles la noticia de la muerte de su hijo.

«¿Enna?» La señora Sattelmacher se les acercó de repente. Pavel sintió la necesidad de retirarse, pero se obligó a permanecer donde estaba. La anciana, sin embargo, no se movía en absoluto hacia él, sino que caminaba a su alrededor, apuntando claramente hacia su colega. Arrastraba la pierna izquierda. Llevaba una combinación de una blusa blanca y una falda larga de color verde claro con un delantal azul de lunares. Su ex esposa habría criticado la combinación de colores, pero como el verde y el azul estaban muy juntos en el espectro, tenía mucho sentido desde su punto de vista.

«¿Enna?» La señora Sattelmacher volvió a preguntar.

«Sí, señora Sattelmacher».

«¿Dónde está nuestro Toni?»

Pavel frunció el ceño. ¿Qué tipo de pregunta era esa? ¿Se conocían bien el muerto y su colega? «Señor y señora Sattelmacher», comenzó, «tengo una triste noticia que contarles».

«Toni ha muerto, señora Sattelmacher», dijo Enna en un tono extrañamente afectado.

Silencio. Pavel oyó el sonido de un sistema de ventilación. Parecía sobrepasar los límites de los sistemas de bajo ruido, zumbaba tan fuerte.

«¿Qué has dicho?» preguntó el Sr. Sattelmacher con una voz apenas audible que no podía competir con el ruido del ventilador.

Enna tragó. «Toni está muerto».

«Pero... pero estuvo aquí ayer para visitarnos. ¿No fue así, querida? ¿No fue ayer?»

«Sí, nos visitó ayer», confirmó la Sra. Sattelmacher. Tenía los ojos fijos en Enna, que había dado un paso atrás. Una emoción brilló en su rostro. ¿Era ira? ¿Angustia? ¿Incomprensión? Pavel no estaba seguro de lo que veía. «¿Qué estás diciendo, Enna?»

Una lágrima corrió por su rostro. «Por desgracia, es cierto. Hoy lo saqué del agua yo mismo. Mis condolencias, señora y señor Sattelmacher».

La anciana frunció el ceño y miró a Pavel y Enna uno por uno. Algo parecía estar pasando detrás de sus ojos. Quizás la información acababa de registrarse. Sí, porque de repente se llevó las manos a la cara y se apresuró a volver al sofá donde estaba sentado su marido. Al igual que el resto de los muebles, tenía un aspecto caro y feo. Se hundió al lado de su esposo, pero no lo tocó. Luego sacudió la cabeza confundida. «¿Pero no estaban juntos?» preguntó ella.

«*¿Juntos?*» Enna frunció el ceño y entrecerró los ojos. «¿Qué quiere decir? Saqué su... su cuerpo del Mar del Norte».

«¡Pero si eres su novia! Deberías haber estado con él».

¿Disculpe? ¿La oyó correctamente? ¿Enna era la novia del muerto? Que buen comienzo. ¡Su nueva colega no le había contado nada de su relación con la víctima!

Pavel sacudió la cabeza y dijo: «Enna, ya terminó. No puede investigar este caso». Tenía que sacarla de la línea de fuego lo antes posible, no solo para no poner en peligro el éxito de la investigación, sino también por su propio bien.

«¡Caramba, pero no es cierto, Pavel! Conocía a Toni, es cierto, pero nunca estuve involucrada con él, tiene que creerme».

Parecía desesperada, pero muchos sospechosos le habían mentido con la misma desesperación en sus ojos. Sospechosos, sí. Esperemos que solo le haya ocultado la relación para poder seguir participando en la investigación.

«Enna, por favor, salga de la habitación. Me encargaré de esto».

Empezó a objetar, pero por suerte obedeció. Uf. Temía tener que acompañarla hasta la salida. La pesada puerta se cerró detrás de ella. Eso significaba que ahora tenía que encargarse de todo por sí mismo.

«¿Qué hay de Toni?» El Sr. Sattelmacher volvió a preguntar. No parecía haber comprendido lo que había sucedido.

«Estaba flotando sin vida en el Mar del Norte, señor Sattelmacher. Lo siento mucho. Ahora estamos investigando las circunstancias de su muerte».

«Su muerte». Ahora Sattelmacher padre se levantó y comenzó a pasear por la habitación mientras su esposa lo miraba. Pavel no sabía si ya había entendido la noticia.

Lo dejó así y preguntó amablemente: «¿Cuándo fue exactamente la última vez que su hijo lo visitó?»

«Ayer». El padre de Toni se detuvo y miró fijamente a Pavel, con la barbilla temblorosa. «¿Está realmente muerto? ¿Mi Toni?»

Pavel se limitó a asentir.

Había lágrimas en los ojos de Sattelmacher. «¡Oh, Dios, no puede ser! Debería haber sido... mucho más amable con él».

«¿Hubo alguna discusión?»

«No, no fue una discusión. Se trataba solo de las facturas de nuestro apartamento aquí. Toni siempre las pagaba, pero algunos pagos no han llegado. Estaba enfadado con él porque la dirección había amenazado con desalojarnos. Nos hemos adaptado muy bien. Magda no podría soportar otra mudanza. Estaba muy disgustada por la última». Las lágrimas corrían por las mejillas del viejo.

Pavel se dirigió a la madre del muerto. Estaba inclinada hacia adelante en el sofá y no parecía escuchar en absoluto. ¿Ya había entrado en el estado de estupor?

«¿Cuándo estuvo Toni aquí y cuándo se fue?» preguntó sin emoción.

El Sr. Sattelmacher sacudió la cabeza y olisqueó. «Esa es una pregunta difícil. Había sido por la tarde, antes del té de las tres».

«Gracias. ¿Tenía su hijo algún enemigo?»

«¿Enemigos? ¿Toni? No, todos le querían, a diferencia de Heiner».

«¿Heiner?»

«Nuestro otro hijo. Por desgracia, es bastante... Bueno, probablemente mi esposa lo malcrió. Toni es siete años mayor que Heiner y no es su hijo biológico».

«Era». Pavel se mordió el labio al darse cuenta de la gravedad de su corrección. El viejo probablemente había escuchado su comentario inapropiado. Ahora miró a su esposa, que seguía mirando al suelo. Tenía los hombros caídos. No solo se notaba su edad, sino también el peso de la muerte de su hijo. *Hijastro*, Pavel se corrigió a sí mismo. Tendrían que comprobar qué había sido de su madre. Lo agregó a la lista de verificación que tenía en la cabeza. «Gracias por la información», dijo. «Estaremos en contacto».

El Sr. Sattelmacher se limitó a asentir.

Pavel pensó en otra cosa y levantó el dedo. «Una pregunta más, señor Sattelmacher». Susurró, temiendo que la mujer lo interrumpiera. Pero el padre de Toni no lo escuchó.

«Una pregunta más», dijo en voz más alta.

El hombre alzó los ojos llenos de lágrimas. «¿Sí?»

«Toni y mi colega... ¿qué me pueden decir al respecto?»

Al principio, el hombre no parecía querer responder, pero luego caminó abruptamente hacia el escritorio. Pavel lo siguió. Allí, Sattelmacher abrió una caja plana de madera de aspecto antiguo, hojeó su contenido y finalmente sacó una fotografía. Estaba amarillenta y mostraba a un hombre joven y a una niña aún más joven que solo se parecía vagamente a Enna, pero que llevaba pantalones cortos. Era imposible saber si los calcetines eran de colores.

«Son Toni y Enna», dijo Sattelmacher. «Han sido pareja desde entonces».

La foto tenía claramente más de veinte años. No necesitaba que Enna le dijera eso. Pavel sacudió la cabeza. «¿No hay una foto más reciente?»

El hombre hurgó en la caja. De repente, sacó una foto que alguien había cortado. Luego otra y otra. Parecía costarle mucho a Sattelmacher, porque tiró las fotos sobre la mesa, sudando profusamente y con manchas rojas en la cara.

«¿Quién falta?» preguntó Pavel, señalando una de las fotos. Reconoció un faro sobre una roca y a los dos viejos Sattelmachers. «Y tranquilícese, por favor. Son solo fotografías».

«¡Toni! ¡Alguien lo ha recortado! ¡De todas partes!» De repente, el hombre se agarró del pecho, gimió en voz alta, se balanceó y cayó a un lado.

Con una salto, Pavel logró atrapar el cuerpo flojo. El peso lo hizo gruñir, pero no lo soltó y acostó con cuidado al Sr. Sattelmacher sobre la gruesa alfombra casi nueva. «¡Busca ayuda!» gritó, pero la señora Sattelmacher seguía sentada en el sofá, estudiando la alfombra.

Mierda. Ella no respondía. Debe haber una campana. ¡Ahí, en la entrada!

Corrió hacia ella y la tocó varias veces. En algún lugar del pasillo, sonó una campana. La puerta se abrió de golpe de inmediato y Enna entró corriendo. Vio a Sattelmacher tumbado en la alfombra y a su esposa sentada en el sofá. «¿Qué pasó?» Corrió hacia él y se hundió en el suelo a su lado.

«Se desmayó».

«Está bien. ¡Busca ayuda! ¡Rápido!» Ya estaba agachándose sobre el hombre inconsciente y dirigiéndose a él. «¡Señor Sattelmacher! ¿Me oye? ¿Hola?» Luego le llevó la oreja a la nariz y le miró el pecho, probablemente para ver si seguía subiendo y bajando.

Pavel recordó que era instructora del DLRG. Sabía lo que hacía. Estaba bien. Él prácticamente no tenía experiencia en reanimación cardiopulmonar. ¿Cuándo practicó por última vez? No importa. Busca ayuda.

Estaba a punto de salir por la puerta cuando dos enfermeras y un médico entraron corriendo. Joder, este lugar estaba bien organizado.

«Respira», le dijo Enna al médico. «Pero no responde. El pulso es débil».

«Está bien. Nosotros nos encargaremos», dijo el médico. «Gracias».

Enna se apartó e hinchó los carrillos. Sus ojos se encontraron con los de Pavel mientras el personal médico atendía a Sattelmacher. Le

pusieron una vía intravenosa, pusieron una camilla y lo colocaron en ella. Luego lo empujaron fuera de la habitación.

Magda Sattelmacher no siguió a su marido, pero alzó los ojos y observó lo que sucedía. Su rostro era una máscara rígida. El rostro de Enna también estaba rígido. ¿Debería sacarla de nuevo de la habitación? ¡No! Eso sería injusto.

«Señor Neuhof», dijo de repente la anciana. Su voz tembló levemente.

«¿Sí?»

«No debe creer todo lo que dicen las personas mayores. Algunos han olvidado la verdad y otros no quieren saberla».

«¿Qué quiere decir?»

«Lo de Toni y Enna, era una fantasía de Georg. No creo que a Toni le interesaran en absoluto las mujeres».

Pavel asintió con la cabeza para mostrar una reacción. «Entonces, ¿por qué ha llamado novia a mi colega antes?»

Suspiró. «Lo hice por Georg. Haría cualquier cosa por él, y si la historia de que Toni está en buenas manos con Enna lo hace dormir mejor, no le hace daño a nadie, ¿verdad?»

«Bueno, señora Sattelmacher. Debería ceñirse a la verdad con nosotros. Una relación entre mi colega y su hijo podría haber tenido consecuencias legales para ella».

«¿De verdad?»

«Sí. Me alegro de que me lo haya aclarado».

La Sra. Sattelmacher asintió con la cabeza, se levantó y salió corriendo de la habitación.

Pavel y Enna intercambiaron una larga mirada y luego la siguieron.



«Adelante, Enna. Solo tengo que ir al baño».

Enna simplemente asintió y caminó por el pasillo hasta la salida. La reunión con los Sattelmachers parecía haberle hecho mella.

Pavel esperó a que la puerta se cerrara detrás de su colega. En lugar de ir al baño, se dirigió a la recepción.

«¿Sra. Kring?»

«Qué drama. ¡Toni! ¡Que le pasó a él más que a nadie!»

«¿Debería haberle pasado a otra persona?»

Obviamente recordaba sus funciones oficiales. «No, por supuesto que no. Me refería a que le pasó a él más que a nadie, con el énfasis en «ocurrió», ¿entiende?»

No, no lo había dicho así, pero él no podía obligarla a cotillear.

«Una última pregunta: ¿ha visto alguna vez a Toni venir aquí con alguien?»

«¿Con alguien?» La joven se rascó la cabeza. «Bueno, una vez estuvo con él una señora de su edad. Me pareció familiar de alguna manera. Pero no se presentó por su nombre».

«No se parecía a mi colega, ¿verdad?»

«¿La mujer de los pantalones cortos? Ja, ja, no, la otra estaba muy bien vestida. Una mujer de mundo».

Pavel asintió. «Gracias». Luego siguió a Enna hasta la salida de la residencia de ancianos.

Al hacerlo, se dio cuenta de que el caso estaba cobrando impulso. Eso le gustó. Por suerte, su colega no había estado involucrado con el fallecido. Eso habría sido desagradable y lo habría complicado todo. Habrían descubierto el resto. Primero, necesitaban el número de teléfono celular y los contactos de Toni. Luego verían con quién había estado en contacto. Y con quién no.



«¿De qué iba todo eso?» preguntó Enna cuando estaban de vuelta en el coche. Estaba sentada en el asiento del copiloto como si supiera que lo estaba castigando. Pavel solo conducía cuando tenía que hacerlo. Conducir un vehículo en la calle era demasiado peligroso. Bastaba con que uno de los muchos otros usuarios de la carretera cometiera un error, y luego...

«¿Ya no me quiere hablar, Pavel?»

«Lo siento, pero era necesario».

«¿Porque una anciana senil piensa que soy la novia de su hijo?»

Había sido lenguaje inapropiado. Pavel tragó saliva, con un sabor amargo en la boca. «Puede que tuviera razón», dijo. «Tiene que admitirlo». De todos modos, no era cierto.

«Mire, Pavel. Llevo quince años en el servicio. Sé muy bien que si hubiera estado involucrada personalmente habría puesto en peligro la investigación».

Quizá ese fuera el caso. Pero, ¿cómo iba a saberlo? «¿Y quién me lo iba a decir?»

«Se lo estoy diciendo. Al menos tenemos que confiar el uno en el otro».

Confiar, ahí estaba de nuevo. Su exmujer lo había echado porque supuestamente no confiaba lo suficiente en ella. ¿Pero la confianza no se basaba en la consistencia de las acciones y las pruebas a lo largo del tiempo? Lo había intentado, pero no había funcionado muy bien. Quizá había llegado el momento de hacer un nuevo experimento.

«Tiene razón, Enna. Intentemos confiar».

Mientras pronunciaba las palabras, le recordaron los votos matrimoniales que había hecho una vez. Pero su colega no pareció darse cuenta.

«Está bien», dijo simplemente. «Vamos a la oficina».

¿Bien? ¿Quién dijo eso? Pavel se tragó su respuesta. «Hablando de confianza», dijo. «La verdad es que no me gusta conducir. ¿Podría tal vez...»

«Solo si no me dice cómo conducir».

Pavel asintió. «Palabra de honor de Boy Scout».

«Una pregunta más», dijo Enna. «Vi un nombre extraño en su identificación cuando nos conocimos antes».

Diablos. Se estaba calentando. «¿Sí?»

«Waldemar. Waldemar Neuhof. ¿Quién es Pavel? ¿O mató a Waldemar y ocupó su lugar?» Enna le guiñó un ojo, probablemente indicando que no creía que fuera el asesino de Waldemar. Pero no estaba equivocada.

Pavel tragó. Confianza, ¿qué significaba eso? «Mi mamá me llamó Waldemar», explicó vacilante, «pero no uso ese nombre».

«Entonces, ¿por qué Pavel?»

No le preguntó las razones por las que no usaba su nombre real. Eso le gustó. Pero debe haber oído hablar de Pavel, el Pavel por excelencia. «Pavel Chekov, ¿seguro que lo conoce?»

Enna sacudió la cabeza. «No me suena».

Increíble. ¡No lo conocía! ¿"Nave espacial Enterprise»?

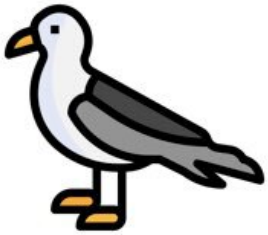
«Ya veo. He escuchado el nombre, pero nunca la he visto».

«Eso es una lástima. Es una interesante serie de ciencia ficción de la década de 1970. Y el ficticio Pavel es el navegante de la nave estelar. Nunca está en primer plano, pero les dice adónde ir».

«Ya veo», dijo Enna, luciendo informada.

Pavel se mordió el labio y no preguntó. Esperemos que pronto olvide la explicación.

Capítulo Seis



Cuando entraron en la oficina, su nuevo jefe se dirigió directamente a la gran ventana que había entre los dos escritorios y la abrió de par en par. Enna se estremeció. El agua fría del Mar del Norte parecía seguir fluyendo por sus venas. Pero lo más probable es que se deba a haber visto al hombre muerto. Estaba acostumbrada a examinar cadáveres, pero sacar a Toni del agua la había conmovido mucho.

«Está pálida, Enna. Un poco de aire fresco le sentará bien.»

Enna estaba de pie junto a la ventana abierta. Quizá ayudaría. Inhaló y exhaló profundamente. En ese momento, un rayo de sol atravesó dos densas nubes de color gris azulado y llamó su atención. ¡Si eso no fuera una señal! Sonrió involuntariamente. Había pocas cosas que le dieran tanto placer como la luz del sol en su rostro.

Neuhof le dio tiempo. Eso era algo a su favor. El muerto no iba a ninguna parte. Nils había prometido su evaluación final mañana. Se dio la vuelta y miró hacia la oficina. Algo estaba diferente. Ah, Neuhof había girado su escritorio ciento ochenta grados. Su antiguo jefe y ella se habían sentado espalda con espalda, ambos perpendiculares a la ventana.

«¿Es diestro, Pavel?»

Asintió con la cabeza. Por supuesto, no podía sentarse con el lado derecho mirando hacia la ventana, o se cubriría con una sombra. Pero ahora estaba en una posición tal que siempre podía

ver su pantalla. Enna se agitó. No podía soportar eso. Tendrían que encontrar otra solución.

«Entonces, ¿qué tenemos sobre el caso?»

Enna no respondió porque aún no estaba totalmente concentrada. Alguien había ordenado su escritorio. Los archivos de Dietrichsen estaban perfectamente organizados en la esquina superior izquierda. Todos los bolígrafos estaban en un frasco que debía provenir de la cafetería que compartían con el Ayuntamiento. La foto de su perro, Pete, que había fallecido hacía un año, estaba exactamente paralela a la parte posterior del escritorio. No había polvo en el teclado de su ordenador. Abrió el cajón, pero su contenido estaba tan desordenado como siempre. No había llegado tan lejos.

«¿Pavel? No funciona así», dijo. «Mi escritorio, mi mundo, su escritorio, su mundo». Intentó hablar sin reproches.

«Lo entiendo», respondió Pavel. «Ayer y anteayer estaba un poco aburrido, así que aproveché el tiempo para ordenar. Si le he entendido bien, considera que mi ayuda es intrusiva.»

Enna asintió con la cabeza. Sí, esa era la palabra correcta. Miró su escritorio. Salvo la pantalla y el teclado, estaba completamente vacío. ¿Dónde guardaba sus recuerdos? Llevaba más tiempo en la policía que ella. ¿Seguro que debe haber acumulado muchos? Se sentó en su silla y la giró para mirar a Pavel. Bajó los ojos y ajustó su teclado, el cual, para los ojos de Enna, ya estaba perfectamente alineado.

«Para evitar este tipo de malentendidos, siempre agradezco los comentarios». Pavel habló despacio, pareciendo elegir cada palabra con cuidado. «Quizás se haya dado cuenta, pero mis declaraciones carecen de subtexto. Si alguna vez se pregunta qué quiero decir, mire las palabras. Eso es todo lo que hay que hacer».

Ajá. Sonaba sencillo. ¿Pero eso significaba que esperaba lo mismo de ella? Eso dificultaría la relación, y había descubierto el motivo por el que se había mudado aquí—sus colegas de Kiel probablemente no habían podido tratar con Neuhof.

«Sus pupilas dilatadas y sus labios que se mueven silenciosamente indican que algo no le queda claro, Enna».

Sonrió involuntariamente. Con Neuhof cerca, no necesitaba dudar de sí misma. Era un observador muy agudo.

«Me preguntaba si espera que haga lo mismo».

Pavel levantó las manos. «Absolutamente no. No puedo aplicar mis normas a todo el mundo. Además, espero que nos complementemos. Rara vez es útil ser demasiado directo en una entrevista».

«Eso es cierto». Enna se recostó. Empezaba a gustarle su nuevo colega. Jefe—bueno, sobre el papel lo era, pero no lo hacía evidente. También respetaba sus comentarios. Se acostumbrarían el uno al otro.

«Bueno, ahora que hemos aclarado ese tema, ¿vamos a analizar nuestro caso?»

Enna sonrió y asintió con la cabeza.



«Es una buena idea. Además, conocía a su hermano y es de aquí, así que confiará en usted». Pavel escribió en su ordenador. Un momento después, su teléfono móvil vibró. «Le envié su dirección».

«Gracias. ¿Dejaremos a los padres en paz por ahora?»

«Sí. El padre, en particular, parecía muy afectado. Debería haberlo visto cuando hablábamos».

Enna arqueó las cejas.

«Lo siento», dijo su jefe. «No sabemos nada sobre las relaciones de la víctima en este momento, excepto que su madrastra probablemente pensaba que era gay».

«¿Pidió los registros del teléfono móvil?»

«Los pedí, sí. Puede que lleguen esta noche».

«¿Perdón?»

«Que lleguen esta noche».

«Quiero decir...» Enna sonrió. No importa. «Tiene suerte. Por lo general, lleva días».

«Viejas relaciones».

Por supuesto. Pavel probablemente tenía mejores conexiones en la LKA.

«En la residencia de ancianos me dijeron que la víctima se presentó una vez allí con una 'mujer de mundo' de aproximadamente la misma edad que el fallecido».

«¿Una amante misteriosa?» preguntó Enna. Toni nunca había dado la impresión de que atraería a mujeres glamurosas. Siempre le pareció poco llamativo. Simplemente normal.

Pavel se encogió de hombros. «Tenemos que hablar con el banco y la residencia de ancianos sobre las finanzas de la víctima y las de su familia».

«¿Mañana, después del patólogo?» Sugirió Enna. «Nils nos espera a la una».

Pavel volvió a escribir y luego tomó una foto de su pantalla. «Entonces vamos a echar un vistazo a su apartamento ahora».

Maldita sea. ¿Por qué no había pensado en eso? Sin Pavel, habría olvidado este importante paso. Probablemente se debió a que nunca antes había realizado una investigación completa por su cuenta. Necesitaba ser más independiente.

Su teléfono móvil vibró. Abrió el mensaje y encontró una sección de Google Maps. El marcador rojo estaba en una zona residencial justo fuera de los límites de la ciudad, cerca del dique.

Parece que Pavel pensaba en todo.



«Toni no tenía familia propia, ¿verdad?» preguntó Pavel cuando se acercaban a la dirección donde estaba registrada la víctima.

Enna sacudió la cabeza. La pregunta era comprensible, ya que aquí se habían construido muchas casas unifamiliares en la década de 1970, demasiado grandes para una sola persona. Tampoco resultaba práctico para alguien que trabajaba en el centro de la ciudad, ya que el autobús local solo circulaba tres veces al día y, durante los meses de verano, la carretera principal a Fleetstedt casi siempre estaba atascada.

¿Por qué alquiló Toni un piso aquí? Condujo el coche por una calle en forma de S. Las construcciones eran de ladrillo, sin yeso. Los patios del frente estaban bien cuidados en diversos grados. Los parques infantiles estaban abandonados, lo que era típico de una urbanización en la que los hijos nacidos cuando las familias se mudaron ya habían crecido, pero aún no habían heredado la casa.

La vivienda del número catorce se destacaba del resto. Tenía la misma fachada aburrida, con el típico techo triangular. Pero una escalera de acero conducía a una puerta blanca reluciente. El techo también estaba recién entejado.

Enna estacionó el auto frente al más a la izquierda de los dos garajes que pertenecían a la vivienda. El de la derecha estaba abierto. En el interior había un pequeño taller. Había una lámpara encendida sobre la mesa, pero no había nadie. Cuando llegaron a la cerca, lo primero que oyeron fue el ladrido de un perro. Era un peludo perro de montaña de Berna. Parecía amistoso, pero Enna prefería mantener la distancia. Para el perro, eran intrusos.

«¿Hola? ¿Hay alguien en casa? ¡Es la policía!» gritó su jefe.

«¡Hola, por fin ha llegado alguien!»

Una anciana dio la vuelta a la vivienda hasta la cerca. Llevaba un abrigo azul y sostenía una guadaña. Enna reconoció una piedra de afilar en su riñonera, que parecía un enorme pene horizontal debajo de la tela. Estimó que la mujer tenía más de setenta años. ¿Podría ser esta la mujer de mundo que habían visto en la residencia de ancianos? Bastante improbable. Quizá tenía prejuicios, pero la mujer no tenía ese aire.

Pavel los presentó y luego preguntó: «¿Por qué 'finalmente'? ¿Nos ha llamado?»

«Desde luego que lo hice. Hay un olor que proviene del apartamento de mi inquilino».

«¿Se refiere a Toni Sattelmacher?»

«Sí».

«¿Y quién es usted?»

«Elisabeth Thönissen, pero ya se lo he dicho a su colega, ¿no? Un placer conocerlo».

La anciana extendió la mano por encima de la cerca. El perro ladró. Pavel no devolvió el saludo. ¿Estaba fingiendo que le tenía miedo al perro? La anciana tenía una apretón de manos fuerte como un tornillo de banco. La imaginó involuntariamente estrangulando a Toni y arrojándolo al Mar del Norte. No habría tenido que ir muy lejos, pero oler olores desagradables era un motivo débil. Ella sonrió y la Sra. Thönissen le devolvió la sonrisa. No, era una anciana alegre pero amable a la que le gustaba tener las cosas ordenadas. De hecho, el jardín estaba muy bien cuidado, y Enna podía creer que ella misma había ampliado el ático y lo había vuelto a techar.



«De ahí viene el hedor», dijo Elisabeth Thönissen, señalando las escaleras. «No se ofenda, pero mis rodillas...» Señaló sus piernas.

«Necesitamos la llave», dijo Pavel.

Thönissen metió la mano en su bolsillo y sacó un montón de llaves. Sacó una llave del anillo metálico.

«Tengo que decirle que no estamos aquí por su informe», dijo Pavel. «Por eso nos gustaría hablar con usted después».

«No tengo planes para hoy. ¿Quiere que prepare un poco de té? Thiele, será mejor que lo diga ahora».

«¿Quién es Thiele?» preguntó Pavel.

«¿Disculpe?» Thönissen respondió, pero desde luego no porque no hubiera entendido la pregunta. Thiele y Bünting eran las dos principales marcas de té de la zona. De hecho, aquí estaban más en el territorio de Bünting.

«¿Quién es Thiele?» repitió Pavel.

«Tendrá que disculparlo», dijo Enna. «No es de por aquí. Se lo explicaré más tarde, jefe».

«¿Quiere té ahora?»

«Oh, no es necesario, señora Thönissen. Todavía nos queda mucho por hacer hoy». Enna suspiró. No era así como se había imaginado su día libre.

«Bueno, lo que quería decirle, Sra. Thönissen: su inquilino no volverá».

«¿Está en la cárcel?» La mujer apretó las manos a los costados.

«No, está muerto».

Elisabeth Thönissen se tapó la boca con la mano. «No está ahí arriba, ¿verdad? ¡Nunca voy a eliminar el olor!»

«No, no se preocupe, el cuerpo está bien refrigerado en la morgue. Sería muy amable de su parte si pudiera venir a identificarlo mañana».

Su jefe tuvo una muy buena idea. Thönissen parecía mucho más en forma que los padres de Toni, quienes probablemente preferirían liberarse de esta carga.

«Eso es... interesante. ¿Como en la televisión?» Enna se dio cuenta de que estaba luchando consigo misma. «¿Podéis pagarme un taxi?»

«Aún mejor», dijo Pavel. «Le enviaremos un coche de policía».

Los ojos de la Sra. Thönissen se iluminaron como los de un niño. A Enna siempre le gustó que la gente estuviera feliz.

«¿Cree que podrían encender las luces?»

No creía que su nuevo jefe lo permitiera. Pero él la sorprendió: «Bueno, si hay un atasco en la autopista y se hace tarde...»

«No creerá lo mucho que me gusta ser llevada con las luces encendidas», le susurró mientras subían las empinadas escaleras hasta el apartamento de Toni.



La fuente del hedor estaba en un recipiente en el fregadero. Era roja y estaba ensangrentada. Había moscas zumbando a su alrededor.

«Es un filete», dijo Pavel y se acercó a la ventana. Cuando estuvo abierta, una ráfaga de viento sopló y ahuyentó a las moscas.

Enna se tapó la nariz, lo que le resultaba extraño cuando llevaba puestos guantes de goma, y examinó la carne. No tenía la forma típica de un filete de ternera. Reconoció las hebras musculares

individuales separadas por tejido conjuntivo y tendones blancos. «Una pierna de venado, diría yo».

«¿No es eso... inusual?»

«¿Cree que aquí solo comemos ovejas, o qué?»

«Y camarones o pescado, por supuesto».

«Ja, ja, ja, ya descubrirá lo que tenemos aquí. Ciervo también. Pero me temo que eso no nos ayudará».

«Al menos ahora podemos descartar casi definitivamente la posibilidad de que Toni se metiera al agua a propósito. Empezó a preparar este trozo de carne y, probablemente, se fue de su apartamento un rato».

Pavel quitó la cortina de la izquierda y la usó para aplastar el enjambre de moscas. Consiguió conducir a las tres cuartas partes de ellas hacia la ventana. Luego envolvió la carne apestosa en la cortina y, después de comprobar su contenido, la puso en el frigorífico. «Está bien surtido», dijo mientras ella comenzaba a examinar el pequeño baño.

Había un mechón de pelo en el desagüe de la ducha, que puso en una bolsa de muestras. También añadió un cepillo para el cabello y un cepillo de dientes. La selección de artículos de tocador se limitó a productos típicos para hombres. O Toni no había tenido una relación poco antes de su muerte, o había estado enamorado de un hombre. Pero ni siquiera había un cepillo de dientes para visitantes.

En el armario, que estaba fuera de la sala de estar de planta abierta, había quince cajas de mudanza apiladas en tres filas. Enna levantó la de arriba. Estaban llenas hasta el borde. Las laterales estaban etiquetadas con palabras como «habitación infantil», «cocina» o «sótano», pero todas con diferentes caligrafías. Toni debe haber pedido prestadas las cajas en algún sitio.

«Tengo sus estados de cuenta bancarios», escuchó desde la sala de estar. «Eso es interesante».

Enna salió del baño. Pavel se paró frente al escritorio con el cajón abierto. Le tendió una de las cuentas. Había un gran signo menos en la parte inferior.

«Más de cien mil en deudas», dijo con asombro.

«Desafortunadamente, solo están aquí las declaraciones de los últimos dos meses».

Enna leyó el encabezado: «Ostfriesische Volksbank eG». Había una pequeña sucursal en Fleetstedt, sobrante del anteriormente independiente Fleetstedter Volksbank. La sede del banco estaba en Leer.

«¿Conoce a alguien allí?» preguntó Pavel.

«¿Qué quiere decir?»

«Quiero decir, ¿conoce a alguien que trabaje en la sucursal local?»

Enna sonrió. «Posiblemente, pero ¿es relevante? Una carta del fiscal y tenemos acceso a las cuentas».

Pavel se mantuvo serio. «Soy consciente de eso. Pero nos llevará tiempo. Toni está muerto. ¿Quién saldría perjudicado si alguien nos hablara de su situación financiera? No estamos investigando a la víctima».

Era una opinión legal interesante. Su antiguo jefe había pensado lo mismo, pero la había mantenido al margen de esas investigaciones. Le sorprendió que el antiguo miembro de la LKA estuviera dispuesto a hacer lo mismo. De alguna manera, no encajaba con el escritorio meticulosamente ordenado.

«Parece desconcertada, Enna».

«No, todo está bien. Solo estoy pensando en a quién podría conocer». Pensó en las dos clases del instituto en las que se habían graduado con ella, y luego en las clases que se graduaron antes. «¡Michaela!» exclamó. Había empezado una pasantía como empleada de banco, en lugar de ir a la universidad como la mayoría de la gente, porque no quería dejar su hogar. ¿Seguía trabajando en Fleetstedt? No había ninguna sucursal aquí desde que el Postbank tenía un mostrador en el supermercado.

«Michaela está bien», dijo Pavel. «¿Puede llamarla?»

«¿Más tarde, en la oficina?»

«No, mejor ahora».

Enna suspiró, sacó el smartphone del bolsillo e intentó marcar, pero la pantalla no respondió. Salió del apartamento para quitarse el

guante. En el rellano, estuvo a punto de toparse con Elisabeth Thönissen.

«¡Cuidado, jovencita!»

Oh, ¿sus rodillas mejoraron de repente? Enna suprimió una respuesta adecuada. Necesitaban más información de ella, y ya que estaba aquí...

«Disculpe, pero no puedo dejarla entrar aquí, señorita Thönissen».

«¡Este es mi apartamento! ¿Me vais a dejar fuera?»

«En media hora vendrá la policía científica y lo analizará todo de cerca», dijo, pero quiso decir *desarmará todo*. «Solo entonces se podrá acceder al apartamento».

«Entonces, ¿él está muerto en la bañera?»

¿Disculpe? La Sra. Thönissen parecía haber confundido las cosas. «Se lo dije, el Sr. Sattelmacher yace en la morgue».

«¿Yace ahí? Eso suena a que está de vacaciones».

Enna respiró hondo. «No se puede decir eso en su estado. Irá mañana a la una para identificarlo, ¿verdad?»

«Oh, sí, es cierto, cuando el coche de policía me recoja con las luces encendidas».

«Estoy segura de que su oficial no tendrá las luces encendidas todo el tiempo».

«¡Su jefe me lo prometió!» Eso es lo que logró Pavel. No se deben prometer esas cosas a las señoras mayores. Pero ese era su problema, no el de ella.

«Dígame, por favor, ¿cuándo empezó el Sr. Sattelmacher a vivir con usted?»

«¿Vivir? Pero... Oh. Desde... Desde que convertí el ático».

«¿Y cuándo se mudó? ¿Fue hace mucho tiempo?»

«No, hace unos tres meses. Y aún no me ha pagado el depósito».

Eso no ocurriría ahora. La Sra. Thönissen podía intentar reclamar el dinero a los herederos, pero si Enna había entendido correctamente la cantidad que figuraba en el extracto bancario —y había poco margen para malentendidos— Toni estaba bastante arruinado. Ese era un posible motivo para suicidarse, pero no podían

dar por sentado que fuera así. La pregunta era si lo mataron a causa de sus deudas.

«¿Cómo acabó con él como inquilino?»

«No... no lo recuerdo. Mi edad, Sra. Koopmann».

Thönissen recordó su nombre, que Pavel había mencionado brevemente como saludo, pero parecía haber olvidado cómo había conocido a Toni.

«¿Puso un anuncio? Podemos comprobarlo fácilmente».

La anciana sacudió la cabeza. «El techador probablemente le dijo que pronto habría un apartamento disponible aquí».

¿El techador? ¿Por qué no acaba de decir eso? Algo no estaba bien. «¿Cómo se llama el techador? Estoy seguro de que podrá confirmarlo».

«Fritz Si...» La anciana suspiró. «Está bien. No quiero involucrar a Fritz. Fue a través de Jette».

«¿Quién es Jette?»

«Henriette Meier. Estoy seguro de que la conoce, Sra. Wachmeister. Es miembro del consejo municipal y dirige la Asociación Empresarial Fleetstedt».

A Enna no le importaba cómo la llamaran, siempre y cuando hablaran con ella. Meier, Henriette. El nombre significaba algo para ella. No de un póster electoral, sino de su pasado privado. ¡Correcto! Era la mujer que había intentado convencerla de que vendiera la casa de sus padres, a pesar de que seguían viviendo allí. El jefe del departamento económico le explicó más tarde que los nuevos propietarios podrían sacar mucho provecho de las deducciones que les permitirían a sus padres vivir en la casa hasta el final de sus vidas. Los nuevos propietarios no solo obtendrían la casa por menos dinero, sino que también se beneficiarían del aumento de su valor.

«La Sra. Meier es una agente inmobiliaria, ¿verdad?»

«En realidad, es notaria. Pero a veces reúne a compradores y vendedores, me explicó. Pero, por favor, no le de ningún problema. Era solo un favor y no nos cobró nada ni a mí ni al Sr. Sattelmacher».

Él difícilmente podía habérselo permitido. Pero, ¿cómo encontró la notario a Sattelmacher? Y lo que es más importante, ¿era este un

motivo? La Ley Federal de Notarios prohibía a quienes ejercían la profesión de la Sra. Meier mediar en transacciones inmobiliarias o participar en cualquier tipo de mediación de escrituras. ¿Y si Toni hubiera sabido algo que arruinaría la carrera de la Sra. Meier? Una notaria que violara las condiciones de su cargo sin duda sería inaceptable para el ayuntamiento.

«Gracias por decirme la verdad. Sabe que siempre sale a la luz».

«Pero no le diga a Jette que lo escuchó de mí. Por favor». La Sra. Thönissen abrió mucho los ojos y la miró.

Enna se sentía mal porque una anciana literalmente le estaba rogando. «Veré qué puedo hacer. Pero, ¿vendrá a vernos mañana? También necesitamos su declaración oficial».

«Iré».

Los escalones de la escalera de acero chirriaban cuando la Sra. Thönissen los descendía. Enna regresó al apartamento, que aún olía a carne podrida.

«¿Cuándo salió Toni de su casa por última vez?» le dijo a la dueña.

«La última vez que lo vi fue hace cuatro días. Anteayer escuché el chirrido de las escaleras. Salí enseguida a preguntarle por el depósito, pero no había nadie».

«¿Y el olor?»

«Desde ayer. El sol provoca mucho calor bajo el techo, incluso con el nuevo aislamiento».



Volvió a abrir la puerta, pero de repente recordó lo que había olvidado hacer: llamar a su vieja amiga Michaela. Buscó el número de la sucursal del Fleetstedt Volksbank y lo marcó. Respondió un hombre.

«Hola, se ha comunicado con la sucursal de Fleetstedt del Ostfriesische Volksbank eG. Soy Otto Kammerer. ¿En qué le puedo ayudar?»

«Hola, ¿podría conectarme con Michaela?» Intentó mantenerse lo más evasiva posible para ponérselo lo más fácil posible a Otto.

«No está aquí. ¿Quién habla?»

«Inspectora de policía Enna Koopmann». Quizá eso ayudaría.

«Señora inspectora. Ah. Me alegro de que nos contacte». De repente, recordó el rostro. Otto Kammerer solía sentarse en el mostrador cuando venía a hacer negocios al banco.

«Realmente necesito hablar con Michaela».

Kammerer suspiró. «Está de licencia por el bebé».

«Oh, ¿cuándo ocurrió eso?» ¡No había oído hablar de ello!

«Llevo aquí solo tres semanas. La oficina central de Leer prometió enviar un sustituto, pero no ha ocurrido nada. Y se acercan las vacaciones. Me inundarán los turistas».

«Lo siento», dijo Enna. «Gracias por la información». Colgó.



Enna se tapó la nariz y se aventuró a volver al apartamento. El hedor parecía haber aumentado. Pavel pareció no prestar atención, hojeando carpetas que debió encontrar en una de las cajas de mudanza.

«Entonces, ¿se comunicó con su amiga? ¿Qué ha dicho?»

«Nada. Ha estado de baja por maternidad durante las últimas tres semanas. Hablaré con ella mañana».

Pavel la miró brevemente. ¿Estaba insatisfecho? Si lo estaba, no lo demostró.

«La dueña me contó algo interesante. Toni Sattelmacher fue remitida a ella por una notaria, Henriette Meier. Probablemente también se dedique al sector inmobiliario».

«Cosa que no se le permite hacer». Pavel se levantó de un salto. «¡Eso es genial! ¡Nuestro primer sospechoso viable!» Le dio unas palmaditas en el hombro. Enna sentía calor por dentro. Los elogios le parecieron completamente sinceros. Esa era la ventaja de las frases sin subtexto.

Pavel volvió a sentarse. «Creo que es un poco pronto para arrestarla».

Enna hinchó los carrillos. «Sí, ya me está dando vueltas la cabeza y no creo que vayamos más lejos hoy. Sin el informe del patólogo, estamos paralizados».

«Probablemente tenga razón. Dejémoslo así por hoy. Todavía está de vacaciones».

Enna sonrió débilmente. «Por eso voy a cenar en un excelente restaurante italiano al final de mis vacaciones, y luego a tomar una copa en el Deichkante. ¿Me acompañará?»

Neuhof frunció el ceño. «El italiano suena bien. Deichkante suena más bien a mucha cerveza y aguardiente».

«Suena así, pero el nombre no proviene de *embriagarse*. El Deichkante es un respetable bar tradicional, Pavel».

«Ya veo. Muchas gracias».

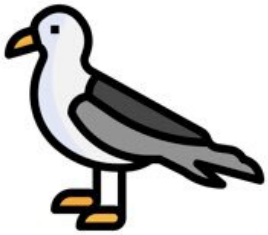
Enna no entendió. «¿Gracias de qué?»

«Por salvarme de meter la pata».

«Oh, claro, sí. Es un placer. ¿Viene conmigo ahora o quiere seguir viendo crecer esa planta?»

Neuhof miró la planta en maceta sobre la mesita baja como si acabara de notarla. Luego levantó el dedo como si quisiera objetar, pero lo volvió a bajar y asintió con la cabeza, para sorpresa de Enna.

Capítulo Siete



Cuando se abrió la puerta del Deichkante, Pavel se detuvo como un caballo testarudo. Debió ser por la nube de humo que salía del salón, como si un DJ que estaba dentro acabara de encender su máquina de humo. Enna le dio un golpecito en el hombro a su jefe mientras se daba la vuelta para dejar pasar a un hombre de unos dos metros de altura con un traje de cuero, un hombre que parecía llevar un barril atado al estómago. Llevaba una gran pancarta cervecera detrás de él, junto con dos mujeres jóvenes con blusas desabrochadas casi hasta el ombligo y faldas cortas. Enna las siguió con la mirada; al salir, las mujeres se engancharon al hombre, una a su izquierda y la otra a su derecha, y siguieron alegremente su camino.

Enna se dio la vuelta. De repente estaba sola. ¿Cómo se las arregló Pavel para desaparecer? No pudo haber escapado. ¿Había entrado sin que ella lo notara? ¡Increíble!

Abrió la puerta de un tirón y un señor mayor con un traje y unas perneras demasiado cortas, que probablemente había estado apoyado contra la puerta por dentro, corrió hacia ella. Ella lo cogió por los brazos, pero el ímpetu era excesivo para él, así que se agarró a una de las mesas altas. Por suerte, los tres hombres reaccionaron rápidamente, cogiendo los vasos de cerveza con la mano izquierda y sujetando la mesa con la derecha.

Era una noche ajetreada en el Deichkante. Ya eran más de las 10 de la noche y, dado que la hora de cerrar era a medianoche, los apasionados bebedores de cerveza se apresuraban a alcanzar sus objetivos individuales.

Enna estaba un poco molesta. No deberían haber pasado tanto tiempo en el restaurante italiano. El Deichkante también servía comida, pero como era un establecimiento para fumar, el humo espeso estropeaba rápidamente el sabor de la comida. Así que optaron por comer y hablar en el restaurante italiano.

Pavel era bastante entretenido si te metes en su mundo. Sabía todo sobre los nuevos métodos de detección de todo tipo de rastros, todo sobre la nave estelar Enterprise, todo sobre las monedas suecas que coleccionaba, todo sobre todos los aspectos de la legislación alemana, pero nada sobre la vida.

Enna empezó a sospechar que Pavel podía ser autista. Parecía ver las emociones como... sí, como constructos. Como conceptos interesantes que controlaban a la gente. Causa y efecto. Parecía estar desprovisto de emociones. Por eso hablaba sin subtexto y analizaba todo en detalle. Enna se preguntaba si esa es una cualidad buena o incluso sobresaliente en un criminólogo. Abordar un caso sin emociones y analizarlo a fondo siempre ha sido un enfoque prometedor y conveniente. Por otro lado, Pavel probablemente no entendía los motivos emocionales, y la mayoría de los casos terminaban siendo delitos cometidos por personas que la víctima conocía, como muestran las estadísticas de la Oficina Federal de Investigaciones. Pavel solo podía deducir lógicamente esos motivos, no comprenderlos.

¿Por eso había pasado la mañana haciendo gimnasia en las vigas del techo de los Dietrichsen, para «hacerse una idea» del crimen? Eso sería propio de él...

También le había contado en dos frases—entre una anécdota sobre la Enterprise (la nave estelar pesaría solo unos kilos si se calculaba su peso a partir de los datos de la serie) y una loca historia de vigilancia en Kiel sobre un traficante—que su exmujer lo había dejado por su falta de emociones. Eso también encajaba. Enna no podía imaginarse cómo alguien podía vivir con un hombre como

Pavel. Aunque... cuando pensó en el drama que había vivido con su exnovio, que estaba absolutamente celoso de su trabajo y de las impredecibles horas extras, quizás la lógica fría fuera la mejor opción. O quizá un perro predecible y fiable.

La idea de Pete volvió a provocar dolor, pero Enna lo hizo a un lado. Después de quince años en los que Pete la acompañaba y dormía a su lado todas las noches, ya había llorado lo suficiente. Enna sintió que poco a poco se estaba abriendo de nuevo un espacio para algo nuevo. Con el tiempo, conseguiría otro perro del refugio.

¿Pavel estaría de acuerdo con que llevara un perro a la oficina? Pensó en la muestra de miedo que había mostrado ante el perro de la casera de Toni, pero no sabía si realmente le tenía miedo al perro o si solo lo estaba fingiendo para mantener la distancia. La distancia parecía ser muy importante para él. Otra razón por la que sería difícil vivir con él.

Siempre se dijo que los alemanes del norte eran reservados y tranquilos, pero una vez que dejaban que alguien se les acercara, eran cálidos y leales por el resto de sus vidas. Parecía un cuento de hadas, pero a Enna le agradaba la idea. ¿Pavel tenía esos rasgos? ¿Se quedaría así o cambiaría de opinión como una hoja en el viento según sus necesidades?

Solo el tiempo lo diría. Había hablado de confianza, pero ¿era capaz de confiar? Él asentía con la cabeza, pero ¿qué sabía de la vida?

Quizás la idea era injusta y era ella la que no tenía ni idea de la vida, o ambos lo sabían todo pero vivían en mundos diferentes, o, y tenía que admitirlo también, vivían en el mismo mundo y ninguno de los dos tenía ni idea al respecto.

Pero tal vez ya estaba un poco borracha con el delicioso vino tinto italiano, un Nero Amaro de Apulia, si no recordaba mal.

«Toma, Enna, tu cerveza», dijo Tina, la camarera que trabajaba allí casi todos los días.

«Espera, ¿has visto a mi jefe?»

«Ni idea. ¿Tenéis matrículas especiales?»

«¡Matrícula de Kiel! ¡Es alto! Parece un turista».

«¡Ah! ¿Es él el que está allí con los tres holandeses?» Tina señaló el otro extremo de la barra, donde había cuatro hombres apiñados. El que más sobresalía era Pavel.

«Gracias», dijo Enna con alivio, tomó un sorbo de cerveza y se dirigió al pequeño grupo. Debido a su pequeño tamaño, el Deichkante se beneficiaba de las normas especiales para los bares de un solo salón en lo que respecta a fumar. Pero no venía aquí a fumar—Enna nunca había fumado—sino por la gente. Aquí nadie le había preguntado nunca por sus pantalones cortos y calcetines coloridos. El propietario, Andreas, se daba cuenta cuando se avecinaba una pelea y, gracias a su complexión ancha y a un bate de béisbol debajo de la barra, no tenía ningún problema en sacar a los peleadores al aire libre. Incluso cuando venía sola por la noche, ningún cliente, por muy borracho que estuviera, se le había acercado de manera indeseada.

Pavel también tenía una cerveza delante de él. El vaso estaba medio vacío. Medio lleno, habría dicho él. Eso ya estaba claro. Con los tres holandeses bloqueándole el paso, pasó bajo el brazo izquierdo de Pavel para llegar al bar, donde él estaba dibujando con espuma de cerveza el contorno de la nave estelar Enterprise sobre la brillante superficie dorada de la barra. Durante el día, el borde del bar parecía desgastado, pero por la noche brillaba, precisamente porque el propietario, Andreas, solo encendía cada dos lámparas en las paredes. También iluminaba las cabezas de los invitados y los destellos de humor que aparecían constantemente en las pocas mesas y hacían reír a la gente.

El DJ empezó una nueva tanda. Era una canción pop. Enna sentía que se le reventaría la cabeza si tuviera que recordar el nombre de la cantante, pero como todos los demás clientes estaban bailando, no pudo resistirse. Y, qué maravilla de maravillas, hasta Pavel bailaba con nosotros. «Es un chachachá», le gritó al oído, y pronto quedó claro que también sabía todo lo que había que saber sobre los bailes clásicos y latinos.



«Qué divertido», dijo Pavel cuando salieron a la calle, junto con una multitud de clientes, poco después de medianoche.

Enna asintió con la cabeza, riendo, y sintió la loca necesidad de encender un cigarrillo porque no podía respirar sin el humo.

Pero Pavel no le dio la oportunidad de pedirle cigarrillos a nadie. La acompañó hasta que llegaron a una farola y miró a los demás clientes. Luego le hizo señas y caminaron en la dirección opuesta, donde un sucio taxi amarillo Mercedes se dirigía hacia ellos. Disminuyó la velocidad y se detuvo junto a ellos como por arte de magia.

«¡Lo ha hecho bien con su astuta previsión!» Enna se rió, eufórica. «Creo que sería exagerado para mí caminar a casa esta noche».

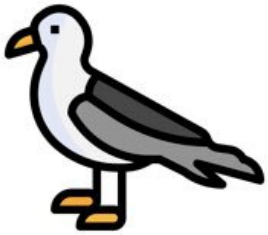
«Puedo verlo. También ha bebido mucho». Abrió con valentía la puerta trasera derecha para ella. Enna entró y se deslizó hacia el otro lado. Antes de darse cuenta de que estaba sola, la puerta se cerró de golpe y el conductor se fue como si hubiera leído en su mente la dirección de su casa.

«¡Ey, deténgase! Mi colega».

Enna se dio la vuelta en el asiento trasero para buscar a Pavel. Su alta figura estaba de pie a la luz de la linterna, despidiéndose con la mano. Entonces se dio cuenta. «Oh», salió de sus labios, seguido de un eructo y una risita. Cerró los ojos y le dijo en voz baja al taxista: «Me despertará, ¿verdad?»

No lo oyó responder: «Sí».

Capítulo Ocho



La noche aún era joven. Mientras Pavel hablaba a los holandeses sobre el Enterprise, se le ocurrió una idea. Había pensado en ello todo el tiempo, pero no se había atrevido a salir de la esquina.

Las dos cervezas habían relajado sus inhibiciones.

Al principio, esperaba evitarlo. Había mandado obedientemente a Enna Koopmann a su casa y había ido a la comisaría de policía, donde su nivel de alcohol en sangre se redujo a un estimado y manejable 0,8 por mililitro. Pero aún tenía la esperanza de poder acostarse debajo de su escritorio con una manta e irse a dormir.

Los dos sobres de su escritorio le prohibían hacerlo. Pero los ignoraba por ahora. Era lo que se merecían. Cuando estuvieron sentados en la oficina, Enna le pareció algo tensa. Era casi como si no pudiera soportar que él la mirara por la espalda. No quería que nadie se sintiera incómodo en su presencia. Llevó su ordenador al otro lado del escritorio y empujó la silla detrás de él. Las ruedas rechinaron. Debería engrasarlas.

Mañana. Ahora era el turno de las carpetas. Siguiendo las instrucciones, el sargento Berger había analizado el sistema de navegación del coche de Sattelmacher, que el policía científico había cogido del aparcamiento contiguo a la vivienda de la viuda Thönissen. La segunda carpeta contenía los registros de llamadas

del teléfono móvil de Sattelmacher. Colocó las dos listas una al lado de la otra y respiró hondo.

La lista de teléfonos contenía datos de los últimos seis meses, casi quinientas llamadas. La lista del sistema de navegación tenía solo cincuenta entradas, pero con varias escalas. Pavel decidió fusionar los dos. Ingresó la fecha, la hora y el destino de cada llamada y viaje en una lista cronológica, tardando unos veinte segundos por entrada. Después de tres horas de trabajo, le dolía la espalda y le ardían los ojos, pero lo había terminado.

Pero aún no había acabado. Escribió una pequeña secuencia de comandos que visualizaba los datos espacialmente, la probó y, finalmente, la ejecutó. La secuencia de comandos dibujaba un círculo rojo grueso sobre una imagen ampliada del norte de Alemania. Esta era la zona central donde Sattelmacher había pasado los últimos seis meses y donde había estado en contacto. Y esa zona no estaba aquí, justo al otro lado del dique, sino en la relativamente lejana ciudad de Hamburgo. Sattelmacher había repostado combustible, había comido, había llamado por teléfono y probablemente vivía allí, ya que un viaje siempre terminaba en un lugar determinado de Hamburgo por la tarde y volvía a empezar allí a la mañana siguiente.

Pavel amplió esa sección. Empezó con las casas del capitán en Övelgönne, lujosos edificios antiguos donde vivía gente rica. Pero Sattelmacher solo había aparcado allí de vez en cuando. También había una casa de retiro cara en las cercanías. Tal vez había conocido a la mujer de mundo que Jenny Kring había descrito allí, si no era la notaria y la agente inmobiliaria secreta. No, Kring había dicho que la mujer de mundo tenía más o menos la edad de Toni. Estaba descartado que fuera la notaria. Henriette Meier ya había sido eliminada de su clasificación personal de los sospechosos más probables, y Toni había pasado a menudo la noche en el norte de Saint-Pauli, el famoso barrio rojo de Hamburgo. ¿Había establecido contacto con el inframundo de allí? Este caso parecía ser mucho más complicado de lo que había pensado. Eso no le gustaba. Hamburgo estaba en otro estado. Allí no podían hacer una investigación oficial.

El hecho de que ya no estuviera en la LKA probablemente le dificultaría la vida.

¿Qué pensaría Koopmann? Era inteligente y extremadamente experta en dirigir conversaciones. Si Pavel pudiera sentir envidia, le habría envidiado esta habilidad. Pero quizás podría aprender de ella. Tendrían que ir juntos a Hamburgo. El sábado sería un buen día. Así no despertarían sospechas en la oficina. Eso no le importaba, pero no quería que los cotilleos se burlaran de su subordinada. Sonrió, o eso creía. Rápidamente sacó del cajón el espejo de bolsillo que había comprado especialmente para este propósito, pero cuando se miró en él, su rostro parecía bastante normal. Levantó las comisuras de los labios, pero eso lo hizo parecer un payaso.

No importa. Volvió a colocar el espejo, se dio la vuelta para poder ver la silla de Enna e imaginó que Toni Sattelmacher estaba sentada en ella. Mientras el hombre muerto estaba obviamente aburrido y movía la rodilla, movió el espejo hacia adelante y hacia atrás con un ligero movimiento en el rabillo del ojo. Vio a un hombre de mediana edad, nacido en Fleetstedt, que había logrado mucho en su juventud. Pero ahora tenía grandes deudas y también estaba muerto. ¿Qué lo llevó a Hamburgo? Toni Sattelmacher no respondió.

Pavel dejó que sus pensamientos se apoderaran de él. Volvió a las listas de teléfonos. En los días anteriores a su muerte, Toni había hablado con sus padres, una vez muy brevemente con su hermano Heiner, con su casera—quien lo había llamado, probablemente para pedir el depósito—y con un número danés y otro alemán, pero el proveedor le había dado datos falsos. Sin embargo, tan pronto como llegó a Hamburgo, sus contactos cambiaron. De Fleetstedt, solo su padre mantuvo contacto con él, aunque de forma más bien unilateral, porque Toni nunca lo llamó.

Pavel pensó en las fotos recortadas que había en la caja del escritorio de Sattelmacher. Su padre estaba muy disgustado por ellas. ¿Por qué alguien cortaría fotos familiares y eliminaría la imagen de Toni? Tenía que ser alguien cercano a él. ¿Pero quién? ¿La madre? ¿El hermano? ¿El propio padre, sin recordarlo? ¿Estaba tan disgustado porque sospechaba que lo había hecho él mismo?

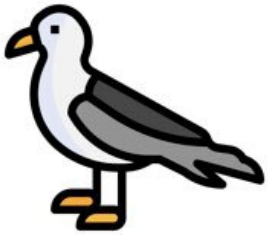
Pavel tomó nota para pedir la historia clínica de los padres.

Luego se tocó la barbilla con un bolígrafo. ¿Por qué murió Toni? ¿Cuál era el motivo? Su instructor en la academia de policía le había aconsejado: Sigue el rastro del dinero o de la sangre. ¿Era el resultado de una relación? ¿O la vida de Toni en Hamburgo al final le pasó factura? Se podría convencer a una propietaria como Elisabeth Thönissen de que esperara el depósito. Algunas personas de la escena de Hamburgo no podrían esperar. Eso encajaría con la montaña de deudas de Toni.

Pavel redujo la ampliación del mapa generado en el ordenador y tocó primero Fleetstedt y luego Hamburgo. *¿Cuál de ellas te mató?* En la gran ciudad, los delitos violentos estaban a la orden del día. En las zonas turísticas de la costa, las mujeres eran golpeadas con la misma frecuencia, pero muy pocas personas eran asesinadas. Pero aquí mucha gente pretendía tener el relajo nórdico. Un odio que había sido reprimido durante mucho tiempo podría encontrar fácilmente su versión final aquí. Podría, podría, podría.

Guardó su mapa, apagó el ordenador y se fue a dormir debajo del escritorio.

Capítulo Nueve



Fleetstedt tenía su área de viviendas públicas, pero estaba hábilmente escondida detrás de fachadas de ladrillo rojo oscuro y marcos de ventanas de plástico negro. El vecindario era relativamente nuevo, construido hace solo unos años, a medida que se reutilizaban más y más apartamentos del centro.

En cada esquina había letreros que anunciaban alquileres vacacionales.

Enna siempre se sorprendió de la cantidad que había. Parecía que la mitad de Fleetstedt era un lugar de vacaciones. Pero no había ni casas de vacaciones ni turistas en la larga franja de viviendas adosadas.

Enna se estacionó justo enfrente, miró a su alrededor y se frotó las sienes. Todavía le palpitaba la cabeza por el vino tinto. O por la cerveza y la música a todo volumen en el Deichkante. Por si las moscas, había tomado un analgésico con las gachas, lo que todavía no le había ayudado. Pero no se arrepentía. La velada había sido estupenda.

Sonriendo, salió del auto. Incluso cuando estaba de servicio, usaba pantalones cortos—con el permiso de su antiguo jefe, por supuesto. En la actualidad, sus calcetines estaban decorados con piñas verdes y doradas.

Caminó por la parte delantera del edificio de apartamentos y finalmente se detuvo frente al número once. *Sattelmacher* estaba

escrito en uno de los timbres. Lo presionó y esperó.

Al cabo de medio minuto volvió a llamar, esta vez por más tiempo. Se apartó de la puerta y miró hacia las ventanas. Un niño miró hacia abajo desde detrás de uno de los cristales y desapareció rápidamente. No se vio a ningún otro curioso, lo que sorprendió a Enna. Hubiera esperado que hubiera mucha gente mayor en el edificio de apartamentos.

Cuando llamó por tercera vez, la puerta zumbó y se apresuró a entrar.

Heiner Sattelmacher vivía en el segundo piso. Con el pelo despeinado y ojeras bajo los ojos, se quedó en la puerta y pareció visiblemente sorprendido cuando reconoció a Enna.

«¿Qué haces aquí?» murmuró. «¿Estás de servicio?»

«Oficialmente». Le mostró su carné de identidad, según las reglas. «¿Puedo entrar?» La verdad es que no quería hacerlo, porque el apartamento olía a humedad, a agrio y a humo frío, lo que le recordaba al Deichkante. Heiner probablemente no había ventilado la habitación en mucho tiempo.

«Está bien». Dio un paso atrás, despejando el camino. Aun así, tuvo que pasar por delante de él, pues a Heiner Sattelmacher le había crecido bastante la barriga, colgando sobre sus pantalones de chándal. El hecho de que debía haber estado en buena forma hace unos años solo era visible en sus enormes brazos.

Enna se arrepintió inmediatamente de su decisión, porque el apartamento olía aún peor por dentro. También tenía un aspecto terrible. Había viejas cajas de pizza apiladas en la mesa de la sala de estar junto a un cenicero rebosante. Había latas vacías de Coca-Cola y cerveza de la tienda de descuentos por todas partes.

Enna abrió primero una ventana, como había hecho Pavel en la oficina, luego se paró junto a la ventana con los brazos cruzados y miró a Heiner, que se había recostado en el sofá. Heiner llevaba puesto un chándal manchado que debería haber sido lavado—o mejor aún, tirado a la basura—hace mucho tiempo. Heiner también debería haberse afeitado y duchado. El hermano de Toni parecía cansado.

«¿Qué quieres?» preguntó, refunfuñando y encendiendo un cigarrillo. «¿Ha pasado algo?»

O no lo sabía o fingía no saberlo. «¿Cuándo fue la última vez que viste a tu hermano?»

Heiner resopló. «Justo ayer por la mañana. Toni apareció de repente en la puerta. Había llamado antes y le dije que se fuera al infierno».

Sonaba a amor fraternal. «¿Qué quería?»

«No lo sé. Hablar de algo».

«¿No sabes de qué?»

Heiner se encogió de hombros, dio una calada a su cigarrillo y lanzó la neblina gris hacia el techo amarillento. «¿Yo que sé? Le grité y no lo dejé entrar cuando llegó a la puerta. Ya sabes, aparece después de meses y necesita algo, pero por lo demás, nunca me contacta. Ese imbécil. Siempre se trata de él».

Parecía que alguien estaba enfadado con su hermano mayor. «¿De qué manera?»

Heiner empezó a responder, pero luego frunció el ceño. «¿Por qué quieres saberlo, Enna?»

Suspiró. «Tu hermano fue encontrado muerto ayer».

Heiner entrecerró los ojos. «¿Toni?»

«¿Tienes otro hermano? Toni fue encontrado flotando en el Mar del Norte».

«¡Mierda!»

«Esa es una forma de decirlo». Enna cogió un taburete vacío y se sentó. «Mis condolencias, Heiner».

Él solo sacudió la cabeza. «¿En serio? ¿No me estás engañando?»

«Lamentablemente no».

«Joder. Lo que nos faltaba». Heiner hinchó los carrillos y no pudo dejar de sacudir la cabeza. Cayeron cenizas sobre su camisa.

Enna frunció los labios. «¿Quieres que te deje en paz o quieres responder a algunas preguntas más?»

Gruñó con enojo. «¿Qué quieres saber?»

«¿Qué quisiste decir con que siempre se trata de él?»

Hizo un ademán acompañado de un bufido. «Siempre se trató de Toni. Toni por aquí, Toni por allá, Toni por todos lados. No podía escucharlo más».

«¿Cómo habéis llegado a eso?»

Heiner se encogió de hombros, pareciendo casi un chico indefenso que ni él mismo lo entendía. «Él siempre fue mejor. En todo. En la escuela, en casa, en todas partes. No importaba lo que hiciera, yo nunca fui lo suficientemente bueno».

«¿Y luego te mudaste?»

«No. Luego dejé la escuela e hice mi aprendizaje. Con Tscherniak. Servicio de automóviles Schwalbe».

Enna recordó haber visto a Heiner en el taller una vez. Pero el garaje había estado cerrado durante años después de que Tscherniak desapareciera repentinamente. ¿Había sido por culpa de Heiner?

«Trabajé así», continuó Heiner. «Hasta que tuvo que ser demasiado para mí tener que lidiar con mi padre. Luego me mudé». Lo dijo de una manera extrañamente triste, lo que hizo que Enna se pusiera de pie.

«¿No vivía tu familia en algún lugar cerca del dique?»

«Sí, en el antiguo Gulfhaus».

Enna recordaba aquella casa. Había sido una hermosa propiedad parecida a un parque, llena de árboles y arbustos, en medio de la cual había una antigua casa del Golfo de Frisia Oriental, enclavada entre el dique y la maleza. Sí, había ido allí de niña. Un paraíso verde para jugar.

Heiner asintió, pero con amargura en sus ojos húmedos. «Me encantó estar allí. Eso es lo que me quebró».

«¿Qué te quebró?»

«Mudarme. De alguna manera dejé algo y nunca lo volví a encontrar». Se encogió de hombros como si no fuera importante y volvió a sacudir la cabeza. «Toni. Mierda. ¿Cuándo es el funeral?»

Enna levantó los hombros. «No lo sé. Primero hay que hacerle la autopsia. Eso llevará un tiempo».

La boca de Heiner se apretó. Apareció una vieja cicatriz en su labio. «¿Lo tienen que abrir?»

«Tenemos que hacerlo. Las circunstancias de su muerte aún no están claras».

«Ya veo. ¿Qué significa?»

«Que no sabemos cómo murió. Pero lo vamos a averiguar. Así que si se te ocurre algo más que pueda ayudarnos, háznoslo saber». Sacó una tarjeta de presentación y la puso sobre la mesa en un lugar razonablemente limpio. Algo de ceniza cayó inmediatamente en el papel blanco.

Heiner miró la tarjeta y luego miró a Enna. Algo parpadeó en sus ojos llorosos. «¿Ahora sospechas de mí o qué?»

Enna sacudió la cabeza. «No sospechamos de nadie, Heiner. Ni siquiera sabemos si murió por causas naturales o no. Pero es razonable preguntarse por qué estaba flotando muerto en el Mar del Norte. Sabía nadar».

Heiner asintió con la cabeza. «Toni era un gran nadador. Era genial en todo. Creo que incluso pertenecía a un club en Hamburgo».

«¿En Hamburgo?»

«Sí. Vivía allí. Solía venir aquí una o dos semanas y luego volver allí. Probablemente también está ganando mucho dinero. No, él *ganaba* mucho dinero, imbécil. Todo cayó en su regazo. ¡Todo! ¡Todo lo que tocaba se convertía en oro!» La voz de Heiner se hizo más fuerte a medida que se enfurecía.

Enna se puso tensa. «Heiner».

«¿Qué?» Dijo casi rugiendo. «¡Así son las cosas! Sabes que es verdad, ¿no? ¿O qué quieres oír? ¿Que tuve algo que ver con su muerte? ¿Me preguntarás por mi coartada?» Heiner salió de su posición encorvada y se sentó en el borde del sofá. De repente, sus brazos parecían aún más voluminosos. «¿Por eso estás aquí, haciéndome estas preguntas desagradables? ¿Cómo los llamas? Preguntas capciosas, ¿verdad? ¡Sí! Así es como las llaman. Estás intentando atraparme. ¿Verdad?»

Enna se puso de pie para parecer más alta. «No», dijo con firmeza. «No te estoy acusando de nada. Solo hago mi trabajo».

«Sí, sí. ¿Se supone que debes hacer eso? ¿Tú has sido *oficialmente* la novia de Toni durante veinte años. Conozco la historia

que mi madre le cuenta constantemente a mi padre porque de alguna manera se ha quedado prendado de ti. Mujer policía. ¡Chorradas! ¿Por eso estás aquí? ¿Te enviaron mis padres? ¡No me extrañaría de ellos! Deja que la pequeña Enna le dé una paliza a Heiner». Se puso de pie y se acercó a ella amenazadoramente. «¡Admítelo! ¡Solo estás intentando incriminarme!»

Enna resopló con fuerza. «Estás loco, Heiner». Le hizo la peineta y se dirigió a la puerta. «Pero la cuestión de tu coartada es legítima. Si no te pregunto, lo hará mi jefe. Más te vale que hables con mi jefe si me vas a acusar de tonterías».

Heiner la miró fijamente y, por un momento, tuvo miedo de que fuera a explotar, pero luego se desinfló como un globo al dejar escapar el aire y volvió a caer en el sofá.

Enna miró al montón de miseria antes de sacudir la cabeza y salir de la habitación.

De repente oyó un suave «¿Enna?»

Ella se detuvo de inmediato. «¿Sí?»

La voz de Heiner, ahora cansada. «¿Para cuál periodo de tiempo necesitas mi coartada?»

«Desde anteayer al mediodía hasta ayer por la mañana».

Silencio, luego un suspiro. «Entonces estuve aquí».

«¿Todo el tiempo?»

«Sí».

«¿Solo?»

«Sí».

No pintaba bueno para él. «Está bien. Gracias». Sintió que él iba a decir algo más y se detuvo. Susurró: «¿Me avisarás cuándo es el funeral?»

Enna estaba a punto de decir «No», pero en vez de eso dijo: «Intentaré recordar, pero no puedo prometer nada».

Escuchó el traqueteo de un encendedor, seguido de una respiración profunda. «Mierda», murmuró. «¡Mierda!»

Enna se tragó el sabor amargo de la boca, se frotó la sien palpitante y salió del apestoso apartamento de Heiner Sattelmacher.



Acababa de llegar al estacionamiento frente a la estación de policía cuando el capitán del puerto dijo por el altavoz: «No hemos recibido informes de barcos abandonados en los últimos días, Enna. Lamento decepcionarte. Y la familia Sattelmacher tampoco ha informado de ninguno».

«¡Muy bien! Gracias por la información».

«¡Con mucho gusto y adiós!»

Neuhof salió de la oficina en ese momento y se acercó al coche. Abrió la puerta y se hundió en el asiento del copiloto. Parecía agotado. También olía cansado. Probablemente como ella.

«Hola», la saludó con voz aburrida. «¿Algún hallazgo nuevo?»

«No hay mucho. Heiner dijo que no sabía nada sobre la muerte de Toni».

«¿Le cree?»

«Intuitivamente, sí. Pero no estoy obligada a no cambiar de opinión. Es interesante saber que Toni probablemente visitó a Heiner la mañana de su muerte, pero Heiner no quería verlo y lo echó de casa».

«Interesante. ¿Posibles motivos del asesinato?»

Enna extendió las manos. «Bueno, Heiner levantó mucho la voz esta mañana porque sospechaba que yo podía culparlo por la muerte de su hermano. Así que se sintió presionado muy rápido».

«¿Presionado o tratado injustamente?»

Enna vaciló. «Es una pregunta muy buena. Creo que sentía que lo trataban injustamente. Y eso se ajusta a la imagen. Probablemente haya pasado toda su vida a la sombra de su hermano. Los celos ante la injusticia serían un posible motivo en cualquier caso, pero... de alguna manera Heiner no me parece un asesino».

«¿A pesar de que se puso agresivo?»

«¿Por qué crees que se puso agresivo?»

«Dijiste que te levantó la voz».

«Bueno. Una cosa es sentirse agraviado y otra matar activamente a alguien».

«Esa es solo tu percepción subjetiva».

«Claro. Le estoy dando mi impresión. Por cierto, no se ha encontrado ningún barco abandonado».

Pavel asintió pensativo y se rascó la barbilla. «El clima también estaba tranquilo, ¿verdad?»

«Absolutamente. Solo tuvimos una llovizna la noche en la que murió».

«¿Por eso llevaba ese abrigo anticuado?»

«No lo sé». Enna sacó un paquete de caramelos rosas y amarillos de la guantera. Se metió uno en la boca. El sabor a frambuesa y limón se apoderó de su lengua. Sacudió la cabeza. «No tiene sentido. Un abrigo así habría sido apropiado en una tormenta, pero no en una lluvia ligera. ¿Quiere uno?»

«No, gracias. Así que la cuestión del abrigo sigue abierta». Pavel se miró pensativo los dedos y cambió bruscamente de tema. «Es socorrista, ¿verdad?»

Enna sonrió. «En cuerpo y alma».

«Muy encomiable. Así que ya conoce las corrientes locales».

«En las playas, sí. También dentro de las zonas de baño, aunque se parecen más a microcorrientes. ¿Por qué lo pregunta?»

«Bueno, con suerte, lo sabremos después de la reunión con...»

«... Nils Kessler...»

«... exactamente cuánto tiempo estuvo Sattelmacher en el agua. Eso nos da el tiempo X. Si conocemos las condiciones actuales y extrapolamos las velocidades de deriva correspondientes, deberíamos poder reconstruir con bastante precisión el lugar en el que Toni Sattelmacher cayó al agua».

Enna hinchó los carrillos. «No podremos determinarlo con tanta precisión. Estamos hablando de un cadáver en mar abierto».

«Que tiene un peso Y y, dado su tamaño, una resistencia al desplazamiento. Los datos meteorológicos están disponibles. Se conocen las condiciones geográficas. Sin duda, eso se puede mapear matemáticamente».

«¡Se va a entretener con eso!»

«¿Lo duda?»

«Sí. En la práctica, no se puede determinar con mucha precisión. El rango de las mareas por sí solo y las corrientes resultantes son difíciles de estimar. En mar abierto, la velocidad de la corriente de marea es de aproximadamente medio metro por segundo. Cerca de la costa, puede ser de hasta cinco metros por segundo. Los límites son fluidos. Siempre hay un rango».

«Podríamos crear un paquete con forma humana y bajarlo al agua. ¿Cuánto pesaba Toni?»

«¿Quiere simular un cuerpo?» Enna no quería creerlo. Su nuevo jefe era un poco extraño.

«¿Por qué no? Mientras el clima se mantenga similar y tengamos en cuenta las mareas, debería funcionar. Luego colocaremos un transmisor GPS en el paquete y lo descubriremos».

Enna puso los ojos en blanco. «Siéntase libre de explorarlo usted mismo si quiere. No le detendré».

Pavel parecía querer decir algo a cambio, pero cerró la boca. «¿Qué le dicen sus más de treinta años de experiencia sobre el terreno?»

«Creo que se metió en el agua al este de donde lo encontraron, ya que así es como fluye la corriente en este momento. Caminaría por toda la costa desde ese lugar. Es un hermoso paseo por las playas y el dique. Lo recomiendo encarecidamente.»

«¿Y qué tan lejos le gustaría ir? ¿Un kilómetro? ¿Dos? ¿Tres? ¿Cinco? ¿Diez?»

Enna suspiró. «Siempre lo quiere saber con exactitud, ¿verdad?»

«Sí».

«Está bien. En Fleetstedt, según el servicio meteorológico alemán, tenemos una velocidad media actual de aproximadamente un kilómetro por hora. El tiempo ha estado muy tranquilo en los últimos días, así que supongo que menos. Quizá setecientos cincuenta metros por hora. Estamos hablando de... un máximo de quince kilómetros. Pero dado que encontramos el cuerpo con la marea alta, es probable que estuviera flotando tierra adentro en las horas anteriores. Así que no sería paralelo a la costa. Dependiendo del tiempo que Toni haya estado en el agua, podría haberse

quedado a la deriva con la marea baja y volver a entrar con la marea alta».

Pavel dibujó la forma de una onda en su muslo. «Ya veo. Así que podrían haberlo arrojado al agua cerca de la orilla».

«O tuvo un accidente allí. Si estuvo en el agua durante un período de tiempo más corto, es más probable que se haya caído al agua en el mar».

«¿Así que lo haría depender del tiempo?»

«Sí. Por eso nos vamos ahora. A Kessler no le gusta esperar. Y a lo mejor fue un accidente, después de todo. Todavía está dentro del ámbito de lo posible, aunque sea poco probable». Enna puso en marcha el motor del coche y se fue rápidamente. Ella ignoró deliberadamente a Pavel, que se quejaba suavemente. En cambio, ella sonreía un poco para sí misma.



Cuando dejaron Fleetstedt y se dirigieron a Leer, ella preguntó: «¿Tiene alguna noticia?»

«Muchísimas. Toni Sattelmacher llevaba una doble vida».

«¿Cómo es eso?»

«Bueno, pasaba mucho tiempo en Hamburgo. Lo reconstruí a partir de los registros de su teléfono móvil y su sistema de navegación».

«¿Cuándo lo hizo?»

«Anoche».

Ella entrecerró los ojos. «*Después de* dejar el Deichkante?»

Asintió y continuó: «En realidad, Sattelmacher pasó más tiempo en la ciudad hanseática que aquí».

«Estaba *todavía trabajando* después del Deichkante?»

«Por supuesto, pero ¿podemos seguir con el tema?»

Enna no podía creerlo, pero asintió con la cabeza. «Así que Toni tenía dos vidas. Fleetstedt y Hamburgo. Su hermano lo mencionó, por cierto. Probablemente Toni iba a nadar a menudo a Hamburgo. Supongo que ahí es donde trabajaba».

«Eso aún debe aclararse. En cualquier caso, pasaba la mayor parte del tiempo allí en una zona muy cara. ¿Cómo encaja eso con sus deudas? Deberíamos analizarlo más de cerca. Sugiero que vayamos a Hamburgo lo antes posible y echemos un vistazo».

Enna miró a su jefe, lo que lo hizo sentir visiblemente incómodo. «¿Podría concentrarse en la carretera, por favor?»

Enna mantuvo el contacto visual durante un segundo antes de volver a mirar hacia adelante. «Se da cuenta de que no podemos simplemente ir a investigar a Hamburgo. Jurisdicciones y responsabilidades y todo eso».

Pavel suspiró. «Soy muy consciente de ello. Por supuesto, haré una solicitud oficial».

«Está bien entonces». Enna suprimió un movimiento de cabeza, que él insistiría en interpretar. Se preguntó qué quería decir realmente. Si sus declaraciones carecían de subtexto, como él decía, entonces acababa de decir que quería ir a Hamburgo con ella y echar un vistazo a su alrededor. Esto es muy diferente de una solicitud oficial, que puede dar lugar a que reciba cierta información por fax.

¿Pavel Neuhof, el temerario?

De repente, no tenía ni idea de qué pensar de él. ¿No le importaban las reglas? ¿Se fue de Kiel por no seguir las reglas?

Pensó en él colgado de las vigas con una soga alrededor del cuello para simular un suicidio. Podría caber.

Dios, esto puede ser divertido...

Capítulo Diez



Pero primero estaba la morgue. El instituto estaba ubicado en una venerable mansión cerca de Leer. Desde fuera, nadie habría imaginado que detrás de la oxidada fachada de piedra rojiza había cadáveres guardados en relucientes refrigeradores cromados. Enna incluso había visto a turistas tomar fotografías de la lujosa casa. Si hubieran sabido lo que estaban fotografiando, las habrían borrado inmediatamente.

Pero también era idílico. Peonías y espino amarillo se alineaban en el camino de entrada. En el segundo nivel, un magnífico olmo se elevaba hacia el cielo. Incluso había un banco entre los arbustos a su sombra, un lugar ideal para relajarse y leer.

Pavel miró a su alrededor con curiosidad mientras Enna lo conducía a propósito hacia la entrada lateral. Había un letrero sencillo: *Instituto Forense, Sucursal*. Debajo había un timbre y un teclado PIN moderno.

«Bonito lugar».

«Casi se convierte en un restaurante, pero la licencia nunca llegó».

Pavel se rió. «¿Y luego llegaron los muertos?»

«Algo así». Enna sonrió, la puerta zumbó y entraron en los sagrados salones de Kessler.

El contraste no podría haber sido mayor. Todo estaba en colores apagados. De las paredes colgaban grandes motivos anatómicos. El

mostrador de recepción estaba desierto. Solo había una taza de café en el escritorio.

«Aquí solo puede contactar a alguien por la mañana», explicó Enna, mientras caminaba a propósito por el pasillo adyacente. Las puertas grises de acero mate colgaban de las paredes como obras de arte modernas. El olor a desinfectante de coñac de frutas flotaba en el aire.

Pavel parecía asimilarlo todo a la vez. Sus ojos, ahora alertas, le daban una mirada a todo.

Enna se detuvo en la tercera puerta. Llamó con fuerza. Escucharon un sordo «¡Entra!» que provenía de detrás de la puerta, y entraron.

Nils Kessler aún llevaba puesta su gorra tejida. Había cambiado su abrigo por un delantal verde menta que siempre le recordaba a Enna a una carnicería. Sus brazos estaban cubiertos de guantes manchados de sangre que le llegaban justo por debajo de los codos.

«¡Hola!» Parecía visiblemente complacido. Asintió con la cabeza a Pavel. «Usted debe ser el nuevo».

«Neuhof».

«Kessler». El patólogo se acercó a la mesa de acero inoxidable donde estaba acostado Toni Sattelmacher y le tendió una mano manchada de sangre a Pavel.

Pavel lo miró con horror y dio un paso atrás.

Kessler se rió. «Es broma, Neuhof». Hizo un guiño y se acercó al muerto. «Tengo que admitir que es un caso interesante».

Enna también se acercó al cadáver. Como siempre, era desconcertante ver un cuerpo con un corte en forma de Y abierto delante de ella, pero de alguna manera, podía verlo todo como una especie de composición, como una obra de arte abstracto. «¿De qué manera?» preguntó ella.

«Bueno», comenzó Kessler. «El muerto está revelando sus secretos por partes». Señaló varios frascos de vidrio que había en un pequeño carro que había a un lado. Uno contenía agua, pero en el fondo se habían depositado partículas blanquecinas. La otra contenía una masa viscosa.

«Este es el contenido del estómago de Sattelmacher», explicó Kessler. «Encontré agua de mar en él».

«Lo cual no es inusual para un cuerpo que flota en el agua. Tras la muerte, los mecanismos de cierre automático fallan y entra agua». Curioso, Neuhof se asomó al torso abierto.

Kessler examinó a Pavel. «Tiene razón, Neuhof. Pero también he encontrado agua en los pulmones. También hay un cambio enfisematoso en los pulmones».

«Un pulmón distendido».

Enna miró a su jefe con sorpresa. ¿Había algo que no supiera?

Kessler asintió con la cabeza. «También es correcto, señor Neuhof. Estoy absolutamente asombrado. ¿Tiene experiencia médica?»

«No, solo un gran interés». Señaló las marcas oscuras en el cuello del muerto. «¿Qué son esas cosas? ¿Hematomas?»

«Correcto. Parecen sospechosamente la evidencia de un forcejeo».

«Así que fue un asesinato».

Kessler se encogió de hombros. «Le dejo la interpretación a usted. Lo único que puedo decir es que estos moretones son muy recientes, cerca del momento de la muerte. Yo lo pondría en unas veintidós horas, más o menos dos horas. Volviendo a la causa de la muerte: al principio sospeché que se había ahogado, como lo indicaban el agua que tenía en el estómago y los pulmones distendidos. Pero no se ahogó. Murió por una fuerza externa». Kessler se acercó a la cabeza del muerto y señaló el lugar que ya le había mostrado a Enna en la playa.

Pavel se agachó y examinó de cerca la parte posterior de la cabeza, como si se tratara de una obra de arte interesante. «¿Traumatismo con objeto contundente?»

«Correcto. Lo suficientemente grave como para provocar una hemorragia intracerebral que, con el tiempo, aumentó la presión intracraneal. En otras palabras, la presión estaba comprimiendo el tejido cerebral circundante e interfiriendo con el funcionamiento normal del cerebro. Miré el cerebro. ¡La región del cerebro que

controla la respiración se vio afectada! Así que el Sr. Sattelmacher no se ahogó, sino que lo golpearon hasta matarlo».

Enna se aclaró la garganta. «¿Y el agua entró en sus pulmones después de que murió?»

«No puedo reconstruir eso con seguridad. Pudo haber entrado cuando estaba acostado en el agua, pero también pudo haber intentado evitar ahogarse hasta que se le parara el cerebro. Por desgracia, no me va a contar ese secreto».

«Eso no es tan importante», intervino Pavel. «Lo importante es que ahora sabemos que hubo un forcejeo y que murió como resultado de una fuerza externa».

Enna volvió a mirar el lugar en la parte posterior de la cabeza del hombre donde Kessler le había afeitado parte del cabello. «No puede ser por una caída, ¿verdad?»

«Probablemente no. No hay otras lesiones que indiquen una caída, como abrasiones o moretones».

Pavel asintió como si ya estuviera juntando las piezas. «Así que hubo un forcejeo, luego un golpe en la parte posterior de la cabeza y el cuerpo cayó al agua o fue arrojado al agua».

Kessler sonrió. «Esos son los escenarios más probables, sí. También puedo descartar la influencia del alcohol. Cero punto cero por mil. La prueba de detección de drogas salió vacía—Tendría que hacer un informe toxicológico básico como el de Dietrichsen. Pero yo no presionaría por eso en estas circunstancias».

A Pavel no parecía gustarle eso. «Necesito el panorama completo, Sr. Kessler».

Suspiró. «No tenemos el dinero ahora mismo. Los presupuestos se han vuelto a recortar. Me temo que no hay nada que pueda hacer. Puede pagarlo de su propio bolsillo si realmente lo desea».

Pavel frunció el ceño. «¿Es otra de sus bromas?»

«Lamentablemente no. O alguien paga o no habrá una opinión experta en este caso. No creo que sea necesario».

Pavel volvió a objetar, pero Enna le apretó el brazo. «¡Está bien! Los hechos son lo suficientemente claros».

«Bien».

Pavel volvió a hablar, pero Enna lo apartó de la mesa de autopsias. «Gracias», le dijo a Kessler. «Eso ayudó mucho».

«Siempre es un placer. Nos vemos la próxima vez».

«Sí, nos vemos la próxima vez».

Luego salieron por la puerta, dejando atrás a Kessler y Sattelmacher.



«¡No es mi problema!»

«Sí, lo es. Tenemos suerte de que él todavía tenga un trabajo aquí. Hace dos años se habló de cerrar el lugar por falta de fondos. ¿Es eso lo que quiere? Yo no quiero eso. No nos dejemos llevar, por favor. Sattelmacher fue apaleado hasta la muerte. Es muy poco probable que se tratara de drogas sofisticadas o venenos, ¿verdad?»

«Es cierto, pero...»

«Sin peros, Neuhof. Eso es suficiente para nosotros». Salieron de la mansión y salieron al aire libre. Las abejas zumbaban en el aire.

Enna temía volver que Pavel volvería a objetar, pero Pavel suspiró. «No estoy de acuerdo, pero entiendo el razonamiento. Así que no habrá informe toxicológico. ¿Está bien?»

Enna sonrió. «Gracias. ¿A dónde vamos desde aquí?»

Pavel miró su reloj. «Estamos esperando a la Sra. Thönissen. Debería estar aquí en cualquier momento».

«Bien, eso es algo». Enna miró hacia la entrada, pero no había ningún coche de policía a la vista. «Entonces usaremos el tiempo hasta que llegue. ¿A quién investigamos ahora? Ahora estamos buscando a un sospechoso».

«¡O un asesino!»

«Eso es lo que insinué».

«Pero no lo dijo».

Enna cerró los ojos. Pavel podía ser tan quisquilloso.

«Está bien», dijo en tono de disculpa. «Entiendo».

«Gracias». Enna se apoyó en el capó y cruzó los brazos sobre el pecho. Con calma, volvió a preguntar: «¿Cómo procedemos ahora?»

«Bueno, me gustaría recopilar más datos antes de perseguir a alguien. Actuar con hechos poco claros nunca es una buena idea».

«¿Porque corremos el riesgo de una mala interpretación?»

«Exactamente. Cuanto más clara sea la imagen, menos espacio para la interpretación. Por eso insisto en los detalles, Enna. Es que ningún supervisor lo ha entendido nunca. Solo piensan en sus presupuestos».

«Manejan nuestro sistema. El dinero hace girar al mundo».

Pavel la despidió con la mano. «Hablando de dinero, iré al banco y comprobaré las finanzas de Sattelmacher. Su enorme cantidad de deudas podría tener algo que ver con los motivos de los posibles sospechosos. También en este caso necesitamos una visión completa».

«Parece un buen plan. Iré con usted».

«No, puedo hacerlo yo mismo. Puede encargarse de los extractos del registro de la propiedad. Quiero saber si Sattelmacher era propietario de alguna propiedad». Pavel la miró fijamente. «¿Por qué frunce el ceño? ¿Una idea?»

«Sí. Acabo de darme cuenta de que ninguno de los Sattelmachers vive en una vivienda propia. Los ancianos en una residencia de la tercera edad, Heiner en una vivienda pública y Toni con la Sra. Thönissen».

«¿Qué tiene eso de inusual?»

«Bueno, los Sattelmachers solían tener una gran propiedad justo en el dique. Un antiguo Gulfhaus. Precioso».

Pavel lo entendió de inmediato. «Se pregunta por qué ningún miembro de la familia vive allí».

«Sí. Era el orgullo y la alegría de los Sattelmacher».

«Tal vez lo alquilaron. O lo vendieron para pagar la residencia de ancianos. No me pareció barata».

«Sí. ¿Por qué dice eso? Se necesita dinero para administrar un lugar como ese».

Antes de que Pavel pudiera responder, sonó una sirena en la distancia. Sonó durante tres segundos y luego se quedó en silencio.

Una sonrisa apareció en el rostro de Pavel. «Sra. Thönissen».

Enna puso los ojos en blanco. «¿Por qué una pequeña luz azul y una sirena emocionan tanto a la gente?»

«¿A usted no?»

«Eh... no». Se apartó del automóvil y se dirigió a la calle, donde se acercaba una patrulla que se deslizaba hacia el estacionamiento.

Enna le abrió la puerta a la anciana y le echó una mano. Ella lo ignoró y salió. Sus ojos brillaban de emoción. «¡Eso estuvo genial! ¡Estupendo!» Ella aplaudió.

Pavel sonrió cautivadoramente. «Me alegra oír eso, señora Thönissen. ¿Me puede seguir, por favor?»

La anciana se puso seria. «Por supuesto, inspector». Con la cabeza bien alta y las mejillas enrojecidas, siguió a Pavel, quien la llevó a la entrada del laboratorio criminalístico.

Enna los dejó ir. Se volvió hacia el conductor, el sargento Berger, que había bajado la ventanilla. «¿Estás bien?»

Berger se encogió de hombros de la manera habitual, un gesto que había visto cien veces antes. «Todo está bien, Enna. ¿Vas a llevarla de vuelta o vuelvo a jugar al taxi?»

«Vuelves a jugar al taxi».

«Hay cosas peores». Se inclinó hacia la guantera y sacó una bolsa de plástico. Contenía un sándwich de jamón cortado por la mitad. Sacó una mitad y le ofreció la otra a Enna. «¿Quieres un poco?»

Miró el jamón rosado, pensó en el cortado Toni Sattelmacher y sacudió la cabeza.

Berger se limitó a asentir y le dio un buen bocado a su sándwich.

Como Enna no quería verlo comer, se acercó al banco y se sentó entre los arbustos. Esperó allí hasta que Pavel regresó con la anciana. Ya no se veía tan alegre y entusiasta, sino más bien parecía enferma. Sin decir una palabra de despedida, desapareció en el coche patrulla, que salió inmediatamente del estacionamiento.

Pavel se detuvo frente a Enna. «Es Toni Sattelmacher».

«¿Esperaba algo diferente?»

«No, pero habría dado al caso un giro sorprendente».

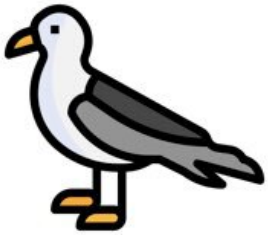
Enna se rió. «Supongo que tiene razón. Me alegro de que sea él».

«Parece muy aliviado. ¿No le gustan las sorpresas?»

«No tanto, para ser honesto. Prefiero que las cosas sean predecibles».

Pavel frunció los labios y no dijo nada. Quizá fuera lo mejor, porque Enna no podía evitar la sensación de que con Pavel Neuhof como nuevo jefe, ningún caso volvería a ser el mismo.

Capítulo Once



El Gulfhaus de los Sattelmachers se destacaba por su enorme y aterciopelado techo rojo. La mitad de la casa era de dos pisos, la otra de un piso, con un techo inclinado hacia abajo sobre la sección de un piso.

En el pasado, casas como esta habían sido granjas con establos adjuntos, que se generalizaron en el norte de Alemania en los siglos XVI y XVII. Hoy en día se las conoce como casas de Frisia Oriental.

La casa de los Sattelmachers estaba en excelentes condiciones y, como recordó Enna, estaba situada en un hermoso entorno parecido a un parque. Árboles maduros bordeaban la propiedad. Todo estaba bien cuidado. El techo estaba recién embaldosado. El césped era inglés y de un verde exuberante.

Cuando se estacionó frente a la casa, lo único que le faltaba era una fiesta de té sentada en el césped en una mesa cubierta con tapetes tejidos a ganchillo, disfrutando de la tarde. Los niños jugando también habrían encajado en la imagen. Gente en general. Ni siquiera había un auto. En vez de eso, había dos postes de madera que sobresalían de un trozo de césped. Al parecer, habían quitado un letrero o estaban a punto de colocarlo. Actualmente, no había ningún anuncio.

Enna miró las ventanas oscuras durante unos segundos antes de salir. El cierre de la puerta del coche sonó demasiado fuerte. Era

extremadamente silencioso. No ladró ni un perro. No se oía ni un pájaro.

Enna metió las manos en los bolsillos de sus pantalones cortos y cruzó el patio hasta la puerta principal. Tampoco había timbre. Ni siquiera el buzón estaba marcado. No había ni un alma a la vista. Pero alguien tenía que vivir aquí. La hierba estaba tan corta que tuvieron que cortarla hace menos de tres días.

«Quizás un cortacésped robótico», murmuró, mirando a través del cristal rayado de la puerta principal. El interior estaba en silencio.

Enna llamó y esperó y llamó y esperó.

Nadie abrió la puerta. ¿Quién lo haría? No había nadie allí.

Enna decidió pasear alrededor de la casa. Caminó a un ritmo pausado y dejó que sus ojos divagaran. Reconoció un árbol que recordaba de su infancia, pero por lo demás, nada más. Por otra parte, habían pasado décadas desde su última visita. El jardín no le trajo ningún otro recuerdo.

Finalmente, volvió a llegar a la puerta principal. Estaba molesta porque no había encontrado a nadie en la oficina de registro de la propiedad. Probablemente solo trabajaban allí de las nueve a las once. ¿Se había vendido la casa de los Sattelmacher? Enna apenas podía imaginárselo. ¿Quién renunciaría a una casa y una propiedad tan hermosas? Casi no había nada igual en la zona.

El sonido de un motor la hizo mirar hacia el largo camino de entrada. Un Mercedes oscuro se detuvo junto a su auto. Un caballero de unos cincuenta años salió. «Hola», la saludó de manera amistosa. «¿Puedo ayudarla?»

«Eso espero», respondió Enna, sacando su carné de identidad. «¿Puedo preguntar quién es usted?»

Su rostro se puso serio. «Soy Hinnerk Möller. Trabajo como arquitecto para Norddeutsche Küstenkapital GmbH». Sacó una tarjeta de presentación del bolsillo interior de su chaqueta y se la entregó. «¿Hay algún problema aquí?»

Enna estudió la tarjeta. Parecía un grupo de inversores. Sacudió la cabeza. «De hecho, estaba aquí para ver a los Sattelmachers».

«Ya no viven aquí. La casa ha sido vendida. Estoy aquí por la remodelación planificada».

«Ya veo. ¿Qué se planea?»

«Oh, los nuevos propietarios quieren remodelar y ampliar la propiedad. Es un gran proyecto».

Es evidente que es un grupo de inversores. «¿Es eso posible? Pensaba que los Gulfhäuser eran sitios patrimoniales».

«Lo son, pero hay opciones de diseño».

Enna asintió con la cabeza. «Con las modificaciones necesarias, por supuesto».

El arquitecto sonrió. «Eso es definitivamente una ventaja. ¿Hay algo más que pueda hacer por ti? De lo contrario, debo dedicarme a mis asuntos».

Enna sacudió la cabeza. «No quiero entretenerle. Si los Sattelmachers ya no viven aquí, de todos modos estoy en el lugar equivocado. ¿Sabe dónde puedo encontrarlos?»

«Creo que en la casa de retiro. Fue todo un drama, para ser honesto. Bueno, mudarme. El Sr. y la Sra. Sattelmacher realmente no querían irse».

Enna podía entenderlo. «¿Parece que tuvieron que hacerlo?»

«No tengo ni idea. Todo lo que sé es que su hijo vendió la casa. Probablemente no tenían otra opción. Eso puede suceder cuando dejas tu casa a tus hijos».

Eso era interesante. «¿Por qué la vendió Toni? La ha vendido Toni Sattelmacher, ¿no?»

El arquitecto asintió y se encogió de hombros. «No sabría decirle. A mí también me sorprendió, porque el Sr. Sattelmacher acababa de completar amplias renovaciones. Normalmente, con los costos de construcción actuales, venderías *antes* de la renovación, no *después*. Pero a los nuevos propietarios les encanta. Y ahora sí que me tengo que ir. Se me hace tarde. ¡Que tenga una tarde maravillosa!»

«Usted también. ¡Gracias!»

Enna observó al arquitecto mientras desaparecía en el jardín, luego se subió a su auto y repitió la conversación. La confundió. ¿Por qué Toni renovó la casa familiar y luego la vendió a un grupo de inversores? ¿Por qué organizó Toni el trato en primer lugar? ¿Los Sattelmachers le habían cedido la propiedad? Parecía que lo habían hecho.

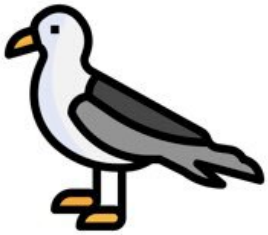
Fue muy interesante, porque ¿qué pasó con Heiner? ¿Había vuelto a perder? Eso debió ser duro, ya que sin duda había mucho dinero de por medio.

Enna giró la elegante tarjeta de presentación entre sus dedos. El logotipo de Norddeutsche Küstenkapital GmbH estaba estampado en lámina de plata y brillaba intensamente. La empresa tenía su sede en la isla de Norderney.

Enna volvió a mirar la casa y calculó que esta y el terreno valían un millón de euros, probablemente más. Los costes de construcción y renovación solo habían ido en una dirección en los últimos años: al alza. ¿Toni se había sobrepasado con la renovación? ¿Por eso tuvo que vender e intentar obtener el mayor beneficio posible a través de un grupo de inversores?

Demasiadas preguntas, decidió Enna. Pavel tenía razón. Necesitaban respuestas. Muchas respuestas.

Capítulo Doce



La sucursal del Volksbank estaba ubicada en un antiguo almacén de ladrillos reconvertido. El propietario había convertido los dos pisos superiores en apartamentos vacacionales. Deberían tener una vista perfecta del pequeño puerto de Fleetstedt. Sobre la entrada colgaba un letrero que decía «ocupado». A Pavel le pareció apropiado.

La primera planta se dividía en dos. A la izquierda de la entrada de los apartamentos había una tienda de lotería. La sucursal bancaria estaba justo enfrente. El arreglo parecía obra de un dios con sentido del humor. ¿Banco o lotería? La mayoría de las personas de hoy solo pueden esperar salir adelante financiera y socialmente ganando la lotería. Los bancos solo administraban lo que sus padres y abuelos habían construido y dejado atrás.

No, tenía que ser un dios cínico. Solo el operador ganaba la lotería. ¡Las posibilidades de ganar los millones anunciados en los carteles eran muy pequeñas! Eso debería quedar claro para cualquiera que lo examinara más de cerca. Pero muchas personas probablemente lograban convencerse de que tenían más posibilidades de ganar la lotería.

Pero era un gran error pensar que los ricos tenían el monopolio de la buena fortuna. Pavel tenía bastante que ver con ellos profesionalmente como para no saberlo. Sucedía al revés: con el dinero llegaban la codicia y el resentimiento, lo que aumentaba los

conflictos ocultos en las familias hasta tal punto que, al parecer, solo podían resolverse mediante la violencia.

¿O era esto una *déformation professionnelle*, ¿un error de cálculo profesional? Estaba a punto de abrir la puerta cuando su teléfono móvil vibró. No reconoció el número, pero se dio cuenta de que era un teléfono celular. Odiaba hablar por teléfono con desconocidos. Sin la expresión facial que lo acompañaba, el subtexto aparentemente inevitable era aún más difícil de discernir. Pero algo le decía que era importante. Aunque no le gustaba sentir eso—no le importaban demasiado las cosas que sentía—presionó el botón verde en la pantalla.

«Soy Doldinger del laboratorio criminalístico», dijo una mujer.

Aún no sabía el nombre del laboratorio criminalístico local. Cuando la llamó, ella venía de Leer, pero no sabía si estaba asignada allí.

«Aquí Neuhof. ¿Qué pasa, Sra. Doldinger?»

Siempre era bueno llamar a la gente por su nombre.

«Se trata de las muestras que nos dio la Sra. Koopmann y del análisis de las pruebas del apartamento del joven Sattelmacher».

«Estoy ocupado en este momento, señorita Doldinger. ¿Dejaría que mi colega...?»

«Todavía no he podido comunicarme con ella. Por eso estoy intentando con usted».

Cierto, Enna quería visitar el lugar de nacimiento de la víctima. «Por supuesto, señorita Doldinger. ¿Qué ha descubierto?»

«Lo tendrá todo por escrito, pero pensé que le interesaría».

«No puedo decidir eso hasta que sepa de qué está hablando, señorita Doldinger».

«Oh, ¡no me diga!». Su tono había cambiado ligeramente. De alguna manera debe haberla molestado. Eso no estaba bien. Tenían que mantener contento al laboratorio criminalístico.

«Lo siento. Estoy muy interesado en sus hallazgos».

Escuchó un gran suspiro de alivio. «Bueno, en las muestras de la ducha, además de los rastros atribuibles a la víctima, encontramos pelo de la cabeza y vello genital femeninos de al menos dos personas».

¿Muestras de la ducha? Ni siquiera se había dado cuenta de que Enna había tomado muestras. Pero esto era emocionante. Toni había recibido la visita de una dama. ¿Era posible que su casera no se hubiera dado cuenta?

«Gracias. ¿Y qué más?»

«La evidencia es confusa. Hay muchas huellas dactilares que no pertenecen a la víctima. Debe haber tenido visitas regulares. Al menos cinco personas diferentes. Encontramos pañuelos de papel con semen en la papelera».

«¿Pertenecía a la víctima? La madre indicó un posible interés sexual entre personas del mismo sexo».

«Eso aún no lo sabemos. Todavía estamos esperando los resultados de las pruebas de ADN. Pero la apariencia sugiere masturbación. Tiene que imaginarse que...»

Se abrió la puerta del banco. Un hombre salió, sacó un juego de llaves de su bolsillo y empezó a cerrar.

«Lo siento, señorita Doldinger, no tengo tiempo para imaginármelo ahora mismo».

Ella probablemente pensó que Pavel era un mojigato, pero a él no le importaba. Cada uno tenía sus propios límites. Pero el hombre que acababa de salir del banco tenía que ser Otto Kammerer. Colgó sin despedirse. «¿Sr. Kammerer?»

El hombre tenía una expresión de hostigamiento en su rostro. Miró a Pavel pero no mostró ningún reconocimiento. Levantó las manos a la defensiva. «Por favor, utilice la máquina de la entrada. Tengo un encargo urgente que atender».

«Sr. Kammerer, solo quería...» ¿Debería mostrarle su carné de identidad? El empleado se comportaba de forma muy extraña. Bueno, probablemente estaba solo en el edificio, así que tenía que cerrar mientras no estaba. Sin embargo, seguramente no debía salir de su lugar de trabajo durante el horario laboral.

El hombre no se dio la vuelta. Pavel miró la bicicleta de su oficina, que había encadenado a una farola. Si el hombre se marchara en un coche, no podría seguirlo. Pero Kammerer no lo hizo. Empezó a correr calle abajo en dirección al mercado. Después de trescientos pies, giró a la derecha para tomar la calle principal

que salía de Fleetstedt. Pavel lo siguió cuando desapareció a la vuelta de la esquina. Corrió para estar seguro y, cuando miró a la vuelta de la esquina, Kammerer caminaba a pasos agigantados por la calle. Después de un cuarto de milla, abandonaron el centro del pueblo. Aquí, las viviendas se veían mucho más grises. En verano, la calle principal probablemente estaba atestada de tráfico, ya que terminaba en un callejón sin salida que conducía a un gran estacionamiento subterráneo.

Aun así, las casas, en su mayoría construcciones adosadas que, según él, eran de la década de 1930, eran bastante bonitas. Tenían pequeños patios delanteros y las fachadas estaban decoradas con símbolos marítimos. Aunque, según había leído en Wikipedia, ningún pescador había vivido aquí, oficialmente, el distrito se llamaba Fischerpolder, probablemente porque sonaba bien y la persona que estaba a cargo en aquel momento no tenía ni idea de lo que era un pólder. Bueno, la incompetencia de los políticos locales no era algo nuevo.

Kammerer se detuvo frente a un edificio que era más estrecho que las demás y no tenía patio delantero. Pavel sacó su teléfono celular y fingió tomar una foto de algo en uno de los patios del frente.

«¡Piérdase! ¡Maldito tiburón inmobiliario!» una joven con tatuajes en la cara le gritó desde una ventana abierta. Pavel decidió cruzar la calle. Apretujarse entre los coches parados no era un problema. La vista de Kammerer era mejor desde el otro lado. Kammerer presionó el timbre con tanta fuerza que pudo oírlo incluso desde esta distancia. Al principio no pasó nada, lo que pareció enfurecer aún más al empleado del banco. Pavel se acercó un poco para escuchar sus palabras.

«... sé que estás aquí», escuchó.

Se abrió la puerta. Era angosta, como toda la construcción, que parecía estar construida en una grieta. La mujer que salió, por otro lado, era redonda como una pelota. La combinación hizo que Pavel pensara en una obra de arte abstracto, y agradeció por ello a un cínico Dios. Si caminabas por la ciudad con los ojos abiertos, no necesitabas una galería de arte.

Desafortunadamente, el empleado del banco estaba hablando en voz baja ahora. Pavel se agachó para que los coches lo ocultaran, lo que le resultaba agotador a su altura de casi dos metros, y se acercó sigilosamente hasta que solo quedaba la carretera de cuatro carriles entre él y Kammerer y el extraño. Ahora, por lo menos, podía distinguir algunas palabras, excepto cuando el aburrido conductor de un coche de lujo aceleraba el motor. Sí, no había ricos ni pobres en un atasco de tráfico. Pavel se puso en cuclillas porque le dolía la espalda.

«... sé lo que arreglaste...» Era la voz de un hombre. Probablemente Kammerer.

«... nada en absoluto. Siempre fue simplemente...» La mujer.

«¡No me mientas! Tengo documentos que muestran que...» Kammerer de nuevo.

«... sospecha. Todo iba muy bien hasta que...»

La mujer de nuevo, esta vez un poco llorosa. ¿Sospecha o no sospecha? Era imposible de adivinar.

«... familia. Eso era... ¡una amenaza seria!» El hombre alzó la voz. ¿Alguien había amenazado a su familia?

«... nada a cambio. Toni no quería...»

¿Toni? Solo puede referirse a Sattelmacher.

«... lo que debo hacer... absolutamente necesario... créeme». Kammerer parecía realmente desesperado.

«... acudido a la policía». Tenía razón, la mujer. ¿Por qué el banquero no acudió a ellos?

«Hola, ¿qué haces?» preguntó un hombre por la ventanilla del auto que tenía delante. «¿Estás cagando en la calle?»

Pavel se llevó el dedo índice a la boca. «Hay consecuencias», fue lo último que escuchó de Kammerer.

«Imagina, cariño, alguien cagando en la calle justo aquí. Nunca había visto eso en nuestra ciudad».

Un turista de Renania, si no se equivocaba. Pavel buscó a tientas su identificación y la mostró.

«Es de la policía, imagínate».

Pavel tenía ganas de quejarse, pero temía que eso solo invitara a más comentarios. Cuando estás vigilando, tienes que hacer

sacrificios. Se puso de pie. Kammerer y el extraño habían terminado de hablar. El banquero partió en la dirección en la que había venido. Pavel cruzó la calle. Fotografió la señal del timbre de la manera más rápida y discreta posible.

Luego amplió la imagen de su smartphone. «Michaela Wagner» estaba escrito debajo de una pegatina roja que decía «Sin publicidad». ¿Debería interrogarla ahora? ¡No!. Probablemente era la misma Michaela que Enna conocía. Podría obtener más información de ella.



«¿Usted otra vez?»

¿Qué clase de pregunta era esa? ¿Así saluda a un cliente?

«Lo siento, hoy estoy un poco estresado», dijo Kammerer, intentando tranquilizarlo. «¿Qué puedo hacer por usted?»

«Hola, soy el inspector jefe Pavel Neuhof». Agitó su placa.

«Supongo que no quiere abrir una cuenta, ¿verdad?» Otto Kammerer se levantó de su asiento detrás del mostrador y abrió una puerta en la barrera. Invitó a Pavel a entrar y le ofreció un asiento en una mesa de conferencias.

«¿Té? ¿Café? ¿Algo más fuerte?»

Pavel sacudió la cabeza. «Estoy de servicio».

Kammerer abrió una puerta de su escritorio, sacó una botella de Jägermeister y un vaso, y se sirvió un vaso. Luego se acercó a la mesa, se sentó y brindó por Pavel. Se bebió el licor. Finalmente, inhaló y exhaló hondo.

«No soy muy bebedor, pero hoy... Bueno, no es asunto suyo».

«¿Está seguro?»

El banquero asintió con la cabeza, empujando el labio inferior hacia adelante. «Sí, por supuesto. A menos que tenga una carta oficial que me obligue legalmente a divulgar información».

«Ah, no, no la tengo». Aún no. «No se trata del banco. Tengo la impresión de que tal vez pueda ayudarlo de alguna manera. A usted personalmente, señor Kammerer».

El hombre hizo una mueca cuando Pavel dijo su nombre. Luego se agarró del pecho, con una etiqueta con su nombre en su inmaculado traje azul oscuro.

«No, todo está bien. Estoy bien. Pero gracias por su preocupación».

«¿Su familia también está bien?»

El párpado derecho del hombre se torció cuando Pavel dijo la palabra «familia».

«Al pequeño le están saliendo los dientes, siempre pasa algo a esa edad». Mientras continuaba, se rascó la nariz con tanta fuerza que a Pavel también le empezó a picar.

Muy bien. Obviamente no quería ayuda. «En realidad, estoy aquí por Toni Sattelmacher».

Esta vez, las patas de gallo se aclararon por un momento alrededor de los ojos de Kammerer. «¡Pobre chico! Terrible».

«¿Sabe lo que pasó?» Pavel no se sorprendió. Aunque Fleetstedt no era tan pequeño como para que todos conocieran a los demás, la noticia de una muerte violenta se habría difundido incluso si Kammerer no hubiera estado involucrado de alguna manera.

El banquero asintió con la cabeza. «Lo siento mucho por sus padres. Los hijos nunca deberían morir antes que sus padres».

¿No sentía pena por la víctima? «¿Conocía a Toni?»

«No personalmente. Tenía una cuenta con nosotros. Pero antes de que pregunte—realmente necesito un documento oficial para darle acceso. Ya sabe lo que quiero decir. Cooperaremos, por supuesto, pero nos expondríamos a ser procesados si no insistiéramos en obtener una orden judicial».

Pavel metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta larga y sacó los extractos bancarios.

«Son de su banco, ¿verdad?»

Kammerer le quitó los papeles y los estudió. «Sí, lo son. Pero si se refiere a la cantidad—esto solo da la mitad del panorama». Se tapó la boca con la mano como si accidentalmente hubiera revelado demasiado.

«¿Es así? Así que también había un saldo igual de grande, ¿quizás en otra cuenta?»

«No se me permite, ya sabe, decir nada». Kammerer se echó hacia atrás y dio unos golpecitos contra la mesa.

Cayó el silencio. A Pavel no le importó. Al contrario, le hizo el favor, porque muy pocas personas podían permanecer en silencio durante mucho tiempo. ¿Debería preguntarle al banquero sobre su visita a Michaela Wagner? Si lo hiciera, Kammerer podría advertirle y Enna no obtendría nada de ella.

«¿Quiere saber algo?» Kammerer se inclinó hacia adelante y bajó la voz. «¿Por qué no habla con la notario local sobre el Sr. Sattelmacher?»

«¿Notario?» Pavel no quería decirle a Kammerer que ya había oído hablar de ella.

«Sra. Henriette Meier. Vive en Nordstrasse, creo que en la dirección número dieciocho».

Nordstrasse... Me suena familiar.

«Está justo en frente del mercado», explicó Kammerer.

Cierto, habían cruzado la calle después de salir del borde del dique. Después de estar rodeado de tanta gente durante tanto tiempo, sus sentidos se habían vuelto hiperconcentrados.

Pavel asintió. «Gracias. Nos vemos mañana, entonces».

«¿Mañana? No lo entiendo muy bien».

«Con los documentos de la fiscalía».

«Oh, lo siento. Cerramos los fines de semana. Por favor, vuelva el lunes».

«El lunes, entonces». Pavel se puso de pie y levantó la mano en señal de saludo. «No le olvidaré».

Otto Kammerer solo pudo asentir, con los ojos muy abiertos, en respuesta.



«¿Podría visitar a su amiga... hoy?» preguntó Pavel, que acababa de informar a Enna de que estaba vigilando al empleado del banco. Miró su reloj. Era al final de la tarde de un viernes. Esperemos que no estropee la noche de Koopmann. Pero tenía sus propios planes.

«Por supuesto, Pavel. Hay que aprovechar el momento. Eso es lo que siempre digo».

Una ética de trabajo excelente. Sin duda se llevarían bien.

«Voy a volver a visitar a los padres», dijo.

«Es una idea muy buena. ¿Por qué no les pregunta por su casa?»

«¿Por qué?»

«Me gustaría saber quién pagó las renovaciones y qué pasó. Como Toni se encargó de la venta, o tenía un poder notarial o sus padres se la habían cedido. Sería interesante en lo que respecta a Heiner. ¿Sacó algo de eso o lo dejaron de lado otra vez? Oh, pregúntele sobre su relación con Heiner».

Heiner era su hijo. Tenía sentido preguntar por él. Pero, ¿por qué presionar a los padres? «Prefiero interrogarlos con delicadeza. No se puede obligar a alguien a decir la verdad».

«Nadie le está pidiendo que lo haga».

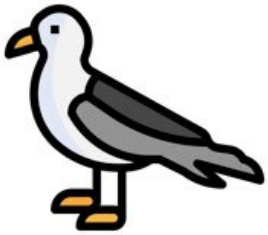
Hm. ¿Enna no acababa de...? No importa. Cada detective tenía sus propios métodos. Hasta ahora, Enna debe haber obtenido buenos resultados con los suyos. Su antiguo jefe no paraba de elogiarla.

«Buena suerte con Michaela», dijo.

¿Deberían concertar una llamada para reportarse en caso de que uno de ellos se metiera en problemas? Pero desde luego no iba a correr ningún peligro en la residencia de ancianos, y esa tal Michaela era una vieja amiga de Koopmann. Pavel colgó, abrió el candado de la bicicleta y se subió a la vieja bicicleta de la que se había enamorado el primer día.

Tuvo que sonreír. A su ex esposa le gustaba ver programas de crimen en la televisión y había creado una regla de oro para todos los guionistas: si el detective se enamora de una mujer, ella siempre es la culpable. *Bueno, ¿qué hay de ti, vieja chatarra oxidada?* Pavel se fue pedaleando. *Si eres nuestro asesino, que me parta un rayo*.

Capítulo Trece



Michaela pareció asombrada al ver a Enna de pie frente a su puerta. «¡Enna! Qué sorpresa. ¿Qué haces aquí?»

Enna pensó en la historia de Pavel y se forzó a sonreír. «Estaba en el vecindario y pensé en venir a saludarte».

Michaela arqueó ambas cejas. Habían sido depiladas sin piedad, pero eso solo hacía que su rostro pareciera más redondo. «¿Así de repente? No te creo».

Enna sonrió ampliamente. «Tienes razón en eso. Estoy aquí por trabajo».

«Oh, bueno. ¿Tiene algo que ver con Toni?»

«Sí. ¿Quién te ha contado la noticia?» Enna observó a Michaela muy de cerca, pero no mostró ninguna emoción interpretable. Solo parecía cansada.

«Me enteré en la panadería». Michaela suspiró. «¡Es el tema del día! ¿Así que estás investigando?»

«Ese es mi trabajo. Y tengo algunas preguntas sobre las finanzas de Toni».

«No se me permite darle ninguna información al respecto a menos que tengas una orden judicial».

«Hemos solicitado una a la fiscalía. La tendremos el lunes a más tardar. Pero sería muy útil si pudiéramos tener una visión general hoy mismo». Enna sonrió encantadoramente y Michaela le hizo un ademán para que entrara.

«¿Té?»

«Por favor».

Enna se sentó en la cocina. Estaba desordenado. Había cosas para bebés por todos lados. Había botellas apiladas en el fregadero. Olía a leche quemada.

«¿Cómo te va con el bebé?» preguntó Enna mientras Michaela les servía un poco de té. Una pequeña charla para empezar las cosas no vendría mal.

Michaela se encogió de hombros y se llevó dos tazas. «Agotador. Realmente pensé que sería diferente».

Enna frunció los labios. «Lo siento por eso».

«Está bien. El problema es más con mis padres. Al principio, se ofrecieron a llevar a Emilia tres días a la semana para que pudiera trabajar, pero no pudieron soportarlo. Ahora me he tomado una excedencia hasta que encuentre una niñera o algo así. Espero encontrarla. También tengo que acostumbrarme a todo. Ahora mismo duermo unas dos horas. Lo cual no está bien. Pero estoy segura de que no estás aquí para oírme quejar. Entonces, ¿qué le gustaría saber?»

«Cómo iban las finanzas de Toni. Los extractos bancarios de su apartamento muestran deudas. Deudas sustanciales».

Michaela tomó un sorbo de té. No era té negro, sino algo con limón. «Tenía deudas, sí. De hecho, muchas deudas».

«¿De la renovación de la casa familiar?»

«Eso también. Pero, de hecho, la renovación estuvo bien financiada. Había subsidios y préstamos con muy buenas condiciones, porque estaban garantizados para la vejez y para uso personal. Yo misma firmé los contratos con él».

«Está bien, entonces, ¿por qué vendió después de la renovación? Eso es inusual, ¿verdad?»

Michaela bajó los ojos. «Se acercó a mí y estaba bastante molesto. Dijo que necesitaba dinero rápido. Mucho dinero. De hecho, quería pedir otro préstamo, pero sin dar una razón. Así que no podía darle buenas condiciones. Tenía las manos atadas».

«Ya veo. ¿Y luego vendió?»

«Supongo que no tenía otra opción. Regresó una o dos semanas después, decidido a vender la casa. Ya había ido al notario y lo había comprobado todo. Quería que cerráramos la venta lo antes posible».

Me pareció que había mucha prisa. ¿Para qué necesitaba el dinero? «¿De qué tipo de préstamo estamos hablando?»

«Quinientos mil euros».

«Guau. ¿Además de la renovación?»

«Sí. Eso costó doscientos cincuenta mil. Y luego estaban los quinientos mil por los que se hipotecó la casa familiar. Ah, sí, y tenía un préstamo personal de seis cifras».

«¿Cuánto costó la venta de la casa?»

«Un millón y medio, menos los gastos de notaría y cierre».

Enna estaba asombrada. Se tomó un sorbo de té para asimilar la información, y luego preguntó: «¿Y él pagó sus deudas con lo recaudado?»

«Sí, pagó todos sus préstamos de una sola vez. Y retiró quinientos mil euros».

«Espera un minuto, espera un minuto. ¿Quieres decir que tenía medio millón en efectivo?»

Michaela hizo una mueca y asintió. «Nunca había visto algo así en mi carrera. Era una maleta llena de dinero».

Y ciertamente para algo ilegal. Enna hinchó los carrillos. «Es una información fascinante. ¿Qué dijo tu jefe?»

Michaela miró hacia arriba. «¿Kammerer? Nada. Simplemente... le molestaba que Toni manejara sumas de dinero de esa manera conmigo, y no con él como gerente de la sucursal».

No se parecía mucho a la observación de Pavel. Escudriñó a su amiga, que rápidamente se sintió incómoda ante la mirada de Enna. Sus dedos se enredaron y se hurgó los bordes de las uñas.

«¿Hay algo más?» Preguntó Enna con firmeza.

Michaela bajó los ojos. Debe haber notado que tenía los dedos inquietos y apretó las manos en puños. «Hubo... hubo un incidente».

«¿Qué pasó?»

«Creo que un tipo vino a nuestra sucursal para ver a Kammerer».

«¿Un tipo?»

«Sí. Debe haber hecho amenazas. Se trataba de la venta de la casa de Toni».

A Enna se le pararon las orejas. «¿Amenazas? ¿Un tipo? ¿Lo reconociste?»

«¡Yo no estaba allí! Kammerer me lo acaba de decir. Ha venido a verme hoy y me ha dado unos buenos reproches. Lo que había hecho mal, etc.»

«¿Y habías hecho algo mal?»

Michaela sacudió la cabeza. «¡No que yo sepa! Los contratos estaban limpios y notariados. No sé quién fue a ver a Kammerer y lo amenazó a él y a su familia».

A Enna también le gustaría saberlo. «¿Por qué Kammerer no acudió a nosotros?»

«¡No tengo ni idea! Él toma sus propias decisiones. También le preocupa la sucursal después de que tantas en la zona hayan cerrado. No quiere publicidad, especialmente mala prensa».

«¡Esa es una razón más por la que debería haber denunciado una amenaza contra el banco! Tendremos que volver a hablar con él».

Michaela solo asintió, con la mirada baja.

«Está bien», dijo Enna de manera tranquilizadora. «Comprendo que no quieras molestar a tu jefe, pero si no se denuncia, no podemos hacer nada al respecto».

«Entiendo».

«Bien. ¿La venta se realizó a través de Norddeutsche Küstenkapital GmbH?»

Los ojos de Michaela se abrieron de par en par por la sorpresa. «¿Cómo lo sabes?»

«Pusieron un letrero en la casa. Estuve allí antes».

«Ah, ya veo. Sí, es un consorcio de inversores de Norderney. Una empresa muy conocida. Han estado comprando terrenos en todo el Mar del Norte para invertirlos en complejos de apartamentos de lujo. Aunque...» Michaela guardó silencio.

«¿Qué?»

«Oh, he oído que Toni no estaba muy contento después de la venta. Incluso me preguntó si podía cancelarla».

«¿Por qué fue eso?»

«Al parecer, Norddeutsche Küstenkapital GmbH quería obtener muchos más beneficios con la propiedad. No sé los detalles. Quiero decir, por supuesto, está claro: compran propiedades antiguas, invierten en renovaciones o nuevas construcciones y luego las revenden a un precio más alto. Tienen que obtener beneficios. Y se arriesgan. Pero sí... De todos modos, le dije a Toni que sería difícil para nosotros cancelar la transacción, pero que podría ser posible. Derecho a objetar y todo eso. Pero tendría que consultar a su notario, porque los fondos ya habían sido pagados, por lo que la venta se había completado legalmente. No sé cómo cambiar eso. No sé lo suficiente sobre el tema legal».

«Ya veo. Las transacciones inmobiliarias son complicadas».

«Sí, lo son».

«¿Qué notario estaba a cargo de la venta? ¿Lo sabes?»

«Henriette Meier».

La Sra. Meier otra vez. ¿Coincidencia?

«¡Pero no escuchaste todo esto de mí!» Añadió Michaela.

Enna sonrió de manera desarmadora. «No te preocupes, tendremos la información el lunes a más tardar, después de haber visto los datos. Solo nos estás ayudando a resolver la muerte de Toni más rápido».

Michaela de repente parecía muy deprimida. «Pobre Toni. Me gustaba».

«¿Mantuviste contacto con él?»

«No, la verdad es que no. Era solo uno de nuestros clientes. Pero lo conocía de antes. Fue amigo de mi hermano durante mucho tiempo hasta que se mudó por su trabajo. Era un tipo muy agradable—a diferencia de su hermano Heiner». Michaela se estremeció. «Heiner, es un tipo que da miedo».

«¿Se benefició de la venta?»

«¿Heiner? ¡No!. Tampoco estaba en el registro de la propiedad. La casa fue transferida a Toni hace años».

Así que fue así. Muy interesante. «Es extraño. Y sus padres también tuvieron que mudarse».

Michaela tomó un sorbo de té y suspiró profundamente. «Sí, lo lamenté mucho. Tenían derechos de usufructo».

«¿Así que se les permitió vivir allí?»

«Por supuesto. No querían mudarse a la residencia de ancianos. Por eso la renovaron, para que pudieran tener paz y tranquilidad en su vejez».

Sonaba horrible. Se preparaban mentalmente para la jubilación solo para terminar teniendo que ir a una casa de retiro porque su hijo tenía deudas acumuladas. También era una información muy interesante, ya que habían sido extremadamente buenos con Toni. El buen Toni, que siempre hacía todo bien, evidentemente había hecho un verdadero lío.

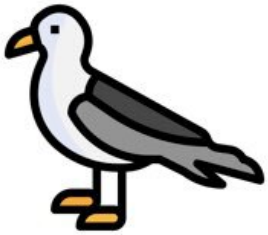
El llanto de un niño llegó desde la habitación contigua y Michaela suspiró en voz alta. «¿Tienes más preguntas, Enna?»

«No, gracias. Y gracias por el té».

«Es un placer. ¿Puedes encontrar la salida?»

«Por supuesto». Enna le dio un abrazo rápido a su antigua amiga de la escuela, terminó su té y salió silenciosamente de la estrecha vivienda.

Capítulo Catorce



La grava crujió. Pavel acababa de pasar por la entrada de la residencia de ancianos, una puerta dorada. Ahora pedaleaba con todas sus fuerzas, pero aún así se quedó atascado. La grava era demasiado profunda. Antes de que pudiera caerse, se desmontó y empujó su bicicleta.

La apoyó contra la pared frente a la puerta. Intentó ignorar los pilares que no coincidían, pero no pudo, y se le erizó el pelo de punta.

Me esperarás aquí, ¿verdad? No hablaba en voz alta con sus posesiones desde que tenía diez años. Algunos de sus compañeros lo golpearon por ello. La moto no respondía. Nunca había recibido una respuesta, pero ese no era el punto. ¿Debería poner un candado a la bicicleta? Miró a su alrededor. No podía ver la carretera desde aquí. Los lugareños no cruzarían la grava y, desde luego, los visitantes no necesitarían robarle su vieja y destartalada bicicleta.

La media hora de viaje lo había hecho sudar. Se quitó el abrigo largo y lo usó para cubrir el manillar. Luego subió la rampa hasta la puerta principal.

Jenny Kring estaba en el escritorio. Bien. No porque fuera Jenny, sino porque ya la conocía. Eso haría que su visita fuera más eficiente. Aún tenía que convencer a Enna Koopmann de que lo acompañara a Hamburgo—o mejor dicho, de que fuera su chofer

hasta la ciudad. Le gustaban los trenes incluso menos que los coches.

«¿Los Sattelmachers?» preguntó ella.

«El Sr. Sattelmacher ha estado en el hospital desde su visita de ayer», dijo Jenny, con las cejas juntas.

«¿Está bien?»

«No estoy en libertad de darle ninguna información sobre nuestros residentes. Pero, ¿por qué no le pregunta a su esposa?»

«Gracias, Jenny. Encontraré mi camino».

«Espere un momento. La vi entrar al parque. Probablemente aún esté por ahí».

«Gracias». Se dio la vuelta y se dirigió a la salida, pero Jenny Kring volvió a llamarlo: «La entrada al parque está más allá del comedor, por las puertas dobles».



El comedor le recordaba a un restaurante caro. Dos empleados con elegantes uniformes blancos estaban preparando las mesas para la cena. Era una pena que Jenny fuera tan inaccesible. Realmente le hubiera gustado saber cuánto pagaban los Sattelmachers por esto.

Al final del pasillo había una puerta doble abierta. Delante había una cortina casi transparente, probablemente para mantener alejados a los insectos. Pavel entró. Una brisa fresca golpeó su rostro sudoroso. Debería haber traído su abrigo.

Sorprendentemente, el parque estaba abarrotado. Justo más allá de la salida, una veintena de personas mayores hacían ejercicio bajo supervisión. Dos mujeres extremadamente delgadas en chándal corrían tan rápido como él podía en bicicleta entre los extensos árboles caducifolios.

Pavel se adentró más en el parque. Hacía mucho más frío a la sombra de los árboles, que debían tener cien años. Empezó a temblar un poco. En la base de la mayoría de los árboles había placas en honor al donante del árbol.

«Toda esta propiedad perteneció alguna vez al conde von Wedel», dijo una mujer que acababa de salir de detrás del grueso tronco de un roble.

«Me temo que eso no significa nada para mí, señora Sattelmacher».

Magda suspiró. «Usted no es de por aquí, ¿verdad?»

«No, soy de Kiel».

«Si quiere, puedo contarle sobre la historia del castillo. El suelo de mármol azul del vestíbulo, por ejemplo...»

Pavel se sentía culpable porque la señora Sattelmacher obviamente echaba de menos la compañía de su atento esposo, pero no tan culpable como para no interrumpirla.

«¿Puedo preguntarle cómo está su marido?» Un poco de cortesía era parte del trato.

Ella volvió a suspirar. «Lo mantienen ahí. Dijeron que era para hacer pruebas. Es decir, sabemos que su corazón no es muy fuerte, ya le pusieron un par de endoprótesis. Sin embargo, queríamos pasar unos años más en este centro, hasta que muriera».

«¿Hasta que él...?»

«Georg es catorce años mayor que yo. Por supuesto, ambos sabemos que probablemente morirá antes que yo. ¡Pero ahora no! Si tan solo Toni no hubiera...»

«Lo siento mucho». Sin embargo, lo sorprendente fue que la hospitalización de su esposo probablemente la había molestado más que la muerte de su hijo. ¿Un escenario de madrastra malvada, entonces? «Estoy seguro de que regresará pronto». Ella lució sorprendida por un momento, luego se limpió rápidamente la cara y se concentró en la barbilla de Pavel. «Su marido, quiero decir».

«Por supuesto. Estoy segura». Magda Sattelmacher parecía ahora mucho más reservada. Caminaban uno al lado del otro, pero ella miraba obstinadamente hacia adelante.

«¿Qué habría pasado después de su muerte, si se me permite preguntar?»

«Me habría mudado de nuevo a nuestra casa, por supuesto. Verá, Georg siempre tuvo cuidado de no ser una carga para mí. Así

que Toni nos regaló una residencia muy cómoda donde lo podían cuidar muy bien, donde tenía su diabetes bajo control, etc.»

«Pero no necesita todo eso».

«No. Mi madre vivió hasta los noventa y seis años con una salud perfecta. Pretendo hacer lo mismo. Si quedara inválida, eso sería otra cuestión, por supuesto».

Pavel recordó las palabras de Enna. «Su casa acaba de ser renovada».

«Sí, ¿no es genial? Toni liquidó algunas inversiones para darnos ese lujo».

«¿Inversiones?»

«Por favor, no me pregunte los detalles. Pero nos mostró la maleta llena de dinero».

¿Una maleta llena de dinero? Era una señal segura de que algo andaba mal. Pero no quería preocupar a la Sra. Sattelmacher.

«¿Qué tiene que decir su hijo Heiner al respecto? Habría sido su principal heredero, ¿verdad? ¿O había adoptado a Toni?»

«Lo habría hecho, pero mientras estaba viva su madre biológica estuvo en contra, y más tarde habría sido una falta de respeto. Toni siempre fue como mi propio hijo. Los traté a los dos por igual. Pero Toni siempre fue un poco más capaz que Heiner».

Así que Toni no fue adoptado. Habría heredado un cuarto de la herencia de su padre al morir, Heiner otro cuarto y Magda la mitad. Magda, que presumiblemente ya poseía la mitad, se quedaría con las tres cuartas partes del patrimonio familiar, lo que significa que Heiner heredaría el 87,5 por ciento de todo el patrimonio tras la muerte de su madre.

«Así que Heiner es el principal heredero», dijo Pavel.

«No, era Toni», le corrigió la señora Sattelmacher. «Hace tres años le dimos a Heiner quince mil euros como heredero anterior. A cambio, renunció a su parte obligatoria».

«¿Lo desheredó?»

Magda Sattelmacher pisó sus pies con energía y, como si estuviera aliada con el dios del viento, una violenta ráfaga de viento lo golpeó en ese mismo momento. «¡Por supuesto que no! ¡No lo conoce! No puede manejar el dinero. Habría desperdiciado cada

centavo. No queríamos que los hermanos se pelearan después de nuestra muerte. Toni le prometió a Georg que le daría a su hermano una parte justa».

«¿Me enseñaría algunas fotos familiares?» Nadie le había negado nunca a Pavel esta inocente petición. La señora Sattelmacher sonrió. «Me encantaría, inspector. ¿Quiere venir conmigo a nuestro apartamento?»



Cuando Pavel abrió la puerta principal de la suite Siena, otra ráfaga de viento le quitó la manija de la mano.

«Por favor, entre...» Magda Sattelmacher comenzó, pero luego señaló el caos que inesperadamente se había apoderado de la sala de estar. Había una ventana abierta en el lado opuesto de la habitación.

«¿La dejó abierta?» preguntó en voz baja, empujando a la anciana, que sacudió la cabeza, fuera de la habitación.

Maldita sea. Pavel ya estaba buscando a tientas su arma de servicio, sacándola de su funda y desenganchando la caja fuerte, por si acaso. Parecía que el ladrón ya se había ido.

Pavel entró en la habitación con el arma con ambas manos. «Soy el inspector jefe Neuhof. Salgan con las manos en alto...»

Una sombra emergió detrás del pesado armario. Era alta y delgada. Tenía el rostro cubierto con un pañuelo palestino. Él o ella —podía ser una mujer, era imposible distinguirlo bajo la holgada chaqueta de cuero negra—llevaba guantes marrones.

«¡Quieto!» gritó Pavel.

El ladrón no cumplió. En vez de eso, le arrojó un libro a Pavel. Voló lo suficientemente lento como para que pudiera leer el título:—*La guerra y la paz*, qué apropiado—pero lo suficientemente rápido como para que no pudiera agacharse. El libro golpeó a Pavel en el hombro, obligándolo a bajar el arma durante un momento. Aprovechando la oportunidad, la figura saltó al sofá, usó sus resortes para posarse sobre el escritorio, saltó a la ventana abierta y usó el

marco de la ventana como una barra de gimnasio para alcanzar la libertad.

Cuando escuchó un gemido sordo desde afuera, Pavel ya estaba en movimiento. Se felicitó porque siempre llevaba un chaleco antibalas debajo de la chaqueta, porque al asomarse por la ventana, algo lo golpeó en el lado izquierdo del pecho.

Pavel se quedó paralizado. ¡El bastardo le disparó! ¡Qué bueno que llevaba puesto el chaleco!

Dio un paso atrás, respirando con dificultad. Examinó brevemente los daños. Tenía un agujero en la chaqueta, justo por encima del corazón. Era un buen tirador.

Pero si pensaba que Pavel se rendiría ahora, estaba equivocado. Escuchó pasos. Venían por la derecha. ¿Del lado derecho de la casa?

Pavel se arriesgó a echar un vistazo por la ventana. Ahí estaba el intruso, aún solo. Pavel saltó por la ventana y acumuló sus últimas fuerzas.

¡Esta era su oportunidad de resolver el caso hoy! Sabía que no sería fácil, pero la mera perspectiva lo estimuló. Su pecho ardía como el fuego por el impacto de la bala. Sus piernas se movieron automáticamente. Todo lo que tenía que hacer era mantener los ojos abiertos mientras corría por la esquina. ¡Ahí estaba la salida! Podía ver su bicicleta. Justo al lado había una moto grande. Pavel memorizó los detalles—había cromo por todas partes, numerosas pegatinas con motivos que le recordaban a los logotipos de conocidas bandas de rockeros, el logotipo de Kawasaki, una matrícula de Hamburgo... Hh, medio cerebro (halbes Hirn), siempre bromeaban en Kiel. ¿Tenían el mismo dicho aquí?

El intruso ya se había subido a su motocicleta y la había puesto en marcha. Pavel podría haber disparado, pero no se había convertido en un detective para dispararle a la gente. Te convertiste en asesino profesional por eso, ¿no? Prefería condenarlos, y eventualmente lo haría con esta persona. Pero quizá tuvo suerte. El motor no arrancaba.

Segundo intento, tercer intento.

Faltan diez metros.

Nueve, ocho, siete...

Pavel imaginó que el público de un programa de cocina lo animaba—cuatro, tres—pero cuando la moto arrancó, el intruso se puso en marcha y se fue a toda velocidad. La grava crujía con fuerza y rociaba a Pavel formando un amplio arco.

Lo único que pudo ver del fugitivo fue una luz trasera roja.



Pavel volvió a entrar en el vestíbulo, jadeando. Estaba agotado y necesitaba sentarse desesperadamente.

«Vaya, ¿qué tiene ahí?» Preguntó Jenny Kring, señalando su arma. «Será mejor que guarde eso. Asustará a los ancianos, y ya puede imaginarse lo que pasará entonces».

Pavel volvió a poner la pistola en su funda y se sentó en la silla detrás del mostrador. Su boca estaba pegajosa por la saliva y su corazón volvía lentamente a la normalidad. ¡De hecho, el tipo con la matrícula de Hamburgo le disparó! Se lo tomó como algo personal. El tirador no podía haber sabido que nunca olvidaba su chaleco.

Hamburgo. Medio cerebro. ¿Por qué había convencido a Enna de que no investigara la ciudad hanseática? La necesitaba, el talento para las personas y las situaciones que había notado ayer. Quizá podría atraerla con la promesa de una interesante investigación. Ahora no solo estaban investigando el supuesto hábito de juego de Toni. También vigilaban a una banda de moteros, a juzgar por las pegatinas de la moto. ¿Seguro que eso le gustaría? Aunque Hamburgo fuera un lugar de interés, no podrían investigar en el otro estado sin hacer una solicitud oficial. No cabe duda de que podría vendérselo al fiscal como un ejercicio de trabajo en equipo—al fin y al cabo, irían el sábado.

Cuando su respiración se calmó lo suficiente, llamó a Enna. «¿Ha terminado con Michaela?»

«Sí, acababa de entrar a la oficina para darle...»

«La necesito aquí en la residencia de ancianos. Y traiga consigo a la policía científica, por favor».

«Uh, está bien. Lo haré, jefe». Se rompió la conexión.

La recepcionista seguía de pie junto a él. «¿Jenny?»

«¿Sí?»

«La señora Sattelmacher necesita otra habitación para esta noche. Su suite es ahora la escena de un crimen y nadie puede entrar excepto la policía».

«Pero...»

«Sin peros. Es una orden policial».

«No puedo...»

«Sí, puede, ¿o debo declarar que todo el edificio es escena de un crimen?»

Jenny Kring se rindió, agitó las manos y cogió el teléfono del vestíbulo.

Pavel volvió a sobresaltarse. *¡Sra. Sattelmacher*! Esperemos que haya resistido toda la emoción. Corrió a la suite.



La señora Sattelmacher ya no estaba de pie junto a la puerta abierta donde la había dejado, sino que su lugar lo ocuparon dos curiosas ancianas a las que despidió con severas palabras. Miró hacia la sala de estar. Esperaba que Magda no hubiera empezado a recoger las cosas. La ventana estaba cerrada. No hay problema. De todos modos, sus huellas dactilares estarían en todo. Por suerte, no estaba organizando. La Sra. Sattelmacher estaba sentada en su sofá. Tenía un álbum de fotos en su regazo y lo hojeaba lentamente.

Pavel se acercó con cautela. «Estoy de vuelta, señora Sattelmacher», dijo con suavidad para no asustarla.

Miró hacia arriba. Las lágrimas corrían por su rostro. Debe ser por el shock. Alguien había entrado por la fuerza en su casa, en su lugar de refugio. La pérdida de seguridad por sí sola afectaría profundamente a la mayoría de las personas. Incluso si él le dijera que el criminal no regresaría, no ayudaría. La pérdida era irrevocable.

Probablemente sería mejor que los Sattelmachers se mudaran a otra habitación de forma permanente. No sabía mucho sobre su

situación financiera, pero es posible que incluso tengan que mudarse a otra casa. Toni nunca podría volver a pagar el alquiler. Justo aquí, en la ciudad, un antiguo hospital, que se había visto obligado a cerrar tras los últimos recortes, se había convertido en un hogar de ancianos. Quizá esa era una opción.

Pavel se sentó a su lado. Pasaría un tiempo antes de que Enna llegara, e incluso más antes de que llegara el policía científico. La anciana giró el álbum para poder mirarlo. Vio a un bebé. Las imágenes en color estaban un poco amarillentas, pero el azul del mono aún era claramente visible. Así que era un niño.

«¿No era lindo?»

Pavel murmuró de acuerdo. Debía ser Heiner.

«Balbuceaba todo el tiempo y solo estaba callado cuando lo amamantaba».

Pavel asintió.

«Estaba feliz cuando lo amamantaba, ¿sabe?» Magda le sonrió entre lágrimas. Podía ver el amor en su rostro. Era una extraña forma de amor, cuya naturaleza solo podía explicar desde un punto de vista biológico. Algunos padres mentían por sus hijos incluso cuando sabían que eran asesinos crueles. Dejó de lado esa idea porque no era apropiada para la situación. La señora Sattelmacher quería que él estuviera de acuerdo con ella, que la apoyara.

«Y tan completo», dijo Pavel, también sonriendo. Eso era lo que le fascinaba de los bebés. Ya tenían todo lo que hace a un ser humano adulto. No era así con otras especies animales. No tenía hijos propios. Pero, ¿no sería más emocionante que los humanos tuvieran que convertirse en crisálidas al menos una vez en la vida? De esa manera, los padres siempre podían esperar que el pequeño bribón se transformara algún día en una mariposa.

«Completo», repitió pensativa la señora Sattelmacher. «Completo. Completo... completo». Parecía estar escuchando el sonido. «Esa es una forma interesante de verlo. No estoy segura de entenderlo del todo». Ella soltó una breve carcajada. «Cuando lo estaba amamantando, estaba callado. ¿Completo, dice? Completamente lleno». Suspiró. «Desafortunadamente, eso también».

Ahora parecía aún más confundida de lo que él pensaba. A los sesenta y ocho años, la mayoría de las personas aún no estaban seniles. Lágrimas frescas corrían por su rostro. Pavel tragó. Esperaba que Enna llegara pronto. No podía darle un pañuelo a Magda porque ya tenía uno en la mano. No era posible tocarla de ninguna manera porque era incapaz de dar su consentimiento informado en su estado actual. Sus opciones eran limitadas. Podía sentarse a su lado y pasar tiempo con ella.

Magda Sattelmacher pasó las páginas. El bebé se convirtió en un niño pequeño. Magda parecía estar tan sorprendida por los cambios como lo estaba él, porque no dejaba de pasar las páginas de un lado a otro, comparando las imágenes. Casi parecía como si el bebé hubiera hecho pupas secretamente en su cuna por la noche, una y otra vez. ¿Y quién podría demostrar que no lo había hecho? Nadie vigilaba a su hijo las 24 horas del día, ¿verdad?

Por supuesto, sabía que los humanos no eran mariposas. Pavel se aferraba a la ciencia de la misma manera que la ciencia se aferraba a él. A veces dejaba volar su imaginación. Por eso siempre se había sentido particularmente molesto cuando su ex esposa lo acusaba de no tener imaginación. ¿Solo porque prefería estrategias probadas y comprobadas en caso de duda?

«Y luego hace algo así», dijo la señora Sattelmacher, que acababa de llegar a una página en la que aparecía un niño de seis años con un traje colorido jugando en la nieve. Al fondo había altas montañas que él creía que eran los Alpes.

A Pavel se le pararon las orejas. ¿Qué había hecho Heiner? «¿Qué pasó?» preguntó.

La anciana señaló la habitación devastada.

«¿Cree que es el responsable?» Pavel solo conocía a Heiner por las fotos. La figura anterior había sido enmascarada, por lo que no había podido identificarlo. ¿Puede una madre dejarse engañar por su propio hijo? No lo sabía. Sin duda, había movimientos característicos que los padres habrían memorizado inconscientemente. No podrían describirlos, pero podrían identificarlos cuando los vieran.

¿Pero Magda había visto lo suficiente? La empujó inmediatamente fuera de la puerta para ocultarla, asumiendo que el

ladrón estaba armado. Tal vez no hubiera permanecido escondida, era posible. Toda su atención se había centrado en la persecución. Se palpó el pecho. Su bonita chaqueta estaba arruinada. Era bueno que su abrigo siguiera colgando sobre su bicicleta. Si también lo hubiera perdido...

«¿Qué pasó allí?» preguntó Magda. Se refería al agujero que había hecho la bala.

«¿Eso? Oh, es solo un agujero de bala».

«¿Le disparó Heiner?»

Debe ser el shock. Era imposible que no hubiera oído el disparo.

«Alguien me disparó. Pero no creo que fuera Heiner». Pavel no mencionó que la persona había huido en una potente motocicleta con matrícula de Hamburgo. No lo parecía, pero no podía descartar la posibilidad de que la madre de Heiner estuviera intentando protegerlo mintiendo por él, aunque no pudiera entender muy bien su plan.

«Era él. Sin duda».

Nunca había conocido a una madre que acusara abiertamente a su hijo de un delito. El disparo había sido intento de asesinato. La Sra. Sattelmacher se secó algunas lágrimas con el dorso de la mano y se puso de pie.

«No toque nada, por favor. La policía científica debe investigar esto primero».

«Voy a buscar mi kit de costura a la habitación».

El dormitorio, por supuesto. Era una suite, así que debe haber una segunda habitación. Pavel siguió a la anciana. Bastaba con mirar por la puerta abierta; la otra habitación estaba intacta. O el ladrón no había tenido suficiente tiempo o no le interesaban las joyas o el dinero en efectivo. La mayoría de las personas guardaban sus objetos de valor en el fondo del cajón de los calcetines o en una estantería. Un ladrón profesional lo sabría. Pero este casi no había sacado ningún libro de las estanterías. ¿Y si realmente hubiera sido Heiner? Entonces debe haber estado buscando documentos, y probablemente tenía alguna idea de dónde los guardaban sus padres. El lío que había creado podría ser solo una distracción.

Sattelmacher regresó con una pequeña caja de madera que se doblaba en tres estantes a cada lado. «La chaqueta, por favor».

Pavel sacudió la cabeza. «No puedo hacerlo, lo siento».

«Insisto. Si Heiner lo hizo, es lo menos que puedo hacer».

¿Podría interpretarse esto como un soborno? Al menos tener algo que hacer hizo que la Sra. Sattelmacher dejara de llorar. La había distraído. Se encogió de hombros, se quitó la chaqueta y se la entregó.



Era fascinante ver cómo sus dedos trabajaban. Aunque tenían la piel un poco arrugada, se movían como hormigas, coordinadas de una manera que él no entendía, pero que de todos modos tenía sentido. Así se sentía a veces como criminólogo. Recopilaba datos que no parecían encajar, pero al final tenían mucho sentido.

¿Por qué la propia madre de Heiner, de entre todas las personas, intentaba hacerlo parecer culpable? ¿Qué sabía ella de él? Él y Koopmann deben haber pasado por alto algo.

«¿Por qué está tan segura de que fue Heiner?»

Magda Sattelmacher reconoció su pregunta mirándolo brevemente. Continuó cosiendo durante un momento y luego dejó que la chaqueta cayera sobre su regazo. «No ha sido la primera vez».

Ah. Pavel sacó un guante de goma de su bolsillo y se lo puso. Corrió hacia el escritorio, cogió la caja plana de madera con las fotos y la llevó al sofá. Volvió a sentarse y sacó algunas de las fotos recortadas.

«¿Fue él?»

Magda Sattelmacher asintió. «Entró por la ventana».

«¿A través de esa?» Pavel señaló la ventana que el ladrón había usado hoy.

«No, la que está al lado. El conserje la arregló».

Pavel se puso de pie de nuevo y se acercó a la ventana. Una de las barras que separaban los cristales brillaba con un blanco fresco.

«¿Y lo atraparon?»

«No, habíamos ido a un concierto en el centro de salud. Se veía así cuando regresamos».

«¿Y el dormitorio?»

«Estaba intacto».

¿Un ladrón que registró la suite de la misma manera dos veces seguidas? Eso le pareció muy inusual, a menos que la persona hubiera obtenido nueva información mientras tanto.

«Deberían haber llamado a la policía»

«¿Para que pudiera arrestar a mi hijo? A veces bebe demasiado y olvida sus modales. Pero no es una mala persona. De todos modos, eso es lo que pienso».

«Es por las fotos recortadas, ¿no? Cree que Heiner hizo eso, ¿verdad?»

«Siempre estaba muy celoso, aunque no había motivo para ello».

Pavel sacudió la cabeza. Los Sattelmachers habían desheredado efectivamente a su hijo menor. ¿Cuánto valía la casa? Seguro que Enna podría decírselo pronto. Pero sin duda eran más de los quince mil que le habían dado. Probablemente necesitaba el dinero con urgencia y, por lo tanto, había firmado todos los documentos.

Pero Pavel guardó este pensamiento para sí mismo. Recordaba muy bien la reacción obstinada de la anciana al principio.

«¿Dejó alguna prueba?» preguntó en su lugar. «Quiero decir, a cualquiera a quien no le gustara Toni se le podría haber ocurrido la idea de eliminar su cara de esas fotos».

Un psicólogo de la policía probablemente no habría estado de acuerdo con él en este momento. Cortar los dibujos con tijeras indicaba ciertas fantasías destructivas. En cualquier caso, era más drástico que si simplemente hubieran pintado sobre Toni.

«Fue Heiner. Créame. Es lo que es. ¿Ve todos esos libros con espinas rojas en la estantería? Abra el volumen *Me a Nt*».

Fue a la estantería. Una enciclopedia. Sus padres tenían una. El Google de la era anterior a Internet. Había notas en casi todos los volúmenes, la mayoría amarillentas. También estaba familiarizado con eso. Su madre actualizaba las entradas desactualizadas cuando encontraba un artículo relevante en el periódico. El volumen *Me to*

Nt estaba engordado cuando lo sacó de la estantería. Contenía numerosas notas. Sin embargo, una era blanca brillante, no amarilla. Pavel abrió esa página y encontró una hoja de papel que podría usarse en una impresora o fotocopiadora. Estaba doblada. Lo desplegó con cuidado.

«QUIERO MI DINERO, O SI NO...», decía en mayúsculas, recortado de algún tipo de periódico. Solo se habían añadido los tres puntos con un bolígrafo azul. ¡Qué cliché! Hoy en día, los chantajistas escriben correos electrónicos anónimos o contactan con personas a través de Messenger. En el mejor de los casos, habría esperado que la propia Magda Sattelmacher escribiera una nota tan anticuada. La miró. La anciana estaba concentrada en el daño causado por la bala. Presionó ligeramente el labio superior sobre el inferior y entrecerró los ojos.

Pavel sacudió la cabeza. ¿Por qué escribiría esa mujer una carta así? ¿Para incriminar a su hijo? Bueno, ella y su marido le habían robado la mayor parte de su herencia. Pero seguía siendo su madre. De ser así, podría haberse sentido culpable y haber pedido sin éxito a su esposo que anulara el acuerdo.

Debe haber pasado por alto un detalle crucial. Pero lo encontraría.

Pavel oyó pasos rápidos en el pasillo. Los sonidos eran coloridos y parecían calcetines. Borró la imagen mental. Enna había llegado en el momento perfecto.



«¿Puedo traerle algo?» preguntó la camarera, como si estuvieran en un restaurante. Se habían retirado al comedor de la residencia de ancianos para su reunión, donde acababan de servir la cena.

«Gracias, pero no somos huéspedes de su establecimiento», respondió Pavel.

«Oh, tengo instrucciones específicas de la administración para proporcionarles lo que necesiten».

«Pero no podemos...»

Enna le dio un codazo. «Hoy no he tenido tiempo de comer», susurró.

«No hay nada de que preocuparse», explicó la camarera. «Las sobras del buffet de la cocina deben destruirse de acuerdo con la ley. Lo que significa que solo sirven como alimento para mascotas».

«Creo que tomaré un poco, entonces», dijo Enna, «gracias».

«Bien, prepararé algo para usted. ¿Y el caballero?»

Pavel sacudió la cabeza. Era demasiado complicado. Probablemente no pueda comer lo que sea que le hayan traído. No tenía tanta hambre. Quizá tenía un poco de apetito, pero podría reprimirlo durante un día.

Mientras esperaban, Enna habló largo y tendido sobre su visita al hermano de la víctima y a su vieja amiga Michaela. Las sumas implicadas eran impresionantes, casi aterradoras. ¡Casi un millón y medio de euros! Podrían matar a un policía por eso. Y sabía que el banquero ocultaba algo. ¿Por qué diablos no llamaron a la policía cuando los amenazaron?

«¿Cree que Heiner es capaz de cometer un asesinato?» preguntó.

«No tiene una coartada para el momento del crimen», dijo Enna.

«Sus padres tampoco. Hmm. Difícilmente matarían a su hijo favorito, ¿verdad?»

Estadísticamente, era muy raro. Los niños tenían más probabilidades de matar a sus padres o abuelos, generalmente por codicia, pero a menudo por odio después de años de abuso. En este caso, probablemente no fue lo último. ¿Codicia? Era concebible. Heiner tenía todos los motivos.

«Recuerde que Toni no era el hijo biológico de la señora Sattelmacher», dijo Enna. «Los conflictos entre padrastros e hijastros no solo existen en los cuentos de hadas».

«Sí, pero los padres suelen permanecer unidos. ¿Y se imaginas a un hombre de ochenta y dos años tirando al agua a su hijo, que no es tan delgado?»

En su mente, colocó a Magda Sattelmacher en la playa con el anciano flaco, arrastrando a su hijo al agua. Habría quedado marcas de arrastre y abrasiones en el cuerpo. Pero ni la policía científica ni

el patólogo forense habían encontrado algo parecido. Así que las pruebas no sirvieron de nada. Necesitaban una forma de iniciar la investigación. Preferiblemente en Hamburgo. Ahora todo lo que su nuevo colega tenía que hacer era aceptar un viaje no oficial.

La camarera trajo un plato grande con varios sándwiches. Pavel reconoció el salmón, el salami, los camarones, el jamón y una pasta rojiza. Había dos tazones pequeños llenos hasta el borde con crema marrón.

«Eso es mousse de chocolate», explicó la camarera y puso un plato limpio para cada uno de ellos. Ya había cubiertos sobre la mesa, así como una botella abierta de agua con gas.

«Vamos, no me obligue a comer sola», dijo Enna. «Sabe mejor cuando comemos juntos».

Pavel suspiró. Apuñaló un sándwich de salami con su tenedor pero se dio cuenta de que no podía comerlo. Esto se confirmó cuando miró el plato después de sacar el salami.

Debajo había una crema fina y blanca, definitivamente sin mantequilla ni margarina, lo cual habría estado bien. Podría rasparlo, pero un poco de eso se habría empapado en el pan, haciéndolo incomible.

Apartó el plato y se recostó mientras Koopmann comía con ganas. Fue divertido verlo. A Pavel le resultaba más divertido ver comer a otros que comer él mismo. La forma en que una persona comía revelaba mucho sobre ella. ¿Qué tan bueno era su autocontrol? ¿Apreciaba la variedad, comía todo en un orden aleatorio o era sistemática y, de ser así, en qué orden comía? ¿Qué criterios utilizaba para tomar decisiones? ¿Solo le interesaba el sabor o influían las calorías o las vitaminas?

«Me mira como si me estuviera psicoanalizando», masticó y tragó Enna.

Pavel sonrió. Lo pilló.

«¡Un punto!» gritó. «Al menos dígame lo que descubrió».

«Hay una carta de chantaje», eludió.

«¡Tío, Neuhof, ya me lo ha dicho! ¿Qué dice el psicólogo aficionado que lleva dentro?»

Suspiró. «Está bien. Pero luego no me culpe».

«No puedo prometer eso. Cualquiera que diga eso miente».

No estaba de acuerdo, pero ese no era el punto. «Bueno, come todo en un revoltijo, y nunca dos bocados de la misma cosa seguidos. Siente curiosidad y le gusta comer, siendo la curiosidad el factor predominante. Su punto débil, y espero que esto no suene trillado, es su falta de estrategia».

«¿Es así? ¿Existe una estrategia óptima para comer?»

«Absolutamente. Si asumimos una distribución equitativa y aleatoria de los alimentos, tendría sentido elegir únicamente al azar. Pero vació su plato de derecha a izquierda. Eso me demuestra que también tiene preferencia por el orden».

Probablemente era lo único que tenían en común, pero estaba bien. Nunca había sentido una conexión tan grande con nadie, y no le gustaba especialmente. Desde luego, no era fácil tratar con alguien como él.

«Interesante». Le dio un mordisco a una zanahoria, haciendo que se partiera. «Pero, ¿por qué me molestaría esa opinión?»

«La imagen de uno mismo y la opinión de los demás rara vez coinciden».

Enna se rió. «Esa es otra de sus frases características. Así que no soy como me ven los demás. Así que, ¿qué? ¿A quién le importa cómo me vean los demás? Solo yo sé quién soy».

Era una forma interesante de pensar. ¿Pero no era típico de los imbéciles que no se preocupasen por los demás? Su colega no daba esa impresión, y eso lo confundió. Sería mejor que volvieran a hablar de trabajo. Estaba más familiarizado con eso.

«Quería preguntarle qué opina de un viaje personal a Hamburgo. Mis socios de allí todavía no se han puesto en contacto conmigo, y tengo la sensación de que los detalles que nos faltan están enterrados ahí».

«Espero que no». Koopmann se rió.

«Oh, ocultos, a eso me refería».

«Estoy lista para el viaje. Para ser honesta, pensé en inyectarle sedantes y llevarle a Hamburgo, pero luego recordé que tendría problemas para meterle en la patrulla sin su ayuda».

Los ojos de Pavel se agrandaron. ¿Seguro que estaba bromeando?

«Aún tiene cuentas pendientes con el tirador, ¿verdad? Por lo que a mí respecta, deberíamos irnos a primera hora de la mañana».

Asintió con la cabeza. Cuentas pendientes, sí. Intento de asesinato. «No en la patrulla, por supuesto».

«De ninguna manera, ¿en qué está pensando? Le recogeré en mi propio auto. A las ocho en punto».

«Por favor, no olvide su chaleco antibalas, Enna. Magda Sattelmacher reparará cualquier agujero en su ropa».

«Está bien. Pero si mañana vamos a Hamburgo, tenemos que visitar la Norddeutsche Küstenkapital GmbH en Norderney el lunes. Después de visitar a Michaela, investigué un poco en Internet. Parecen tener buena reputación, pero encontré varias quejas sobre la empresa, en las que se decía que se aprovechan de las desgracias de la gente comprando terrenos baratos y luego vendiéndolos a un precio mucho más alto».

«¿Pudo haber pasado eso aquí?»

Enna asintió con sentido. «Michaela mencionó que Sattelmacher intentó anular la venta. Tal vez descubrió algo así y quiso sacar provecho de ello».

«¿Un motivo para el grupo inversor?»

Enna gruñó. «Una cosa es aprovecharse de la gente y estafarla, y otra muy distinta asesinar a un hombre».

«Pero sin duda no les gustó el hecho de que Toni quisiera anular la venta».

«Desde luego que no. También deberíamos hablar con la notario. Preferiblemente el lunes. Está involucrada en demasiados asuntos, a pesar de que no debería participar en este tipo de transacciones».

«Solo estaba ganando algo de dinero suelto».

Enna parecía sombría. «Gana lo suficiente como notaria. Pero primero vayamos a Hamburgo y luego hagamos el resto el lunes».

«Solo hay un pequeño problema», dijo Pavel.

«¿Sí? ¿Solo tiene un traje y no quiere presentarse delante de las bolsas de Hamburgo con el que tiene un agujero?»

Pavel miró a su colega. Por supuesto que tenía más de un traje. Pero si querías que te tomaran en serio en Hamburgo, la apariencia era muy importante. ¿Cómo se vestiría Koopmann? Más vale que no haga esa pregunta.



«¿Os importa si os interrumpo, tortolitos?» A ellos se unió una mujer de unos cuarenta años, vestida con una bata de limpiadora y los brazos a los costados.

«Oh, María, ¿estás lista para irte? ¿Quieres un poco? No puedo comer todo esto».

«No, gracias, Enna. Más que nada, quiero volver a casa con mi esposa».

«Lo entiendo», dijo Koopmann. «¿Estás lista para partir? Por cierto, esta es Maria Doldinger, la directora del laboratorio criminalístico. Mi nuevo jefe, Pavel Neuhof».

Pavel se puso de pie y estrechó la mano de la mujer, inclinándose brevemente. «Hablamos por teléfono esta mañana».

«Espero que no conviertas esto en un hábito, Enna. No es divertido tener que hacer todo el trayecto de Leer a Fleetstedt un viernes por la tarde.

«No es mi culpa que no tengamos aquí a un policía científico».

«Bueno, no permitas que se cometan tantos delitos».

«Está bien, te enviaremos a los criminales».

«Es amable de tu parte».

Pavel estaba cada vez más inquieto. Las dos mujeres habían estado hablando durante varios minutos sin intercambiar información. «¿Ha encontrado algo ya?» preguntó.

«Huellas dactilares en abundancia. No es sorprendente dadas las circunstancias. Una huella de la bota del motociclista sobre el escritorio. Si nos trae la bota, lo cogeremos con ella. La bala probablemente fue disparada con un Jarygin PJa, calibre nueve por diecinueve milímetros, pero tendré que confirmarlo antes de que aparezca en el archivo».

«¿Jarygin?» preguntó Enna.

«Sustituyó el viejo Makarov de nueve por dieciocho milímetros en el ejército ruso en 2003. Todavía es relativamente raro en Alemania, pero tiene la ventaja de poder utilizar munición de la OTAN».

«Qué práctico. Esto hace que su mantenimiento sea más flexible», dijo Pavel.

«Por cierto, tiene un ángel guardián. El jarygin se creó porque los rusos descubrieron que el viejo Makarov no era efectivo contra los chalecos antibalas».

«Fue la distancia», dijo Pavel, tratando de ocultar su sorpresa. «La energía cinética de una bala de nueve milímetros...»

«Sí, lo sé», interrumpió Doldinger. «¿Es eso, entonces?»

La directora del laboratorio criminalístico lo presionaba mucho. No podía pensar con claridad. ¿Qué más quería saber? «Ah, ¿señales de entrada forzada en la ventana?»

«Sí, una de las ventanas fue forzada».

«¿Los comparó con los daños en la otra ventana?»

«A juzgar por la reparación, la otra fue rota y luego la forzaron a abrir».

«Así que un enfoque diferente». Pudo haber sido Heiner la última vez y alguien más esta vez.

«O aprendió del primer intento», dijo Enna. «Hace mucho ruido cuando rompes una ventana».

«Tu colega tiene razón», dijo Doldinger.

«La carta que puse sobre el escritorio...»

«La metí en una bolsa. Era de un periódico diario».

Eso ya lo había establecido. «¿Cuál?»

Doldinger suspiró. «Sabía que preguntaría eso. Está bien, lo averiguaré, pero deme hasta el lunes. Mi fin de semana es sagrado. ¡Y no se atreva a desenterrar otro cadáver antes de esa fecha!»

Pavel entrecerró los ojos. ¿Hablaba en serio? ¿Estaba previsto que esperara hasta el lunes para recibir esta importante información? Tenía que ser una broma. Pero no estaba seguro, así que le guiñó un ojo a Koopmann. Obviamente conocía al jefe del laboratorio criminalístico. ¿No pudo convencerla de que trabajara unas horas extra? Podría compensarlo el lunes.

Pero Enna no reaccionó. Ella solo le devolvió el guiño, lo que no le decía nada.

«Um, señorita Doldinger», comenzó, mientras Enna sacudía la cabeza discretamente. «¿Puedo, por favor?», mientras Enna le propinaba una patada en la espinilla, «¿podría pedirle que me dejara volver a ver la carta? Solo quiero tomar una foto».

«Está bien», dijo, y Enna se relajó notablemente. Doldinger le tendió la carta y él le tomó una foto con su teléfono móvil.

«Entonces me voy. La suite ha sido limpiada».

«Gracias, Sra. Doldinger».

Enna se levantó de un salto y se despidió de la jefe del laboratorio criminalístico con besos a diestra y siniestra. Rara vez veías eso por estos lados. Parece que se conocían desde hace mucho tiempo.

«Antes estaba enamorada de mí», explicó Enna cuando la policía científica se fue. «Desafortunadamente, no estoy enamorada de ella. Es una amiga con la que puedes robar caballos».

«Robar ovejas podría ser más popular aquí».

Enna levantó el brazo y fingió hacerse cosquillas. «Ja, ja, ja».



«*Hello darkness, my old friend*», tarareó Pavel al entrar en la oscura oficina. Dejó que Enna lo dejara delante de su pensión y después se fue en bicicleta hasta aquí. No quería que se sintiera mal porque aún tenía cosas que resolver. Pavel encendió la pequeña lámpara de escritorio y se quitó el botón superior de los pantalones. Luego se quitó su querida chaqueta. Trazó el agujero que había zurcido la señora Sattelmacher. Apenas era visible, pero podía sentirlo. ¿La familia fabricaba realmente sillas de montar? La anciana debe haber aprendido a usar la aguja y el hilo a la perfección en alguna parte.

No te distraigas, se recordó a sí mismo. Ahora tenía *¡tiempo libre*! Colgó su chaqueta sobre la silla de Koopmann y se puso cómodo. No era trabajo lo que tenía por delante, sino un rompecabezas. Consistía en veinte letras y cuatro signos de puntuación. Pensó que

tenía muchas posibilidades de resolverlo más rápido que Doldinger, del laboratorio criminalístico. Pero primero, tenía que transferir la foto a su ordenador. Rebuscó en sus cosas un cable de datos y lo conectó a su teléfono celular, pero descubrió que no funcionaba en la computadora. Las computadoras de aquí todavía tenían los antiguos puertos USB-A; en la Oficina de Policía Criminal del Estado, tenían modelos completamente nuevos con los puertos USB-C más planos.

Giró ciento ochenta grados en su silla y se acercó al escritorio de su colega. ¿Seguro que tendría el tipo correcto de cable? Pero no había ninguno conectado a su ordenador. ¿Fracasaría su investigación por la falta de un cable? Eso estaba fuera de discusión. Abrió el cajón con cuidado. No quería mirar dentro, pero tenía que hacerlo si quería encontrar el cable. Había un revoltijo de monedas, un preservativo, al menos dos pares de pendientes (ni siquiera se había dado cuenta de si ella llevaba alguno), numerosos bolígrafos, un triángulo geográfico roto, algunas fotos que ignoró lo mejor que pudo, una licencia de conducir y, ¡hurra! un cable USB.

Rápidamente lo sacó y lo usó para conectar su teléfono a su computadora. Descargó la foto de la nota y la abrió.

«Quiero mi dinero, o si no...»

Pavel amplió la imagen y contó. Consistía en seis piezas pegadas individualmente: «Quie», «ro», «mi», «dinero», «o si no», y la coma pegada por separado, que él ignoraba. La fuente y los colores—azul y rojo—indicaban que se trataba de un periódico. Había dos periódicos en la zona: BILD y Morgenpost, o Mopo para abreviar.

Lamentablemente, se olvidó de preguntar a la Sra. Sattelmacher la fecha de la última visita del ladrón. Eso le costaría mucho tiempo. Supuso que el autor de la carta había utilizado un número bastante reciente. El tamaño extravagante de la fuente indicaba que las palabras debían haber sido cortadas de la primera página. Así que lo primero que hizo Pavel fue ir al archivo en línea del Mopo, que ya hacía tiempo que se publicaba semanalmente. A continuación, introdujo la palabra «dinero» en la búsqueda de archivos y seleccionó todos los artículos de primera plana que no tuvieran más de seis meses de antigüedad.

¡Funcionó! Pero los editores parecían tener afición por el tema. El dinero apareció en todas sus variantes: cada vez más dinero, demasiado o muy poco, como moneda falsa, dinero de la gente, cambio, dinero para la vivienda, dinero de bienvenida, dinero para vacaciones, dinero sucio, política monetaria, multas, cajeros automáticos, dinero tirado por la borda, problemas de dinero, blanqueo de dinero y la revista Dinero.

Sin embargo, en ninguna de las portadas correspondientes encontró tanto el fragmento «Quie» (que tenía que empezar en mayúscula) como el fragmento «ro». Varias veces estuvo al borde del júbilo. Sin embargo, había pasado por alto el hecho de que el «ro» recortado tenía importantes espacios en blanco al final. El chantajista podría haber recortado «Quie» de palabras compuestas, pero no «ro» de «rosa», «roca», «romero», «rompió», «roto» o «robótica»—o, de hecho, «robot»—y desde luego no de «aerosol» o «robo», aunque eso habría sido adecuado para su delito.

Sorprendentemente, el intruso no pareció darle mucha importancia a esto, lo que fue una pena, porque habría aumentado el valor intelectual de su búsqueda de pistas si hubiera descubierto mensajes tan ocultos. ¿No le causaría cierta emoción a un criminal inteligente? Pero una persona así no le habría disparado, sino que habría enviado un dron teledirigido hábilmente programado para perseguirlo, o no lo habrían pillado en absoluto.

Bueno, si quería que existieran esos criminales, probablemente tendría que convertirse en uno, y lo que le impedía hacerlo no era tanto su sentido de la ley y el orden como el hecho de que la posibilidad de encontrar a un investigador que lo apreciara era muy pequeña, o casi nula, si él mismo se tachaba de la lista.

Así que el MoPo resultó ser un fracaso. Quizás eso fue lo que le costó tantos lectores—el uso excesivo de la palabra *dinero* cuando sus lectores no lo tenían en abundancia. Un conflicto de intereses.

El diario competidor BILD parecía sufrir un problema similar. Como se publicaba seis veces por semana, había muchos más lugares donde encontrar información. En su opinión, la palabra dinero aparecía con más frecuencia en contextos negativos que en positivos, pero esto podría deberse a la línea editorial.

Pavel tardó una hora en recorrer las instancias conectadas de «Quie» y «ro». Todo fue más rápido cuando se dio cuenta de que el «Quie» se correlacionaba con la presencia de la foto de una persona. Esto le permitió hojear rápidamente las portadas con la palabra «dinero» en los titulares, reduciendo así a la mitad el número de posibilidades.

Pero ahora se requería un trabajo manual. Las portadas que se desplazaban por su pantalla tenían un aspecto muy diferente al principio, pero resultaron ser bastante similares. Rápidamente encontró la primera combinación de «Quie», «ro», «o si no» y «mi». Sin embargo, los tamaños de fuente no coincidían con su patrón.

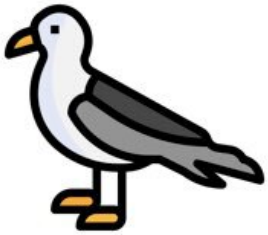
Así que adelante. Tampoco era de utilidad el segundo resultado, pero sí el tercero. El artículo de portada acusaba a algún político de aplicar una política monetaria equivocada. La palabra *dinero* estaba de buen tamaño. El artículo «¿Quién va a trabajar gratis?» describía la vida cotidiana de una persona desempleada que se negaba a volver a capacitarse. En la parte inferior derecha, había un artículo con el título «Siempre miro al cielo, ¿O si no qué?», del que Pavel pudo extraer las palabras que aún faltaban. Sin embargo, al protagonista no le gustaba el cielo como tal, probablemente se refería a su esposa según el texto. Como el texto debía continuar en la página cuatro, que no tenía lista, Pavel se mostró satisfecho con la información reconstruída. Cortó otro recuadro, y luego otro, con el botón de captura de pantalla. Finalmente pudo recortar una «ro» adecuada y juntar la nota de rescate.

«Quiero mi dinero, o si no…»

Imprimió la frase y puso los tres puntos al final con un bolígrafo, igual que en el original. En la parte inferior, escribió «Encontrado en BILD, edición de Hamburgo» y añadió la fecha de publicación. Luego puso la copia impresa en un sobre de correo oficial y la dirigió al laboratorio criminalístico de Leer. ¿Qué significaría esto para su investigación? Era una pista. La persona que escribió la carta debe haber estado en Hamburgo hace casi exactamente tres meses. Probablemente podrían descartar a los padres del muerto. Tenían que averiguar qué había estado haciendo Heiner. Pavel revisó los registros telefónicos que había clasificado ayer. De hecho, Toni había

estado en Hamburgo los días en cuestión. Pero, ¿por qué habría irrumpido en la casa de sus padres? Pavel sacudió la cabeza y se sorprendió al mirar el reloj. Las cuatro y media de la mañana—más le valía dormir debajo de su escritorio.

Capítulo Quince



El aire helado despertó a Pavel. Salió arrastrándose de debajo del escritorio. Enna Koopmann estaba de pie junto a la ventana. Tenía los brazos a los costados y lo miraba con tristeza. ¡Ay no!

«¿En qué estaba pensando, Neuhof?»

Se cerró la cremallera de los pantalones, se volvió hacia el escritorio y sostuvo la copia impresa de la réplica de la carta de chantaje como si fuera una bandera blanca.

«¡Encontré de qué edición recortaron la nota!»

«Se suponía que nos encontraríamos en su pensión a las ocho en punto. Cuando no le encontramos en su cama, ¡estuve a punto de denunciar su desaparición!»

«Lo siento mucho». Pavel se estremeció. ¿No podría ella al menos cerrar la ventana?

Enna hizo una mueca. «Tal vez es mejor que vaya solo a Hamburgo».

«Por favor, no abandone el plan. La necesito».

Pavel hablaba en serio. Tendrían que hablar con mucha gente y no podrían confiar en sus insignias. No valían mucho más que en Tijuana o Moscú, al menos si las personas con las que hablaban supieran algo sobre la ley, y los delincuentes profesionales estarían obligados a conocerla.

«Por favor, Enna», añadió.

Se dio la vuelta. ¿Escuchó una risita? «Primero dese una ducha. Luego tendremos que comprarle ropa limpia».

Pavel miró su reloj. Eran las nueve y diez. Al menos había dormido casi cinco horas. Era más que suficiente.



«En la parte trasera, por favor», exigió Enna mientras estaban de pie delante del coche. Pavel levantó el brazo izquierdo y olfateó. Koopmann tenía razón. Dos noches con la misma ropa, más una persecución en coche, habían dejado un mal olor. Tiró de la manija, pero se quedó atascada.

«Espere, tengo que hacerlo desde dentro». Su colega metió la mano por la ventana desde el asiento del conductor. Sin embargo, no buscó el botón de bloqueo, sino que tiró con fuerza de la palanca que abría la puerta.

«Gracias», dijo Pavel y entró. Era un Volkswagen Polo rojo. También vio mucho rojo por dentro, lo que lo puso tenso. Hoy, los calcetines de Enna eran de color naranja con flores moradas. Bastante bonito, pero el contraste con el interior del coche era doloroso. Presionó el botón de bloqueo, pero estaba atascado.

«La puerta siempre está cerrada con seguro a menos que la abra desde adentro», explicó Enna.

Eso era tranquilizador, ya que aún podía salir del coche por sí mismo en caso de accidente. Sin embargo, el departamento de bomberos tendría que romper la puerta para poderla abrir.

«Al menos de esa manera, no se puede olvidar poner el seguro», dijo Pavel. En la ducha, había decidido ponerle las cosas lo más fáciles posible a su colega por hoy y solo discrepar cuando era cuestión de vida o muerte.

«No puedo poner el seguro», dijo Enna. «El sistema de cierre centralizado no funciona correctamente desde hace años. Eso significa que se cierra, pero no se abre. Por cierto, debo advertirle: ¡no lo use para poner el seguro! Las puertas solo se podrían abrir desde adentro».

«¿Eso significa que el auto queda sin seguro cuando salimos?» Pavel volvió a mover el botón negro de la cerradura. Estaba clavado en la piedra como la espada del rey Arturo. Giró la manija de la ventana. Al menos se abrió la ventana. Fue muy tranquilizador. Todavía hacía frío tan temprano en la mañana, pero si dejaba un hueco, a los bomberos les resultaría más fácil rescatarlo. Por lo general, la ventana se podía empujar hacia abajo.

«Sí, ¿por qué? No es un problema».

«Pero entonces cualquiera puede entrar. Y estos modelos antiguos deben ser muy fáciles de poner en marcha».

«Eso nunca me ha pasado, y tengo el auto desde que tenía dieciocho años».

No discutas. Si ella estaba satisfecha con su viejo Polo, él también.

«Eso está bien», dijo. «Podemos ir cuando esté lista. Tenga cuidado, hay un carril bici justo detrás de la puerta».

«Por supuesto, jefe. Lo sé desde hace quince años».

Eso no era cierto, pero había establecido sus reglas para hoy. Tras casi chocar con otro ciclista en su primer día, se puso en contacto con el departamento de carreteras. El carril bici se había construido hace ocho años y no era una zona de accidentes frecuentes, como había supuesto.

Pavel se estremeció cuando Koopmann despegó como un tiro. Afortunadamente, se detuvo en la puerta antes de unirse al flujo de tráfico, usando su señal de giro y siguiendo todas las normas de tránsito.



Se detuvieron brevemente en su casa de huéspedes. En su habitación, Pavel se desnudó por completo. Tomó una camiseta limpia y calzoncillos limpios del montón al que su casera no dejaba de añadir ropa, y el servicio de lavandería estaba incluido en el alquiler. La ropa sucia se fue al cesto de la ropa sucia. Luego sacó las dos placas rígidas del chaleco antibalas. Aunque ahora solo

tendría protección de clase 1, era mucho más cómodo de llevar. Lo cubrió con una camisa de manga larga y eligió otro traje.

A Pavel le gustaban mucho los trajes. Lo hacían parecer conservador, cosa que no era, pero no le importaba. Se aseguró de que sus pantalones y su chaqueta combinaran. Su ex esposa ya no le escogía la ropa, y había dejado de intentar aprender las supuestas reglas que debían seguirse para que lo consideraran bien vestido. ¡Especialmente porque cambiaban casi todos los años!

Se ajustó el traje en el espejo. El chaleco antibalas apenas era visible. Solo alguien que supiera que no tenía un pecho tan fornido podría saberlo. Casi siempre iba sin corbata. Muy bien. Pavel se dirigió a la puerta, pero luego recordó algo. Abrió el armario por segunda vez, sacó su chaleco de repuesto y se lo metió bajo el brazo. Después de todo, el hombre al que querían ver estaba armado.

«Eso fue rápido». Enna sonrió. ¿Lo dijo con ironía? Después de todo, había tardado siete minutos, pero no podía ver ningún signo de ironía en el rostro de su colega. Pavel agarró la manija de la puerta trasera.

«No, venga al frente». Enna cogió un gran bolso negro del asiento del copiloto y abrió la puerta. «Es más fácil hablar así».

Pavel entró. El respaldo del asiento estaba en posición vertical. Buscó a tientas la palanca para inclinarlo un poco hacia atrás. «No le importa, ¿verdad?»

«Adelante».

La palanca era una varilla metálica delgada que corría transversalmente. Tiró de ella y cayó de bruces junto con el asiento.

Enna se rió. Era contagioso, y aunque tenía que suponer que ella había anticipado este resultado, se rió junto con ella. Cuando se enderezó de nuevo, le siguió el respaldo.

«Tiene que empujar la palanca hacia atrás, pero no levantarla», explicó Enna.

Intentó seguir las instrucciones, pero volvió a caer. No importa. Tenía suficiente espacio para las piernas. Pavel se levantó y respiró hondo. Al mismo tiempo, Enna metió la mano entre sus piernas y el asiento se deslizó suavemente hacia atrás unos centímetros. Pavel

se quedó paralizado—su colega ya estaba en la carretera principal y se acercaban a un paso de peatones.

Pero Enna se dio la vuelta para enfrentarse al tráfico lo suficientemente rápido como para que él se abstuviera de reprenderla. Dejó caer, detrás del asiento del conductor, el chaleco de repuesto que había recogido.

«¿Para mí?» preguntó Enna.

«Más vale prevenir que curar».

«¿Los expide el Departamento de Investigación Criminal del Estado?»

Pavel olfateó. Los equipos SWAT podían llevar chalecos antibalas durante una operación, pero no formaban parte de su equipo estándar. «¿Qué opina? Los compré yo mismo».

«¿Kiel es un lugar tan peligroso?»

«¡No Kiel, Fleetstedt! ¿Sabía que la concentración de armas de fuego en los estados federales de Alemania es mucho mayor que en las ciudades-estado? En Baja Sajonia, casi nueve de cada cien habitantes poseen un arma, en Hamburgo solo dos».

«Cazadores, ¿verdad?»

«No solo eso, sino también por la tradición. Muchos pueblos tienen su propio club de tiro».

«Entonces me pregunto por qué llevamos chalecos a Hamburgo, de todos los lugares».

En principio, Enna tenía razón. Para ser coherente, debería haber dejado los chalecos en casa. Pero las estadísticas nunca se aplicaban a casos individuales. Se enfrentaban a un intruso con el gatillo fácil. Es mejor estar preparado. ¿Cuál era la manera más amable de decirlo?

Decidió: «Simplemente no quiero perderla, Srta. Koopmann». Luego sacó su teléfono celular del bolsillo, que mostraba un mensaje entrante. El remitente era Berger. Genial. El mensaje contenía una dirección y un nombre. El nombre del sospechoso era Harry Küster y vivía en el número 22 de Danziger Strasse.

«Vamos a ir primero a Danziger Strasse», dijo. «Ahí es donde vive el tipo de la Kawasaki negra».

Enna inmediatamente comenzó a escribir en su teléfono celular, lo cual era ilegal mientras conducía. Pavel apartó la mirada y comparó la dirección con los datos que había extraído del teléfono móvil y las listas de navegación de Toni. Había creado su propia superposición de mapas, que ahora flotaba como una sombra sobre el centro de Hamburgo. Había etiquetas de ubicación principalmente en las direcciones del moderno distrito de St. Pauli, pero había una etiqueta en el barrio más pobre y menos turístico de St. Georg, donde se encontraba Danziger Strasse. ¿Y dónde había estado Toni? En Danziger Strasse, cerca del número 22. El mapa de la ciudad le mostró que allí había un bar de shisha, llamado *Saphir*.

«¿Y qué encontró de Toni?» preguntó Enna. «Parecía que tenía un apartamento en Hamburgo».

«Desafortunadamente, la oficina de registro no tiene constancia de ello. Pero a menudo se alojaba cerca de la Bleicherstraße 70. Eso está en St. Pauli».

«Una zona cara».

Pavel asintió. No es que supiera moverse muy bien por Saint Pauli. No sabía más sobre el famoso distrito que cualquier otro turista. Quizá deberían haber investigado junto con sus homólogos de Hamburgo.



Entre todos los lugares posibles, Enna detuvo el coche en una zona prohibida. La miró. Probablemente solo quería hablar con él sobre qué hacer a continuación. Pero su colega apagó el motor y sacó la llave. Luego se volvió hacia el asiento trasero, metió el chaleco en el espacio para los pies y cogió su bolso.

«¡Mira, ahí está el veintidós!» Señaló un letrero cuadrado.

Pavel señaló el otro letrero redondo con una línea diagonal que lo atravesaba.

«De ocho a seis en días laborables», leyó Enna en voz alta.

El sábado es un día laborable».

Mucha gente no lo sabía. Pero Enna trabajaba como policía. Debería haberlo sabido.

«No hay ni un solo coche delante o detrás de nosotros. No vamos a bloquear a nadie».

¡Como si esa fuera una razón válida!

«Sí, porque aquí no hay aparcamiento. Los demás respetan eso».

«¿Y qué hay de la moto que tenemos enfrente?»

Oh, una motocicleta negra. Los ojos de Pavel buscaron la matrícula. Pero no pudieron...

«Si no estuviéramos hablando sobre el lugar de aparcamiento, ya estaríamos en camino».

«Está bien, entonces. Pero permítame comprobar la matrícula rápidamente. Luego seguiremos adelante».

«De acuerdo». Enna cogió su bolsa y cerró la puerta de un portazo. Pavel fue más amable con su puerta, simplemente la empujó contra el cuerpo por lo que rebotó y permaneció abierta.

«¡Con más fuerza, jefe!» gritó Enna.

Se llevó el dedo a los labios. Habían accedido a viajar de incógnito. Suspiró. Dio largas zancadas hacia la moto. Ahí estaba otra vez, medio cerebro. La matrícula coincidía. Escaneó el vehículo. El motor estaba frío y el asiento estaba cubierto de polen. El propietario no lo montaba desde ayer. Pavel miró hacia adelante por la Danziger Strasse, haciéndose algo de sombra con la mano. Parecía haber un pequeño parque a unos doscientos metros a la izquierda. ¿Quizás también plazas de aparcamiento?

Cuando volvió a mirar el polo rojo, Enna se había ido. Buscó su arma a tientas y corrió en la dirección en la que había estado antes hasta que la vio en frente del edificio. Uf.

«¿Qué hace...?»

Enna lo miró con severidad, sacudió la cabeza y se inclinó frente al intercomunicador. «Hola, señora Krüger, necesito hablar un minuto con Harry».

«Hola. Pero Harry no está aquí».

«Tenemos una cita a la una. Estoy segura de que volverá antes».

Pavel miró su reloj. Era la una menos diez.

«Está bien», dijo la voz del altavoz. «Suba».



La escalera estaba limpia y olía a productos de limpieza. Menta y algo artificial. La frescura del océano, tal vez, algo que los ingeniosos departamentos de marketing habían ideado.

Subieron al tercer piso. Detrás de una puerta podían oír un televisor, detrás de otra, los gritos de los niños. La de Krüger estaba en silencio, pero la bicicleta de un niño estaba apoyada contra la pared del pasillo. La puerta principal estaba entreabierta.

Cuando llegaron a la puerta, se abrió por completo. La señora Krüger tenía más de treinta y tantos años y llevaba un delantal sobre un bikini de colores vivos.

«Hola», volvió a decir. «No viene a hablarnos de Dios, ¿verdad?»

¿Qué la hizo pensar eso? Pavel se preguntaba a menudo cómo se comportaba con la gente.

«No, soy Enna Koopmann. Soy colega de su marido. Tenemos que hablar de algo».

«¿Una... colega? Ni siquiera sabía que tenía una. ¿Y quién es este?» La mujer señaló a Pavel como si no fuera una entidad.

«Este es el Sr. Neuhof. Un cliente bastante importante».

El rostro de la mujer se tensó como si hubiera mordido un limón. Con su disparo en la oscuridad, Enna probablemente había fallado fuera cual fuera el objetivo.

«Pero tiene razón», dijo rápidamente. «El Sr. Neuhof solo sentía curiosidad por conocer a Harry. Me esperará en el auto».

¿Lo haría? Pavel miró a Enna sin entender nada. Pero el rostro de Krüger se relajó. Era entendible. La mujer estaba sola. ¿Quién querría dejar entrar a dos desconocidos a su apartamento? En comparación, Enna, con sus pantalones cortos y calcetines coloridos, no era una amenaza. Su colega debe haberlo pensado detenidamente en un abrir y cerrar de ojos y haber actuado estratégicamente.

«Tiene razón, Enna», dijo. «De todos modos, tengo que revisar algunos informes de estrategia». Se dio la vuelta, pero por el rabillo del ojo vio que Enna le hacía un gesto discreto a la señora Krüger,

quien sonrió en respuesta. Bajó las escaleras y oyó que la puerta del apartamento se cerraba.



Poco a poco se fue inquietando. *No, poco a poco, mis narices*. Llevaba todo el tiempo intentando convencerse de eso. Pero había estado inquieto desde el principio. No por Enna. Se llevaría bien con la Sra. Krüger. Pero ya era la una y diez, lo que significaba que llevaban aparcados aquí al menos veinte minutos. Eso no podía continuar por mucho más tiempo. Estaba sentado al volante, pero si alguien le pedía que siguiera conduciendo, solo podría encogerse de hombros porque no tenía las llaves. En su imaginación, le pedían el carné de conducir y el registro, que tampoco tenía, lo que llevaría a que lo llevaran a la comisaría. Bueno, sí. Quizá su placa ayude en ese caso.

De repente, una sombra se apoderó de él. Un dedo sorprendentemente grande de una mano aún más grande tocó la ventanilla del lado del pasajero. Pavel se sorprendió, pero se calmó cuando junto a la mano apareció el rostro sonriente y pecoso de un niño de unos ocho o diez años. Sacó la lengua. A los niños les gustaba eso, ¿no?

«Hola, hermano», dijo una voz masculina profunda sin mirar dentro del auto. «Hazte un favor y sal de aquí. Son muy estrictos con las normas. Mínimo veinticinco euros. Pero aparcar es barato allí, junto al Alster».

«Gracias, hermano». Tuvo que contener una carcajada cuando dijo la palabra por primera vez en su vida. Había algo mágico en ello, la fuerte vibración de la «r» y la «o» abierta después...

«Harry, el hombre me sacó la lengua», dijo el niño.

¿Desde cuándo los niños llaman a sus padres por su nombre de pila? A Pavel le pareció extraño. Solo entonces se dio cuenta de cómo el chico había llamado al hombre. Harry. ¿Harry Krüger?

Efectivamente, el hombre caminó hacia la entrada, abrió la puerta y entró en el ascensor, que Pavel podía ver a través del

cristal. Se las arregló para correr y meter el pie antes de que se cerrara la puerta principal. Luego subió corriendo las escaleras hasta el tercer piso, pero llegó justo cuando la puerta del apartamento se estaba cerrando.

Pavel puso la oreja en la puerta.

«¿Puedo jugar a PlayStation?» oyó al chico decir.

«Solo con auriculares, cariño. Tenemos una visita».

«¡Gracias, mamá!» Luego escuchó pequeños pasos rápidos.

«No le permitas irse...» comenzó el hombre.

«Hay una mujer en la sala de estar que dice que es tu colega».

«¿Mi qué?»

«Colega».

El hombre se rió. «Ya sabes dónde trabajo».

«Pero ella no lo sabe, al parecer».

Mierda. Probablemente descubrieron a Koopmann sin que ella se diera cuenta. Ojalá no la hubiera convencido de hacer este viaje. ¡Y ni siquiera se había puesto el chaleco!

Escuchó un clic metálico.

«¿Qué estás haciendo?» preguntó la señora Krüger. Seguían susurrando cerca de la entrada. ¡Esperemos que Enna sospeche!

«¿Me pregunto por qué?» Otro clic, como si el hombre hubiera quitado el seguro de una pistola.

«¡No delante del chico! ¡O te echaré de aquí!»

Muy bien, una mujer valiente. El chico probablemente estaba jugando en la sala de estar, donde Enna lo esperaba.

«Tiene los auriculares puestos. Muy inteligente de tu parte, Dani».

«De ninguna manera. ¡Dame esa pistola, vamos!»

Sí, dale la pistola, tonto. Quieres salvar tu relación, ¿no?

«¿Qué estás haciendo?» preguntó una mujer. Pavel se dio la vuelta. Sacó la placa del bolsillo. La mujer se acercó, lo miró y pareció satisfecha al pasar junto a él por las escaleras.

«Ah», dijo Harry Krüger. «Había un coche en la planta baja con la matrícula WTM. Había un hombre dentro. ¿Quizás esté afuera ahora mismo?»

Pavel se agachó. Probablemente alguien estaba mirando por la mirilla ahora mismo.

«No hay nadie allí», dijo la señora Krüger. «Te estás poniendo nervioso por nada. Si me preguntas, nunca deberías haberle dado el dinero a ese hombre».

«Era algo seguro. Ponía cincuenta mil, recibía quinientos mil».

«Bueno, ¿dónde están los quinientos mil?»

«Tienes razón, Dani. Eres un amor».

«Entonces dame el arma».

«No, me voy. No quieren nada de ti».

De repente, la puerta se abrió hacia afuera, con tanta violencia que Pavel se quedó boquiabierto. No pudo evitar chocar contra la pared, pero logró volver a ponerse de pie.

«¡No lo hagas!» gritó la mujer, y solo entonces se dio cuenta de que Harry Krüger lo apuntaba. Pavel tembló, pero el hombre obedeció y puso el arma en la mano de su esposa.

«Puedo mandarte al infierno, gusano», gruñó.

«Solo mira las paredes. El propietario nos cobrará por cada mancha», reprochaba la señora Krüger, mientras se apoyaba contra la pared y miraba con los brazos cruzados. Parecía que tenía experiencia viendo a su marido pelear. ¿Dónde estaba Enna? Seguro que ha oído algo.

Pavel estaba de nuevo en pie. Aflojó sus extremidades y se preparó para luchar. El árbitro acababa de decir *Hajime* en su cabeza. La pelea estaba en marcha.

Harry Krüger se le acercó directamente. En el último segundo, Pavel lo esquivó, cogiéndolo del brazo y utilizando su ímpetu para ejecutar un *hiza-guruma*—un giro de todo el cuerpo iniciado con el pie izquierdo.

Krüger se estrelló de cabeza contra el hormigón, pero volvió a levantarse. La sangre goteaba de un corte en su cabeza.

«¡Estúpido bastardo!» Gritó Krüger. Había mucha ira en él, demasiada para una pelea como esta. Probablemente podría masacrar a cien espartanos solo ahora mismo, pero no era rival para un *O-Soto-gari*. A Pavel le gustaba el nombre traducido—barrido hacia fuera—y así es como funcionaba. Todo era física pura. Prefería

luchar con oponentes que eran mucho más duros y rápidos. La masa y la velocidad le daban impulso y, si lo hacía con habilidad, el enemigo le daba el impulso para su propia derrota.

Harry se abalanzó y luego se encontró de nuevo en el suelo. Su rostro brillaba rojo mientras miraba sombríamente a Pavel. Una vena de ira latía en su frente. «¡Así que quieres hacerlo por las malas!»

Pavel se limitó a agitar los dedos.

Hizo que Harry Krüger se pusiera de pie dos veces más. Su esposa no parecía darse cuenta de cómo le iban las cosas a su marido, o no le importaba. Al menos no le había devuelto el arma, por lo que Pavel estaba agradecido.

Finalmente, se cansó de luchar y retuvo al sudoroso Krüger en una llave *yoko-shiho-gatame*, un control lateral de cuatro puntos, que le permitía atarle las muñecas con las esposas de plástico que siempre llevaba en el bolsillo de la chaqueta. Funcionaba igual que una brida con cremallera, pero tenía bordes redondeados para minimizar las lesiones si se usaba durante períodos prolongados.

«Ippon», dijo con entusiasmo. Eso significaba la victoria. El árbitro levantó el brazo y la multitud aplaudió.

Harry Krüger se quedó boquiabierto contra el suelo de cemento. «¿Qué quieres?» preguntó, esforzándose.

«Hablar».

Un bufido. «¿Hablar?»

«Solo hablar». Pavel aflojó el agarre y Harry asintió con la cabeza. Pavel lo soltó por completo y el perdedor se puso de pie corriendo.

«Ustedes, imbéciles, han estropeado la pared», dijo la Sra. Krüger, señalando la pared. «¿Quién hizo eso?»

De hecho, había una gran marca de desgaste en una de las paredes. También había sangre goteando sobre el concreto.

«Lo siento, señora Krüger», se disculpó Pavel.

De repente, Harry también parecía abatido. «Lo siento, Dani», dijo mansamente y se coló en el apartamento.



«¿Qué pasó?» preguntó Enna Koopmann al entrar en la sala de estar. Habló inusualmente alto porque llevaba auriculares. También tenía un mando en la mano. En la televisión, un guerrero sombrío, semidesnudo y salpicado de sangre sostenía una espada en alto. La imagen estaba paralizada en medio de un movimiento.

«Enna lucha bastante bien», dijo el chico. «¿Podemos jugar un poco más?»

«Max, tú también luchaste bien», dijo Enna, quitándose los auriculares.

«Los adultos necesitamos hablar un rato», dijo su madre. «Más vale que termines tus deberes. Papá te recogerá a las tres y entonces no tendrás tiempo».

«Lo haré el lunes antes del primer período».

Dani Krüger no discutió, lo que probablemente fuera la mejor estrategia, y su hijo salió del salón.

«Tú eres el que me persiguió ayer, ¿verdad?» preguntó el hombre, que seguía atado.

«Me disparaste, Krüger».

«Solo quería frenarte. ¡Un ciego con un bastón podría ver que llevabas puesto un chaleco!»

«Por Dios, Harry, me prometiste que solo usarías el arma como amenaza», dijo Dani Krüger. «Te lo digo, si te dan más de un año, buscaré a alguien más».

«No voy a ir a la cárcel», dijo Harry Krüger.

«Eso ya lo veremos», objetó Pavel. «Agresión a un agente de policía, intento de asesinato...»

«Ah, ¿y por qué hay un Polo rojo con matrícula de Wittmunder estacionado en la planta baja en lugar de un coche patrulla verde?»

Fue una interjección inteligente. Todavía no estaban investigando legalmente aquí, al menos no a través de los canales oficiales. Difícilmente podía hablar de problemas inminentes.

«El arma es definitivamente ilegal», le ayudó Enna. «No sé a qué se dedicas para ganarse la vida, pero eso es un problema para la mayoría de los empleadores».

«Trabajo detrás de la barra en el club de la esquina, junto al paso peatonal arcoíris».

«Por eso no le creí que fuera colega de Harry desde el principio», dijo Dani Krüger.

«¿Por qué? ¿No trabaja ninguna mujer allí?»

«Pase por allí más tarde y lo verá».

«De todos modos, probablemente quiera irse ahora», dijo Harry.

«Ahora, más despacio. No me voy a ir hasta que sepa por qué ha hecho tanto lío en Fleetstedt y qué tuvo que ver con la muerte de Toni Sattelmacher».

«¿Muerte? ¿De qué hablas?» El rostro de Dani Krüger volvió a ponerse rojo. Parecía enfadarse muy rápido. «¡Harry, di algo! ¡Dijiste que todo había sido legal!»

«No tuve nada que ver con eso. Ni siquiera sabía que el tipo estaba muerto. ¡De lo contrario, nunca habría ido allí! No soy estúpido».

Era extraño, pero Pavel se inclinaba a creerle al hombre. Era un poco imprudente, pero no parecía tener nada que ver con el crimen organizado.

«Hay dos opciones. Llamo a nuestros homólogos de Hamburgo y les entrego todo. El uso de un arma ilegal por sí sola daría lugar a preguntas y procedimientos desagradables. O puede decirme exactamente qué está pasando y, si estoy convencido de que se involucró por casualidad, puede hacer una declaración oficial ante nosotros en Fleetstedt, y eso será todo».

«¿Tengo que volver a su territorio?»

«Ya conoce el camino».

«Harry, dile al caballero lo que sabes», dijo la mujer. «Parece una oferta justa. De todos modos, nunca recibirás el maletín».

«¿Un maletín lleno de dinero?» preguntó Enna. «¿Medio millón, por casualidad?»

«Al principio eran solo unos cincuenta mil. Toni necesitaba dinero», informó Harry Krüger.

«¿Cómo lo conocía?» preguntó Enna.

«Del bar».

«Está bien. ¿Y para qué necesitaba el dinero?» preguntó Pavel.

«Dijo que tenía una forma segura de aumentar veinte veces la cantidad».

«Eso fue lo que despertó su codicia».

«Demonios, me iba a dar quinientos mil. ¡A eso no se le dice que no!»

«¿Por qué fue tan generoso?»

«Porque no le quedaba nada. Me mostró sus estados de cuenta bancarios. Le pregunté por qué sus padres no podían darle nada. Me dijo que acababan de renovar su casa por doscientos cincuenta mil y que ni siquiera sabía cómo iba a pagar su casa de retiro. Pero los cincuenta mil lo sacarían de apuros».

«¿Qué iba a hacer con el dinero?» preguntó Enna.

«Tenía un notario a mano. Probablemente había encontrado un inversor que quería convertir la propiedad de los padres de Toni en un parque residencial para gente rica. Así que lo puso en marcha, solo que la autoridad de construcción no lo aprobaría. Creo que tenía que ver con la protección de los monumentos. Los cincuenta mil euros resolvieron ese problema».

«Soborno», señaló Pavel. Eso era algo que no le caería bien a sus superiores. Las acusaciones de corrupción siempre causaban rencor.

«¿Quién fue sobornado?» preguntó Enna.

«No lo sé. Me acaba de decir que todo iría bien y que pronto tendría medio millón en mi bolsillo».

«Pero no resultó en nada».

«Exactamente, inspector. Así que traté de presionarlo un poco. Con el banco, con el notario, con sus padres...»

¿El notario? Tampoco denunció ninguna amenaza. ¿Todos en Fleetstedt eran tan discretos? ¿O Henriette Meier estaba sucia? ¿Había orquestado el soborno? ¡Eso sería un asunto serio!

«Incluso intenté obtener información de los compradores, pero afirmaron no conocer en absoluto a Toni Sattelmacher y que no sabían nada sobre un soborno. Así que sí. Me quedó claro que no tenían el medio millón».

«Porque habían pagado un millón y medio».

«Eso es lo que me dijo el tipo del banco cuando le torcí un poco el brazo».

«Luego se enojó con Toni por traicionarlo y lo mató».

«Se lo dije, no fui yo. ¿Me está escuchando siquiera, inspector?»

Pavel respiró hondo. La historia parecía verosímil. Pero para ser un camarero por lo demás tranquilo, Krüger se había arriesgado mucho.

«Fue una gran apuesta, ¿no?» preguntó. «Quiero decir, fue una inversión de cincuenta mil dólares, es mucho, pero lo que estaba dispuesto a hacer por ella...»

«¡No tuve nada que ver con la muerte de Toni! Lo juro por la vida de mi madre».

«Será mejor que deje a su madre fuera de esto. ¿De dónde sacó los cincuenta mil?»

«Sí, a mí también me gustaría saberlo», dijo Dani.

Harry Krüger miró a su esposa o novia, y Pavel creyó ver miedo en el rostro del hombre adulto. Tenía la intención de interrogarla por separado como testigo más adelante, pero al parecer su presencia le evitó tener que poner en aprietos a su marido.

«¿De qué otra manera? Pedí un préstamo a Volodia».

«¿Volodia? ¡Debes estar loco! ¿Quieres que nos maten a todos?» Dani Krüger se quitó el zapato derecho y golpeó al hombre con el tacón puntiagudo hasta que Enna le quitó el arma de piel falsa.

«Debería dejarnos ahora», dijo Pavel.

Dani Krüger resopló pero obedeció.

«Gracias», dijo Harry mientras se cerraba la puerta del pasillo.

«¿Quién es Volodia?» preguntó Enna. «¿Mafia rusa?»

«Otro cliente del bar. Pero sí, corre el rumor de que tiene ciertos contactos. Y presta dinero, incluso sin garantías, y sin preguntar para qué será usado».

«Ahora lo está presionando, ¿verdad?» preguntó Pavel.

«Cuando no pagué de inmediato, amenazó con secuestrar a Dani». Harry se quedó en silencio. Algo le molestaba. ¿Tiene la conciencia culpable por poner en peligro a su familia?

«¿Se detuvo?» Preguntó Enna.

«Sí, ahora me ha dejado en paz. Me temo que metí a Toni en esto».

«¿En qué lo ha metido?» preguntó Pavel.

«Bueno, en que le maten. Le dije a Volodia para qué era el dinero. De lo contrario, me habría hecho algo. No he tenido ningún

problema con Volodia desde entonces».

¿Este Volodia le había quitado el dinero a Toni, junto con las ganancias acumuladas? ¿El hijo de los Sattelmacher murió por eso—o en el proceso?

«¿Tu amigo Volodia sigue yendo al bar?» preguntó Pavel.

Krüger sacudió la cabeza. «No lo he visto desde entonces».

«Se escondió con medio millón», dijo Enna.

«O todo. No lo vamos a encontrar. Está por encima de nuestro nivel salarial. La Oficina Federal de Investigación Criminal tendrá que involucrarse».

«Si es verdad».

Como siempre, tenía que estar de acuerdo con Enna.



«¿Cree lo que nos dijo Krueger? » le preguntó Pavel.

Enna condujo el Polo durante el tráfico de la tarde, que era bastante intenso en Hamburgo incluso un sábado. Bajó la marcha antes de llegar a una intersección y luego respondió: «Todo parecía verosímil. Pero ese tipo, Volodia, podría haber sido inventado. A mí me suena un poco fortuito. Mafia, se les puede culpar por todo lo que no se quiera admitir».

«No sabremos si pasó a la clandestinidad o nunca existió».

«Por eso tenemos que encontrar testigos que corroboren las declaraciones de Krüger».

Para ello, ahora tenían 70 Bleicherstrasse en su agenda. Pero también podía ser el número 72, que estaba al lado, o el 77, que estaba al otro lado de la calle. Toni solo había introducido el nombre de la calle en su dispositivo de navegación, y la búsqueda en el móvil no era tan precisa. Por eso se separarían y utilizarían la foto del muerto para interrogar a los residentes. Alguien tenía que conocerlo. Había pasado mucho tiempo allí, más que en Fleetstedt.

«¿Ha visto el paso de peatones?» preguntó: «Muy colorido».

«Jum, no cumple con el código a cabalidad».

«Sin embargo, es bonito. Oh, ahí está ese bar del que hablaban los Krügers».

Pavel leyó el nombre y lo buscó en su teléfono. «Es un bar gay. ¿Eso significa que Toni era gay? Su madre lo insinuó».

«¿Importa ahora?»

Pavel lo pensó. «No». No tenía relevancia para el caso. Hasta ahora no habían encontrado amantes celosos. Al contrario, no habían encontrado a nadie que hubiera tenido una relación con Toni. Pero los asesinatos eran con frecuencia crímenes pasionales. «Pero debemos encontrar a su novio».

«O su novia. Recuerde el pelo de la ducha».

Esa también era una posibilidad. Quizá la víctima no solo estaba interesada en los hombres.

Bien. Tenían un plan. Desafortunadamente, eso le dio a su mente incansable la oportunidad de volver al pasado.

«¿Fue un error dejar ir a Krüger?» preguntó.

«Ya veremos».

«Quizá pueda decirme si fue la decisión correcta».

Enna se rió. «Oh, ¿es así como funciona para usted?»

Por desgracia, no era tan sencillo. Le habían quitado el arma ilegal a Krüger, por lo que el hombre no podía usarla para robar un banco o vendérsela a un terrorista. Pero aún había muchas estupideces que podía hacer, y cuando se supiera que lo habían interrogado sin una orden judicial...

«Estoy segura de que Dani lo vigilará», dijo Enna. «Me prometió que lo haría cuando nos despidiéramos. Por cierto, pensó que éramos pareja».

«¿Qué?» Pavel resopló hasta que vio un pequeño pliegue en la frente de Enna. Intentó ocultarlo, pero tuvo que hacer un esfuerzo, y eso hizo que sus rasgos parecieran más duros.

«Sí, una idea estúpida», dijo Enna, «una idea realmente estúpida».

No le gustó la forma en que enfatizó *estúpida*, pero, por supuesto, tenía razón. ¡Solo la diferencia de edad! ¿O tal vez su colega estaba interesado en las mujeres? Aún no lo habían discutido.

No, le había contado lo de su exmujer. Enna nunca había hablado de su ex, lo que fuera.

«¿Cómo se le ocurrió a Dani Krüger esa idea?»

«Le vio peleando con su marido. Solía ser soldado del ejército alemán en Afganistán, así que no es del todo inexperto. Pero ella dijo que lo derrotó sin esfuerzo».

«¿Sin esfuerzo? Yo no lo llamaría así», dijo Pavel. Una agradable sensación inundó su estómago. *Ippon*. ¿Había un club de judo en Fleetstedt?

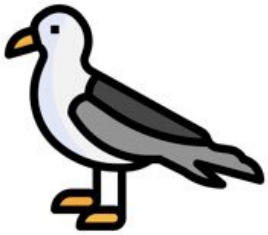
«De todos modos, Krüger pensó que luchó como un león por mí».

«No, ese no fue el caso. Sabía que no corría ningún peligro inmediato, Enna. Los dos Krügers estaban conmigo en el pasillo, y el pequeño Max no era rival para usted».

Por alguna razón desconocida, Enna suspiró. Quizá porque había mencionado al niño. Las mujeres y los niños constituían una extraña combinación.

«Oh, Max realmente me ganó en ese juego», dijo ella.

Capítulo Dieciséis



«Compre aquí un ticket de aparcamiento». Era el tipo de señal de tráfico que le gustaba. Enna aparcó el Polo justo delante. En teoría, podría haber sacado un ticket de la ventanilla abierta si la ranura para las monedas no hubiera estado al otro lado.

«Pero esta vez no vuelva a olvidarse el chaleco», le dijo.

«¿Para protegerme de las largas uñas de su ex novia?».

Enna movió las pestañas burlonamente, pero cogió el chaleco del asiento trasero.

«No se ría», dijo Pavel. «El chaleco también repele las balas».

Enna se quitó la chaqueta y se puso el chaleco.

«Es bastante ajustado por arriba».

Tenía razón. Por un lado, el chaleco le quedaba grande y apenas podía sentarse. Por otro, le apretaba los pechos como un dirndl bávaro.

«Lo siento, probablemente no fue una buena idea», dijo.

Cuando volvieran a la oficina, tendrían que conseguirle a Enna su propio equipo de protección.

«¿A quién buscamos?» Enna volvió a ponerse la chaqueta y se inclinó hacia delante para poder rebuscar en la guantera.

«A todos los que tengan algo que ver con Toni. ¿Qué hacía aquí? ¿Para qué retiró el dinero?».

«Claro».

Enna había encontrado un bolígrafo y un pequeño bloc de notas.

Cuando Pavel anotaba observaciones, siempre lo hacía en su móvil. Pero en realidad confiaba en su memoria.

«Vamos», dijo Enna y salió del coche.

Pavel se bajó y la siguió hasta el parquímetro. «¡Dos euros por hora con un máximo de tres horas!» gruñó mientras insertaba dos monedas de dos euros. «Tenemos ciento veinte minutos». Colocó el billete en el salpicadero. Con suerte, nadie lo robaría. El coche estaba abierto.

El barrio era agradablemente tranquilo, a pesar de que estaban en el centro de la ciudad, muy cerca del pozo negro que era St. Pauli. A lo lejos se oía el ruido del tráfico. En el lado par de la calle había edificios de apartamentos construidos en la década de 1970, revestidos de ladrillo holandés con amplios balcones rojos. Los apartamentos eran probablemente perfectos para familias. El otro lado estaba dominado por edificios que se parecían más a bloques de oficinas. No tenían balcones que dieran a la calle. Pero Pavel vio cortinas y luces, y había una larga placa con su nombre en la entrada. Las personas solteras probablemente vivían allí en pequeños apartamentos—personas como Toni. Según sus cálculos, las únicas direcciones posibles eran setenta, setenta y dos y setenta y siete.

«¿Quiere ir al setenta? Iré al número setenta y siete».

Enna asintió.

Pavel buscó a tientas su teléfono móvil, que tenía una foto de la víctima. «Tenga cuidado», dijo. El ataque de Harry Krüger aún estaba fresco en su mente. ¿Hicieron bien en dejar libre a un tipo tan peligroso? Pero como primer infractor y con un buen historial, probablemente saldría con la libertad condicional; además, una sentencia de prisión rara vez reformaba a nadie. Koopmann no debería tener ningún problema en el edificio con los apartamentos familiares.

El panel de timbres de la entrada del número setenta y siete era muy largo. Empezó con el de arriba.

«¿Quién es?» preguntó un hombre.

«¡Entrega!» gritó Pavel. La puerta zumbó y entró en un pasillo embaldosado que olía a comida. Ni siquiera era apetecible, pero de

todos modos se le hacía agua la boca. Ya había pasado la hora de comer.

Subió corriendo las escaleras hasta el tercer piso. Una de las cuatro puertas del apartamento estaba entreabierta. Leyó el nombre de Müller en el timbre y llamó a la puerta. Un hombre con una camiseta de tirantes estirada sobre una enorme barriga abrió la puerta. Pavel dio un paso atrás. El apartamento apestaba a pescado.

«Paul, ¿revisaste las patatas?» una voz de mujer sonó de fondo.

«Hola», dijo el hombre. «¿Entrega? Un *mooomeeeeento*, cariño!»

«Buen día». Pavel sacudió la cabeza y mostró su identificación, luego la foto de Toni en su teléfono celular. «¿Conoce a este hombre?»

«Por supuesto que sí. Es Río. Río Reiser. ¿Algo más? Mi esposa...»

«¿Como la cantante?»

«Como el rey de Alemania. Siempre canta cuando está lleno. ¿Conoce la canción?»

Pavel asintió. «¿Sabe dónde vive?»

«Bueno, no aquí en este edificio. Del otro lado».

«¿En el número setenta?»

«¿Está al otro lado de la calle?»

Pavel asintió.

«Shahatz, ¿dónde vive Río?»

«Bueno, por ahí, ya sabes. ¡Recuerda las patatas! Sigo en el retrete».

«*Setenta o setenta y dos*?»

«No lo sé. ¡Las patatas!»

«Me tengo que ir», dijo el hombre.

«Las patatas, claro. Muchas gracias».

La puerta se cerró detrás de él. Pavel marcó el número de Enna, pero ella no respondió. Le envió un mensaje de texto: «Dicen que Toni vivía en tu lado».



Nadie abrió la puerta del apartamento de al lado. Estaba oscuro detrás de la mirilla. Puso la oreja en la madera pintada de blanco. Silencio. ¿No debería molestarse en interrogar al resto de los residentes? Sacudió la cabeza. En el peor de los casos encontrarían el apartamento de Toni, pero no podrían entrar. No podían entrar sin más, en el curso de una investigación privada. ¿En qué pensaban? Nunca había tenido esas ideas mientras trabajaba en la Oficina de Policía Criminal del Estado.

Se abrió una puerta detrás de él y salió corriendo un niño con botas de goma.

«¡Quédate aquí, Marco!» gritó su madre, una joven con vaqueros y una camiseta que acababa de aparecer en la puerta y saltó al verlo. El niño frenó y se escondió detrás de Pavel, agarrándose de sus piernas.

«Lo siento», dijo la mujer. «Tiene muchas ganas de montar en su triciclo, pero estamos a punto de almorzar».

«¡Yo triciclo!» gritó el chico.

«No hay problema. Soy el inspector jefe de policía Pavel Neuhof». Extendió su placa a la mujer. «¿Puedo preguntarte algo?»

«¡Deja al hombre en paz, Marco!» gritó la mujer. «Si es rápido...»

Le mostró la foto de Toni en su teléfono.

«Lo conozco. Siempre de fiesta por la noche. Hemos tenido que llamar a la policía dos veces. Por desgracia, la habitación de los niños da a la calle. ¿Ha hecho algo malo?»

«¿Cuándo fue la última fiesta?»

El pequeño Marco se arrastró entre sus piernas, pero al menos dejó de decir «triciclo» todo el tiempo.

«El miércoles, creo. ¿O era martes? ¡Sí, el martes!»

«¿Estaba solo?» Pavel se miró los zapatos. Marco había soltado la correa y estaba desatando los cordones.

«¿Solo? Ja, ja, ja, había al menos veinte personas allí».

«Quiero decir, ¿solía vivir solo? Cuando no estaba de fiesta».

«¿Cómo lo voy a saber? Solo me daba cuenta de que estaba cuando había fiestas. Marco, ¡no hagas eso!»

«No hay problema. Un chico lindo». Afortunadamente, su rostro nunca delató el hecho de que estaba mintiendo. «Una última

pregunta: ¿de qué apartamento provenía el ruido?»

«Del otro lado de la calle, segundo piso».

El niño cogió el cordón de un zapato, se puso de pie y corrió hacia su madre. «¡Mira!» gritó.

«Devuélveselo al caballero», dijo su madre.

«¿En el número setenta o setenta y dos?»

La mujer cerró los ojos un momento. «En diagonal a la izquierda, mirando por la ventana de Marco. Debe ser el número setenta y dos».

«Gracias, me ha ayudado mucho».

La mujer asintió y le quitó el cordón a su hijo. «Estoy segura de que necesita esto».



Esta vez respondió Enna. «Lo siento, solo tuve que escuchar la historia de la vida de una anciana».

«Un niño me robó el cordón de los zapatos. Pero ahora sé dónde vivía Toni».

«Sí, los chicos de Hamburgo son extremadamente peligrosos», dijo Enna, con una sonrisa que se reflejaba en su voz. «En el número setenta y dos, segundo piso a la derecha».

Mierda. Uno por uno. «Iré, entonces».

«La anciana sufre de insomnio, soledad y aburrimiento. Así que llevaba un registro de quién salía de qué apartamento y cuándo».

«Muy práctico. ¿Podía ver todo eso?»

«Probablemente también interrogó a todos. Por cierto, Toni no vivía solo. Ha tenido una novia estable durante años. Vino a la casa por primera vez el 3 de marzo de dos mil nueve».

La anciana fue muy meticulosa. «¿Sabes lo que significa eso?»

«Sí, es probable que la encontremos allí».

Según los registros telefónicos, el número de teléfono celular que Toni había usado para su última llamada de cinco minutos pertenecía a una tal Lisa Munterer. Estaba registrada en Hamburgo, pero no en

esta zona. Todavía no habían podido comunicarse con ella por teléfono.

«Realmente espero que sí», dijo Pavel. «Podría ser la última persona con la que nuestra víctima habló por teléfono. ¿Está usted esperando abajo, frente al apartamento?»



El panel del timbre del número setenta y dos estaba organizado sistemáticamente, mostrando cuatro apartamentos por piso en un rectángulo, pero sin nombres. El apartamento donde vivía la víctima estaba a la derecha, por lo que Pavel presionó el botón correspondiente.

«Déjeme hablar», dijo Enna.

Pavel asintió. De mujer a mujer, ella probablemente tenía mejores posibilidades.

Hubo un crujido en el intercomunicador. «¿Quién es?» preguntó una voz femenina.

«Soy la inspectora de policía Enna Koopmann».

No hubo respuesta. Enna volvió a pulsar el botón.

«¿Qué quiere?»

«Se trata de Toni Sattelmacher. No respondió a nuestras llamadas».

«¡Oh, era eso! Pensé que habían encontrado...» Pavel se dio cuenta de cómo el resto de la sentencia se desvanecía en una repentina oleada de sospechas.

«¿Podría dejarnos entrar, señorita Munterer? Tenemos algo que decirle».

La mujer respondió pulsando el botón de abrir.



«¡Hola! Oh, no está sola», dijo la mujer desde la puerta abierta de su apartamento. Lisa Munterer tenía poco más de treinta años. Era

delgada, pero tenía un busto prominente, lo que, combinado con cabello largo y rubio y labios carnosos, la convertía en una belleza estereotipada de St. Pauli. ¿Era ese el estereotipo de una mujer de mundo en Fleetstedt?

«Hola, es mi colega Pavel Neuhof. Estamos investigando un caso juntos».

Bueno, técnicamente era su jefe, pero se abstuvo de corregir a Enna.

«¿Le gustaría entrar?»

Enna estrechó la mano de la mujer. Pavel vio anillos de oro en los dedos de Munterer. «Sería fantástico, señorita Munterer».

La mujer entró en la habitación. Olía a restaurante indio, pero no a comida, más bien a perfume. En las paredes colgaban cuadros abstractos de colores cálidos. El rojo oscuro y la siena quemada dominaban la combinación de colores.

La Sra. Munterer señaló el armario. «Si quiere quitarse el abrigo».

Pavel sacudió la cabeza. No tenía calor. Enna se quitó la chaqueta y la colgó en una percha.

«¿Puedo?» Señaló un abrigo de piel.

La mujer asintió. Enna tocó la prenda. «¡Es tan suave!»

«Cuello de sable, lo demás es nutria». Los ojos de la mujer se iluminaron.

«Un abrigo muy bonito», dijo Enna mientras la mujer los llevaba a la sala de estar.

Aquí había un contraste interesante. El sofá, el sillón y la mesa de café eran negros y tenían formas geométricamente precisas. Al otro lado de la habitación, la pared estaba cubierta con un colorido tapiz estampado. Había una lujosa chaise longue. Una botella de vino con un tapón de corcho y un vaso medio lleno esperaba en una mesa auxiliar adornadamente tallada. En la chaise longue había un libro con una cubierta antipolvo opaca boca abajo.

«¿Qué querían decirme?» preguntó Munterer.

«¿No quiere sentarse? ¿Conocía bien a Toni Sattelmacher?»

Según lo acordado, Pavel dejó el interrogatorio a su colega. Se sentó en una de las sillas bajas. Quizá la mujer seguiría su ejemplo.

«Muy bien. Llevamos juntos más de quince años. Tenemos la intención de casarnos el año que viene».

Pavel pensó en el pelo de mujer en la ducha del apartamento de Toni. ¿Y si hubiera dejado inesperadamente a su novia de Hamburgo? ¿O al menos quería hacerlo, y lo sospechaba desde hacía algún tiempo? Los celos siempre fueron un motivo fuerte.

«¿Y Toni Sattelmacher piensa lo mismo?»

«Sí. Nos queremos. Solo quiere... ¿Qué hay de él?»

Parecía darse cuenta de que algo debía haber pasado. Eso hizo que las cosas fueran interesantes. ¿Sabía de la muerte de Toni porque estaba involucrada, o le sorprendería? La historia de amor sonaba un poco unilateral. La había escuchado antes. En muchas relaciones largas, una pareja no podía imaginar la vida sin la otra, mientras que la otra hacía mucho que había seguido adelante, pero no tenía el coraje de terminar oficialmente la relación.

«Siéntese, señora Munterer», dijo Enna, y esta vez la mujer obedeció. «Lamento decirle que encontraron muerto a su novio».

«¿Qué? Eso no puede ser...» Volvió a saltar. «¡Ya hemos fijado la fecha! Hace apenas dos semanas... Toni solo quería...» Se interrumpió, volvió a sentarse y se tapó la cara con las manos. Pavel oyó un suave gemido que no estaba seguro de que fuera real.

«¿Qué quería Toni?»

«Dinero, inspectora. Siempre se trataba de dinero. Toni siempre necesitaba mucho. Así era él. Se supone que nuestra luna de miel sería en Tahití».

Necesitaba, era, y *se supone*. La gente reaccionaba de manera sorprendentemente lenta ante esa información. Cuanto más importante era la información, más importante era reaccionar ante ella correctamente y más tardaba en penetrar en su conciencia. A veces Pavel pensaba que la mayoría de la gente tenía tubos de plomo en la cabeza, llenos de recuerdos y devorados por los deseos.

«¿Cómo iba a resolver Toni el problema?» preguntó Enna.

Ahora su colega también había entrado en el reino de la ignorancia. Tuvo que suprimir el deseo de corregirla.

«Es la casa de sus padres, que le cedieron. Debe haber encontrado al inversor perfecto».

«Pero aún hay algunos problemas».

Lisa Munterer sacudió la cabeza con fuerza. «¡No! Todo está arreglado. El inversor pagó a tiempo. Solo tiene que conseguir que sus padres acepten la venta».

«No están muy contentos con eso. Cuando transfirieron la casa, registraron un usufructo por el resto de sus vidas. De alguna manera, desapareció».

¿Desapareció?

«¿Desapareció?»

Pavel sonrió. Enna ya pensaba lo mismo que él.

«No sé mucho al respecto». Lisa Munterer se secó rápidamente algunas lágrimas. ¿Estaba intentando distraer la atención de su rostro? «Toni tiene un notario para los asuntos legales. Lo tenía, debo decir ahora». Lágrimas frescas corrían por su rostro.

Todo esto coincidía, y confirmaba lo que sabían. Pero no les ayudaba a avanzar la investigación.

«¿Puedo contarle mi propia teoría?» preguntó Pavel. Enna sacudió la cabeza, pero él no se dejó disuadir. La táctica de la simpatía había fracasado.

«Lo visitó el miércoles».

«El miércoles... Estuve aquí el miércoles esperándolo».

«¿Hay algún testigo de eso?»

«No».

Por supuesto, no hubo testigos, porque Lisa Munterer había llegado a Fleetstedt algún tiempo atrás.

«Lo esperó en su apartamento. ¿Sabe de qué apartamento estoy hablando?»

La mujer asintió.

«Encontró algo ahí. Prueba de que tenía a alguien más. No lo niegue. Encontramos pelo de dos mujeres diferentes en su ducha. Apuesto a que alguno es tuyo».

«Estoy segura de que sí. Iba con frecuencia. Pero yo...»

«Lo llamó esa noche. Tenemos los registros de su teléfono móvil. Su llamada terminó a las 8:03. En la llamada, le decía que la iba a dejar. Con el dinero. No solo sus grandes planes estaban hechos

jirones, sino que su estilo de vida en el futuro también estaba en peligro. Era demasiado. Lo buscó en la playa y allí...»

«Pavel, espere», interrumpió Enna. «Hemos estado interrogando a la Sra. Munterer como testigo. Antes de interrogarla como sospechosa...»

Maldita sea. Se estaba adelantando. Hacía mucho que no le pasaba eso. «Lo siento por eso. No tiene que responder a mi pregunta. Enna, ¿podría informar a la Sra. Munterer sobre sus derechos?»

«Eso no será necesario. Sí, lo llamé porque quería saber cómo estaba después de hablar con sus padres. Pero aún estaba ocupado. Prometió llamarme al día siguiente. No lo hizo».

«¿Y no estaba preocupada?»

«Por supuesto que sí. Intenté llamarlo varias veces desde el viernes, pero no hubo respuesta».

Lisa Munterer se puso de pie, se acercó a él y le mostró la lista de llamadas de su teléfono móvil. Tenía razón. ¿Era posible falsificar una historia así? Probablemente, pero él no creía que lo hubiera hecho. Solo había analizado los datos de la llamada hasta la muerte de la víctima. Esa lista mostraba quién había llamado, pero no desde qué celular. Munterer aún podría haber estado en Fleetstedt.

«Os invito a ver mis registros telefónicos», dijo Munterer, quien debe haberse dado cuenta de que no estaba convencido. «Os daré toda la autoridad que necesites».

Era una oferta decente. Así no tendría que declararla sospechosa ni todo lo que ello implicara, pero sabría su paradero como muy tarde hasta el miércoles por la noche.

«Es una oferta justa, Lisa, y la aceptaremos con gusto. Disculpe a mi colega, por favor. A veces es un poco... inoportuno».

Lisa Munterer se secó más lágrimas. Su maquillaje ya estaba manchado. Pero eso no significaba que fuera inocente. Los culpables a menudo estaban tan consternados como todos los demás familiares. ¿Quién decía que la maleta con medio millón no estaba en la habitación de al lado? Tan pronto como salieran del apartamento, la novia lo llevaría a un escondite seguro. Los celos y la codicia eran una combinación perfecta.

«¿Alguna vez se ha preguntado qué hacía su novio solo en Fleetstedt?» lo intentó de nuevo.

«Sus padres viven allí. También ha hecho algunos negocios allí».

«Y las otras mujeres, ¿qué pasa con ellas?»

«Nos amábamos. ¡Eso no significa que no pudiera tener relaciones sexuales con otras personas a veces!»

«¿No significa?» preguntó Pavel.

«Por supuesto que no. ¿En qué siglo naciste?» preguntó Enna.

«En el Siglo XX», respondió, aunque no entendió muy bien la pregunta. Koopmann y Munterer nacieron en el mismo siglo que él.

«Si puedo confiar en que no denunciarán esto a la gerencia, me gustaría mostrarles algo», dijo Lisa Munterer, poniéndose de pie.

«No tiene que hacerlo», dijo Enna.

«Quiero aclarar cualquier sospecha sobre mí». La novia de Toni corrió hacia la puerta del dormitorio y la abrió. Detrás había una habitación de fantasía, bañada en cálidos tonos rojos. Junto a una cama cubierta de terciopelo con dosel, había una gran cruz en forma de X clavada en la pared. También había un sillón de dentista, igual a los que Pavel había visto en el consultorio de odontología. ¿Quién pondría semejante instrumento de tortura en su habitación?

«Una configuración interesante», dijo.

De repente, su mente apartó una cortina que debe haberse quedado atascada de alguna manera. ¡Lisa Munterer era una trabajadora sexual!

«Antes de que piense mal de mí, estoy registrada ante las autoridades, por supuesto», dijo. «Solo los vecinos no lo saben».

«Gracias, señora Munterer», dijo Pavel. Su rostro estaba tan caliente como si se hubiera resfriado. «Resulta que no tuvo una visita el miércoles por la noche, ¿verdad?»

Si es así, podrían tachar a la mujer de la lista de sospechosos de inmediato.

«No. Solo tengo dos o tres clientes a la semana. Mis servicios son exclusivos».

«Ya veo. Como conocía bien a Toni Sattelmacher, hemos oído que visitaba con frecuencia un bar gay».

Lisa Munterer asintió con la cabeza. «¿Y por qué no? Él es muy versátil». Cerró la puerta y volvió a sentarse en su diván. «Era. Él era. Aún no me lo puedo creer. ¿Pueden ahora dejarme en paz? Quiero llamar a sus padres en privado. Tenemos que hacer los arreglos para el funeral».



«¿Le cree?» Preguntó Pavel mientras subían al Polo de enfrente de la casa.

Enna se hundió en el asiento del conductor y lo miró durante unos segundos con el ceño fruncido. «Pavel, ¿qué fue eso? Teníamos un acuerdo». La expresión de su rostro indicaba que estaba molesta. Por otro lado, estaba usando su nombre de pila en lugar de distanciarse con «colega» o incluso con «inspector jefe Neuhof». Debería darle permiso para usar su nombre de pila pronto. Eso le daría a Enna más posibilidades de diferenciación lingüística, desde *eres un príncipe*, *Pavel*, hasta *Neuhof, cretino asqueroso*. No es que esperara que lo llamara usando una de estas variantes extremas. Gracias al espectro más amplio, solo tendría que adivinar qué arruga, contracción o aleteo de su rostro pertenecía a qué expresión emocional.

«¿Me está escuchando siquiera? Eso fue totalmente inapropiado. No puede cambiar la naturaleza del interrogatorio sin informar a la mujer de sus derechos».

Pavel asintió. Por supuesto, Enna tenía razón. Sería un alivio que Lisa Munterer fuera inocente. Entonces no habría problemas. ¿Pero tenía Koopmann que insistir en ello de esa manera?

«Lo siento. No sé qué se apoderó de mí. La mezcla de codicia y celos es un motivo perfecto. Siete cifras. Si sintiera celos, la combinación podría *hacerme* un asesino. No, tal vez no».

«¿No siente celos?»

El cambio de tema funcionó. Cuando lo mencionaba, la mayoría de las personas, hombres y mujeres por igual, se daban cuenta.

«No. Pero la mayoría de la gente es muy celosa, aunque digan que no lo son. Por eso la novia de Toni sigue en mi lista. Le prometió matrimonio y medio millón. Si algo así desaparece de repente...»

«No hay pruebas de ello. De hecho, parece que todavía tenía la maleta con el dinero».

Pavel asintió. Harry había buscado infructuosamente el maletín. ¿Qué hay del ruso, Volodya? Alguien así no dejaría pasar cincuenta mil euros sin más. Debe haber hecho un trato que lo satisfizo. Pero, ¿por qué habría matado a Toni? Asesinar a alguien solo significaría más dinero y más riesgo. El trato de Toni con el inversor —si Harry Krüger decía la verdad— había sido tan turbio debido al soborno de la autoridad inmobiliaria que Sattelmacher no pudo acudir a la policía en busca de justicia.

«¿Qué opina de la notario?» Preguntó Pavel mientras se abrochaba el cinturón de seguridad.

«Hizo algo que no debía hacer. Pero eso probablemente solo la metiera en problemas ante la Cámara de Notarios. El contrato quedaría sin efecto y perdería su comisión, pero aun así se le permitiría seguir trabajando como notaria. A menos que supiera lo del soborno. Esa es una historia diferente».

Enna tenía razón en eso. Pavel, sin embargo, no creía que la notario estuviera tan dispuesta a correr riesgos. Entonces, ¿solo un contrato inválido? Entonces, el mayor daño probablemente habría sido para el inversor, Norddeutsche Küstenkapital. Es una pena que hoy no hayan podido ponerse en la piel ni del notario ni de la empresa inversora. ¿Cómo iba a soportar la incertidumbre hasta el lunes?

«Dígame, Enna...»

«¿Sí?»

«¿Le gustaría ir a dar un paseo por la playa mañana? Ha investigado mucho sobre las corrientes, lo que le será útil».

«También podríamos hacer que venga la policía científica de Leer a la escena del crimen».

¿Lo estaba torturando a propósito? ¡No podía dejar que un policía científico hiciera el trabajo por él!

Enna pareció darse cuenta de su horror, pues sonrió de manera desarmadora. «Solo bromeaba, Pavel. Podemos buscar en la escena del crimen mañana por la mañana. De todos modos, no tengo nada más planeado».

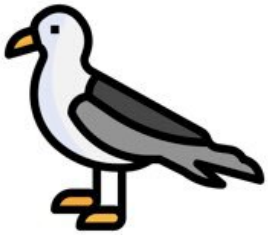
¿Hablaba en serio? No preguntó. «Bien. Espero que logremos algún progreso».

Ella asintió pensativamente y puso la llave en la cerradura. «Sí, de alguna manera siento que estamos encontrando un motivo tras otro, pero no nos estamos acercando más al asesino».

«Eso no es del todo cierto. Estamos estrechando la soga de forma lenta pero segura».

Enna lo miró, esta vez más reflexiva, pero no dijo nada. En vez de eso, encendió el auto. De vuelta a Fleetstedt. Pavel se alegró. Todavía estaba molesto por su error. Por otro lado, el día con Enna había ido muy bien. Formaban un buen equipo. Eso le gustó. Mucho.

Capítulo Diecisiete



Enna tenía las manos en los bolsillos de sus pantalones cortos. Con la mano derecha, jugaba con la llave de su casa. Una brisa fresca soplaba desde el norte y rozaba sus piernas desnudas. Hoy llevaba calcetines rojos, con patatas fritas de color amarillo dorado brillando sobre ellos.

Echó un vistazo a su reloj y contuvo un bostezo. ¿Dormía Pavel debajo del escritorio de la oficina? ¿Tendría que despertarlo de nuevo? Era un tipo extraño, pero de alguna manera le caía bien. Tenía la sensación de que las cosas podían ir tan bien con él como con su antiguo jefe: diferentes, claro, pero bien. Eso le gustaba; un buen ambiente de trabajo era muy importante para ella y era una de las razones por las que le encantaba tanto la pequeña oficina de Fleetstedt.

Pensó en su viaje a Hamburgo y sonrió ampliamente. Le gustó la forma en que Pavel había manejado a Harry Krüger. Lástima que se hubiera perdido la pelea. Pudo haber sido legendaria, pero Enna no podía decírselo a nadie. No habían estado allí oficialmente.

A lo lejos, vio una figura alta. Caminaba por el sendero de madera desde Fleetstedt hasta la playa. Era la esbelta silueta de Neuhof.

Enna sonrió involuntariamente y se acercó a él. No tenía prisa. Era domingo por la mañana, brillaba el sol y les esperaba un largo paseo por la playa.

Se decía que Norderney tenía la playa más bonita de Alemania, pero Enna estaba convencida de que estaba en Fleetstedt. Las dunas blancas brillaban literalmente bajo el sol, junto con el agua cristalina y la hierba ondulante. A Enna le encantaban las mañanas junto al mar. Podía sentir el aire salado en sus labios. Los turistas vendrían más tarde, después de haber desayunado en los hoteles y pensiones. Solo unos pocos corredores y dueños de perros salían tan temprano para pasear a sus amigos de cuatro patas.

De repente, Enna echaba mucho de menos a Pete. Cuántas veces había corrido corriendo por la playa, corriendo en círculos y rascándose como un loco. Le encantaba verlo perseguir la pelota «Balla» y devolvérsela, educado y con orgullo.

Un suspiro escapó de sus labios. Hablaría con Pavel para ver si podía lidiar con un perro en la oficina. Probablemente necesitaría un poco más de tiempo. Y no era necesario arreglarlo todo de inmediato.

«¡Hola!» oyó la llamada de Neuhof. Incluso saludó con la mano.

Enna le devolvió el saludo. «¿Has dormido bien? Espero que en tu cama».

Pavel se rió. «¡Lo hice esta vez!» Miró alrededor de la playa y sonrió apreciativamente. «Es realmente precioso aquí».

«Al menos tan precioso como California. ¡Le va a encantar! Vamos. Empezaremos aquí mismo».

Juntos caminaron sobre las estruendosas tablas de madera hasta la duna y luego cruzaron la playa hasta la orilla del agua. Justo por encima de ella, donde la arena aún estaba húmeda y dura, giraron hacia el oriente.

«¿Así que aquí es donde sacó el cuerpo del agua?» Pavel buscó a tientas las correas de su mochila. Obviamente, llevaba consigo un equipo, por la razón que fuera. Siempre parecía estar preparado para cualquier eventualidad.

Enna señaló un hueco entre dos dunas. «Aquí es donde lo acostamos. Estaba flotando a doscientos o trescientos metros más lejos».

Pavel miró la afilada línea del horizonte, luego cruzó la playa y regresó a Enna. «Aquí yo no habría arrojado un cadáver al agua».

«Yo tampoco. Demasiado llamativo».

«Y demasiado lejos. Tendría que arrastrarlo o cargarlo hasta el otro lado de la playa, lo que sería agotador si Toni pesaba más de noventa kilos, y, si ocurriera aquí, seguiría teniendo el problema de no saber si la marea arrastraría el cadáver al mar. Probablemente esa era la intención: hacer desaparecer su cuerpo. Habría pasado mucho más tiempo antes de que se descubriera su muerte. La evidencia ahora es más vieja, más fría, tal vez incluso haya desaparecido por completo».

Enna asintió con la cabeza. «Se me ocurren dos posibles lugares para arrojar un cadáver».

«Suena bien. Empecemos».

Empezaron a caminar. Se podían ver sus huellas irregulares extendiéndose muy por detrás de ellos en la amplia playa.

Enna miró al sol con los ojos entrecerrados, amando el momento. Era otra hermosa mañana de domingo, recordándole una vez más que no se necesitaba mucho para ser feliz. Sol, playa y pantalones cortos.

Pavel también parecía perdido en sus pensamientos mientras caminaba a su lado, mirando a lo lejos.

De repente, dijo: «Hemos perdido una oportunidad». Levantó el dedo índice con tono de amonestación. «Kessler dijo que Sattelmacher podría haber estado vivo cuando cayó al agua y se ahogó tras recibir un golpe en la nuca».

«Pero esa no fue la causa de la muerte».

«Correcto, pero podría haber habido una lucha a la orilla del agua, y luego un golpe final que puso fin a la lucha».

«Eso eliminaría la *intención de hacer desaparecer al cuerpo*».

«Sí. En ese caso, las partes involucradas podrían haberse reunido en la playa por otros motivos».

«Parece un crimen pasional».

«Y el Mar del Norte era simplemente la mejor opción para desechar el cuerpo».

Enna sacudió la cabeza. «Usted y su vocabulario. Opción para desechar el cuerpo. Tendré que anotarlo».

Se detuvo, se quitó la mochila de la espalda y buscó a tientas las hebillas.

«¿Qué está haciendo?» Enna quería saberlo.

«Le daré un bolígrafo y un poco de papel».

«¿Para qué?»

Levantó la vista, perplejo. «Quería anotarlo».

La boca de Enna se abrió y se cerró. Luego se echó a reír. «Lo que quería decir... no importa. Gracias, Pavel».

Asintió como una tortuga, visiblemente confundido, luego sacó un bolígrafo y un papel y se los entregó.

Enna escribió *opción para desechar el cuerpo*, dobló la hoja y se la guardó en el bolsillo con una sonrisa. Luego siguieron caminando.

La playa se extendía dos millas hacia el este en forma de una protuberancia alargada, hasta que la arena blanca terminaba en dunas más altas. Enna señaló hacia arriba unos diez metros y comenzó a subir.

Con un poco de falta de aliento, llegó a la cima y disfrutó de la vista sobre el antiguo puerto pesquero. Algunos barcos estaban anclados y protegidos por un rompetormentas prefabricado. Los mástiles se balanceaban suavemente hacia adelante y hacia atrás. Unas cuantas gaviotas volaban en círculos.

Pavel se acercó a ellos y miró a su alrededor con curiosidad». «¿Los Sattelmacher tienen un barco? Lo comprobó, ¿verdad?»

«Sí, lo comprobé. Y no, no lo tienen».

«Qué mal. Pudo haber sido la escena del crimen».

Enna asintió con la cabeza y caminaron por el desgastado sendero costero hasta el puerto del otro lado. Allí, Enna empezó a caminar en dirección al puerto, pero Pavel sacudió la cabeza y la arrastró hacia el puerto. Señaló una cámara de seguridad en la entrada del rompeolas.

Enna lo entendió; nadie sería tan estúpido. Por otra parte, ella no había notado la cámara. Pavel realmente se fijaba en cada detalle—era una locura.

«Yo también descartaría el puerto», dijo Pavel, avanzando a pasos agigantados. «Y si Sattelmacher hubiera estado en un barco

con otra persona, de todos modos probablemente ya no podamos averiguarlo».

«Podríamos pedir todas las imágenes de las cámaras de seguridad y darle palomitas a Berger. Le gustan los trabajos así».

«¿Eso fue sarcasmo?»

«No. Le gusta mucho hacerlo».

«Es bueno saberlo».

Llegaron a la carretera de acceso al puerto. Pavel estudió la carretera durante unos segundos antes de cruzarla y seguir el camino costero.

«He vuelto a comprobar los datos de navegación de Sattelmacher esta mañana», dijo. «No condujo la noche en que murió. ¿Tenía una bicicleta?»

«No que yo sepa. No era realmente del tipo de bicicleta».

«Lo cual no es información válida».

Enna lo rechazó. «¿Habló por teléfono con alguien más que con su novia antes de morir?»

Pavel sacó su teléfono móvil y estudió brevemente una lista. «Solo la llamada a su hermano Heiner antes de que fuera a verlo. Nada más después de eso».

«Así que obviamente no concertó una cita con nadie. Al menos no por teléfono». Enna suspiró. «Aunque no tenemos todas sus aplicaciones de mensajería. Así es como se acuerdan la mayoría de las cosas hoy en día».

Pavel levantó las manos en señal de disculpa. «No es tan fácil descifrar un teléfono móvil protegido con contraseña como parece en la televisión».

El camino se estrechó, así que tuvieron que caminar uno detrás del otro. Una hierba que llegaba hasta las rodillas bordeaba el camino a la izquierda y a la derecha. La arena crujía bajo las zapatillas de Enna. Le pareció extraño que Neuhof hubiera tomado la iniciativa cuando no sabía cómo moverse por aquí. Pero le iba bien; siguió el camino que bajaba a la playa y luego volvía al dique. Allí, el camino volvió a ensancharse y llegaron al lujoso hotel Seestern. Tuvieron que sortearlo, pero probablemente Toni tampoco había estado allí. De nuevo había cámaras de seguridad.

Pavel inspeccionó el hotel antes de decir: «Hace un momento dijo algo interesante».

«Ah, ¿y no suelo hacer eso?»

Tropezó, pero de inmediato recuperó la compostura. «Habló de un acto impulsivo. Es un enfoque interesante, porque lo convertiría más en un crimen pasional».

«Con Heiner a la cabeza de la lista, por la venta de la casa y la pérdida de la herencia».

«Luego la novia, que también perdió dinero».

«Aunque puede que ella gane lo suficiente con su negocio especial».

«Sí, pero ese no es un argumento. En su opinión, sería culpa de Toni haber perdido el dinero».

Puede que sea cierto. «Pero creo que es verosímil que estuviera en Hamburgo, lo que la eliminaría como culpable».

«Estoy de acuerdo con usted. Los datos de su teléfono móvil lo confirmarán».

Enna se rascó la barbilla. «Solo quedan los padres, que estoy seguro de que también estaban enfadados con Toni. No querían ir a la residencia de ancianos. Me pregunto cómo se las arregló Toni para ocultarles su doble vida. Era el dulce chico dorado. El hijo modelo. Debe haber sido un shock para sus padres».

Pavel guardó silencio durante varios minutos. Habían pasado el *Seestern* y bajado de nuevo a la playa pública. Era especialmente ancha aquí, ya que se extendía en la distancia, bordeada por aguas cristalinas de color azul celeste.

Enna tiró una piedra a patadas. Desapareció en la arena. «¿En qué piensa ahora, jefe?»

«Acerca de la relación padre-hijo. El padre ya no sabe realmente lo que está pasando. Su reacción a las fotos, la historia de que usted era la novia de Toni, y luego su crisis nerviosa...»

«¿A qué se refieres?»

Pavel de repente levantó la mano y se detuvo. Entrecerró los ojos y señaló con el dedo índice hacia la distancia.

Allí estaba el faro de Fleetstedt, un dedo rayado rojo y blanco en el cielo despejado.

Se adentraba en el Mar del Norte sobre un sobresaliente acantilado.

«¡El faro!»

«Es el faro de Fleetstedt. Le gustan los hechos, ¿no? Le puedo dar algunos: se construyó a finales del Siglo XIX. Vale la pena verlo. Aún hay una vieja lámpara de queroseno de cinco mechas en el ayuntamiento. Hoy en día, utiliza una lente Fresnel que se puede ver desde casi cuarenta kilómetros de distancia».

«Interesante, pero vi una foto del faro donde los Sattelmachers. En la caja de fotos. Era una de las fotos de las que recortaron a Toni. ¡Vamos, vamos! ¡Quiero verlo más de cerca!» Pavel salió corriendo a pasos agigantados.

Enna miró en su dirección, sacudió la cabeza y lo siguió a paso rápido.



El faro se alzaba sobre ellos, pero Pavel solo veía los alrededores. No dejaba de detenerse y mirar a su alrededor como si estuviera buscando algo. Sus labios se movieron en silencio.

Enna lo dejó solo. En este estado, no le respondería de todos modos, o simplemente le pediría que se callara. Así que aprovechó el tiempo para caminar hasta una barandilla que bloqueaba el acceso al faro al público en general. A sus pies, el mar del Norte bañaba tranquilamente la pared que se extendía hacia el este desde la roca. Olía a algas y pescado.

«¡Tenemos que ir más al este!» gritó de repente y se apresuró a seguir adelante.

Enna suspiró y lo siguió. Eventualmente lo explicaría. Siguieron, bordeando la muralla, luego giraron a la izquierda, una y otra vez, hasta una placa en una roca con el año en que se construyó el faro, una sacudida de la cabeza de Pavel, y una y otra vez, al otro lado, una mirada hacia el faro y asintió con la cabeza.

«¡Vamos!» Pavel pasó por debajo de la barrera y corrió hacia la duna adyacente. El terreno volvió a descender hacia la tercera playa

de Fleetstedt, al final de la cual estaba la antigua bahía del faro.

Enna tuvo que darse prisa para seguir a su jefe. Corrió detrás de él, hasta el agua. Pavel se había detenido en las rocas. Extendió el pulgar y el índice frente a él, formando con las manos un rectángulo que enmarcaba el faro.

«¡Aquí es donde se tomó la foto!» exclamó con entusiasmo. «¡Justo aquí!»

Enna trepó por las rocas hacia él. Las conchas y las algas se aferraban al borde. «¿Y qué nos dice eso?»

«Nos dice que un momento importante para la familia Sattelmacher fue capturado aquí y luego destruido, al menos fotográficamente».

«Lo que no nos dice nada en absoluto».

«No, ¡pero fue un *crimen pasional*! Quizás Toni se reunió con Heiner aquí para hablar. Eso encajaría. Terreno neutral. O incluso terreno con carga positiva». Pavel miró a su alrededor con aún más atención. Tenía la frente fruncida. Un pliegue vertical iba desde sus cejas hasta la línea de su cabello que retrocedía.

Enna también examinó el lugar. «¿Cree que esta podría ser la escena del crimen?»

«¿Por qué no? Aquí no hay testigos. Conocían el lugar. La gente tiende a volver a lugares cargados de emociones como este una y otra vez».

«Está bien. Supongamos que sí. Toni habla con su asesino aquí. Hay una discusión y luego una pelea».

Pavel se tambaleó sobre las rocas como si lo hubieran golpeado. «Me defenderé. ¡Ja! ¡No! ¡Basta! ¡Detente! Luego viene el golpe. Me estoy resbalando entre las algas». Se arrodilló al borde de la roca y miró hacia el agua.

Enna también miró hacia el azul oscuro y asintió. «Y un chapuzón en la marea. Sí... muy posible».

Pavel asintió con satisfacción. «Haremos una búsqueda exhaustiva. Quizás el arma asesina también se desechó aquí».

«¡Podría ser cualquier cosa!»

«De todos modos. ¡Vamos! ¡Vamos a buscar!»

Así que buscaron. Enna se arrastró por las rocas durante más de media hora, mirando por las grietas. Encontró latas de cerveza, conchas marinas y muchos residuos plásticos, pero no encontró el arma asesina. ¿Qué esperaba encontrar Neuhof, especialmente después de días de marea alta y baja?

Luego hizo una pausa y miró más de cerca. Algo cobrizo brillaba en una grieta. Enna se agachó y sacó un guante de látex del bolsillo de su chaqueta. Se lo puso y sacó de la grieta un botón del tamaño de una miniatura. Era de color cobre y estaba grabada.

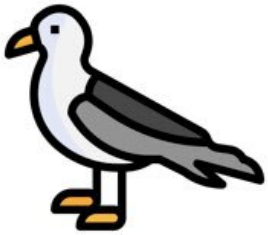
«¡Jefe! ¡Creo que encontré algo!»

Estuvo a su lado de inmediato. «¡Sí, y mire esto! Esto es muy interesante». Tenía el teléfono en la mano, hojeaba las fotos hasta que sostenía triunfalmente una delante de Enna.

Era una foto tomada por el policía científico del abrigo antiguo que llevaba puesto Toni Sattelmacher cuando murió.

Faltaba un botón estampado de color cobre en el cuello.

Capítulo Dieciocho



Cuando el ferry se alejó, una ligera vibración recorrió el barco. Pavel se aferró a la barandilla con tanta fuerza que sus nudillos estaban blancos.

Enna sonrió. Hacía mucho que no viajaba en el ferry de Norddeich a Norderney, pero desde luego no había necesidad de aferrarse como Pavel cuando no había olas.

«¿Tan emocionante como un viaje en el Enterprise?» preguntó ella en tono de broma.

Pavel gruñó y tímidamente soltó la barandilla. «Los barcos no son realmente lo mío», admitió.

«Tampoco lo son los coches. ¿Le gusta algún medio de transporte?»

«La bicicleta de la oficina».

«Heino».

«¿Cómo dice?»

«Se llama Heino. Solíamos llamarla así».

Pavel pareció estar a punto de decir algo, pero luego pasó junto a ella hasta la cubierta de proa. Allí se hundió en uno de los bancos de madera. No parecía relajado, pero tampoco parecía tenso.

Enna se sentó a su lado y revisó su teléfono. Había recibido un correo electrónico de María. Enna le dijo a Pavel: «La policía científica acaba de escribir que no se encontró ninguna otra evidencia utilizable en la escena del crimen».

Pavel suspiró. «Casi lo esperaba. Qué lástima. El hallazgo en el faro fue realmente sorprendente».

Enna señaló a Pavel. «Se mereces el crédito. Yo lo habría pasado por alto».

«Tampoco había visto las fotografías de la caja». Pavel se rascó la barbilla. «Todo apunta a que se trata de una relación».

«Suena como un *pero*».

Pavel asintió. «Aún no hemos hablado con la notario. Y el hecho de que Sattelmacher quisiera anular la compra tampoco habría hecho felices a los inversores. Tenemos todo tipo de motivos, pero ¿cómo se relaciona eso con la escena del crimen?» Pavel se respondió a sí mismo: «¿Es difícil o lo ve de otra manera?»

Enna se encogió de hombros, con los ojos fijos en el horizonte gris.

Pavel levantó la mano. «¿Cómo debo interpretar ahora que se encojas de hombros?»

«Como quiera. No quiero comprometerme con una teoría todavía. De alguna manera todavía me falta un presentimiento sobre el asunto. Algo...» Enna volvió a levantar los hombros. «¿Quiere algo de beber? ¿Un poco de té?»

«Uh, no, gracias».

«Lo que diga». Enna se alisó los calcetines —hoy eran de color azul marino con anclas blancas— antes de entrar a buscar algo de beber para los cincuenta minutos restantes del viaje. Eligió un chocolate caliente con crema.



Norddeutsche Küstenkapital GmbH tenía su sede en Norderney, justo en la Kaiserstrasse, detrás del paseo marítimo. Era un elegante edificio de oficinas con una fachada de granito oscuro y mucho vidrio. Desde el segundo piso, la vista de la playa y el Mar del Norte era probablemente espectacular.

«Bastante elegante», dijo Enna mientras se detenían frente al edificio y miraban hacia arriba. Las nubes recorrían el cielo y se

reflejaban en las ventanas.

«Se cagan de nuevo en la pila más grande».

Enna se rió. «Rara vez salen de tu boca palabras tan groseras».

«Es una cita. En lengua vernácula». Pavel caminó hacia las puertas automáticas y desapareció dentro.

Allí fueron recibidos por una señora con un traje elegante. La tela se adhirió a su cuerpo como una segunda piel. Su sonrisa podría haber salido de un catálogo.

«¿Les puedo ayudar?»

Enna y Pavel sacaron sus insignias al unisono.

La sonrisa desapareció. «¿Tienen una cita?»

«La tenemos ahora. Estamos investigando un asesinato».

La cara de la recepcionista parecía haber enfermado, asintió con la cabeza y acechó detrás de su escritorio para hacer una llamada telefónica. Tardó menos de veinte segundos en decir: «El Sr. Christiansen lo recibirá en un momento».

Formaba parte del equipo directivo, como Enna había investigado previamente. Ella asintió cortésmente y esperó. De todos modos, preferiría observar ahora. Pavel había trabajado en delitos de cuello blanco durante varios años. Sabía mejor que nadie cómo hablar con los jefes como este.

Enna miró a su jefe. Estaba mirando las obras de arte a gran escala que colgaban de las paredes de hormigón visto de color antracita. Parecían escenas abstractas de playa, probablemente creadas por un artista local. Los efectos de luz estaban bien capturados, por lo que se podía distinguir la playa y el cielo, pero nada más.

Detrás de ellos sonaron pasos enérgicos.

Un hombre de hombros anchos y traje gris se acercó a ellos. Llevaba gafas con marcos gruesos de plástico. «¿Sra. Koopmann? ¿Sr. Neuhof?»

«¿Sr. Christiansen?»

«Sí, síganme, por favor».

Los llevó por un amplio tramo de escaleras. Subieron un piso hasta una sala de conferencias.

La vista del océano era fenomenal.

Había zumos y fruta fresca sobre la mesa.

Tras cerrar la puerta y dirigirlos a sillas vacías, preguntó: «¿En qué puedo ayudarles? ¡He oído que hubo un asesinato! ¡Qué terrible!»

«Lo es. Trágico». Dijo Enna. «Estamos investigando la muerte de Toni Sattelmacher de Fleetstedt. Debería usted estar familiarizado con el nombre».

Christiansen asintió con vacilación. «El Sr. Sattelmacher es uno de nuestros clientes. ¿Está realmente... muerto?»

«Desafortunadamente. Y nuestra investigación plantea interrogantes. Preguntas sobre su propiedad junto al mar».

Los ojos del director gerente se torcieron levemente, pero por lo demás mantuvo la calma. De hecho, se echó hacia atrás y adoptó una postura segura: pecho extendido y piernas amplias. Sabía cómo dirigir una conversación. «Le daré toda la información que pueda, por supuesto».

«Bien. Estoy seguro de que no le importará que grabemos la conversación». Pavel se hizo cargo según lo acordado y sacó un dictáfono.

Las líneas que rodeaban los ojos de Christiansen volvieron a tensarse brevemente, pero asintió con la cabeza. «Por supuesto».

Pavel sonrió amablemente. «Gracias». Activó la grabadora, dictó la fecha, el lugar y las personas presentes y comenzó la entrevista.

«Según nuestra investigación, Toni Sattelmacher vendió la casa de su familia a su empresa por un millón y medio de euros. ¿Es eso correcto?»

«Sí. Puedo enseñarles los contratos, si quieren».

«Eso estaría muy bien».

Christiansen desapareció durante un minuto antes de regresar con una carpeta y hojearla. Luego volvió a asentir. «La cantidad es correcta. La suma también se ha transferido al Sr. Sattelmacher, por lo que la venta es legalmente vinculante».

«Sin embargo, según nuestra investigación, el Sr. Sattelmacher quería retirarse de la venta. Acusó a Norddeutsche Küstenkapital GmbH por haber comprado la propiedad por debajo del precio de mercado».

Christiansen resopló. «Esa vieja y triste historia. La escuchamos todo el tiempo. La gente ve una propiedad comprada por un millón y vendida por diez, y huele a injusticia. Pero estamos invirtiendo la mayor parte del dinero en nuevos desarrollos. Eso cuesta dinero. Mucho dinero, dado el aumento de los costos de construcción y los precios de los materiales. Estamos asumiendo un riesgo. Eso tiene que calcularse. Al final, no nos quedará mucho».

Enna quiso decir algo agudo en respuesta, pero Pavel la interrumpió con un gesto brusco. «¿Así que el Sr. Sattelmacher no intentó cancelar la venta?»

«No con nosotros, no lo hizo».

«Está bien. Entonces, ¿qué opina del hecho de que el departamento de construcción de Fleetstedt no aprobara la nueva construcción? La casa es un edificio protegido. Además, los padres del vendedor tenían un derecho de usufructo de por vida. Al hijo no se le habría permitido vender».

Christiansen tocó la rodilla con los dedos hasta que se dio cuenta y se detuvo. Pareció decidir una estrategia y suspiró. «Probablemente no seamos las personas con las que hablar. Estos asuntos los habría manejado la notario».

«¿Henriette Meier?»

«Ella misma. Recuerdo que hubo *preocupaciones* por parte del departamento de construcción, pero fueron resueltas».

«Porque se pagó dinero. Cincuenta mil euros para Roland Bramberger, del ayuntamiento de Fleetstedt».

Otro encogimiento de hombros. «Eso sería sumamente preocupante, pero como he dicho, como grupo serio de inversores, no estamos involucrados en este tipo de maquinaciones».

«¿Le está pasando la pelota a la Sra. Meier?»

La cara de Christiansen se puso roja. «No voy a responder a esa pregunta, señor Neuhof. Todo lo que sé es que la Sra. Meier cambió la zonificación. No comprobamos cómo lo hizo. No es nuestro problema. Por lo general, asumimos que nuestros socios comerciales tienen buena reputación. También revisamos los contratos finales y vimos que estaban en regla». Colocó los contratos sobre la mesa frente a ellos.

Pavel no los alcanzó. Él se limitó a mirar a Christiansen. «Sin embargo, existe un derecho legal de rescisión. El Sr. Sattelmacher podría haberse retractado del contrato. Sería un duro golpe para usted. Un motivo para asesinar, por así decirlo».

Christiansen resopló como un buey. «Eso es inverosímil. ¡Hacemos posibles los sueños! ¡Sueños residenciales! No asesinamos a nuestros clientes».

Pavel se encogió de hombros. «Eso está por verse. Según los hechos, usted, o mejor dicho, la empresa, tiene un motivo. Solicitaremos los documentos pertinentes e investigaremos a la empresa. Eso llevará semanas y meses y...»

Christiansen levantó la mano. «Fue la Sra. Meier».

Enna frunció el ceño. «¿Qué hizo la Sra. Meier?»

«Ella organizó el soborno de este Bamberger y nos informó después».

«No lo entiendo».

Un fuerte suspiro. «Probablemente Sattelmacher acudió a ella para anular la venta. Los dos discutieron. Quería mucho más dinero, pero Henriette Meier lo rechazó. Probablemente vio que su nombramiento y su puesto estaban en peligro y no creía que Sattelmacher pudiera ir a Bramberger. De repente, se echó atrás y quiso retirar el cambio de zonificación».

«Pensé que no sabía nada al respecto».

«No lo sabíamos hasta que la Sra. Meier nos lo dijo. Si lo hubiéramos sabido, nunca habríamos hecho un trato con ella».

Claro. «¿Está diciendo que a buenas horas mangas verdes?»

«Sí. ¿Qué más podríamos haber hecho?»

Enna se cruzó de brazos.

«Denunciar a la Sra. Meier, por ejemplo».

Christiansen rió amargamente. «¿Habría cambiado algo? ¡No!. Incluso habíamos considerado aumentar la cantidad para evitar la mala prensa. Podríamos haber subido hasta los dos millones y aun así obtener un pequeño beneficio. Nos tomamos nuestro trabajo muy en serio, os lo aseguro».

Enna no creyó ni una palabra, ni Pavel tampoco, pero ninguno de los dos dijo nada. Enna esperaba que Pavel regresara a

Sattelmacher, pero para su sorpresa, él le dio las gracias al hombre por hablar con ellos y terminó la grabación. Luego estrechó la mano de Christiansen y salió de la sala de conferencias.

Enna también se levantó y echó un último vistazo al mar antes de seguirlo.

Fuera del edificio, Pavel agitó la grabadora como si fuera un trofeo. «Esta conversación es oro».

«¿De verdad? Puede meter en problemas a Henriette Meier, pero no nos ha hecho llegar más lejos con Toni».

«Sí, lo ha hecho. Desvía la atención de Norddeutsche Küstenkapital».

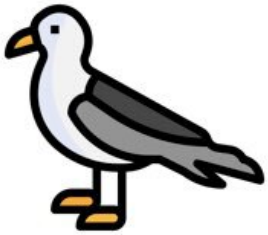
Enna se quejó. «No creí ni una palabra de lo que dijo. ¡Se lo aseguro, lo sabían desde el principio!»

«Por supuesto que estuvieron de acuerdo desde el principio, pero con Sattelmacher habrían matado a la persona equivocada. Desde su punto de vista, deberían haber amenazado a Bramberger y, en el peor de los casos, haberlo matado, para que no hiciera el cambio deseado. Toni no era el problema. En el mejor de los casos, habría sido un feliz ganador y habría ganado dos millones. O incluso más, si hubiera tenido el descaro».

Pavel tenía razón. Como había dicho Heiner: todo lo que Toni tocaba se convertía en oro.

Esta vez habría vuelto a ocurrir si alguien no lo hubiera matado.

Capítulo Diecinueve



«No deberíamos haber pasado por Emden», dijo Enna.

Pavel respiró hondo. La ruta más corta que le había mostrado su teléfono pasaba por Emden y luego por la A31, donde ahora estaban atrapados en un atasco.

«Aquí no debería haber un atasco de tráfico», dijo mientras le mostraba la pantalla a Enna. «Mire, está todo verde».

«Pero hay un atasco de tráfico».

«Debe haberse formado justo ahora».

«Desafortunadamente, eso no nos ayuda».

El ferry desde Norderney se había retrasado. Habían vuelto a pisar tierra firme poco después de las tres, y Henriette Meier cerraría su oficina a las cinco. Su secretaria les había dicho que después se quedarían parados frente a una puerta cerrada con llave, porque su jefe tenía que prepararse para la reunión del consejo municipal. Otro día perdido. Se vieron obligados a admitir que no habían avanzado en la búsqueda del asesino. La soga no se había apretado.

Tampoco podían citar a la Sra. Meier fácilmente. Parecía estar metida en casi todo, y probablemente jugaba al golf con el fiscal. Ya les había advertido que no se metieran con la directora de la Asociación Empresarial de Fleetstedt.

«Lo lograremos», dijo Enna, «si no le importa que luego conduzca rápido por la carretera principal».

«Si tiene que...»

Su colega tocó el reloj analógico que estaba sobre la rejilla de ventilación del aire acondicionado. La manita se adelantó inmediatamente unos minutos, quitándole un tiempo aún más valioso. Pavel tuvo que obligarse a dejar de frotarse la rodilla.

«Deberíamos haberla visitado primero», dijo.

«Pero entonces no tendríamos lo que obtuvimos de Norddeutsche Küstenkapital».

Eso era cierto. La única pregunta era si eso les ayudaría.



Con un chirrido de frenos, Enna se detuvo justo al lado de un cubo de basura. Pavel saltó del Polo, se inclinó sobre el basurero, vio una paloma muerta en el suelo y vomitó.

«El sándwich de pescado del ferry debe haber estado malo», dijo después, limpiándose la boca con el pañuelo que le había dado Enna.

«Así que ahí están, bebiendo a plena luz del día», dijo un señor mayor con barba de chivo y sombrero de cuero marrón, que pasó junto a ellos a paso rápido y desapareció en la moderna casa que tenían delante.

«Está usted bien», dijo Enna. «Sé que cuesta un tiempo acostumbrarse a mi estilo de conducción. Necesita más práctica. Pero llegamos a tiempo. Incluso tenemos quince minutos adicionales».

Le entregó una botella de agua del grifo. Hizo gárgaras con ella durante un momento, la escupió y luego tomó un sorbo.

«Gracias. Vamos».



«Lo siento, pero la señora Meier tiene otra cita», dijo la secretaria. «¿Le importaría sentarse en la sala de espera?» Señaló una puerta transparente detrás de la cual se podía ver una silueta. Al entrar en

la habitación, Pavel reconoció al hombre de barba y sombrero. Inmediatamente buscó un asiento lo más alejado posible de él. Comprobó su aliento, pero no lo encontró desagradable.

«¿Tengo mal aliento?» preguntó a Enna en voz baja.

Acercó la cabeza hasta que él pudo oler su perfume, lo olió y luego sacudió la cabeza. «Todo bien. Solo un poco de ansiedad, sudor». Se rió. Le gustaba su risa porque no sonaba maliciosa.

Su teléfono móvil vibró. Era Berger. Pavel respondió a la llamada y salió por la puerta. Después de todo, su llamada telefónica no era incumbencia del hombre del sombrero.

«Berger, ¿qué tiene para mí?»

«Los detalles del número de teléfono móvil de su testigo».

«¿Y?»

«Ella hizo la llamada desde su apartamento en Hamburgo».

Qué mal, Lisa Munterer había dado la talla. En vez de eso, la soga se estrechaba alrededor de los otros sospechosos. «Gracias, Berger. ¡Buen trabajo!»

Pavel dio unos pasos más. El aire fresco le sentaba bien. A las cinco en punto, volvió a entrar en el vestíbulo del notario.

«¿No dijo que este lugar cierra a las cinco?» preguntó a la secretaria. «La Sra. Meier tiene que prepararse para la reunión del consejo municipal», bromeó, sabiendo que la secretaria no era más que la portavoz de la Sra. Meier.

«Lo siento», dijo la secretaria, emocionada. «Tan pronto como el Sr. Michelsen haya hablado con la Sra. Meier, podrá...»

Pavel sacó su carné de identidad y lo colocó audazmente sobre el mostrador. «Nos verá ahora», dijo, sorprendido por haber hablado tan alto. ¿Qué le pasaba? ¿Aún estaba conmocionado por la conducción rápida? No, era el estrés de muchos interrogatorios y conversaciones. Demasiada gente y demasiada emoción lo habían privado de su discreción.

Una puerta de cristal junto al mostrador se abrió con un chirrido. La Sra. Thönissen salió. Se saludaron y Thönissen se sonrojó como si la hubiera pillado haciendo algo criminal. Detrás de ella estaba la Sra. Meier. La reconoció de inmediato por las fotos que colgaban afuera.

«Ya puede enviar al Sr. Michelsen...»

«Lo siento, pero a un caballero de la policía le gustaría...»

El color desapareció del rostro de la notaria por un momento antes de que recuperara la compostura.

«Y una señora», dijo Pavel, abriendo la puerta de la sala de espera y haciendo señas a su colega.



«Encontró al Sr. Sattelmacher para que Norddeutsche Küstenkapital GmbH pudiera invertir en su propiedad y recibió una enorme comisión por ello». No había necesidad de andarse con rodeos.

«Eso no tiene sentido», respondió Meier. «Y un insulto a mi inteligencia».

«Estuvo en contacto con las dos partes involucradas».

«Tenía que estarlo, como notario. Eso no tiene nada de ilegal».

«Estamos investigando un asesinato. Si insiste, revisaremos todas sus cuentas. Encontraremos pruebas de las sumas pagadas en alguna parte».

Henriette Meier cruzó los brazos y bostezó. «Desde luego que no. ¿Eso es todo?»

«No. Solo quería darle la oportunidad de limpiar su nombre. ¿Está segura de que una revisión exhaustiva de sus libros no revelaría ninguna irregularidad?»

Pavel había trabajado en la División de Delitos Económicos durante seis meses. No había ninguna empresa en el mundo que contabilizara todo correctamente. Sonrió. Le gustaría mucho derrotar a Henriette Meier. Esperaba que no cooperara.

«Basta con pensar en el daño que se causaría a la Asociación de Empresarios si su presidenta...» Meier lanzó una mala mirada a Enna.

«Ahórrese las amenazas veladas», dijo Pavel secamente. «No me impresiona ni la Asociación de Empresarios ni ningún otro título o gesto amenazante».

«Probablemente tenga razón», susurró Enna para estar de acuerdo.

Meier la miró y luego la despidió con la mano. «Bueno, pongámoslo de esta manera: tal vez estaba intentando hacerles un pequeño favor a los Sattelmachers. Conozco al Sr. y la Sra. Sattelmacher desde hace mucho tiempo. Gente muy, muy buena. No sabía que iba a recibir una comisión. Por supuesto, la devolveré tan pronto como pueda».

Así que recibió el dinero.

«¿Los Sattelmachers?» repitió Enna. «Está mintiendo, señorita Meier».

«Toni Sattelmacher era quien quería vender», agregó Pavel. «Los padres se sorprendieron cuando se enteraron. Nunca quisieron salir de su casa. Tenían garantizado el derecho de usufructo cuando transfirieron la propiedad».

La notaria sacudió la cabeza con fuerza. «Los tres vinieron a verme juntos. Sattelmacher senior canceló el usufructo para poder venderlo a Norddeutsche Küstenkapital. Les puedo mostrar la escritura. Está firmada por ambos cónyuges».

Meier se puso de pie y caminó hacia un armario que resultó ser una caja fuerte. La abrió y sacó algunos documentos.

«Les doy esto voluntariamente y les pido que tomen nota de mi cooperación para resolver el asesinato».

Le entregó los documentos a Pavel. Contenían lo que la notario había dicho.

Pero aún tenían un as bajo la manga. «La grabación», dijo Enna con una fría sonrisa en los labios.

«Por supuesto». Pavel sacó la grabadora del bolsillo y presionó el botón de reproducción. «Reconoces a quien habla».

Henriette Meier asintió con los labios fruncidos y luego escuchó con una expresión concentrada.

Cuanto más hablaba Christiansen, más sombríos se volvían los rasgos de Meier.

Finalmente, Pavel detuvo la grabación. El rostro de Meier se había puesto rojo oscuro. «Ese cobarde», gruñó.

«¿Cobarde?» Preguntó Pavel.

«Bramberger, del ayuntamiento, solo quería subir el precio. Me habría ocupado de ello. ¿Con quién cree que me voy a reunir esta noche?»

El precio, por supuesto. Todo era cuestión de dinero. A veces Pavel echaba de menos los días en que la gente mataba por amor. Por otra parte, un motivo era tan malo como el otro. Pero, ¿la notario no acababa de confirmar que tenía motivos para matar a Toni? No, era inútil. No tenían pruebas de que Toni Sattelmacher hubiera intentado rescindir el contrato. Henriette Meier era corrupta y codiciosa, pero siempre podría encontrar una razón para sus acciones.

«¿Toni o los Sattelmachers realmente querían rescindir el contrato?» preguntó Enna.

«No, ¿por qué lo harían? Con medio millón, la señora Sattelmacher podría quedarse en esa lujosa residencia de ancianos por el resto de su vida. Georg y Toni estaban felices de que la cuidaran tan bien. Georg tiene una enfermedad cardíaca y probablemente no le quede mucho tiempo de vida. ¿Por qué querría Magda vivir sola en la antigua Gulfhaus sin el dinero para pagar una atención decente? Yo estaba allí cuando le pagaron el dinero y le presté un maletín viejo».

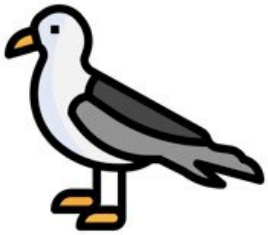
«¿Qué aspecto tenía el maletín?»

«Este aspecto». Meier le mostró una foto en su teléfono móvil. Pavel tomó una instantánea.

Henriette Meier seguía siendo una estafadora avariciosa. Pero no tenía motivos para matar a Toni. Tenían que encontrar a alguien más.

«Escuchará de nuestra colegas en el departamento de economía». Pavel volvió a poner los documentos sobre la mesa y se puso de pie. «Estoy seguro de que ellos también apreciarán su amable cooperación».

Capítulo Veinte



«¡Aquí! Los detalles de la llamada de Heiner Sattelmacher». Berger entró en la oficina y mostró una pila de papeles. Enna se levantó de un salto y se los quitó de la mano. Sacó la última página y pasó el dedo por las últimas líneas.

«¡Ja, lo sabía!» exclamó ella.

Cuando Berger salió de la habitación, Pavel se puso de pie y tomó la foto del hermano de Toni desde el círculo donde habían colocado a todos los sospechosos.

«¿Dónde estaba él el miércoles por la noche?» preguntó.

«En casa».

«¿Estás seguro de que no dejó el teléfono móvil por ahí?» Era una pregunta rutinaria. Enna era lo suficientemente inteligente como para considerarlo.

«Sí. Hizo dos llamadas de unos quince minutos cada una a un número con tarifa premium».

«¿Tarifa premium?»

«Esos números son fraudulentos. Llámeme a este teléfono. ¿Conoce el tipo? Se anuncian en la televisión».

Pavel no veía la televisión, pero podía adivinar lo que quería decir Enna. Heiner debe estar muy solo. Mucha gente tenía ese problema. ¿Por qué no visitaba a su hermano? Entonces no tendrían un caso ahora.

Pavel miró la mesa grande. Solo había una foto en el centro del círculo. Mostraba a Georg y Magda Sattelmacher parados uno al lado del otro. Magda tenía la mano sobre el hombro de su marido como para guiarlo en cierta dirección.

¿Qué había dicho Jenny Kring, la recepcionista del asilo de ancianos? Aún podía oír su voz. *No se puede negar que la Sra. Sattelmacher es la persona más autoritativa*. ¿Qué le había obligado a hacer a su marido?

«Entonces nos quedan sus los padres», dijo Enna.

Pavel suspiró. Padres que mataron a su propio hijo. Una tragedia con historia. ¿Cómo había sido eso?

«Aparentemente, Toni siempre fue el favorito», dijo Pavel.

«Es comprensible que fuera el favorito de Georg como primogénito», dijo Enna. «Pero, ¿por qué Magda, su madrastra, lo escogería a él antes que a su propio hijo?»

«¿Por el bien de Georg, quizás? Debe haber sido viudo cuando lo conoció. Es más fácil con los divorciados. Primero hay una separación. Pero Magda tenía que competir con una ex que le había sido arrebatada a Georg por un cáncer de mama».

«¿Así que traicionó a su propio hijo?»

Traición era una palabra dura. Probablemente ella misma no lo vio así. Toni tuvo más éxito en la escuela que Heiner, lo que habría desmoralizado a su hermano desde el principio. Nadie podría haber adivinado que Toni había acumulado una montaña de deudas a lo largo de los años. Su negocio parecía ir bien. El último negocio casi le funcionó.

«Las familias desarrollan una cierta dinámica», dijo Pavel. «Una vez que se pone algo en marcha, es casi imposible detenerlo. Se rueda hacia el abismo con los ojos abiertos, pero no se puede saltar».

Así había terminado su matrimonio. Ambos habían sido lo suficientemente inteligentes como para ver cómo iban las cosas, pero ninguno tuvo la fuerza para terminarlo antes de la crisis.

«¿Quién cree que lo hizo?» preguntó Enna.

«Georg. Era su hijo. Si Magda lo hubiera matado, nunca la habría perdonado».

Enna frunció los labios en señal de desaprobación. «Creo que fue Magda. Es más fuerte que su marido. Mire la foto. Georg casi parece una marioneta, guiado por la mano que lleva en el hombro».

«¿Y el motivo?»

«Decepción. Decepción sin límites. Los tres recogieron con orgullo el dinero del notario, y luego Toni les dijo que tenía que entregarlo a los rusos. Un millón y medio se derritió como helado en un horno».

«Si la notario no miente», señaló Pavel.

«Es el turno de Berger. Hay muchas cámaras de seguridad en el centro de Fleetstedt».

Se oyó un golpe. Berger abrió la puerta. «Tengo los extractos bancarios del banco».

«¡Finalmente!» Esta vez Pavel se apresuró a recogerlas de su compañera de trabajo, pero otra vez Enna fue más rápida. Hojeó las declaraciones y soltó un grito de triunfo.

«¡Ja! Ahí está. Magda transfirió diez mil euros a la cuenta de Heiner el miércoles, que previamente había depositado en efectivo».

«¿Y el resto del dinero?»

«Nada. Las cuentas de los Sattelmachers están prácticamente vacías». Enna hojeó la gruesa pila de papel. «Toni casi había borrado su cuenta. Un millón en varios plazos».

«Así que falta medio millón», dijo Pavel.

«El que buscaba Harry Krüger. Luego se lo contó a Volodia, y todo ha permanecido en silencio desde entonces».

Algo iba mal con el orden de los acontecimientos. Pero había dos personas que podían explicarlo.

«Creo que deberíamos hacer otra visita a los padres», dijo Enna.

Una última visita, sí.



«Oh, esto es emocionante», dijo Pavel en su teléfono móvil mientras Enna giraba el coche de policía hacia el camino de ripio que

conducía a la residencia de ancianos. «¿Y los tres son claramente reconocibles?»

«Sí, le enviaré la foto. Es una toma frontal, tomada ligeramente desde arriba. Hay un restaurante al otro lado de la calle al que han asaltado varias veces, así que el propietario tiene una cámara en la azotea».

«Berger encontró imágenes de los tres Sattelmacher», explicó Pavel. «Excelente trabajo, Berger».

«Debería... Quiero decir, la cámara. Después de todo, está filmando lugares públicos. Y guardaron las imágenes mucho más tiempo del necesario. Eso es ilegal».

«¿Cámara? ¿Qué cámara?»

Berger se rió. «Ya veo».

«Por favor, no lo tome a mal, pero el propietario del restaurante tuvo la amabilidad de ayudarnos, así que no debemos darle las gracias de esa manera. Ese es el trabajo de las fuerzas del orden».

«Pero eso dificulta el uso de las imágenes en los tribunales».

No cabe duda de que Berger tenía razón. Un abogado inteligente cuestionaría la fuente de las imágenes. Pero Pavel no esperaba que fuera tan difícil. Una relación emocional deja una profunda impresión en todos y cambia a las personas.

«No se preocupe, Georg Sattelmacher confesará», dijo al terminar la conversación.

«Magda», dijo Enna. «Apuesto por Magda».

Quizá los dos tenían razón. Ese era el único problema que preveía. Tenían que demostrar la culpabilidad de una persona: la culpable, no de la persona que afirmara ser la culpable.



«Hola, señorita Kring», dijo Enna. «Necesitamos volver a ver a los Sattelmacher».

«Está bien. Pero el Sr. Sattelmacher sigue en el hospital».

Hmm. ¿Eran buenas o malas noticias? Quizá deberían haber llamado antes. Enna incluso lo había sugerido, pero según la

experiencia de Pavel, tal anuncio hacía que la gente memorizara una versión muy específica de la historia y luego la repitiera continuamente.

«Deme un minuto, por favor, Enna. Llamaré al hospital. Probablemente también necesitemos hablar con el Sr. Sattelmacher hoy». Quizás incluso antes de hablar con su esposa, porque, en la mente de Pavel, el culpable era el enfermo.

Entró en el comedor, donde el personal estaba preparando la mesa para almorzar. Buscó el número del hospital y pidió que lo trasladaran al departamento de cardiología.

«Departamento de cardiología, enfermera jefe Ricarda. ¿Qué puedo hacer por ti?»

Se presentó. «Necesito ver al Sr. Sattelmacher lo antes posible». No preguntó. Cualquiera que preguntara corría el riesgo de un no.

«Lo siento, pero primero tengo que hablar con los médicos tratantes», dijo la enfermera jefe.

«¿Cuánto tiempo llevará eso?»

«Están en rondas. Dame media hora».

«Muchísimas gracias. ¿Podrías llamarme entonces? Es muy urgente».

«Espere, anotaré su número... Hecho».

La conexión se cortó. A Ricarda no le importaban las sutilezas. Eso le gustaba. No necesitaba que lo saludaran si la gente estaba dispuesta a ayudarlo a hacer su trabajo.



Al salir del comedor, la recepcionista señaló el interior de la casa. Evidentemente, Enna había seguido adelante. La encontró en la sala de estar de la suite, donde se había sentado en la gran mesa redonda. Una taza humeaba frente a ella. Olía el aroma del té negro. Magda Sattelmacher estaba sentada frente a Enna. Llevaba un vestido negro, pero sin maquillaje. Había una taza frente a ella y otra en el espacio vacío entre las dos mujeres.

«Hola, señora Sattelmacher», dijo.

«¿Una taza de té, señor inspector? Acabo de contarle a su colega lo de mi infancia en Holanda.»

«Oh, ¿es usted de Holanda?»

Pavel se desvió. Pasó junto al escritorio donde aún estaba la caja con las fotos, la cogió y la llevó a la mesa.

«Sí, mis padres se mudaron a Alemania cuando tenía...» La voz de Magda se apagó. Debe haber reconocido la caja.

«Adelante», dijo Pavel, cogiendo la taza y soplando por su superficie. El vapor se disipó como la niebla en el Mar del Norte durante una tormenta. Probó un sorbo. El té estaba fuerte y sin azúcar.

«Apuesto a que no le gusta el azúcar en el té», dijo Enna.

Pavel asintió. «Prefiero las cosas puras y simples. Un huevo sin sal, un café sin leche y un té sin azúcar. Eso es lo auténtico para mí.

«¿Qué opina, señora Sattelmacher?»

No le gustaba presionar a las ancianas. Quizá ella aprovecharía la oportunidad para desahogarse.

«Prefiero el té con leche y miel», dijo Magda.

Qué lástima. ¿Ahora qué? Tenían que sacar a la mujer de su modo defensivo. ¿Por qué no discutieron la estrategia en el auto? Pavel miró a su colega, pero ella tampoco parecía tener ninguna idea. Abrió la caja de fotos y buscó a tientas las fotos recortadas. Estaban en el fondo de la caja, lo que era diferente. Pero seguían ahí, a pesar de que eran pruebas por lo que revelaban sobre la relación entre las personas involucradas.

Pavel sacó una de las imágenes y trazó los bordes cortados. Toni había sido recortado con una precisión asombrosa. Photoshop no podría haber hecho un mejor trabajo. Pensó en los ágiles dedos que habían arreglado el agujero de su chaqueta. Su interacción parecía mágica. ¿Había creído realmente que Heiner podría haber recortado esas figuras?

«Usted... arregló estas fotos», dijo. «No puede tirarlas a la basura, porque entonces estaría desperdiciando su vida con Georg».

Magda Sattelmacher dejó la taza de té y tragó. Pavel sacó una foto tras otra. «Toni aquí, Toni allá. Ocupa la mayor parte del espacio en casi todas las imágenes. Su marido tomó estas fotos,

¿no? Estaba usted celosa. Pero no podía demostrarlo. Por Toni. Porque era el chico dorado. También debe haber notado cómo sufría su hijo biológico».

«Heiner», dijo Magda, «deja a Heiner fuera de esto. No ha hecho nada malo».

«¿Sra. Sattelmacher? Debo interrumpir a mi colega un momento,» interrumpió Enna. Pavel se echó hacia atrás. Tenía razón. Casi había cometido un grave error al sospechar de su marido y no de ella. «Ahora le interrogaremos como acusada. No tiene que hablar de usted misma ni de su esposo. Pero cualquier cosa que diga puede y será usada en su contra en un tribunal de justicia. Tiene derecho a un abogado». Enna puso la grabadora sobre la mesa. «Voy a grabar el resto de nuestra conversación». Presionó el botón de grabación e indicó el lugar, la hora y las personas involucradas. «Pavel, por favor».

«Gracias, Enna». Intentó poner la mayor gratitud posible en su mirada, pero no estaba seguro de si se vería reflejada.

«¿Sra. Sattelmacher?» preguntó, y la anciana se estremeció como si la hubiera golpeado. En ese momento, apenas parecía más joven que su marido. «¿Hay algo que quiera contarnos?»

«No».

«Bien, entonces se lo diré». Pavel repasó las fotos hasta que encontró la del faro. La cogió y la señora Sattelmacher se alejó de ella igual que la pobre víctima de un exorcismo se encoge de una cruz. Él no sentía menos pena por ella. Pero solo ella podía ponerle fin.

«Le gusta mucho este lugar. A toda su familia le gusta», continuó Pavel. «Toni les invitó a Georg y a usted a ir allí el miércoles por la noche de la semana pasada. Asumió que quería celebrar con ustedes en la playa. Después de todo, acababa de traer a casa una maleta llena de dinero».

Pavel sacó su teléfono celular del bolsillo y le mostró a la anciana la imagen de la cámara de vigilancia.

«Pero Toni no quería celebrar. Quería confesarse con ustedes. El dinero que debía garantizar su jubilación había desaparecido. Toni tenía más deudas de las que nadie sospechaba, incluso más de las

que el banco sabía, y tenía deudas con personas con las que no era divertido tratar. Su marido Georg es una persona muy tranquila. Pero esto era demasiado. Empujó a Toni. Hubo una pelea y, lamentablemente, él cayó. Se desprendió un botón de la chaqueta de Toni, que encontramos en el lugar de los hechos».

Metió la mano en el bolsillo y sacó el botón. Luego se inclinó sobre la mesa y la colocó directamente frente a Magda Sattelmacher, quien cerró los ojos durante un momento.

«Y luego ustedes cometieron el error de su vida y llevaron juntos a Toni al agua. Georg no podía hacerlo solo. Tenía que ayudarlo. Cualquiera lo habría hecho. Después de todo, es su esposa. Todo el mundo lo entenderá».

Magda apretó los labios y miró fijamente al borde de la mesa. Tenía los dedos debajo de la mesa. Pavel oyó ruidos suaves. Probablemente se estaba amasando las manos.

Pero no dijo nada.

Pavel tomó un sorbo de té. Ya no necesitaba soplarlo para enfriarlo. ¿Y ahora? Intercambió miradas con Enna, pero ella parecía tan perpleja como él. ¿Deberían llevar a los Sattelmachers a la morgue? Ver a la víctima a veces hacía maravillas.

Su teléfono móvil vibró. «Disculpe», dijo mientras lo cogía.

«Otra vez la jefa de enfermería Ricarda. El médico tratante está de acuerdo. Puede interrogar al Sr. Sattelmacher durante veinte minutos. ¡Pero no más!»

«Gracias, enfermera jefe. Nos vemos más tarde». Terminó la llamada. «¿Ha oído eso, Enna? Georg Sattelmacher está en condiciones de ser interrogado». Se volvió hacia Magda. «¿Le gustaría venir con nosotros?»

De repente, toda la fuerza desapareció de la voz de Magda Sattelmacher cuando dijo: «Por favor, no lo haga».



«No puedo hacerle eso a Georg». Magda Sattelmacher se levantó y caminó por la sala de estar como si estuviera buscando algo. De vez

en cuando cogía un libro de la estantería, enderezaba una manta o limpiaba el polvo de la antigua radio.

«¿Qué no puede hacerle a su marido?» preguntó Enna.

La anciana hizo una pausa. «Hacer que se enfrente a esto otra vez».

«¿Qué pasa, señora Sattelmacher? Nos gustaría ayudarla. Parece... desesperada».

Enna estaba haciendo un buen trabajo. Pavel decidió no interferir.

«Esta... situación. La bahía de la foto».

«No necesitamos hablar de ello con Georg hoy».

Muy bien. No prometió nada que no pudiera cumplir, pero aun así logró aliviar el intenso miedo de la mujer. En algún momento, tendrían que preguntarle a Georg Sattelmacher al respecto.

«Pero tiene que contarnos lo que pasó», añadió Enna. «Tenemos que resolver el caso de Toni».

Magda Sattelmacher hizo una mueca. Probablemente había sido demasiado.

«Puedo explicarlo», dijo Magda.

No había sido demasiado.

«Fue tal como lo describió su colega. Toni nos invitó. Es una vista preciosa. Pensamos que quería celebrar con nosotros».

«Pero no lo hizo».

«Sí, lo hizo, incluso trajo champán. Quería celebrar con nosotros que por fin había saldado sus deudas. ¡Libre de deudas! ¡No quedó nada del millón y medio!»

«Eso le hizo enfadar».

«Sí, pero a mi marido aún más. Se gritaban el uno al otro y luego Georg lo empujó. Toni se cayó muy fuerte, con la cara clavada en el agua».

¿Acababa de acusar a su marido de matar a su propio hijo? Sin embargo, la secuencia de los acontecimientos no coincidía con las lesiones que Kettler había reconstruido. El muerto tenía agua en los pulmones, pero había muerto de un golpe con un objeto contundente. Un golpe, no una caída.

«Así es como Georg contará la historia», dijo la mujer. «Dejará de lado hasta el final para protegerme».

«¿Y cuál es el verdadero final?» preguntó Enna con delicadeza. Se levantó, caminó alrededor de la mesa, cogió el botón del abrigo y la foto, y los puso ambos en su bolso. La anciana se desplomó como si la vista de las pruebas le hubiera debilitado los músculos.

Enna puso su mano sobre el hombro de la mujer. Soltó un breve sollozo, pero rápidamente recuperó la compostura.

«El verdadero final, sí». Suspiró. «Georg lo sacó del agua. Me sorprendió la cantidad de fuerza que tenía de repente. Luego me gritó por no haberlo ayudado. Dijo que Toni lo habría hecho por nosotros, a pesar de todo. ¡Eso estuvo muy mal! Su hijo nunca pensó en nosotros, solo en sí mismo. Le dimos cacahuetes a Heiner, ¡pero seguía siendo nuestro hijo! Probablemente Georg no quería admitir que Toni, su Toni, nos lo había quitado todo. Creo que, por dentro, siempre amó a su difunta esposa. Eso me enfureció tanto que cogí una piedra pesada y la tiré sobre la cabeza de Toni».

«Estaba usted desquiciada por la rabia», dijo Enna.

Enna estaba poniendo palabras en la boca de la sospechosa, pero Pavel no la corrigió. Una discusión que se salía de control era una secuencia típica de eventos en un caso de asesinato. No podía ver ningún motivo siniestro. Magda Sattelmacher tendría que cumplir al menos cinco años de prisión, pero podría optar por la libertad condicional después de cumplir dos tercios de su condena. Su esposo era por lo menos culpable de agresión, pero dado su estado, probablemente podría evitar un juicio.

«No me acuerdo», dijo Magda Sattelmacher. «Solo recuerdo estar muy tranquila después. Me convencí de que estaba muerto. Luego lo llevamos juntos al agua. Esa fue la parte más difícil: llevarlo a un lugar donde las olas no lo llevaran de vuelta a la costa».

«¿Sabe que tenemos que llevarla con nosotros una vez que haya terminado su confesión?» preguntó Enna.

Magda asintió con la cabeza. «Solo tengo una petición: me gustaría ir al funeral de Toni con mi marido. ¿Se puede arreglar?»

«Creo que se puede dar un permiso especial para eso», dijo Pavel. «Pero solo con escolta policial».

«Debe tener en cuenta que se correrá la voz sobre lo que pasó», dijo Enna. «Vendrá gente que ni siquiera le conoce. Solo por

curiosidad».

«Creo que a Toni le hubiera gustado. Siempre quiso ser famoso».

«Pero estará en un ataúd. La estarán mirando fijamente».

«Está bien. Podré caminar al lado de Georg. ¿Quién sabe cuánto tiempo puedo estar con él?»

¿Querría el padre de la víctima que su asesino caminara a su lado? Pero ese no era el problema de Pavel. Georg probablemente habría mentido por su esposa y habría asumido la culpa. Tenía ochenta y dos años y tenía una enfermedad cardíaca. Ni siquiera podría dejarle nada porque su hijo había acabado perdiéndolo todo.

«¿Puedo preguntar qué pasó con la maleta con el dinero que se llevaron del notario?» A pesar de que Magda lo había confesado todo, todavía necesitaban pruebas. Heiner tenía una coartada, pero siempre era posible que estuviera protegiendo a alguien más.

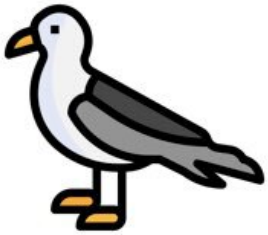
«La maleta vacía está en la habitación», dijo Magda. «Toni la trajo consigo. Quería que se la devolviésemos a la notario, ya que regresaba a Hamburgo. Imaginen, quería casarse allí, dejándonos sumidos en la miseria».

Enna se levantó y entró en la habitación.

«En el gran armario de la izquierda», la llamó Magda.

Su colega regresó con la maleta. El laboratorio criminalístico podría demostrar que realmente hubo dinero en él. Pavel respiró hondo. Tardó un momento en darse cuenta de que el caso se había resuelto.

Capítulo Veintiuno



El cielo era de un azul fresco. La fuerte brisa que soplaba el aire salado del mar sobre la tierra provenía de unas seis millas de distancia, lo que hacía que algunas nubes flotaran como plumas sobre el inmaculado fondo. Pavel alzó la cara hacia el sol, y este le calentó la frente, donde su cabello comenzaba a marchitarse.

Desde la torre revestida de madera de San Florián, la última nota de la campana de la iglesia se desvaneció. La veleta —más parecida a un cisne meteorológico en este caso— parecía inclinarse ante el viento. Poco después, los dolientes salieron del edificio de ladrillo rojo de la iglesia. Comenzaron la procesión alrededor de la iglesia.

Pavel se retiró a la sombra de un tilo. El poder del sol no podía subestimarse y, además, nadie lo había invitado oficialmente. Por un lado, habían descubierto quién mató a Toni. Por otro lado, sus padres estaban entre los que más sufrieron por la muerte de Toni. Eso era típico de los crímenes pasionales.

Pavel oyó unos pasos detrás de él. Era Enna Koopmann. Se alegró de que hubiera sobrevivido. Se detuvo a su lado y se apoyó en el tronco del tilo, respirando con dificultad.

«Acaban de terminar el servicio», dijo en voz baja. Enna volvió a usar pantalones cortos hoy, negros, pero los había combinado con calcetines negros lisos, lo que le daba una apariencia sorprendentemente respetable.

«No había estacionamiento frente al supermercado», susurró. «Qué bueno que no fue allí».

Pavel asintió. Había estacionado su bicicleta justo afuera de la entrada del cementerio. Había sido un buen viaje desde Fleetstedt, la distancia perfecta para Heino y él.

«¿Te estacionaste justo en frente del departamento de bomberos voluntarios?» preguntó.

«Sí, me imaginé que mi auto no destacaría por la pintura roja». Enna sonrió. «Pero no, no soy tan audaz. Lo dejé en la parada del autobús. De todos modos, aquí en el campo, el autobús solo viene dos veces al día».

Los músculos del cuello de Pavel se endurecieron cuando escuchó eso. No, no era su problema. Tenía que relajarse. Los últimos días habían sido demasiado para él. No podía soportar pasar demasiados días seguidos con otras personas, por mucho que le gustaran. Eventualmente terminaría en una crisis, algo que, afortunadamente, solo había experimentado dos o tres veces en su vida.

La procesión de dolientes se diluyó como un gusano al llegar al cementerio, donde se arrastró por un sendero arenoso. Al frente, justo detrás del ataúd con sus seis portadores del féretro, caminaba una mujer solitaria.

«Oh, es la Sra. Munterer», dijo Enna.

Tenía razón, era Lisa, la novia de Toni. La siguieron Georg y Magda Sattelmacher, el padre de Toni, con la ayuda de su esposa. Al viejo de ochenta y dos años se le había concedido la libertad condicional por motivos de salud. El abogado no había podido negociar la libertad bajo fianza para Magda. Justo detrás de ella caminaban dos mujeres policías uniformadas que se la llevarían de vuelta más tarde. Los seguía una multitud de personas que Pavel no conocía, quizás conocidos, ciertamente curiosos. El crimen siempre ha atraído a la gente. No le sorprendió que no se viera a la notario por ningún lado. Heiner, el medio hermano de Toni, también estaba ausente.



Estaban a punto de unirse al gusano que se arrastraba junto a ellos cuando un hombre llegó corriendo desde la misma dirección en la que había llegado Enna. Debe ser Heiner. Pavel nunca lo había conocido en persona, pero había cierto parecido con su medio hermano. Se detuvo junto a ellos en lugar de unirse a los demás.

«Hola, lo siento», se disculpó. «Vine en autobús, pero un idiota había bloqueado la parada del autobús. Un usuario de silla de ruedas quería bajarse, así que primero tuvieron que llamar una grúa».

Una pesadilla. Pavel miró a Enna, pero ella se mantenía aparentemente tranquila.

«¿Qué?» preguntó, un poco molesta. «De todos modos, no hay nada que pueda hacer ahora. ¿Por qué no vas al frente, Heiner?»

«¿Qué quieres decir? ¿Con esa mujer? Ni siquiera la conozco». Heiner hizo una mueca.

«Es la novia de Toni. Es una buena mujer. Créeme».

«Está bien, entonces. Si tú lo dices, Enna.» Heiner se metió las manos en los bolsillos y pasó junto a la procesión. Por detrás, se veía muy respetable con su traje negro. Se puso en contacto con Lisa Munterer. Se dieron la mano y Heiner rápidamente ocupó su lugar a su lado.



Las campanas sonaron por cuarta vez cuando la congregación se reunió en la tumba. De esta manera, todo el pueblo podía escuchar el funeral. Los sermones fueron breves. El viento se elevó. Ni la mafia rusa —para la que Pavel se había puesto su chaleco antibalas — ni Harry Krüger se habían presentado. Todas las cuentas parecían estar ajustadas. Así es como debe ser cuando se resuelve un caso.

Era extraño que siempre se sintiera así en los funerales que inevitablemente seguían a cada asesinato resuelto. ¿Alguien se sentiría así en su propio funeral? Pavel no deseaba una muerte violenta, pero como policía, definitivamente tenía más posibilidades.

«Resolvimos nuestro primer caso juntos», dijo su colega. Volvieron a estar a la sombra del tilo. El olor del mar se había hecho más fuerte.

«Sí, fue divertido», dijo Pavel. «Por lo que puedo decir».

«Claro que sí, Pavel».

Este era el momento en el que debía invitarla a usar su nombre de pila. Él era el mayor y su superior, así que tenía que venir de él.

Una voz lo hizo saltar.

«¿Ustedes también están aquí?» Lisa Munterer caminó hacia ellos. Su maquillaje estaba manchado, igual que el sábado pasado cuando la visitaron en Hamburgo.

«Sí, es rutinario», dijo Pavel.

«¿Van a venir a la recepción?» preguntó ella. «Será en el 'Klönsnack' de la L10».

«No sé... Estamos de servicio».

«Los invito. De todos modos, yo pagaré la cuenta de todo esto. A la familia no le queda nada. Pero está bien».

«¿Pagó el funeral?» Preguntó Enna. «Es muy amable de su parte».

«Pasé unos años maravillosos con Toni. Años locos». Lisa Munterer miró pensativa la copa del tilo. Manchas solares individuales recorrían su rostro. Debe haber querido mucho a Toni. Pavel se alegraba por él y, al mismo tiempo, estaba enfadado porque la había puesto en la situación en la que se encontraba.

«Le debo una disculpa, señorita Munterer. Lo que dije en su apartamento...»

«No hay problema. Solo hacía su trabajo. Si alguna vez vas a Hamburgo, por favor, pásate por aquí. Lo mismo vale para usted, inspectora».

Munterer era muy amable. Por supuesto, una visita así nunca ocurriría.

«Entonces, ¿irán a la recepción? He oído que el pastel de mantequilla está delicioso. No conozco a nadie aquí, así que me encantaría tener compañía».

Pavel sacudió la cabeza. «Para ser honesto, he tenido demasiada compañía en los últimos días. Prefiero andar un poco más en

bicicleta».

«¿Y usted, señorita Koopmann?»

«Es muy amable de su parte, pero quiero aprovechar al máximo el buen tiempo».

«¿Qué va a hacer?» preguntó Pavel.

«Nadar. Las aguas profundas del Mar del Norte tienen un efecto curativo en mí. Pero por favor salude a Heiner de mi parte. Es un buen hombre. Siempre vivió a la sombra de Toni».



La oficina estaba maravillosamente silenciosa. Berger se había tomado el día libre y Enna luchaba contra el frío y embravecido mar. Brrr. Qué bueno que no lo hubiera invitado. Pavel se estiró en su silla giratoria, se empujó y dio unos cuantos giros como un niño pequeño, hasta que vio la bandeja de plástico que usaba como bandeja de entrada.

Había una carta envuelta en cinta de embalaje marrón. Rodó hacia adelante y lo sacó. El remitente era el laboratorio criminalístico de Leer. Deben ser las muestras que solicitó. De hecho, el sobre contenía un juego de tubos de plástico envueltos por separado y una carta de presentación manuscrita.

«¡Querido colega! Adjuntamos las muestras que solicitó para Dietrichsen. No esperamos poder extraer ninguna información útil de ellas, pero esperamos que pueda utilizarlas. Suya, Maria Doldinger».

Bueno, él no podría usarlas, pero su viejo amigo Raphael sí. Al menos Pavel esperaba que sí, y ya lo había contactado por correo electrónico. Puso las muestras en un sobre nuevo y lo dirigió al laboratorio de Raphael en Kiel. Su amigo a veces trabajaba como experto independiente para los tribunales o la policía. Pero, sobre todo, era un amante de la investigación exhaustiva, al igual que Pavel. Si había algo que aprender de una muestra, lo encontraría. Esto podía llevar semanas o meses, porque a Rafael le resultaba difícil darse por vencido ante un intento fallido. Tenía que elegir con cuidado lo que le regalaba. Pero Pavel tenía un buen presentimiento

respecto a Dietrichsen y otro malo: algo no era lo que parecía en la muerte del viejo. No tenía que ser necesariamente un crimen. Pero normalmente lo sería.

Lo descubriría de cualquier manera. Garantizado.



Los dieciséis grados Celsius del Mar del Norte salpicaban las piernas desnudas de Enna. Llevaba puesto su traje de neopreno, uno corto, por supuesto. ¿Qué más llevaría puesto?

Permaneció un momento en el agua a la altura de las rodillas, disfrutando del sol y el viento en su rostro. Le encantaban los contrastes. El calor y el frío. Lo suave y lo rudo. Koopmann y Neuhof. La pregunta era quién representaba qué...

La idea la hizo sonreír. No podían ser más diferentes, pero formaban un buen equipo. La forma en que habían resuelto su primer caso, el de Toni Sattelmacher, hizo vibrar algo en su interior. Sentía que las cosas podían salir bien con Pavel. Él se instalaría y se acostumbraría a ella, y ella a él. Era excéntrico pero adorable. Y no parecía tener una mente estrecha. A Enna le gustaba eso en la gente. Pocas cosas la molestaban tanto como la intolerancia.

La arena bajo sus pies fue arrastrada por la siguiente ola. Le hacía cosquillas y la espuma brillaba. A medida que el agua retrocedía, se hicieron visibles unas cuantas conchas brillantes en la arena que la rodeaba.

Enna cogió una, la miró durante un momento y luego la arrojó al agua para poder seguirla. Con pasos decididos, salió vadeando. Las olas golpearon primero sus caderas, luego su estómago y finalmente sus pechos.

Cuando ya estaba lo suficientemente profunda, desató la boya salvavidas naranja brillante que tenía atada a la espalda. Estaba atada a su traje con una cuerda de diez metros de largo y la dejó caer detrás de ella. Enna se cubrió los ojos con las gafas, comprobó que estaban puestas correctamente y se lanzó hacia adelante. Se

zambulló profundamente, se quedó a la deriva durante un momento y volvió a salir a la superficie. Luego empezó a nadar.

Pronto encontró su ritmo habitual. Nadó una corta distancia y luego en paralelo a la playa hacia el puerto de Fleetstedt. Pensó en Toni Sattelmacher con su abrigo, en cómo lo había sacado de las profundas aguas del Mar del Norte. Les había contado sus últimos secretos, pero se había guardado uno para sí mismo: ¿Por qué se había puesto ese viejo abrigo para ir a ver a sus padres?

¿Pavel investigaría eso?

Enna esperaba que no. No había necesidad de saberlo todo en la vida. Había que dejar que los muertos descansaran en paz.

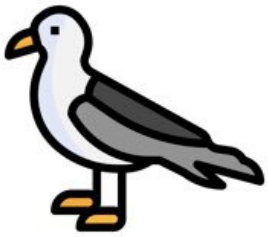
Igual que los vivos.

Satisfecha con el frenético silencio de las mareas que la rodeaban, la inspectora de policía Enna Koopmann continuó nadando en paz y tranquilidad. Sí, aquí en Fleetstedt se sentía como en casa y en su elemento. Esta era su vida, y ahora incluía a Pavel Neuhof.

Enna sentía curiosidad por saber qué sorpresas le depararían las próximas semanas y meses, pero el futuro era el futuro y el presente era el presente. Ahora estaba nadando y no le interesaba nada más.

Enna estaba feliz, en las aguas profundas del Mar del Norte.

Una taza de té



Estimado lector,

Estoy muy contenta de que hayamos podido conocernos. Todavía no sabes mucho sobre mí, aunque, como cualquier escritora, te he hablado de mis seres queridos y de mí en mi novela. Naturalmente, nunca es una semejanza exacta. Puedes imaginarte que los personajes se parecen un poco a las muñecas de papel con las que solíamos jugar: la cabeza es del tío Heiner, la barriga es del abuelo Paul, los nombres son de nuestro círculo de amigos y la boca atrevida es la de nuestra hija mayor.

Lo cual negará, por supuesto. Lo que es indiscutible es que el inspector jefe Pavel Neuhof está basado en mi marido. En el capítulo siete, Enna Koopmann sospecha que su nuevo colega podría ser autista. Cuando conocí a mi esposo, el término «neurodivergente» solo se conocía en el mundo médico. Lo encontré... inusual y agradablemente diferente de mí. Por encima de todo, es la persona más relajada del mundo, a menos que tenga una cita. Siempre tiene una visión fascinante de la realidad de la que puedo aprender, y viceversa. Por supuesto, leyó todo lo que escribí sobre Pavel Neuhof, lo corrigió cuando era necesario y aprobó el resto.

Sin embargo, no hace falta decir que cada uno es diferente y tiene razón a su manera. Pavel Neuhof es un personaje ficticio, al igual que Enna Koopmann o Harry Krüger.

Pero ustedes, queridos lectores, son reales. Quiero saber quienes sois. Escribidme a heidi@heidihinrichs.es. Si os apetece, puedo incluir vuestro nombre en uno de mis próximos misterios. Si prefieres no ser una víctima, házmelo saber. O si quieres ser la estrella secreta de cada misterio (es decir, la víctima).

Si quieres leer más sobre Enna y Pavel, reserva su segundo caso aquí:
heidihinrichs.es/links/4893534

¿Crees que los dos detectives merecen tener más seguidores? Entonces, por favor, escribe una reseña en heidihinrichs.es/links/4893455

Los libros sin reseñas son como los sándwiches de arenque sin pescado: no se venden tan bien como el original.

Y una última invitación: si no quieres perderte ninguna de las futuras aventuras de Enna y Pavel, suscríbete a mi boletín aquí:

heidihinrichs.es

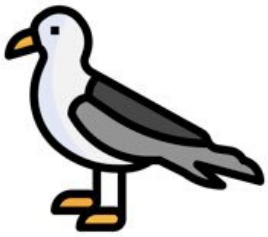
Como bonificación especial, recibiereis las biografías de ambos detectives, que obtuve directamente de las computadoras de sus oficinas.

Saludos cordiales,

Vuestra, Heidi Hinrichs



Extracto: Gritos silenciosos



CAPÍTULO 1

«¡Vamos, Enna!»

Aunque casi todos a su alrededor gritaban, escuchó claramente la voz de Lars. Enna agarró la pizarra con fuerza. Sintió la arena fría bajo sus pies. Estaba blanda durante los primeros pasos, luego se endureció cuando la playa estaba bañada por las olas, y luego estaba el agua. Recibió un golpe en la parte superior del brazo cuando otra tabla cayó al agua. Enna entrecerró los ojos. La gorra de mariquita era su punto de referencia y no podía perderla de vista. Estaba a solo dos o tres metros por delante de ella y acababa de desaparecer detrás de la primera ola.

«¡Ahora!» gritó Lars desde el fondo.

Aunque el agua aún no le parecía lo suficientemente profunda, Enna confió en su experiencia y lanzó su propia tabla. Saltó tras ella y se agarró por los bordes. El salto le dio a su tabla un impulso que tuvo que aprovechar. ¡Levántate rápido! Se arrodilló, se inclinó hacia adelante y remó con los brazos lo más fuerte que pudo.

A menos de seiscientos metros por delante de ella. Ahí estaba otra vez la mariquita. La titular de Harsewinkel era considerada una de las favoritas. Estaba a la altura de las expectativas y ya estaba cinco metros por delante del grupo. Enna controló su respiración. Seiscientos metros era una distancia que fácilmente podía

subestimarse. Solo quería salir de su zona aeróbica en la racha final. Lástima que sus oponentes parecieran tener una estrategia similar. Ninguna de ellas intentaba perseguir a la líder.

Por el rabillo del ojo, vio que se acercaba la siguiente ola. Ayer hubo una tormenta. Los organizadores habían considerado cancelar la carrera, pero las reglas no se vieron afectadas por unas cuantas olas. De hecho, Enna estaba contenta, ya que solo unos pocos de sus oponentes podían entrenar en el océano de forma regular. La ola entró formando un ligero ángulo. Aquí, en la desembocadura del río Elba, el oleaje se comportaba de manera impredecible debido a su apertura en forma de embudo.

Enna inclinó un poco la tabla. Lars había practicado con ella el ángulo correcto durante horas. ¡Ahí estaba! El agua levantó a Enna y la dejó caer suavemente mientras comenzaba a remar con fuerza de nuevo. Detrás de ella, oyó algunos gritos de decepción, pero no tuvo tiempo de darse la vuelta. De repente, solo estaba la mariquita frente a ella. ¡Estaba en segundo lugar!

Pero solo por un momento. Otra tabla se estaba abriendo camino para ocupar su puesto. La mujer que la conducía tenía la cabeza casi apoyada en la tabla. Llevaba una gorra con triángulos blancos sobre fondo rojo. Tenía que ser la socorrista de Halle, la segunda favorita. Enna había tenido una agradable charla con ella ayer en la barbacoa. Era enfermera de profesión. ¿Cómo se llamaba?

Enna le sonrió brevemente y Jeanette, así se llamaba, le devolvió la sonrisa, pero al mismo tiempo aumentó la frecuencia de sus brazadas y la superó. Volvió a mirar a Enna, lo cual fue un error, porque ya casi habían llegado a la boya por la que tenían que girar y la tabla de Harsewinkel se dirigía hacia ellos.

«¡Mariquita!» gritó Enna. Jeanette se dio la vuelta y se dirigió a la izquierda, girando la tabla. La remadora con gorro de mariquita se sobresaltó y se desvió a la derecha, justo cuando estaba a punto de chocar contra la tabla de su rival. En el último segundo, Jeanette consiguió enderezar la tabla.

«¡Hurra!» gritó y siguió remando con todas sus fuerzas.

Enna había perdido algo de impulso debido a la casi colisión. Rodeó la boya en tercer lugar, pero fue superada poco después. La

mariquita volaba hacia una victoria segura. Cerca de ella, en la playa, comenzaban las hileras de sillas de playa amarillas. Quedan ciento cincuenta metros. Había llegado el momento de correr. Aceleró el ritmo de su brazada más allá de su frecuencia respiratoria. Ya no tenía que controlar su respiración. Dejó atrás una tabla que había subido hasta su posición. El camino estaba despejado. La mariquita se acercaba más cerca de la playa, a su destino.

Enna bloqueó el mundo que la rodeaba. Ya no luchaba contra los demás. Solo luchaba contra sí misma. Su cuerpo quería obligarla a reducir la velocidad, pero se negó a permitírselo. Le ardían los pulmones y sus músculos amenazaban con sufrir calambres, pero no tuvo piedad. Su cuerpo la empujaría hacia adelante, más y más rápido, ¡podría descansar más tarde!!

Un silbido la sacó del trance. El primero fue para la ganadora, podía ignorarlo. Ella siguió nadando. El segundo y el tercer silbato ciertamente no eran para ella.

«¡Enna, fantástico!» gritó Lars.

Abrió los ojos. Siguió remando hasta que vio la boya que marcaba su destino en el mar. La había superado hacía mucho tiempo. Exhausta, se estiró sobre la tabla. Alguien se le acercó desde la orilla. Llevaba un chaleco salvavidas naranja.

Era Lars. Enna respiró hondo y nadó hacia él. Estaba empapada de sudor, así que se dejó caer de la tabla al agua antes de que Lars la alcanzara. Salió a la superficie con un bufido y lo miró. Tenía la frente profundamente fruncida.

«¿Estás bien?» preguntó.

«Sí, estoy bien. Solo tenía un poco de calor».

Ahora volvía a sentirse bien. Su cuerpo debe haberse quedado sin energía por todo el esfuerzo.

«Oh, eso es un alivio», dijo Lars. «¡Enhorabuena!»

«Yo también me alegro de haberlo logrado».

Algunas personas la saludaron desde la playa. Reconoció a sus compañeras de equipo por sus camisetas.

«¿Logrado?» Lars la agarró por los hombros y la sostuvo frente a él. «¡Llegaste en segundo lugar! ¡Incluso le ganaste a la enfermera de Halle!»

¿La enfermera? Enna sentía pena por ella. Había hablado un poco sobre su exigente trabajo. Enna no la envidiaba.

«Estás agotada, ¿verdad?» preguntó Lars. «Ven conmigo a la playa. ¡Bien hecho de todos modos!»



Después de cambiarse de ropa y beber media taza de té, Enna se sintió mejor. Su grupo local participaba por primera vez en el concurso de la Asociación Alemana de Salvamento de Vida. Al principio, había sido cosa de Lars. Competir con los demás no fue lo que motivó a Enna a trabajar como socorrista en su tiempo libre. Pero había sido bueno para el grupo reducido: de repente, las sesiones de formación contaban con una asistencia mucho mayor. Por supuesto, no podían esforzarse tanto como los mejores equipos, que por lo general se entrenaban todos los días. Todos tenían trabajos diurnos.

A propósito de eso... le habían dado el día libre hoy, viernes, y Neuhof había prometido cubrirla, pero por motivos de forma, debería revisar su teléfono móvil al menos una vez. Abrió la cesta de playa que le habían asignado a su equipo y hurgó en su bolsa de viaje. Ahí estaba. Tres llamadas nuevas, todas de su jefe. Enna suspiró.

«¿Qué es?» preguntó Lars, quien debe haber estado vigilándola. «Recuerda la ceremonia de premiación».

«Solo tengo que revisar mi correo de voz». Enna marcó el número del buzón de voz y cruzó la playa unos pasos. Pasó por allí un enorme buque portacontenedores, probablemente de camino a Hamburgo. Estaba casi al alcance de la mano. Estos gigantes nunca atracaban en Fleetstedt.

«Tienes tres mensajes nuevos. Primer mensaje nuevo. El viernes,...»

Algo le arañó la parte superior del brazo. Enna se llevó la mano que tenía el teléfono móvil a la oreja y se perdió las primeras palabras.

«... prometí no molestarla...» *entonces, ¿por qué no cumpliste tu promesa?*, «pero hay algo sobre lo que me gustaría saber su opinión. Sería fantástico si pudiera llamarme rápidamente».

«Segundo mensaje nuevo, viernes, once y veintitrés».

«Soy yo otra vez. Hay un pequeño problema. Kettler se niega a examinar a la víctima solo porque es una oveja».

¿Una... qué? ¿Neuhof investigaba el asesinato de una oveja? ¿Se supone que iban a hacer eso? Berger normalmente se ocupaba de asuntos tan triviales.

«Dijo que solo se trataba de daños a la propiedad. Le expliqué el artículo diecisiete de la Ley de Bienestar Animal, pero me temo que interpretó mis bien pensados argumentos como un ataque personal. No podría... Enna, ya usted sabe. Conoce a Kettler desde hace mucho tiempo».

Enna suspiró. Era inevitable que los dos hombres acabaran chocando cabezas; estaba destinado a suceder tarde o temprano. Y tenía que aclarar la situación ahora y quizás incluso rogar a Kettler, quien sin duda tardaría mucho en aceptar. Enna sacudió la cabeza. Realmente no quería hacer eso. Ella presionó el botón de borrar.

«Tercer mensaje nuevo, viernes, once cuarenta y cinco».

«Enna, soy yo. Por favor, olvide mis llamadas anteriores. He encontrado una manera de arreglármelas sin su ayuda. No se preocupe por ello. Demuestre a los demás socorristas lo que puede hacer la Asociación Alemana de Salvamento en Fleetstedt. Nos vemos el domingo».

Enna hizo una pausa y luego colgó. El sol acababa de salir por detrás de las nubes. La playa estaba dorada. Más adelante, la gente se estaba reuniendo. La Asociación Alemana de Salvamento probablemente estaba realizando demostraciones de rescate. Las competiciones habían terminado ese día, sobre todo porque la marea había empezado a bajar.

He encontrado una manera. No sonaba bien. Eso significaba que Neuhof se estaba volviendo creativo. Podría estar en la oficina en dos horas si empezara a conducir de vuelta ahora.

«¿Qué es? ¿Problemas con tu jefe?» Enna se sorprendió. Era Lars, quien debe haberla seguido.

Sacudió la cabeza. «Aún no hay problemas. Pero podría intensificarse. Tal vez debería...»

«Enna, no puedes hacernos eso. ¡Somos uno de los dieciséis mejores equipos! ¡Eso significa que mañana podemos participar en el relevo de rescate!»

Enna suspiró. Era la disciplina definitiva: nadar, correr, hacer tabla de rescate, kayak de rescate, con un competidor por equipo. Mike corría muy bien y se había colocado entre los diez primeros en el sprint de playa y banderas. El propio Lars acababa de perder el podio en el kayak de rescate. Es posible que Enna no vuelva a quedar segunda en la tabla, pero su equipo no necesitaba el mayor tiempo en la general.

«Parece que ha muerto una oveja en Fleetstedt», dijo Enna.

«¿Una oveja? ¿Estás bromeando? Eso no es asunto tuyo».

«Mi jefe cree que sí, y yo le creo».

«Pero seguro que puede esperar hasta el lunes. Te necesitamos aquí mañana, bien descansada».

Desde su punto de vista, Lars tenía razón. Y el asunto probablemente podría esperar. Pero a veces los casos tenían la mala costumbre de aumentar rápidamente, como un grano que se convertía en un forúnculo. Luego lamentabas no haber desinfectado la inofensiva mancha con alcohol.

«Por alguna razón, tengo un mal presentimiento al respecto», dijo Enna. No podía identificarlo, pero probablemente se debía a que Pavel tenía la intención de arreglárselas sin ella. No le gustaba que la dejaran fuera.

«Por favor, Enna, piensa en los demás. ¿Todo ese entrenamiento tan riguroso no serviría de nada?»

¿De verdad Lars solo pensaba en los demás? Nunca estaba segura con él. Pavel Neuhof era... más predecible. Resolvía casos porque eran importantes, no por su ego. Pero aunque pudiera convencer a Nils de que echara un vistazo a un animal muerto, no lo haría un fin de semana. Estaría bien que se ocupara de ello el domingo.

«Está bien», dijo, «me quedaré aquí».

«Gracias». Lars puso su mano sobre su hombro. «Te debo una».

Enna sonrió. Lars dirigía una carnicería. ¿Cómo podría ayudarla?
«Con gusto,» dijo, «por el equipo».
«Estoy feliz de hacerlo», dijo, «por el equipo».



«¡Vamos, Heino!»

Pavel siguió pedaleando. La persona promedio pensaría que toda la costa es plana, pero estaría equivocada. Incluso llegar al Deichkante era un desafío. Heino, la bicicleta de oficina, no tenía un motor eléctrico novedoso. Ni siquiera tenía marchas. Berger sugirió buscar un reemplazo mejor semanas atrás. El ayuntamiento de Fleetstedt recogía bicicletas abandonadas varias veces al año, que podían comprarse pagando el precio de las reparaciones. Pero Pavel no podía desprenderse de algo que tenía un nombre. No había tenido un automóvil desde que el TÜV finalmente puso fuera de servicio su Mercedes «Matti». Pero de todos modos no le gustaba conducir a más de treinta kilómetros por hora.

«¡Heino, puedes hacerlo!» gritó, sorprendiéndose a sí mismo. Afortunadamente, no había nadie cerca para escucharlo. La gente pensaba que era extraño hablar consigo mismo. Era ilógico, ya que casi todos hablaban solos de vez en cuando. Pero para muchas personas, la lógica no era el criterio más importante para sus acciones.

Pavel empezó a sudar. En el Deichkante, estaba solo unos metros más cerca del sol, pero se sentía como Ícaro intentando alcanzar a los dioses. Quizá debería haber dejado su chaqueta en esta hermosa mañana de finales de verano. Como hoy nadie lo esperaría en la oficina, había decidido dar un relajante paseo por los terraplenes.

Pavel detuvo la bicicleta, se bajó y puso a Heino en su soporte. ¿Cómo se les ocurrió ese nombre a la gente de Fleetstedt? Para él, el sencillo e incómodo vehículo de dos ruedas, con manillares curvos y asiento ancho sostenido por muelles que rechinaban, se parecía más a un Fiete o un Heiner. Tendría que preguntarle a Enna.

Pero ahora era el momento de hacer algo de ejercicio. Estirar las piernas con vistas al mar de Frisia durante la marea baja era un lujo del que nunca había disfrutado en la oficina de Kiel. Pero aquí era normal terminar el trabajo a la una de la tarde de un viernes. Ni la gente de Fleetstedt ni los turistas eran particularmente violentos. Solo se habían producido tres robos importantes, todos ellos realizados de forma muy profesional, y unos pocos carteristas en la playa, de los que habían podido localizar a un menor de Berlín. Berger se encargaba de los asuntos menores.

Pavel aceleró, tensó su cuerpo, se giró hacia un lado y saltó. Sus manos golpearon la hierba. Sus pies volaron por el aire. Se puso de pie, pero no pudo estabilizarse, así que rodó, como había aprendido en judo, y aterrizó sobre su hombro, mirando hacia la carretera. Allí, un Volkswagen Passat salía de la carretera y se dirigía a un prado.

Probablemente un turista tomándose un descanso. La pradera no había sido cortada. Si el granjero notara las huellas del coche, se enfadaría. ¡Y con razón! Los granjeros necesitaban la hierba que crecía ahora para alimentar a sus animales en invierno. Pavel cogió a Heino, volvió a subirse y se dirigió en bicicleta a la siguiente rampa, que se alejaba del dique.



El auto tenía una matrícula de Wittmund. Los turistas solían tener HH, HB o incluso LER. Pavel estaba a punto de dar la vuelta y continuar por la carretera rural cuando vio una señal de médico detrás del parabrisas. El conductor se había bajado y se había adentrado aún más en la pradera, donde estaba agachado sobre algo.

Pavel dejó caer a Heino en la hierba alta y corrió hacia el hombre.

«¿Qué está haciendo?» preguntó.

El hombre se dio la vuelta como si Pavel lo hubiera pillado cometiendo un crimen. Luego metió la mano en su bolsillo, pero Pavel fue más rápido y sacó su arma.

«¡Despacio!» gritó. «¡No haga nada estúpido!»

«No tengo nada que pueda llevarse», dijo el hombre. «A menos que quiera las llaves del auto. Están en mi bolsillo».

«Solo quiero saber qué está haciendo aquí. Inspector jefe Pavel Neuhof».

El hombre se relajó visiblemente, aunque lógicamente no tenía motivos para hacerlo, ya que Pavel no le había mostrado su carné de identidad y seguía apuntándole con su arma. Evidentemente, no esperaba ninguna amenaza por parte de un policía, lo que significaba que se trataba de un civil inofensivo y no de un delincuente. A menos que lo fuera, y estuviera haciendo una actuación.

«Entonces, ¿quién es usted?»

«Soy el doctor Sörensen. ¿No vio el letrero de médico en mi auto?»

Pavel sacudió la cabeza. Cualquiera puede comprar un letrero médico. Pero el nombre me sonaba familiar. ¿De dónde?

«¿Qué hace aquí, Dr. Sörensen?»

«Me llamaron para ver a un paciente, por así decirlo».

De repente, lo recordó. Sörensen había sido el médico que confirmó la muerte del viejo granjero Dietrichsen. Dietrichsen, que padecía una demencia avanzada, se había suicidado en el ático de su casa unos meses antes.

«Usted investigó la muerte del granjero Diepoldsen, ¿verdad?»

«Dietrichsen. Debe decir Dietrichsen. De hecho, ahora estoy aquí para ver a Dietrichsen».

Había sido una prueba. Sörensen había pasado.

«Pero está muerto», dijo Pavel.

«Hablo de su hija, Viola Dietrichsen, por supuesto».

«No parece que esté ahí tirada frente a ti». Pavel se acercó y estiró el cuello, pero la hierba era muy alta, y Sörensen y su gran bolsa médica le impidían ver.

«No es mi paciente, gracias a Dios». El doctor Sörensen se hizo a un lado. Pavel vio una bola de lana gris, parcialmente teñida de rojo. Solo cuando las gruesas manchas desaparecieron de su mente se dio cuenta de que era una oveja.

«¿Qué pasa con el animal?» preguntó. «Eso es sangre, ¿no?»

«Parece que sí. No es una vista bonita».

«¿Accidente de caza?»

A veces, los cazadores confundían perros u ovejas con jabalíes o ciervos al anochecer. Pavel no podía imaginarse cómo podían cometer un error así, pero lo cierto es que pasaba de vez en cuando.

«Acérquese. ¿O ya ha desayunado?»

Pavel sacudió la cabeza. Rara vez comía por la mañana. Un café fuerte y negro era suficiente para él. Dio dos pasos hacia adelante mientras el Dr. Sörensen se agachaba, agarraba la cabeza de la oveja y la volteaba. Tenía una herida profunda en la garganta. Volvió a colocar la cabeza en su posición natural y se puso de pie.

Pavel tuvo que tragar. No había sido un accidente de caza. Un corte así requeriría un arma afilada y mucha fuerza. Si hubiera sido el asesinato de un ser humano, Pavel habría supuesto que se trataba de una ira considerable. Pero, ¿quién sentiría tanta ira contra un animal inofensivo? La crueldad hacia los animales rara vez implicaba emociones. Era una cuestión de planificación cuidadosa y de la necesidad de ver sufrir a un ser vivo.

«Esta no es la única lesión», dijo el Dr. Sörensen.

«Empezaron en otro lugar, ¿no?»

«¿Cómo sabe que no es la primera vez?»

Pavel no quiso decir eso. Supuso que el asesino había ensayado el corte en otra parte del cuerpo.

«¿Hizo una prueba de corte?» Preguntó Pavel.

«¿Una? Cuatro». Sörensen señaló las extremidades del animal. «¿Quiere que le enseñe?»

«No, gracias, nuestros especialistas lo revisarán. Tendré que pedirle que deje sus huellas digitales en nuestra oficina».

«Ya lo hice, después de la muerte de Dietrichsen».

«Las eliminamos hace mucho tiempo. Es usted un ciudadano de buena reputación, por lo que no se nos permite mantener tus datos personales en un archivo. Entonces, ¿de qué se trata el otro caso y quién le envió aquí?»

«Hace dos semanas, Viola me reportó una oveja herida».

«¿A usted? Es un médico humano, ¿verdad?»

«Así es. Pero nos conocemos bien y, además, acabo de estar con ella. Pasamos la noche juntos, si entiende lo que quiero decir».

Pavel lo entendió. Viola Dietrichsen estaba divorciada, y Sörensen probablemente también lo estaba. Eso no era ilegal. Pero nadie le había hablado de la relación durante la investigación sobre el suicidio del viejo granjero. Al parecer, su amante había emitido el certificado de defunción que permitía a la hija reclamar la herencia.

Pero eso no importa, Ediría Enna ahora. *No encontramos ninguna prueba de juego sucio en el caso de Dietrichsen, y Viola habría heredado la granja de todos modos*. Ya le faltaba la voz de la razón y ni siquiera sabía si tenían un caso nuevo.

«¿Cuándo murió?» Preguntó Pavel.

«A juzgar por el estado de los charcos de sangre, en algún momento entre la medianoche y la madrugada. Sienta el vellón: está mojado por el rocío. Pero no soy patólogo forense».

«Fue una muerte dolorosa, ¿verdad?»

«Supongo que sí. Por la cantidad de sangre derramada, la agonía se prolongó».

«Gracias». Entonces sí tenían un caso. La crueldad hacia los animales era un delito según la sección diecisiete de la Ley de Bienestar Animal. «Pero, ¿por qué no denunció las lesiones a las otras ovejas? Puede que ya hubiéramos atrapado al culpable».

«Viola no quería hacerlo. Dice que el animal está bien ahora. Además, tenía el que...» Sörensen se interrumpió a mitad de la frase como si hubiera dicho demasiado.

«¿Qué impresión tuvo?»

«Ninguna en absoluto».

«¿Sabía la Sra. Dietrichsen quién era el abusador de animales y quería protegerlo?»

Sörensen sacudió la cabeza. «Pregúntale a ella. Soy internista. Nada de esto es asunto mío».

«Lo que diga. Pero debe saber que una proporción significativa de personas que abusan de animales eventualmente cambian de víctima».

«Quiere decir...»

«Sí, eso es lo que quiero decir».

Sörensen lo miró con tristeza, pero no dijo nada más.

«Puede irse. Espere un minuto. ¿Viola le pidió que viniera aquí? ¿Cómo supo que la víctima estaría aquí?» Pavel señaló la pradera. No era un pasto de ovejas. O el animal había escapado, o su asesino lo había traído aquí. Pero, ¿por qué este lugar en particular, visible desde la carretera?

«Viola describió esta pradera, entre el dique y el pequeño bosque al fondo, bordeada por dos zanjas de drenaje. Pero no me dijo quién le habló de este lugar. Para ser honesto, pensé que me encontraría con ella aquí. Parecía bastante molesta por teléfono. Pero ahora sí que me tengo que ir. Mis pacientes están esperando».

«¿Habría llamado a la policía esta vez?»

«Sí, aquí, ¿lo ve?» Sörensen le mostró su teléfono móvil. El número de la comisaría de policía de Fleetstedt aparecía en la pantalla. Sörensen simplemente había escrito «Enna». La foto de perfil mostraba a su colega con un traje de neopreno de piernas cortas.

«No marcó», dijo Pavel.

«Estaba a punto de hacerlo».

«¿Qué tipo de foto es esa?»

«No significa nada. Brindo apoyo médico al grupo local de la Asociación Alemana de Salvamento de Vida. Así es como conozco a su colega».

Pavel asintió. Habría hecho que Sörensen examinara minuciosamente. Pero por ahora, tenía que asegurarse de que alguien descubriera todos los secretos de la muerte de la pobre oveja.



«Tengo que preguntarle algo, señor Kettler».

Pavel había pensado mucho en cómo acercarse al patólogo forense. Parecía ser una persona difícil, aunque Enna pensara lo contrario. En cualquier caso, no le había gustado que Pavel añadiera sus propias ideas a lo que habían dicho durante su última reunión.

«Hoy es viernes. No hay manera de que termine para mañana», respondió Kessler con una declaración en la que se refería muy vagamente a la frase inicial de Pavel.

«No, estaría bien si pudiera tener los resultados para el lunes».

«Oh, ¿estaría bien? Me alegra oír eso».

El acuerdo de Kettler lo satisfizo, aunque su respuesta fuera más bien de cortesía. En algún momento, tendría que decirle al hombre que no necesitaba tales formalidades.

«Sí, lo estaría. Le enviaré las coordenadas. Cuando llegue aquí, la policía científica ya debería estar trabajando».

«¿Está diciendo que soy demasiado lento?»

«No, solo significa que la policía científica probablemente llegará antes que usted. Notifiqué a la Sra. Doldinger antes de llamarle».

¿Tendría que enseñarle a Kettler los conceptos básicos de la lógica proposicional? Pavel se alegró de ser al menos competente en su profesión. No solo Enna, sino también su cooperación anterior lo habían convencido de ello.

«¿Puede decirme algo sobre la víctima?» preguntó Kettler.

Temía esta pregunta. Pero había preparado una respuesta. «Preferiría que pudiera comprobarlo por usted mismo».

«Caray, Neuhof, ¿tiene que hacer eso? ¿Cómo esperas que vaya preparado?»

«Lo siento, estimado colega, pero esto forma parte de mi estrategia de investigación».

Pavel terminó la llamada. Apostaba a que la curiosidad de Kettler superaría su enfado con el estúpido Neuhof.



Cuando llegó la policía científica, tuvo una primera prueba de la posible reacción de Kettler. Maria Doldinger se rió brevemente al ver al animal muerto.

Pero inmediatamente se disculpó. «Espero que atrape al cerdo. Simplemente... me alivia no tener que examinar restos humanos».

«Espero que siga así», dijo Pavel. «Algunos abusadores de animales nunca se cansan de este tipo de comportamiento».

«Lo sé», dijo Doldinger. «Puedo decirle ahora mismo que esta no es la escena del crimen».

«¿A pesar de toda la sangre?»

Doldinger asintió con la cabeza. «Eso es del degollado. Las heridas en sus patas las infligió antes».

Así que el asesino interrumpió su... trabajo. O lo habían interrumpido en otro lugar, o había querido prolongar su placer. Esta última era la opción menos favorable. Pavel se puso de pie y miró a su alrededor. La hierba estaba pisoteada en varios lugares. El coche de la policía científica estaba estacionado a un lado de la carretera. Desde allí, varios senderos conducían al sitio. Otro conducía al lugar donde Sörensen había estacionado su Passat. Y luego había un sendero visible entre la zona donde se encontró el cuerpo y el pequeño bosque al otro lado de la pradera.

Para no estropear ninguna pista, Pavel siguió el sendero por una ruta paralela a unos metros de distancia. La arboleda estaba formada principalmente por árboles caducifolios y densos arbustos. Era una colorida mezcla de avellanos, matorrales y muchos otros arbustos que no reconocía. Tuvo que abrirse paso entre la maleza, pero al final llegó a un espacio abierto por el que salía un sendero. Olía agradablemente a musgo. Los pastos que brotaban en el claro estaban triturados. Un coche debe haber pasado por aquí recientemente. Pavel encontró una huella de neumático que mostraba la pronunciada banda de rodadura típica de los neumáticos de invierno, algo inusual para fines del verano. Todavía estaba mojado. Quizá el propietario del coche los había estado vigilando desde detrás de los árboles y acababa de marcharse.

Pavel regresó corriendo al lugar donde se encontró la oveja muerta.

Una vez allí, le preguntó a Doldinger: «¿Hay algo más que pueda decirme?»

Sacudió la cabeza. «Tengo que juntarlo todo en mi cabeza, lo siento. No encontramos el arma asesina. ¿Qué vamos a hacer con el animal?»

«Kettler llegará en cualquier momento. Lo recogerá. ¿Puede vigilarlo hasta entonces? Voy a seguir algunas huellas de coches que encontré en el bosque. Quizá quiera enviar a un par de chicos más».

«Lo haré».

«Gracias, Sra. Doldinger».

«De nada. Y salude a Enna de mi parte, por favor. Pensé que la vería aquí».



Después de unos quinientos metros, el camino arenoso dio paso a un camino de grava y luego a un camino lateral de asfalto que pasaba por dos granjas. Pavel se detuvo en un edificio de ladrillo de un solo piso y dos alas. Sobre la entrada había un letrero que decía: «Apartamento vacacional disponible». Tocó el timbre, pero nadie respondió. Como la mitad del sótano se veía por encima de los cimientos, las ventanas del segundo piso eran demasiado altas para que Pavel pudiera ver el interior.

Apoyó a Heino contra la pared y se subió al travesaño. Finalmente, llegó al alféizar de la ventana y se levantó. La bicicleta se cayó, pero al menos pudo echar un vistazo rápido al interior, donde había sábanas marrones esparcidas sobre los muebles. La casa no parecía muy alquilada.

Al caer y golpear el suelo, su pie izquierdo se dobló. Un dolor agudo le atravesó el tobillo. ¡Maldita sea! Esa articulación le había causado problemas durante años. Pavel se obligó a no cojear al cruzar la calle. Mientras tanto, se había abierto una ventana y una anciana con un delantal azul miraba hacia afuera.

«¿Qué hace ahí?» Se puso las gafas hasta la punta de su nariz aguileña.

«Me preguntaba si la casa de allí estaba a la venta», dijo.

«¿Por qué?»

«Represento a algunos inversores».

La anciana se rió a carcajadas. «Inversores, ja, ja. ¿Y va en bicicleta?»

Señaló a Heino. Pavel sintió que tenía que defender la bicicleta de la oficina. Después de todo, estaba haciendo un buen trabajo. Pero la mujer tenía razón, por supuesto: debería haber inventado una historia de portada más plausible.

«Soy de la policía», dijo mientras sostenía su placa.

La anciana lo tomó y examinó el documento, mirándolo desde diferentes ángulos. Luego lo devolvió. «Así que usted es el nuevo», dijo la mujer.

«¿Y usted?»

«Dios sabe que no soy nueva».

«Quiero decir, ¿cómo se llama?»

«Anna Winkelmann. Como dice en el timbre».

La mujer pensó que era un poco lento, pero no pasó nada. A Pavel le gustaba que lo subestimaran. Probablemente se debía a que su rostro no daba señales de comprensión cuando alguien le explicaba algo, aunque lo entendiera antes que la persona que intentaba explicárselo.

«¿Vio un vehículo entrar al bosque esta mañana? ¿En algún momento entre la medianoche y justo después del amanecer?

«Sí. Alrededor de las tres en punto».

«¿Qué tipo de vehículo?»

«No era un tractor. Aparte de eso, solo vi las luces brillando por las rendijas de mi persiana».

«¿Está segura de la hora?»

«Sí. Me preguntaba quién conduciría en esta dirección a esa hora de la noche. La carretera no lleva a ninguna parte».

«¿Regresó el auto?»

«No me acuerdo. Me volví a dormir. Pero si ya no está en el claro, debe haber regresado».

Qué sorpresa.

«¿Por qué está la carretera ahí, de todos modos?» preguntó. «¿Planes para un nuevo desarrollo?»

«Ja, ja, ¡debe haber tomado un poco de humor en el desayuno esta mañana! Solía haber una cabaña de guardabosques en el claro. Se quemó dos años antes de que terminara la guerra».

«¿1943?»

«Incluso puede hacer matemáticas, inspector». La anciana sonrió. Parecía estar disfrutando de la conversación, así que no podía enfadarse con ella.

«Esa casa de ahí, ¿está en alquiler ahora?»

Incluso si el acuerdo con su casera, que lavaba y cocinaba para él, funcionaba bien, algún día necesitaría un lugar propio. Aquí estaría lo suficientemente lejos de otras personas como para poder relajarse después de estar rodeado de ellas. Podría ser una opción para él.

«Es una granja entera», dijo la anciana. «Pero ha estado vacía durante años».

«¿Por qué? No estamos a más de tres millas del dique. Sería perfecto para unas vacaciones en una granja».

«Todo el lugar está embrujado», explicó la mujer, bajando la voz como si estuviera contando una historia de fantasmas.

«¿Qué pasó?»

«Se dice que el viejo Schepker vendió su alma al diablo durante una marejada ciclónica para salvar a su familia del agua. No le pasó a él, pero cuando el diablo vino a buscarlo, se escondió. En represalia, el diablo gradualmente le fue arrebatando a su familia. Primero a sus hijas, luego a su madre y, por último, a su esposa».

«¿Cuándo fue eso? ¿En la Edad Media?»

La anciana frunció el ceño y se cruzó. «No debería hacer bromas como esas. No sobre él». Volvió a traicionarse. «Las muertes múltiples comenzaron hace más de veinte años. Solo quedaba Schepker. Hace dos años desapareció repentinamente».

«¿Se fue?»

«Se fue».

«¿Y no lo buscaron?»

«Bueno, estaba solo y era viejo. Nadie lo echó de menos».

Pavel pensó en el letrero que había sobre la puerta. «¿Quién puso el letrero del apartamento vacacional?»

«Un agente inmobiliario de Fleetstedt». La anciana se rascó la cabeza. «Oh, su nombre es Meier. Jette».

¿Por qué no se sorprendió? Henriette Meier era el perejil de todas las salsas, incluso después de haber renunciado a la presidencia de

la asociación empresarial.

Su teléfono móvil vibró en su bolsillo. Era Nils Kettler, el patólogo forense.

«Aquí Neuhof. ¿Tiene algo para mí?»

«Señor Neuhof, ¿está loco? Estoy aquí en un campo y ¿qué me muestra la policía científica? ¡Una maldita oveja!»

«Pensé que...»

«¡Maldita sea, Neuhof! ¡No soy responsable de los daños a la propiedad! ¿Qué le dije sobre mi presupuesto?»

«Ley de bienestar animal, este es un delito punible...»

«¡No soy un maldito veterinario, tío!»

Kettler no dejó que dijera nada. Pavel arqueó las cejas. La Sra. Winkelmann lo miró con preocupación. Salió de su sala de estar. Había un ligero olor a moho en el pasillo. El papel pintado floral del techo se estaba pelando.

«Necesito saber cómo...», volvió a intentarlo.

«No creo que me entienda. ¡Encuentre a alguien más!» Su socio colgó.

Pavel no podía creerlo. Miró su teléfono móvil durante un momento y luego regresó a la sala de estar.

«¿Qué tal un Jägermeister?» Preguntó la Sra. Winkelmann.

«No, gracias, estoy de servicio».

«Déjela. Eso sonó muuuy cruel. Se merece algo mejor».

La anciana parecía haber entendido mal. Pero Pavel estaba demasiado ocupado pensando en corregir el error. Había un hombre suelto en su vecindario que había logrado torturar y luego matar a un ser vivo en varios pasos deliberados. Su único testigo fue una oveja muerta. Tenía que interrogarla, pero no le daría ninguna respuesta sin un especialista.

Pavel se inclinó. «Gracias, señora Winkelmann, por la historia y el consejo. Tengo que ir a la oficina ahora».

La anciana sonrió. «Vuelva a visitarnos si quiere saber más sobre la historia de Fleetstedt y sus alrededores. Conozco a todas las familias de aquí».

Fue bueno saberlo. Como recién llegado, todavía no conocía la historia local. ¿Qué papel desempeñaron los Dietrichsen, los dueños

de las ovejas muertas? ¿Se habían convertido en víctimas por casualidad? Pavel tenía la sensación de que había una conexión. No estaba seguro de si estaba contento con eso, ya que podría llevarlo a encontrar al culpable, o si se trataba de un mensaje siniestro que añadía una dimensión al crimen y le hacía temer lo peor.



Llegó a la oficina poco después de las once y se alegró de poder quitarse la chaqueta. El sol aún brillaba bastante para ser un día de finales de verano en el Mar del Norte. Enna no estaba en su escritorio. Se le había concedido permiso oficial para participar en un concurso de la Asociación Alemana de Salvamento.

Los últimos días habían sido tranquilos. Un candado de bicicleta roto por aquí, unos cuantos adolescentes alborotados por allá. Nada parecido llegó a su escritorio. Si hubiera sabido que un maltratador de animales atacaría hoy más que nunca... No, aun así habría aprobado la licencia de Enna.

Pero ahora la necesitaba. La necesitaba de verdad. Por desgracia, le había prometido que no la molestaría.

Bueno, no estaría de más informarle al menos sobre el nuevo caso. Lo que hiciera con él dependía de ella. Pavel marcó su número, pero no respondió. Le pidió que le devolviera la llamada, pero cuando colgó, estaba molesto consigo mismo. ¿Seguro que al menos debería darle alguna información? La víctima y la negativa de Kettler eran probablemente los puntos más importantes, así que dejó un segundo mensaje.

Luego se sentó en su escritorio. Pavel estaba nervioso. Odiaba no ver un camino claro que lo acercara a resolver su problema. ¿Y por qué era eso? Porque dependía de otras personas. Kettler, los forenses, Enna... Espera un minuto. No estaba solo.



«¿Sr. Berger? ¿Puedo preguntarle algo?»

El sargento Berger estaba sentado detrás del mostrador a la entrada de la oficina, como de costumbre. Enderezó la espalda y miró a Pavel con una expresión abierta. Berger tenía un buen conocimiento de las cosas y estaba dispuesto a pensar de forma innovadora si se le daba un poco de ánimo.

«Por supuesto, señor Neuhof». ¿Cuántos años tenía Berger? Tenía la cara redonda y el pelo corto, lo que lo hacía parecer un niño grande. Pero Pavel lo había encontrado recientemente en el mercado con sus dos hijos, uno de los cuales era un adolescente, por lo que debía tener al menos treinta o cuarenta años como máximo.

«Supongamos que quisiera saber exactamente qué hizo un delincuente violento, pero el patólogo forense se negó a ayudar. ¿Cómo procedería?»

Berger se rascó la sien. «Quiere algo... poco convencional, ¿verdad?»

«Bueno, los medios habituales están cerrados».

Berger asintió pensativo. «Debería haber dejado que Enna hablara con Kettler».

Pavel hizo una mueca. Se había dado cuenta de eso hacía mucho tiempo. Enna tenía al patólogo forense en la palma de la mano. Pero esa no había sido una opción.

«¿Dónde está la oveja ahora mismo?» Preguntó Berger.

«En el laboratorio criminalístico de Leer, pero tampoco pueden ayudarme. Es muy amable de su parte que nos la guarden».

«Ayudaría si pudiéramos echar un vistazo al interior del cuerpo».

«Sí, Berger. ¿Tiene los requisitos para hacer una autopsia?»

Berger levantó las manos a la defensiva. «¿Yo? Ja, ja, ni siquiera puedo desespinar un pescado».

«Pero tiene una idea». Se habían formado pequeñas arrugas alrededor de los ojos de Berger y se estaba golpeando el pie. Tenía curiosidad por ver cómo reaccionaría Pavel ante su idea. Pavel decidió darle la bienvenida, por ilógico que le pareciera. Esperemos que su rostro no vuelva a traicionarlo.

«Está bien», comenzó Berger, inclinándose y abriendo el cajón de un pequeño armario. Buscó a tientas durante un momento, luego

sacó un sobre y sacó una radiografía. «Mira, esta es mi cadera derecha. Solo tengo treinta y ocho años, pero el ortopedista cree que es la cadera de una persona de sesenta años y necesito estar preparado para la cirugía».

Pavel tocó la encimera desde abajo. Eso trajo mala suerte para Berger, pero el hombre era un funcionario público y, por lo tanto, tenía un seguro médico privado. Sin duda, recibiría la mejor atención posible.

«Lo que quiero decir es: mire la imagen. ¡Tan detallada!»

Berger tenía razón. La imagen distinguía claramente entre huesos y tejidos blandos, y Pavel pudo ver dónde parecía estar desgastada la articulación de la cadera, aunque era un lego.

«Sí, la técnica es fascinante», dijo. Pero, ¿qué tenía que ver con la oveja?

Luego lo golpeó. ¡Por supuesto! Las heridas en sus patas... Si pudieran hacer una radiografía o, mejor aún, una tomografía computarizada de la oveja, no necesitarían abrirla.

«Berger, ¡es una gran idea!» exclamó Pavel. «¿Serías tan amable de llamar al departamento de radiología del hospital? Me prepararé para el...» Espera un minuto. Enna no estaba aquí. Tendría que conducir solo. Pavel se estremeció al pensarlo. Prefiere andar en bicicleta, aunque le lleve una hora y media. Pero, ¿qué pasa con Berger?

«Dígame, Ber...», empezó, solo para darse cuenta de que Berger ya estaba hablando por teléfono. Pavel corrió a su oficina para buscar su chaqueta y dejar un mensaje claro para Enna en el contestador automático. «... He encontrado la manera de arreglármelas sin su ayuda...» Le deseó un buen resultado en la competición y colgó el teléfono.



«Me temo que no puedo comunicarme con nadie en radiología», dijo Berger cuando Pavel regresó al mostrador.

«Vamos para allá. Tal vez todavía podamos obtener resultados hoy».

Berger miró su reloj y suspiró. «Tenía muchas ganas de terminar el trabajo a tiempo hoy».

«Lo siento mucho, Berger, pero le necesito. Y si nos vamos ahora mismo, estará en casa con su familia a las dos en punto».

«No sé, tuve que esperar dos horas para hacerme la radiografía».

Pavel sacudió la cabeza. «Los haré sudar tinta. ¿No es ese el refrán? Confíe en mí».

Berger cogió su teléfono móvil y escribió algo. Luego cogió la gorra de su uniforme, volteó el mostrador y se acercó a Pavel.

«Vamos a Leer, entonces».



Berger mantuvo la sirena encendida todo el tiempo. Era un sonido molesto. Pavel no entendía lo que otras personas veían en él. Pero al menos lo distrajo de la conducción de Berger. El hombre debe sentirse protegido mágicamente por el sonido, porque no dejaba de realizar atrevidas maniobras de adelantamiento en la carretera. El BMW pintado con colores policiales parecía mucho más ágil que el Polo rojo de Enna.

«Quizá primero deberíamos recoger la oveja del laboratorio criminalístico», sugirió Pavel al pasar junto al letrero de Leer City.

«¿Lo cree? ¿Qué pasa si no conseguimos una cita?»

«Esa no es una opción, Berger».

«De acuerdo. De hecho, podría ahorrarnos unos minutos».



El animal estaba rígido y frío. Berger forró el baúl con papel de aluminio para que no dejaran manchas. La oveja descansaba en el borde del tronco, con Pavel sujetándolo con firmeza. Doldinger, el jefe del laboratorio criminalístico, no estaba de servicio cuando

llegaron. Eso probablemente les había ahorrado una larga discusión. Uno de los trabajadores simplemente les había entregado el animal. La oveja era sorprendentemente pesada. Pavel calculó que pesaba alrededor de cuarenta kilogramos.

«Lentamente», dijo Berger.

Pavel empujó a la oveja hacia adelante. Se inclinaba sobre el borde del maletero con las patas levantadas. No podrían cerrar la tapa del maletero. Pavel presionó las patas, pero las articulaciones estaban rígidas y no se movían. Rigor mortis y refrigeración.

«Tenemos que inclinarla de lado», dijo. Berger estaba a su lado. «A las tres. Uno, dos, tres». Empujaron al tiempo y la oveja, obedientemente, se puso de costado. Podría haberse confundido con dormir si sus patas no estuvieran paralelas al suelo. Pavel se enderezó. Berger cerró la tapa del maletero.

«Está bien, vayamos al hospital», dijo Pavel.



El departamento de radiología consistía en un pasillo con pacientes esperando en sillas y puertas incómodas que se abrían y cerraban de forma irregular.

«Espere un momento, jefe. Comprobaré las cosas».

Berger caminó a propósito hasta una puerta que tenía una ventana, aunque cerrada, y llamó a la puerta. Para sorpresa de Pavel, se abrió y una mujer vestida de blanco se asomó.

«Hola», dijo, «¿qué pasa?»

«Hola. Él». Berger señaló a Pavel.

«¿Ha venido de la cárcel?» preguntó la enfermera.

Berger llevaba uniforme, por lo que la suposición era plausible. Pavel se alisó la chaqueta para causar una buena impresión.

«Un delincuente sexual», bromeó Berger. «Así que sería bueno si pudiéramos... ya usted me entiende».

«Está bromeando, ¿verdad? El hombre ni siquiera tiene puestas las esposas. ¿En serio? Por favor dígame que está bromeando».

Berger iba por buen camino. Pavel asintió con la cabeza. Estaba encantado de interpretar al agresor sexual si eso significaba que podían obtener la radiografía más rápido. Sonrió de acuerdo y se lamió los labios.

«Este... bueno, este es mi jefe. Necesitamos una radiografía. Sería genial si fuera...»

«¿Algo agudo?» preguntó la enfermera, que no parecía relajarse, sino que parecía molesta.

«¿Agudo?»

«¿Morirá si no lo tratamos de inmediato?»

Pavel asintió.

«No», dijo Berger.

Los ojos de la enfermera se interpusieron entre ellos y sacudió la cabeza. «Entonces siéntese y espere. ¿Cuál es el nombre?»

«Neuhof».

«Bien, le llamaré».

«¿Cuánto tiempo cree que...» Berger se puso en marcha, pero la puerta ya estaba cerrada.



«Pero ahora usted mismo va...» Empezó Pavel.

«Lo sé», dijo Berger. «Pero no podía mentirle a la enfermera solo para que nos tocara antes nuestro turno. Servimos al estado. Tenemos que ser honestos, ¿no?»

«O no», dijo Pavel. La gente que esperaba tampoco parecía que cada minuto contara para ellos. Pero está bien. Cogió su teléfono móvil y empezó a estudiar la anatomía de las ovejas.



Después de una hora, Berger obviamente estaba inquieto, porque empezó a caminar de un lado a otro por el pasillo del hospital. Si al menos hubiera mantenido un ritmo constante, a Pavel no le habría

importado, pero Berger seguía deteniéndose. A veces miraba por la ventana delantera, que daba a un patio amurallado, a veces hablaba con un paciente y, a veces, se quedaba ahí parado. Esto hacía que a Pavel le resultara imposible quitarse el ritmo de la cabeza. Berger actuaba como un grifo que goteaba al azar, lo que era una auténtica tortura para Pavel.

«¿Está estresado por su esposa?» preguntó cuándo Berger se puso a su lado.

«La verdad es que no».

«¿La familia?»

«La oveja».

«¿Está preocupado por la oveja? No hay necesidad. Ya ni siquiera está viva».

«¿Has mirado por la ventana?» Berger señaló la estrecha abertura por la que brillaba el sol.

Pavel sacudió la cabeza. ¿El animal salió del maletero y empezó a insultar a los transeúntes? El rostro de Berger tenía el mismo aspecto que el suyo. Se levantó y se dirigió a la ventana. El coche de la policía estaba tres pisos más abajo. Al principio, Pavel no vio nada por lo que preocuparse.

«Las puertas están cerradas», dijo.

Berger se paró a su lado y golpeó la ventana con el dedo índice, dejando una fina mancha de grasa. «El sol ha estado brillando sobre ella todo el tiempo».

El sol. Pavel tardó unos segundos en entender lo que Berger quería decir. Por supuesto. No se puede mantener a personas o animales en un automóvil con este calor. Él mismo llamó a la perrera cuando vio a un perro encerrado en un automóvil en el estacionamiento de un supermercado. Aunque la oveja no corría peligro de muerte en su estado actual, el calor podía hacer que su estado tomara un giro desagradable.

«Caray, Berger, deberíamos haberlo pensado antes». No se excluyó a sí mismo. ¿Por qué no insistió en ir al garaje subterráneo? Porque habían aparcado más cerca de la entrada para no tener que llevar al animal tan lejos. Había pensado en una cosa, pero no en la correcta.

«Lo siento», dijo Berger.

«Yo también». Pavel se apartó de la ventana. Si estaba contando correctamente, aún quedaban cuatro pacientes por delante. Aproximadamente una hora de espera. Los cuatro parecían aburridos pero muy vivos.

Se acercó a la ventana que Berger había usado y golpeó con fuerza. La misma enfermera la abrió y saltó hacia atrás con un chillido. Pavel había colocado su placa en el estrecho marco de la ventana. La mujer se tapó la boca.

«Disculpe. Ese policía de allí», señaló a Berger, «le presentó como delincuente sexual».

«Lo he oído. Sí, es más probable recordar algo así que simplemente 'jefe'. Lo comprendo perfectamente».

«Gracias, Sr. Inspector Jefe». Estudió su placa.

«Lo siento, pero tengo que pedir un diagnóstico inmediato. Necesitamos una tomografía computarizada de todas las extremidades».

La enfermera asomó la cabeza por la ventana y lo examinó como un caballo de pura sangre. «Se ve sano, inspector. ¿Es para cuidados preventivos? Tenemos un horario especial para eso. ¿Por qué su colega no dijo nada? Entonces no habría tenido que esperar».

«No es para mí».

«¿Es para su colega?»

Pavel no revelaría la identidad del paciente hasta que tuviera el consentimiento de la mujer. Muy pocas personas podrían retractarse de su palabra una vez dada.

«No, víctima de un crimen violento», respondió evasivamente. «¿Es suficiente esa justificación?»

«¿Por qué no fue a la sala de emergencias? ¡La persona ya habría recibido tratamiento!»

«Porque la víctima ya está muerta».

«¿Disculpe? ¿Quiere que examinemos un cadáver? No creo que se nos permita hacer eso. Tendría que hablar con el departamento de patología».

«No necesito un examen. Solo las fotos. Dentro de la máquina, fuera de la máquina. No puede ser tan difícil, ¿verdad?»

La enfermera suspiró. «No creerá lo complicado que es. La máquina es cara. ¿Quién va a pagarla? Una vez que una persona fallece, el seguro médico ya no es aplicable. Primero tendré que recibir una carta en la que se garantice el pago».

La burocracia había vuelto a atacar. Debería añadirla a la lista de sospechosos, ya que obviamente quería retrasar su investigación. Pero él no lo permitiría.

«Pagaré las costas», dijo.

«¿Como paciente privado? Debo recordarle nuevamente que su seguro médico no cubrirá este servicio».

«Sí, como paciente privado». Si fuera necesario, pagaría la cuenta él mismo. Tenía un salario decente y apenas tenía gastos de manutención.

La enfermera suspiró. «Está bien, hablaré con el médico principal. ¿Hay algo más que deba saber?»

«¿Qué quiere decir?»

«¿El fallecido padecía alguna enfermedad infecciosa? ¿Su cuerpo necesita algún tratamiento especial? ¿Qué pasa con el peso y la altura?»

Pavel se acarició la barbilla. Hoy no se había afeitado. Probablemente este era el momento de confesar.

«¿Pero está dispuesta a hacer las radiografías?»

«Sí, por supuesto, pero no tomo la decisión final. Esa es la responsabilidad del médico principal. ¿Qué es? ¿Hay algo más?»

Ahí estaba, el *si*. Solo un *si* condicional, porque había que revisarlo, pero era lo mejor que podía conseguir.

«La persona de la que estamos hablando no es una persona».

«¿Disculpe? ¿Es un niño o qué intenta decir?»

Sospechaba que podría causar algunos problemas si decía la verdad. Así eran, los humanos. Se suponía que amaban a los animales, pero luego se consideraban mejores que ellos. «Es una oveja. Pero no cualquier oveja. La mataron cruelmente, y debo encontrar a su asesino antes de que vuelva a atacar».

Berger puso una mano sobre su hombro. Era una reacción típica cuando alguien quería tranquilizarte. Pavel agradeció el gesto,

aunque no había motivo para ello. Después de todo, sus argumentos eran válidos.

Pero no a la enfermera. «¡Inspector, lo siento, pero no somos veterinarios! ¡Lo siguiente que sabrá es que los dueños de perros y gatos vendrán a vernos! Solo por motivos de higiene, no podemos ayudarlo».

Pavel perdió la voz y, por un momento, el aliento. De repente, la burocracia tenía el rostro de una mujer y llevaba una bata blanca. La pondría tras las rejas. Como mínimo.

«Gracias de todos modos», dijo Berger en su nombre, alejándolo lentamente de la ventana.

«Gracias por su comprensión», dijo la enfermera.

Pavel no lo entendió en absoluto, pero su rostro probablemente no lo mostraba. ¿Era una ventaja o una desventaja? De buena gana dejó que Berger lo llevara hasta el coche como un agresor sexual.



Del maletero salía un olor extraño. Las patas de las ovejas ahora estaban dobladas como si se relajaran en el calor.

«Volvamos rápidamente al laboratorio criminalístico», dijo Pavel.

«Sí, probablemente sea lo mejor». Llegaron al instituto poco después de las cuatro de la tarde. Pavel tocó el timbre, pero nadie respondió. ¡Maldita sea! Este día no parecía que fuera a terminar bien. Cuando cruzó el dique en bicicleta esta mañana, todo le parecía idílico. Pero la gente de aquí no era ni mejor ni peor que la de Schleswig-Holstein o Baviera. Aquí también había asesinos y santos.

«Podríamos poner la oveja en el sótano de la oficina», sugirió Berger.

«Pero tiene calefacción», dijo Pavel. Lo sabía con seguridad; allí había archivos antiguos que había consultado una o dos veces.

«Nuestra nevera es demasiado pequeña», dijo Berger.

«No puede hacerle eso a su esposa, Berger. No quiero ser responsable de su divorcio».

Pero la idea de Berger era, en esencia, buena. Todo lo que tenían que hacer era cerrar la brecha hasta el lunes, cuando alguien del laboratorio criminalístico les abriera las puertas. ¿Quién tenía un congelador lo suficientemente grande como para albergar temporalmente una oveja?

«Un sepulturero», dijo Pavel.

«Así es, un sepulturero debería tener una cámara frigorífica. Lo mismo que un carnicero».

«O un restaurante. Pero no nos dejan entrar por motivos de higiene. Igual que los carniceros».

«Regulaciones alimentarias».

«Así es, Berger. Las empresas que tienen que cumplir con las normas alimentarias no pueden ayudarnos».

Esto también excluía a la cervecería Fleetstedt, que producía una excelente pilsner. Qué mal, le hubiera gustado visitar la bodega de cerveza.

«Así que un sepulturero», dijo Berger. «Tenemos dos».

Pavel ingresó al servicio como palabra clave en su teléfono celular y obtuvo dos contactos. Marcó el primero.

«Lo siento, llama fuera del horario comercial. Por favor...»

Mierda. Marcó el número dos. De nuevo, solo respondió un contestador automático.

«No hay nadie», explicó.

«Hay un número de emergencia en el sitio web en caso de que alguien muera durante el fin de semana», dijo Berger. «¿Debería intentarlo?»

«Hm, no les interesará una oveja muerta». Pero tenía una idea mejor. Había un congelador enorme en la despensa de su casera. La señorita Winters se había jactado una vez de que podía contener a medio ciervo.

«Medio ciervo, que es aproximadamente del mismo tamaño que una oveja, ¿no?» preguntó Pavel.

Por alguna razón, Berger se rió brevemente. «Se podría decir eso. El ciervo es probablemente más largo, la oveja más ancha».

Pavel había visto patos enteros en el cofre, dos de ellos uno al lado del otro. La oveja no era mucho más grande que eso.

«Sé dónde podemos guardarla», dijo.



En el timbre estaba escrito «Leonie Winters». Pavel presionó el botón. Se abrió la ventana al lado de la entrada.

«Oh, es usted, señor Neuhof. ¿Olvidó su llave?»

«No. Necesito hablar con usted un momento, señorita Winters». Su casera tenía más de setenta años e insistía en que la llamaran señorita Winters. Probablemente había sido maestra en la escuela local para niñas cuando aún existía.

«¡Eso me gustaría mucho!» Su casera dejó la ventana. Un momento después, la cerradura sonó y empujó la puerta para abrirla.

«Por favor, espere junto al coche, Berger». Pavel entró. La señorita Winters lo esperaba en la puerta principal. Había dividido la casa en dos plantas. El último piso era suyo.

«¿Qué puedo hacer por usted?» preguntó ella.

«Estoy tras la pista de un crimen terrible». La señorita Winters estaba muy interesada en su trabajo. Pero por lo general no le decía nada, lo que la hacía sentir aún más curiosidad.

«Oh, qué emocionante».

«Se trata de un abusador de animales que mató a una oveja inocente».

La señorita Winters se tapó la boca con la mano. «¡Qué mala persona!»

«Eso es lo que digo. Pero no puede decírselo a nadie, ¿de acuerdo?»

La señorita Winters sacudió la cabeza. Por supuesto que se lo diría a sus amistades, pero las noticias del abusador de animales probablemente ya estaban circulando.

«Bueno, encontraré a la persona. Tengo que hacerlo. Pero necesito su ayuda. ¿Puedo contar con usted?»

«¿Si no es peligroso? Sí, absolutamente».

«Es totalmente inofensivo».

«Entonces me apunto».

Muy bien. El problema estaba casi resuelto. «Bien, la pobre oveja se lo agradecerá. Necesito su congelador».

«¿Mi... congelador?» La señorita Winters palideció.

«Sí. No se preocupe. Cubriré cualquier pérdida. Solo necesitamos hacer un poco de espacio ahí».

Deliberadamente no dijo para qué necesitaban el espacio. La señorita Winters ya lo sabía. Si nadie lo decía, podía imaginarse que era para algo completamente diferente.

«Sí, si tiene que ser...»

«Tiene que serlo. Está ayudando a encontrar a una persona cruel antes de que vuelva a atacar».

«Si usted lo dice».

«Me ocuparé de todo, con la ayuda de Berger. Es fantástico que sea tan cooperativa. No sé qué haría sin usted».

Leonie Winters se sonrojó. Pavel sonrió agradecido, se dio la vuelta y salió corriendo hacia Berger.



«¡Y soltamos!»

Pavel dejó que la oveja muerta envuelta en papel de aluminio se le escapara entre las manos.

«Encaja perfectamente», dijo Berger.

Habían puesto la oveja de espaldas. De esa manera, cabría en el hueco en forma de bañera que habían hecho en el congelador. Había que llevar unos cuantos paquetes de verduras congeladas a la nevera de Pavel, y había espacio para unas cuantas comidas congeladas precocidas más en el compartimento del congelador de la nevera de la cocina. Pavel le había dado a Berger un pato entero. Se lo reembolsaría a la señorita Winters.

Pavel cerró el cofre, que estaba en el sótano entre pilas de productos enlatados y botellas de vino.

«Si un asteroide choca contra la Tierra, llevaré a toda la familia conmigo para que se quede aquí», dijo Berger.

«O si necesita volver a guardar temporalmente un cadáver», intentó bromear Pavel.

Berger se llevó el dedo índice a la boca. Se oyeron pasos en las escaleras del sótano.

«Estamos a punto de terminar», dijo Pavel.

«¿Puedo ofrecerles una cerveza ahora, señores?»

Pavel miró su reloj. Eran más de las seis y estaba en casa. «Sí, me encantaría una», dijo.

«¿Y a su colega?»

A Berger probablemente lo esperaba su familia. «No, gracias», respondió Pavel por él.

«¡Sí, por favor!» Berger gritó mucho más fuerte. Le dijo a Pavel: «De todos modos voy a llegar tarde a casa. Necesitaré un poco de coraje».

¿Coraje? ¿Qué pasaba? Deberían hablar de ello alguna vez. Para Pavel era importante que sus empleados fueran felices en sus vidas personales, ya que esto podría afectar a su trabajo. Pero por ahora, tenía ganas de tomar una caña con Berger y la señorita Winters.

Reserva el segundo caso aquí:
heidihinrichs.es/links/4893534

© 2025 de Heidi Hinrichs
Todos los derechos reservados.
heidihinrichs.es
heidi@heidihinrichs.es
Traducido por Nicolay Giraldo Leiva
Edición: Elena García Varela
Diseño de portada: Timo Leibig